

Escuela de Verano y Cursos Temporales  
Universidad Nacional Autónoma de México

# EL OBISPO PALAFOX

Y SU LUGAR EN LA MÍSTICA ESPAÑOLA



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR  
CENTRO DE ENSEÑANZA  
PARA EXTRANJEROS

**T E S I S**

**Que para optar el grado de  
Maestro en Artes en Español  
presenta**

**Paul Andrew Sicilia Vojtecky**

**México, 1965**

**TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

XN65

V6

ej. 3

XN65

55

ej. 3



FILOSOFIA  
Y LETRAS



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR  
CENTRO DE ENSEÑANZA  
PARA EXTRANJEROS

## DEDICATORIA

A todos mis amigos mexicanos, que me han ayudado a aprender y a querer no sólo el idioma, sino to dos los aspectos de la cultura mexicana...

-- la familia numerosa en Tlalpam que me ha recibido en su casa como si fuera miembro de la familia.

-- mis maestros y condiscípulos en la Universidad Nacional.

-- mis amigos de la Colonia Tlacoligia, D.F. de Tutotepec y del Valle del Mezquital (Hidalgo), y de Puebla, donde no se ha olvidado a Palafox.

-- y a mis alumnos de español en Worthington, Ohio, y a mis muchos amigos mexicanos, portorriqueños y cubanos que viven en el mismo estado.

Paul Andrew Sicilia Vojtecky  
México, D. F.  
Octubre de 1965

. 00459

PROLOGO

Son muchos los que han preguntado como yo, siendo estadounidense, me interesé en un obispo de Puebla del siglo XVII. La respuesta es muy sencilla. Hace mucho tiempo que me encanta esta riquísima literatura mística de España, lo cual me decidió a escoger un tema de mística para mi tesis. Y como realicé mis estudios en México, nada más natural que buscar un místico que escribió en la Nueva España. Empecé por leer el excelente estudio de Alfonso Méndez Plancarte, San Juan de la Cruz en Méjico, y cuando leí el breve capítulo sobre las poesías religiosas de Palafox, supe que había encontrado al místico que buscaba. Por ese tiempo no sabía yo nada de Palafox, ni de sus obras en prosa. Solamente me pareció que era un buen poeta místico, y que no había sido estudiado mucho desde el punto de vista literario. No sospechaba los tesoros de sus escritos en prosa, ni su personalidad tan extraordinaria, ni su papel tan importante en la Historia de la Nueva España. Al cabo de un año de investigación, de leer la mayor parte de sus obras, y de pasar unas semanas en Puebla, confieso que le he cobrado mucha admiración a este Obispo-Virrey de actividad incansable, pero no tanta para cegarme a sus defectos. De mi investigación he encontrado que Juan de Palafox y Mendoza era un hombre humano, muy español, de voluntad firme y decidida, profundamente culto y religioso, un hombre a todas luces extraordinario, "un hombre para muchos siglos" según uno de sus epitafios.

Agradezco de todo corazón a todos los que me han ayudado en mis investigaciones. En la Universidad, principalmente al Doctor Antonio Castro Leal, maestro de literatura mexicana y Director de la Escuela de Verano y Cursos Temporales; al Doctor Manuel Fernández de Velasco, Secretario de la Escuela, mi maestro y consejero, por tanta ayuda y consejo; y a la señorita Rosa María Stephenson Guízar, Jefe de Registro de la Escuela. En la Biblioteca Nacional, al Doctor Ignacio Mantecón, Director Interino. En la Biblioteca del Padre

Cuevas, al P. Daniel Olmedo, S.J., y a los demás padres jesuitas, que me dieron toda clase de facilidades para el uso de esta valiosa biblioteca, mostrando que después de tres siglos, se ve el asunto de Palafox con serenidad. Quisiera declarar claramente aquí que mi juicio sobre el papel de los jesuitas poblanos en los pleitos de Palafox en nada afectan la sincera admiración que tengo para la Compañía de Jesús. También expreso mi gratitud a mi amigo John Grepe, Director de la Librería Británica de México, que me facilitó su ejemplar de la primera edición de la Vida de Palafox por González de Rosende (1666), y a Eugenio Sánchez Sierra, estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras, también investigador de Palafox, por muchas sugerencias.

En Puebla, la lista es también larga; ante todo, agradezco al Excelentísimo Señor Don Octaviano Márquez, Arzobispo de Puebla, que concedió generosamente los permisos necesarios; al Canónigo J. Manuel Martínez por su ayuda en el Archivo de la Catedral; al P. Rosendo Huesca, Rector del Seminario Palafoxiano, y a Froylán González, fotógrafo del Seminario, por la mayor parte de las fotografías que acompañan el texto. Me ayudaron mucho también el Profesor Florencio Carrillo y Alvarez de la Biblioteca La Fragua de la Universidad de Puebla; el Profesor Enrique Cordero y Torres, Secretario del Centro de Estudios Históricos de Puebla; y el Profesor Efraín Castro Morales, Jefe del Instituto de Antropología del Estado de Puebla.



Retrato de don Juan de Palafox y Mendoza en la Sala de Cabildo de la Catedral de Puebla.



CAPITULO PRIMERO  
INTRODUCCION AL MISTICISMO

EL OBISPO PALAFOX Y SU LUGAR EN LA MÍSTICA ESPAÑOLA

CAPITULO I

Introducción al Misticismo

Pues con esta celestial embriaguez se adormecen los sentidos del alma; con ésta goza de un sueño de paz y de vida; con ésta se levanta sobre sí misma, y conoce y ama y gusta sobre todo lo que alcanza el ser natural. De donde así como el agua que está sobre el fuego, cuando está muy caliente, casi olvidada de su propia naturaleza, que es pesada y tira para abajo, da saltos hacia arriba imitando la ligereza y naturaleza del fuego de que está tomada, así la tal ánima, inflamada de esta llama celestial, se levanta sobre sí misma, y esforzándose por subir con el espíritu de la tierra al cielo, de donde le viene esta llama, hierve con deseo encendidísimo de Dios, y así corre con arrebatados ímpetus por abrazarse con El, y tiende los brazos en alto por ver si podrá alcanzar aquel que tanto ama; y como ni puede alcanzarlo ni dejar de desearlo, desfallece con la grandeza del deseo no cumplido, y no le queda otro consuelo sino enviar suspiros y deseos entrañables al cielo... (1)

Así describe un gran místico español, fray Luis de Granada, lo más característico de la vida mística, el deseo profundo de lograr la unión con Dios. Hay pocas expresiones más poéticas, más ardientes de este deseo. Ludwig Pfandl, en sus excelentes páginas sobre la mística española, sugiere que aquí fray Luis revela tristemente que el mismo no ha llegado a tener altas experiencias místicas, que es un místico puramente especulativo. (2) Sin embargo, hay que recordar que en la Guía de Pecadores fray Luis habla más de la ascética que de la mística, y sólo habla de los comienzos de la experiencia mística. Además, aunque él no habla mucho de experiencias propias en sus obras, como lo hace Santa Teresa, por ejemplo, es considerado un gran místico por el espíritu que revela indirectamente al través de sus mejores páginas.

Definir o describir lo que es el misticismo no es tarea fácil. Por eso he preferido empezar con las palabras de un autor que lo ha experimentado y además ha sabido describirlo con suma belleza. No puedo, dentro de los límites de este capítulo, ponerme a justificar el hecho de la experiencia mística. Tomo como punto de partida que Dios existe y que de alguna manera el hombre puede conocerlo, y que se encuentran en todas las religiones superiores, entre cristianos, tanto católicos y ortodoxos como protestantes, judíos, musulmanes, hindúes, budistas, hombres que dicen haber conocido a Dios de una manera muy íntima. Claro que no se puede hablar de misticismo con quien no admite la existencia de Dios, ni de nada que no se pueda conocer por medio de los sentidos. Como dice F.C. Happold: "A menos que sea rechazada como mera ilusión, la experiencia de los místicos hace que sea imposible aceptar el conocimiento racional como la única forma de conocimiento". (3) Puesto que el fin de esta introducción es poder situar al Venerable Juan de Palafox y Mendoza en la mística española, forzosamente tengo que limitarme a la mística cristiana, y dentro de ésta a la de España en la Edad de Oro, los siglos XVI y XVII. En la bibliografía hay varias obras generales sobre el misticismo que tratan del misticismo de otras religiones. (4)

Lo que más impresiona al lector de la literatura mística es que los místicos hablan con una seguridad absoluta. Han conocido a Dios. Han experimentado su presencia. No tienen la menor duda en anunciárnoslo. Pero no lo han conocido como los filósofos y teólogos, que lo hacen por medio de estudio, por un proceso largo y razonado. Es otra manera de conocer, y ya está dicha en las palabras "han experimentado" la presencia de Dios. Dice el poeta inglés Coventry Patmore:

"Oh, gusten ustedes y verán!" gritan, con certidumbre y alegría asombrosa. "La nuestra es una ciencia experimental. Podemos comunicarles nuestro método, pero nunca el resultado. Venimos a ustedes no como pensadores, sino como hacedores. Abandonen su confianza profunda y absurda en los sentidos, con su lenguaje de alfabeto Morse, que quizás refiera los hechos, pero que nunca puede comunicar personalidad... No podemos prometerles que verán lo que nosotros hemos visto, porque aquí cada quien ha de lanzarse para

sí; pero de ninguna manera aceptamos que se califiquen nuestras experiencias de imposibles o inválidas. Y este mundo suyo de la experiencia, ¿está tan sólida y lógicamente fundada que ustedes se atreven a hacer de él la medida de todo?" (5)

Antes de decir lo que es el misticismo, hay que aclarar lo que no es: de ninguna manera es espiritualismo, magia, ocultismo, ni una actitud de desprecio de religión institucional con sus dogmas y leyes, ni un vago sentido poético-religioso. Es una experiencia cuya autenticidad se puede reconocer dentro de los límites que en seguida se describirán en términos de psicología y teología.

Vamos a ver en primer lugar cómo describen los psicólogos la experiencia mística, y luego lo que enseñan los teólogos, maestros de la vida espiritual.

### 1.- Mística y Psicología

El famoso filósofo norteamericano, William James, en su obra The Varieties of Religious Experience, enumera cuatro características principales de la experiencia mística. (6) En primer lugar, es inefable. Todos los místicos se quejan de que no pueden comunicar lo que han experimentado. No hay palabras, no hay imágenes ni símbolos que puedan expresarlo. Es como si tratáramos de explicarle a un ciego de nacimiento lo que es el color. Volveremos a este tema cuando hablemos de la manifestación literaria de la experiencia mística; aquí basta decir que James observa que en esto la experiencia mística se asemeja más a un estado afectivo que intelectual. Por ejemplo, si uno nunca ha sentido el amor, por más que se lo expliquemos, no comprenderá las "locuras" de los amantes. Y los místicos son grandes amantes.

Sin embargo, no carece de contenido intelectual; la experiencia mística es también noética. Es un conocimiento, una penetración que llega a honduras de la verdad que no han sido tocadas por el intelecto discursivo. Según James, y otros autores como Underhill y Happold, (7) el místico, por medio de su larga práctica de la contemplación, del apartamiento de su atención de los fenómenos superficiales y múltiples, despierta una parte de la conciencia latente en todos los hombres. Por medio de tales

procesos, dice Evelyn Underhill, los místicos permiten que suba "el yo más profundo" (8) que hace posible el contacto con Dios; es lo que llaman los místicos "el fondo, el ápice, la chispa" del alma, lo más profundo (o más alto), lo más puro, y que Santa Teresa describe poéticamente como la morada séptima y más íntima del "Castillo Interior" del alma.

En tercer lugar es una experiencia transitoria; generalmente dura poco tiempo. La memoria difícilmente puede reproducirla, pero sí la reconoce cuando vuelve a ocurrir. La ilustración de fray Luis de Granada que sirvió de introducción, del alma que se esfuerza a subir a Dios como el agua hirviendo "casi olvidada de su propia naturaleza, que es pesada y tira para abajo", aquí viene muy bien al caso. Da saltos hacia arriba, pero por su peso, cae otra vez al suelo. No es capaz de sostener largo tiempo la unión que tanto busca. "Oh grandeza de Dios," exclama Santa Teresa, "y cuál sale un alma de aquí de haber estado un poquito metida en la grandeza de Dios, y tan junta con El, que, a mi parecer, nunca llega a media hora." (9)

Por fin, es una experiencia pasiva, es decir, predomina la acción de Dios. El alma puede disponerse, prepararse por sus prácticas de purificación, recogimiento, y oración, pero en la verdadera experiencia mística, se siente bajo la poderosa influencia de Dios. Sin embargo, no es del todo pasiva. El ideal del místico no es suprimir todo deseo, todo interés, toda actividad, para llegar a ser como un gato gozando del calor del sol. La aberración seu doméstica del quietismo en el siglo XVII, cuyo maestro principal fue el sacerdote español Miguel de Molinos, conducía a tales errores, y fue condenado por Roma en 1687. (10) La pasividad mística quiere decir docilidad, el obrar suavemente, guiado por la influencia divina, en contraste con una manera de obrar laboriosamente por los propios esfuerzos. De esto hablaremos más en la explicación teológica. Tanto los psicólogos como los teólogos insisten en que el místico auténtico y sano se puede conocer en su vida. No es una personalidad enfermiza, melancólica, incapaz para una vida activa. Al contrario, los grandes místicos han realizado grandes obras y se destacan en esto los místicos españoles, como Santa Teresa y San Juan de la Cruz en su incansable labor de la reforma de los carmelitas, y San Ignacio en la fundación de los jesuitas.

El mismo San Juan de la Cruz, hablando de "toques divinos", influencias en que Dios llega al ápice del alma, dice que "de tal manera la enriquecen que no sólo basta una de ellas para quitar al alma de una vez todas las imperfecciones que ella no había podido quitar en toda la vida, mas la deja llena de virtudes y bienes de Dios... y queda tan animada y con tanto brío para padecer muchas cosas por Dios, que le es particular pasión ver que no padece mucho." (11)

Evelyn Underhill tacha las notas de James de insuficientes, y critica sobretodo la falta de señalar la importancia del amor. "El fin y el método del misticismo es Amor," dice ella. (12) Podrían añadirse otras características para tratar de describir más la experiencia mística; por ejemplo, hay una comprensión de la unidad de todo, de que Dios en sí es la suma tranquilidad, pero a la vez una tranquilidad vital, que vivifica toda la Creación. De una manera semejante, las experiencias de los místicos frecuentemente muestran una dimensión fuera o más allá del tiempo, donde "siempre es ahora." F.C. Happold pone una pregunta interesantísima y muy moderna: si la hipótesis del antropólogo Teilhard de Chardin es acertada, y la evolución es un movimiento hacia una conciencia cada vez mayor y más extendida entre todos los hombres, "¿no podríamos ver en los místicos la vanguardia de un tipo de conciencia que se hará más y más común a la medida que el género humano sigue subiendo la escalera de la evolución?" (13)

En resumen, según los psicólogos, la experiencia mística es una manera intuitiva e inefable (podríamos añadir amorosa) de conocer a Dios; además es transitoria y más bien pasiva.

## 2.- Mística y Teología

Veamos ahora lo que dicen los maestros de la vida espiritual. Antes que nada, hay que distinguir entre la mística y la ascética. La ascética es la etapa de la vida espiritual en que predominan los esfuerzos humanos: oración mental discursiva, penitencias; viene de la palabra griega ἀσκησις que significa "ejercitarse". En cambio, la mística, que viene de la palabra κρύβω, "cerrar, ocultar", es la etapa en que predomina la influencia de Dios sobre los esfuerzos humanos, o en términos teológicos, predominan los dones del Espíritu Santo, que son hábitos sobrenaturales - "con los cuales el hombre se dispone convenientemente para seguir de una manera pronta, directa, e inmediata la inspi

piración del Espíritu Santo de un modo superior a su modo connatural humano". (14) Es decir, el alma percibe, experimenta esta acción del Espíritu Santo en ella; ésta es la experiencia pasiva de la influencia divina de que hablan los psicólogos.

La distinción parece bastante clara y sencilla, pero cuando se trata de la relación entre la ascética y la mística, hay una gran división entre los autores, y ha habido disputas bastante fuertes. Algunos como el P. Crisógono de Jesús, carmelita, sostienen que las dos son bien distintas, que la ascética es la vía ordinaria y para todos, mientras la mística es únicamente para algunas almas escogidas. (15) Al contrario, muchos autores modernos creen más bien que la mística es la corona, la flor, la perfección de la vida espiritual, y que la ascética es ordenada hacia ella, aunque de hecho muchos hombres no llegan a tales alturas. Seguramente en esta hipótesis se ve mucho mejor la unidad de la vida espiritual. Lo expresa muy bien el filósofo Jacques Maritain: "El estado místico no se injerta en el alma en gracia como una rama extraña, sino que es la floración de la gracia santificante." (16) La lista de los autores que están de acuerdo con Maritain en que por lo menos de una manera general y remota todos están llamados a la mística, contiene los nombres más ilustres en la teología de la vida espiritual: el P. Reginald Garrigou-Lagrange, dominico (17), el P. Juan G. Arinterro, también dominico (18), el P. Royo Marín de la misma orden (19), el P. Baldomero Jiménez Duque, rector del Seminario de Avila (20); y el jesuita P. Karl Rahner parece inclinarse a este punto de vista también. (21) Es muy interesante notar que el P. Arinterro aduce a Palafox como autoridad, porque éste escribió su tratado de ascética y mística, Varón de Deseos, para todos los fieles de su diócesis de Puebla. (22) Escribió Palafox:

... aunque este camino o vida mística parece sumamente dificultosa y áspera, es bien que esto se entienda con la diferencia que Nuestro Señor lo tiene explicado. Pues, aunque dijo: "Estrecha es la senda que nos guía a la eternidad" (Mt. vii, 14), también dijo: "Mi yugo es suave y mi carga leve" (Mt. xi, 30).

Porque, aunque es verdad que es muy dificultosa a la naturaleza, pero muy fácil a la gracia; en nuestras mismas fuerzas, imposible; con los auxilios y socorros divinos, fácil. (23)

Para describir el progreso en la vida, tanto ascética como mística, se ha hecho clásica la triple división, o vía: purgativa, iluminativa, unitiva. En la vía purgativa, el alma se esfuerza a desasirse del pecado, y de todo lo que la separa de Dios, y se purifica por medio de la oración y de prácticas de penitencia. En la vía iluminativa el alma ya ha superado los obstáculos, y empieza a conocer mejor a Dios, a tener gusto en su oración, y a tener un deseo cada vez más intenso de lograr la unión. Y en la vía unitiva el alma ya perfeccionada comienza a gozar de la unión con Dios en cuanto se pueda en esta vida. Existen estas tres etapas tanto en la ascética como en la mística, pero no deben considerarse como estrictamente cronológicas, como si hubiera que correr primero las tres etapas de la ascética y luego pasar por las tres etapas de la mística. Más bien hay compenetración de ascética y mística; eso es, el alma que ya avanza por las vías de la ascética, empezará a gozar de experiencias místicas transitorias -- y después de tal experiencia vuelve a la ascética. Así se ve que la ascética, que comprende el esfuerzo continuo del alma para vivir la vida cristiana, abarca mucho más que la mística, que consiste en experiencias transitorias que pueden ser muy infrecuentes. Para que una persona sea considerada como místico, las experiencias tendrán que ser bastante frecuentes, hasta que predomina la influencia de Dios sobre los esfuerzos propios. (24)

Ya hemos formulado una definición de la mística desde el punto de vista psicológico. Ahora vamos a resumir la doctrina teológica, citando algunas de las mejores definiciones. Antes que nada conviene precisar el uso de los términos "mística" y "misticismo". "Mística" es una palabra muy antigua y su uso se debe en gran parte a un autor desconocido que escribió bajo el seudónimo de Dionisio Areopagita, el converso de San Pablo, un opúsculo muy breve pero de enorme influencia en el misticismo occidental, La teología mística. (25) Se cree que era un monje de Siria de fines del siglo V; muestra gran influencia neoplatonista, y habla de la vía negativa para conocer a Dios, de llegar a penetrar la "divina oscuri-



dad", porque por medio "de la inactividad de todas las facultades de razonar el hombre es unido en su facultad más alta al que en absoluto puede conocerse; así no conociendo nada, conoce al que está más allá de su conocimiento." (26) Así es que "la mística" (los escritores de la Edad Media la llaman "contemplación") quiere decir el conocimiento misterioso y experimental de Dios. "Misticismo" es una palabra mucho más reciente, que según Sainz Rodríguez "es un derivado que precisamente por su indeterminación y vaguedad ha tenido gran fortuna y aceptación, pues se presta maravillosamente a ser usado en las más variadas esferas y ambientes." (27) El sufijo "-ismo" parece añadir la nota de sistema, escuela; sin embargo, prácticamente, muchos autores hablan igualmente del "Misticismo español" o de "la mística española."

Para completar, daré algunas definiciones, que a veces son más bien descripciones. El P. Antonio Royo Marín en trece páginas reúne las opiniones de los grandes autores de todas escuelas, y lo que se destaca es que "la mística como hecho psicológico es, ante todo, una experiencia de lo divino." (28) El P. Jean Danielou, S.J. dice que la mística es "el encuentro vivo con el Dios vivo." (29) Para el P. Jiménez Duque es "el misterio cristiano vivido con tal intensidad y altura que la parte de Dios parece prevalecer sobre la actividad humana." (30) Para Evelyn Underhill es "la aprensión de, o la comunión directa con, aquella realidad trascendental." (31) Pfandl, basándose en los términos de los grandes maestros espirituales, explica que es "la Unión del alma con Dios en la vida presente, la terrenal participatio visionis beatificae" [participación en la visión de Dios que tienen los santos en el cielo.] (32)

Pero ¿quién puede definir mejor la mística que el gran Doctor Místico, San Juan de la Cruz? "Esta Noche oscura es una influencia de Dios en el alma -- que la purga de sus ignorancias e imperfecciones habituales, naturales y espirituales, que llaman los contemplativos contemplación infusa, o mística teología, en que de secreto enseña Dios al alma y la instruye en perfección de amor, sin ella hacer nada ni entender cómo es esta contemplación infusa... Por cuanto es sabiduría de Dios amorosa ..." (33) De veras, son los místicos mismos, y

no los teólogos, que mejor nos describen la mística con su lenguaje poético. Así un místico francés: "Los místicos son unas almas que tienen alas; las demás deben pisar la tierra . . . sin esforzarse ella (el alma que Dios ha favorecido con la gracia mística) vuela más allá de los acontecimientos de la vida; fácilmente hace sacrificios donde otra alma temblaría de miedo ." (34) Y ¿qué dice Palafox de la mística? En su Carta Pastoral III, dice que:

En la ciencia moral, y natural, y otras, se aprende discurrendo, mas en la mística obrando. En aquéllas todo lo fragua el entendimiento, en ésta la voluntad. . . .entienda el que ha de aprender esta ciencia, na de seguir a este Señor con la Cruz sobre los hombros, como su Divina Majestad nos enseña: Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. (Mateo 16, 24) Por eso digo, que ésta es ciencia de seguir, no tanto de discurrir; y todo lo que en otras son discursos, aquí son pasos. (35)

### 3.- Los Grados de Oración

Dentro de las tres vías se puede tratar de precisar más los grados de progreso, según el tipo de oración o contemplación. No es posible trazar un mapa detallado, porque cada místico tiene su manera propia de describir sus experiencias místicas, y aun el mismo autor en diversas obras puede expresarse de distintas maneras. Cualquier esquema, entonces, será más o menos arbitrario, y no podrá aplicarse igualmente a todos los místicos. Como Santa Teresa se destaca por su clara exposición de una materia tan difícil de resumir, el P. Arintero dice: "Esta clasificación teresiana, sobre todo tal como figura en su pleno desarrollo en las Moradas, ilumina vivísimamente lo que parecía un caos, y así ha venido a servir de norma y de base a casi todos los autores que posteriormente han tratado de penetrar en los íntimos secretos de la psicología sobrenatural y declarar los verdaderos progresos de la vida mística, que antes aparecían como enigmas indescifrables." (36)

No nos detendremos en los grados de oración propios de la ascética, que son la oración vocal y la meditación u oración mental discursiva. Hay dos grados de oración de

transición entre ascética y mística. Primero la oración afectiva, en que predominan los afectos sobre los actos de razonar característicos de la meditación. Sigue la oración de simplicidad, o de simple vista amorosa, en que el alma goza tranquilamente de la presencia de Dios, sin querer ejercitar la voluntad y el intelecto, que Dios tiene cautivos. Esta oración es ya el comienzo de la contemplación, que es "una simple intuición de la verdad divina, procedente de la fe ilustrada por los dones del Espíritu Santo de entendimiento, sabiduría y ciencia en estado perfecto." (37) La contemplación en sus varios grados es la oración característica del místico. Ha habido en este siglo XX una gran controversia entre los partidarios de una contemplación "adquirida" por los propios esfuerzos, y los que dicen que toda contemplación es "infusa", que se debe a la influencia de Dios, y que no se puede conseguir por los esfuerzos. Muchos autores parecen hoy rechazar la contemplación "adquirida", mientras los carmelitas siguen defendiéndola. (38) Para éstos la contemplación adquirida es una zona intermedia entre la meditación y la contemplación infusa, un puente de contacto y tránsito. Se echa de ver que coincida más o menos con las oraciones afectiva y de simplicidad, oraciones de transición, así es que el desacuerdo es más bien de terminología.

El P. Arintero reduce los grados de la mística unión o de manifiesta contemplación a cinco, distribuidos en dos grupos: la unión conformativa, y la unión transformativa, que es la cumbre de la experiencia mística.

El primer grado de la unión conformativa es el reco-gimiento infuso, que es la unión del entendimiento con Dios, quien lo atrae, cautiva, purifica y enriquece. El segundo grado es la oración de quietud, o la unión de la voluntad con Dios, quien la atrae, fortalece y embriaga de deleites, paz y felicidad. El tercer grado es la unión en que todas las facultades del alma se unen con Dios; según la intensidad, puede ser unión simple, en que la cautividad se concentra principalmente en la voluntad, o la unión plena o extática, en que "las mismas facultades sensitivas desfallecen no pudiendo soportar tanto exceso de luz y ardor." (39)

En este grado suelen producirse los fenómenos que

se consideran tan característicos de los místicos, y que tanto han inspirado a los artistas, como por ejemplo, a Bernini, en su famosa escultura barroca "el éxtasis de Santa Teresa". El éxtasis y el rapto, en que el alma queda como fuera de sí; la levitación, en que el cuerpo se levanta del suelo; la bilocación, en que el cuerpo aparece en otro lugar, participando el rapto del espíritu; las heridas de amor, especialmente la estigmatización, la impresión de las llagas del Crucificado. Pero el lector de los grandes místicos, como San Juan de la Cruz y Santa Teresa, notará pronto que ellos no dejan de amonestar que hay que desconfiar de estos fenómenos, que no son esenciales a la mística, y que mientras el alma se purifica más y sube más, van desapareciendo. Observa bien Jiménez Duque acerca de estos fenómenos:

Pero, afirmémoslo enérgicamente, es que todo eso no es la mística, ni de suyo tiene nada que ver con ella. Todo eso puede ser repercusión de una vida realmente e intensamente mística, pero puede darse ésta sin que esta repercusión se produzca para nada. Y, por otra parte, esos mismos fenómenos pueden darse sin que haya ni siquiera una gota de gracia, de vida sobrenatural, en quien los sufre; por consiguiente, sin asomos remotos de una vida mística ni siquiera inicial.  
(40)

Llegamos al fin a los más alto de la vida mística, la unión transformativa, que algunos llaman "divinización". Hay que declararlo bien, que en los místicos ortodoxos, esto no tiene nada que ver con panteísmo o absorción completa en Dios. Es una unión sumamente íntima, que purifica y transforma el alma, pero ésta nunca pierde su identidad. Aquí más que nunca faltan palabras para expresar experiencias que son verdaderamente inefables. Por eso, los místicos han adoptado lo más apto a expresar esta unión, el lenguaje, el simbolismo del amor humano. Así es que el primer grado de unión transformativa se llama el desposorio, que es el comienzo, la promesa de la más alta unión; a veces es simbolizado por el cambio de corazones o con el regalo de un místico anillo. Esta promesa o desposorio se completa y se perfecciona en el famoso matrimonio espiritual, que significa la unión más alta y permanente que

el alma puede tener con Dios en esta vida, y que el gran místico flamenco, Juan Ruysbroeck, describe en palabras ardientes:

Los prodigios de lo Incomprensible que se contienen en este amor aplastan y exceden toda inteligencia creada. Por tanto, si el amor es transportado al lugar en que los prodigios se abrazan y se gustan sin extrañeza, el espíritu, mucho más alto que él mismo, consume con el Señor el misterio de la unión y en la unidad del fondo vital, en posesión de sí mismo y revestido de su imagen eterna, contempla y gusta sin medida, por medios divinos, el tesoro que es Dios mismo.

Las delicias del abrazo divino se renuevan en el fondo de nuestro ser por medio de una actividad que no disminuye jamás. Es el abrazo del amor en una complacencia mutua y eterna. Es una renovación que se lleva a cabo en todo momento, en el mundo del amor. (41)

Para completar esta descripción de los grados de contemplación y unión, hay que mencionar algo de las "noches místicas" que San Juan de la Cruz supo describir con toda su desolación y pena. Estas noches son períodos de purificación, aridez, sufrimiento por los que el místico tiene que pasar antes de subir más al Monte Carmelo hacia la plena unión con Dios. La primera noche es la noche del sentido, en que se purifican los sentidos, no sólo los sentidos corporales, sino también los interiores: imaginación, memoria, y el entendimiento en cuanto discursivo; todo se purifica de imperfecciones, y se sujeta a la influencia de Dios. Esta purificación es necesaria para entrar en la unión conformativa, y así tiene su lugar más o menos entre la vía purgativa y la vía iluminativa.

Antes de entrar en la vía unitiva y los más altos grados de unión, el desposorio y el matrimonio espiritual, hace falta una segunda purificación, "más oscura y tenebrosa y terrible" según San Juan (42), la noche del espíritu. En esta noche el alma sufre, explica el Doctor Místico, "por la alteza de la Sabiduría divina, que excede al talento del alma, y en esta manera le es tiniebla; la segunda, por la bajeza e impureza de ella, y de esta

manera le es penosa y aflictiva, y también oscura." (43)

Toda esta descripción de la experiencia y de la vía mística nos servirá para averiguar si o no era místico práctico el venerable Juan de Palafox y Mendoza, o si sólo era doctrinario, eso es, que había estudiado bien las obras de los grandes místicos y supo enseñar bien lo que había aprendido. Pero como me interesa sobretodo el aspecto literario, termino este capítulo con unas observaciones sobre la manifestación literaria de la experiencia mística, particularmente en la España de los siglos de oro.

### Misticismo y Literatura

El obstáculo más grande para los místicos españoles y los de cualquier país, al tratar de describir sus experiencias, es la lucha para buscar palabras, para expresar algo que es inefable. Ya hemos visto que las altas experiencias místicas no caben dentro de lo común ni psicológica ni teológicamente. Nuestro lenguaje humano sirve muy bien para hablar de lo que vemos y tocamos todos los días. Por los siglos se ha adaptado y enriquecido para expresar bastante bien conceptos de ciencia, filosofía y teología. Pero, al entrar en la literatura mística, se encuentran dificultades especiales. Los místicos han experimentado la presencia de Dios, y algunos de los más favorecidos han logrado la unión con El -- pero al hablar, al tratar de comunicarnos a los demás, se asemejan al hombre de la famosa parábola de Platón, que se escapó de una cueva donde todos estaban encadenados frente a una pared, así que veían sólo sus sombras. El fugitivo pudo salir de la cueva y ver todos los colores y bellezas de la naturaleza. Cuando él regresó a sus compañeros para contarles las maravillas que había descubierto, éstos, por no conocer sino las sombras, no quisieron creerle. Así los místicos balbucean, vacilan, buscan metáforas y símbolos -- y siempre, por más éxito que tengan en su expresión, se quejan de que sólo alcanzan a darnos una remota impresión de lo que han experimentado. San Juan de la Cruz dice:

Y tanto levanta entonces y engrandece este abismo de sabiduría el alma, metiéndola en las venas de la ciencia de amor, que le hace conocer, no solamente quedar muy baja toda condición de

criatura acerca de este supremo saber y sentir divino, sino también echa de ver cuán bajos y cortos y en alguna manera impropios son todos los términos y vocablos con que en esta vida se trata de las cosas divinas, y cómo es imposible por vía y modo natural, aunque más alta y sabiamente se hable en ellas, poder conocer y sentir de ellas, como ellas son, sino con la iluminación de esta mística teología. (44)

Y Sainz Rodríguez escribe:

Toda obra de arte es una lucha por la expresión, siendo por esto el análisis de los medios expresivos el fundamento de la moderna crítica literaria. Los místicos, además de la dificultad común a todo poeta o escritor, luchan con la dificultad básica de pretender explicar con el lenguaje escrito una experiencia psicológica - cuya característica fundamental es la inefabilidad. De aquí la continua utilización de metáforas y de símbolos en la expresión estilística e ideológica. (45)

Esto ya explica por ejemplo, la abundancia de simbolismo erótico, tomado del amor humano. No es necesario, sin embargo, buscar una interpretación freudiana; es natural aprovechar tal simbolismo para expresar una unión de amor. Además, en la filosofía neoplatónica que tanto influyó en muchos místicos (en obras como los Diálogos de Amor de León Hebreo) y en el libro predilecto de los místicos, el Cantar de los cantares, hay abundancia de tal simbolismo. (46) Pero hay muchísimos símbolos más: la misma vía mística se compara a una subida al Monte Carmelo (San Juan de la Cruz) o al Monte Sión (Bernardino de Laredo); a una escalera que conduce al paraíso (San Juan Clímaco); a la penetración hacia el Castillo Interior (Santa Teresa). Santa Teresa compara la acción de Dios en el alma a diversas maneras de regar un huerto. San Juan compara la unión del alma con Dios con un rayo de luz que pasa por un vidrio. Y Santa Teresa declara francamente al principio de su Vida: "Por claro que yo quiera decir estas cosas de oración, será bien oscuro para quien no tuviere experien

cia". (47) Y San Bernardo dice: "Tal vez alguno insista aún preguntándome qué cosa sea gozar del Verbo. Respondo: Pregúntelo más bien a un experto. Y aun cuando a mí se me hubiera dado experimentarlo, ¿creéis acaso que podría cuando quisiera expresar lo inefable?... Aquello me es dado experimentarlo, mas no puedo comunicarlo, aunque, condescendiendo con vuestra flaqueza, procuro hablaros de lo que podéis entender." (48) Quizás el testimonio más impresionante sea el de Blas Pascal, en un fragmento de pergamino hallado a su muerte, dentro de su camisa. El gran filósofo y maestro de estilo francés se quedó balbuceante al tratar de conservar la memoria de una experiencia altamente mística:

Desde las diez y media de la noche hasta más o menos una media hora después de medianoche. FUEGO. Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob, no El de los filósofos y los eruditos. Certidumbre. Gozo. Certidumbre. Emoción. Vista. Gozo, Olvido del mundo y de todo lo que no es Dios. El mundo no te ha conocido, pero yo sí. ¡Gozo! ¡Gozo! Lágrimas de gozo. Dios mío, ¿me abandonarás? Que yo nunca me separe de ti. (49)

Cronológicamente el florecimiento de literatura mística en la España del siglo XVI es la última de las grandes manifestaciones colectivas de la mística. Y no es una mera coincidencia que ocurra al mismo tiempo que el gran florecimiento de la literatura nacional. Es el feliz conjunto de una preparación espiritual (literatura ascética, espíritu vigoroso de la "Contrareforma") y literaria (renacimiento, humanismo, España en su apogeo político y culturalmente) que produce una de las literaturas místicas más abundantes y ricas del mundo. Es precisamente en esta época de un vigor ilimitado del espíritu -- la reforma de las órdenes religiosas, la fundación de los jesuitas, el gran esfuerzo misionero en las Américas y en las Indias, la reacción contra los reformadores heterodoxos, que la lengua se va perfeccionando y adaptando, y se presta a la mejor expresión de la mística.

Según Menéndez y Pelayo el número de obras místicas de la Edad de Oro se estima en tres mil; y este hecho por sí solo muestra lo extraordinario de este flo



recimiento. (50) Conviene, antes de dar las características literarias, presentar un breve esquema histórico. Sainz Rodríguez divide el período de florecimiento en cuatro etapas.

1).- Importación e imitación de autores extranjeros, especialmente los místicos flamencos, alemanes e italianos. (hasta 1500) Libros como La imitación de Cristo se publican en España.

2).- Asimilación (1500-1560), en que los españoles se hacen maestros y empiezan a producir obras originales. El beato Juan de Avila, del clero secular, escribe obras maestras como Audi, Filia en que predomina la ascética. Escribe sus primeras obras fray Luis de Granada, dominico "con alma franciscana", uno de los más grandes místicos españoles. Y fray Francisco de Osuna, más distinguido de los místicos franciscanos, escribe sus Abecedarios.

3).- Aportación y producción nacional (1560-1600), la cumbre de la mística española. San Juan de la Cruz y Santa Teresa, los dos grandes carmelitas, escriben sus obras maestras, que señalan el nivel más alto, no sólo de la mística española, sino de la mística universal. Fray Luis de León, gran humanista, poeta y místico, también merece ser colocado en la cumbre, con otros místicos franciscanos, como fray Diego de Estella.

4).- Decadencia (siglo XVII), en que los autores más bien escriben compilaciones doctrinales que descripciones de experiencias propias. (51) Esta cuarta etapa es la que nos interesa especialmente, por ser la de Palafox (1600-1659), y tendremos que averiguar si él cabe plenamente en la decadencia o si conserva algo de la grandeza de la etapa anterior.

¿Cuáles son entonces las características de la literatura mística española? En primer lugar sobresale el valor estético del estilo de los grandes místicos. San Juan de la Cruz es uno de los mejores - poetas líricos de España; la prosa de Santa Teresa es modelo de sencillez y claridad; y Menéndez y Pelayo no vaciló en calificar el estilo de fray Luis de León en Los nombres de Cristo "de calidad superior al de cualquier otro libro castellano." (52) Por eso los escritores místicos interesan no sólo por ser místicos, sino también por ser escritores de primera categoría.

Otra característica de los místicos españoles es su evidente tendencia didáctica. No escriben únicamente para dar expresión a sus experiencias. Se entusiasman para enseñar el camino hacia la unión con Dios a los demás, y lo hacen con notable claridad. Así Santa Teresa y San Juan escriben especialmente para sus hermanas y hermanos carmelitas; Palafox quiere enseñar a todos sus feligreses de la diócesis de Puebla; fray Luis de Granada dirige su Guía de Pecadores a una noble dama, y al través de ella, a muchas almas. El secreto del éxito que tienen es que su experiencia de introspección y en la dirección de almas los hizo psicólogos expertos en analizar los estados de su propia alma y de las almas de los demás. Pfandl explica acerca de Santa Teresa que:

Por esto todos cuantos se han esforzado en pensar seriamente sobre este problema, no han podido hallar otra explicación que la inspiración mística de la Santa, para el hecho de que fuese capaz de expresar con tanta perfección de palabra los secretos de su alma y de traducir sus pensamientos y sentimientos sobrenaturales con las comparaciones más sencillas e inteligibles, y de que aventajara tanto a los místicos medievales en la descripción de las experiencias internas, en fuerza de penetración psicológica y en capacidad definidora. (53)

Igualmente típica de estos escritores es su amplia educación y preparación. Fray Luis de León sobresale a todos como humanista y erudito, además de ser teólogo y lingüista. Sus traducciones de poetas latinos, su dominio del hebreo, y sus obras bíblicas muestran su erudición. San Juan de la Cruz y fray Luis de Granada muestran la profunda formación teológica que recibieron en las universidades, y además una asombrosa familiaridad con las Sagradas Escrituras. Y Santa Teresa, a pesar de su falta de estudios formales, muestra en sus escritos unas lecturas espirituales amplísimas.

Otra característica, observa Sainz Rodríguez, es el "enorme predominio de la literatura ascética sobre la propiamente mística." (54)

Además, dentro de la propiamente mística, predomina la mística doctrinal sobre la experimental. Esto resulta seguramente del afán didáctico de los místicos; quieren enseñar, indicar la vía mística, y como el camino abierto para todos es el de la ascética, éste es el que enseñan con más cuidado. El hombre sólo puede disponerse para la mística, siendo fiel a la práctica de la ascética -- sólo Dios puede coronar sus esfuerzos con la experiencia mística. Los místicos, sabiendo que de hecho son pocas las almas que llegan a la mística, dedican más obras para enseñar a todos los medios de acercarse a Dios.

La feliz unión de la vida contemplativa y la activa, aunque no es exclusivamente característica de los místicos españoles, fue llevada a una perfección maravillosa por ellos. Cuanto más altos fueron sus vuelos místicos, tanto más pudieron contribuir a la historia por sus esfuerzos sobrehumanos contra graves obstáculos. Santa Teresa es el ejemplo clásico; vemos en ella la vida más activa de reformadora de su orden y fundadora de treinta y dos conventos, combinada con la de una mística de primer orden y autora de algunos de los mejores libros de la literatura castellana. Fray Luis de León unió la vida de gran erudito y profesor de teología en Salamanca con la vida mística. Y el beato Juan de Avila, a pesar de su inmensa labor de misionero y predicador que le ganó el título de "Apóstol de Andalucía", escribió obras ascéticas y cartas espirituales que revelan su profunda vida espiritual. Y San Ignacio de Loyola, seguramente un gran místico, pudo fundar la Compañía de Jesús, que tanta importancia había de tener en la Contrarreforma. Veremos también en la vida de Palafox la unión de una vida espiritual profunda con una incansable actividad eclesiástica y política en Puebla.

Por fin, el amor de los místicos, su inspiración, la "llama de amor viva" que canta San Juan de la Cruz, no dejan de impresionar al más escéptico de los lectores. Somos los hombres de la cueva de Platón; sin embargo, aunque no comprendamos mucho de lo que nos dicen los místicos, su ardor, su sinceridad, su embriaguez de amor, despiertan algo en nosotros. Son capaces de arrancar de un escritor tan sobrio como Pfandl expresiones tan poéticas como:

La mística española es en su conjunto un cántico poderoso y único al amor. Raras veces vió el mundo más conmovedor espectáculo: descalzo, vestido de ásperos hábitos, pálido, demacrado, muerto para el mundo, pero abrasado de fuego interior, desfila el cortejo de los místicos, no llevando en la mano ni la cruz, ni la espada, ni la Biblia, sino su propio corazón inflamado, predicando el amor. (55)

Vamos a ver en la vida y obra del venerable Palafox qué lugar ocupa en este "Cortejo de los místicos", en este "Cántico poderoso y único al amor":

¡ Oh, amor mío!  
 Dadme amor,  
 y dilatad el lugar  
 en que os amar.

Porque en vaso como el mío,  
 ¿qué puede haber, Señor,  
 de vuestro amor?

Ensanchad mi corazón  
 que es pequeño  
 para ser habitación  
 de tan gran Dueño. (56)

CAPITULO SEGUNDO

EL AMBIENTE RELIGIOSO

DE LA NUEVA ESPAÑA EN EL SIGLO XVII

## CAPITULO II

El ambiente religioso de la Nueva España en el Siglo XVII

Juan de Palafox y Mendoza, Obispo de Puebla, presentado para Arzobispo de México, Virrey, Visitador General, y Juez de Residencia de tres Virreyes, es sin duda una de las figuras más destacadas de la historia de la Nueva España. Si decir que él fue "uno de los hombres más enigmáticos y complejos que jamás han existido" (1) parece bastante exagerado, no se puede negar que es difícil penetrar por su múltiple actuación de eclesiástico, gobernante, y escritor, hasta su verdadera personalidad. Para hacerlo, además de su biografía, tendremos que estudiar el ambiente religioso del imperio español en su siglo, particularmente de la Nueva España, que fue el escenario, no sólo de su principal actuación como Obispo y Virrey, sino también el lugar donde escribió varias de sus obras más valiosas de ascética y mística, como El Pastor de Nochebuena, la Vida Interior, y el Varón de Deseos. No fue ligera la decisión de Felipe IV de nombrar para la diócesis de Puebla de los Angeles, una de las más importantes de América, al joven Consejero de Indias, don Juan de Palafox y Mendoza, bien preparado en derecho en Salamanca y Alcalá y ya distinguido por su desinteresada y brillante actuación en el Consejo. El Rey tenía una misión muy especial y muy ardua para Palafox, por la cual iba a batallar y sufrir mucho.

1.- La Conquista Espiritual de México

El nuevo Obispo de Puebla llegó al puerto de Veracruz en 1640. Ya hacía más de un siglo que el imperio azteca había caído frente a Cortés y sus valientes soldados y aliados, y que habían llegado los primeros frailes para empezar la conquista espiritual de la Nueva España. No se entiende el estado religioso de la colonia en el siglo XVII sin apreciar la maravillosa labor de evangelización de los religiosos del siglo XVI, quienes por sus incansables viajes, predicación, amor a los indígenas, y elocuente ejemplo de pobreza y caridad, plantaron firmemente el cristianismo en la Nueva España.

Los primeros frailes que llegaron representaban la flor de los conventos de España, mostrando ya la influencia de las reformas del cardenal Cisneros. Se unían en ellos una profunda educación humanista y un espíritu misionero pocas veces igualado en la historia. Se ven claramente en su humanismo las huellas profundas de los grandes humanistas europeos: Tomás Moro, Luis Vives, y sobre todo Erasmo de Rotterdam, pero añaden una nueva dimensión. Ya no es el humanismo académico, teórico, "libresco", sino un humanismo activo, práctico, "humano, vivo e integral", "lice Méndez Plancarte, (2) que influyó muchísimo en la formación de la sociedad de la colonia, un humanismo "que exaltaba la dignidad inviolable de toda persona humana". (3)

Es natural que la influencia del gran Erasmo, que tan hondamente penetraba la España del siglo XVI, se extendiera a América. Marcel Bataillon ha demostrado con abundantes pruebas que "el erasmismo, en suma, se halla en el núcleo mismo de los movimientos llamados Reforma y Contrarreforma." (4) Por los dos tomos eruditos de Bataillon se traza la influencia de Erasmo al través de las grandes figuras de la Iglesia, del Estado, y de la literatura: Luis Vives, Alfonso de Valdés, secretario de Carlos V, y su hermano Juan, Juan de Vergara, secretario de Cisneros, el arcediano de Alcor, traductor del Enchiridion (Manual del soldado cristiano) de Erasmo, en el gran Cervantes mismo, y en la literatura ascética y mística. Los libros del humanista de Rotterdam alcanzaron gran popularidad en España, según escribe el Arcediano de Alcor al mismo Erasmo, defendiendo su traducción:

En la corte del Emperador, en las ciudades, en las iglesias, en los conventos, hasta en las posadas y caminos, todo el mundo tiene el Enchiridion de Erasmo en español. Hasta entonces lo leía en latín una minoría de latinistas, y aun éstos no lo entendían por completo. Ahora lo leen en español personas de toda especie, y los que nunca antes habían oído hablar de Erasmo, han sabido ahora de su existencia por este simple libro. (5)

¿En que consistía aquella poderosa atracción que ejercía el pensamiento de Erasmo no sólo en España, sino por toda Europa? ¿Eran los ataques satíricos sobre el

formalismo, los abusos que existían en la Iglesia? La reforma sí se necesitaba, pero el mensaje de Erasmo era mucho más que una mera crítica. Lo que más impresionaba a los espíritus nobles de Europa era su llamado a un cristianismo más puro, más evangélico, más auténtico. Dice el profesor Dolan en su introducción al Enchiridion:

El propósito de la teología de Erasmo era hacer la práctica de la fe más interior, más espiritual, una relación más personal entre el alma individual y Dios. Erasmo era ante todo un hombre práctico, y por eso da tanta importancia a la retórica y la elocuencia en cuanto aportan fervor y color y transmiten los ideales vivos del Evangelio. Esta practicalidad es la clave para comprender su reforma de la enseñanza de teología. Para él el método demasiado racional y analítico que dominaba antes de su tiempo impedía que el estudiante, y al cabo el pueblo cristiano viera las realidades teológicas como son, es decir, en el cristiano de carne y hueso. Quería devolver la unidad a estas realidades presentándolas a la manera más concreta de los escritores bíblicos y los Padres de la Iglesia. (6)

Este anhelo, este desafío a buscar un cristianismo más interior, más puro, encontró una resonancia en las aspiraciones de los frailes franciscanos, dominicos, y agustinos, que fueron llamados a la inmensa tarea de fundar la Iglesia en el Nuevo Mundo. Y allá, sin las restricciones y oposiciones que encontraba el erasmismo en Europa, pudieron ponerlo en práctica, pudieron tratar de establecer, desde el principio, esta iglesia más espiritual. Convirtieron, dice Gallegos Rocafull, a toda la Nueva España "en un gran laboratorio". (7) Un ejemplo que descuellos es el famoso obispo Don Vasco de Quiroga, apóstol de Michoacán. Tomó la Utopía de Tomás Moro, el gran humanista inglés, y literalmente estableció esta sociedad ideal en sus hospitales, o pueblos, entre los indígenas de la ciudad de México y de Michoacán. Silvio Zavala ha mostrado cómo "Tata Vasco" siguió el modelo trazado por Moro en las ordenanzas que redactó para el gobierno de estos hospitales. (8)

Hay muchos ejemplos de influencia erasmista en el Nuevo Mundo: por ejemplo, un Francisco de Saavedra, procesado en México por la Inquisición en 1539, que había



leído un libro de Erasmo con un amigo; Diego Méndez, de Santo Domingo, que menciona cinco libros de Erasmo en su testamento; Lázaro Bejarano, otro humanista procesado por la Inquisición; y Fernando Colón, hijo del descubridor, era ardiente erasmista. La figura que parece haber tenido más relación personal con Erasmo es Pedro de la Torre, que declaró haber sido paje y criado de Erasmo. (9) Los erasmistas que fueron procesados por la Inquisición en el Nuevo Mundo salieron con castigos mucho más ligeros que los de sus semejantes en España. ¿Por qué? José Almoína opina que se trataba:

... de la existencia de un ambiente que, con más libertad o menos ataduras que en la Península, lejos de incómodas presiones y suspicaces vigilancias, se iba formando en favor del erasmismo por coincidencia espiritual y afectiva, por pura emoción y "Utopía" entre los más selectos representantes de la Conquista y Colonización. (10)

Pero el erasmista más distinguido de la Nueva España es nada menos que fray Juan de Zumárraga, primer Arzobispo de México. Es además un "humanista integral" como dice Méndez Plancarte, "uno de aquellos egregios varones que, con su vida o con su enseñanza, sembraron entre nosotros esa fértil semilla, destinada a convertirse en el árbol de nuestra cultura." (11) Lo que hizo este digno fundador de la Iglesia mexicana es impresionante: organizó la Iglesia, mantuvo paz entre autoridades civiles y eclesiásticas, y entre los religiosos mismos, trajo la imprenta, fundó colegios. (12) Y no cabe ninguna duda del uso que hace Zumárraga de obras de Erasmo y de discípulos españoles del maestro. En todas las obras de doctrina que publicó el arzobispo se notan huellas de Erasmo, pero particularmente en la Doctrina Breve de 1544, en que aprovechó no sólo el pensamiento de Erasmo, sino que también copió párrafos enteros del Paraclesis. (13) De la Doctrina Cristiana de 1546, la primera parte es una reimpresión de una obra de uno de los erasmistas más fervorosos de España, Dr. Constantino Ponce de la Fuente, que había de morir en las cárceles del Santo Oficio. (14) También se nota clara influencia de Erasmo en la Regla Cristiana Breve de 1547, directa e indirecta, como nota Almoína:

Esta técnica de injertar la sabiduría pagana en el

cuerpo doctrinal del cristianismo, este procedimiento de asimilar la moral estoica a la evangélica nos permite situar a Zumárraga en el campo de los cultivadores del humanismo cristiano y considerarle como el trasplantador e iniciador en América de aquella fecunda corriente, tan parata al humanismo peninsular, que tuvo en México ilustres continuadores, y uno de cuyos testimonios plásticos se nos ofrece, por ejemplo, en los murales del convento agustino de Atotonilco el Grande con las figuras de Pitágoras, Sócrates, Platón, Cicerón, Séneca, y San Agustín; esta pictórica exaltación humanista es la más elocuente demostración de la existencia de un ambiente espiritual saturado de influencias clásicas para cuyo entendimiento las citas de Zumárraga resultan importantes antecedentes reveladores. (15)

Y es interesante notar que Palafox en el siglo XVII continúa esta tradición; por ejemplo, en las Notas a las Cartas de Santa Teresa, se refiere muchas veces a autores clásicos, especialmente al estoico Séneca, y también en el Varón de Deseos hay muchas referencias a los autores antiguos. (16)

El gran éxito de estos misioneros humanistas se debía a que este anhelo humanista de renovación religiosa y todos los tesoros del pensamiento de los grandes escritores clásicos estaba al servicio de un inmenso celo apostólico y un amor generoso a los indígenas. Podríamos añadir a los ejemplos de Quiroga y Zumárraga, a fray Julián Garcés, predecesor de Palafox y primer obispo de Tlaxcala-Puebla, humanista consumado, digno discípulo del famoso humanista español, Antonio de Nebrija. Por el año de 1537 escribió una carta al Papa Paulo III en elegante latín, defendiendo a los indios, cuyos niños "escriben en latín y romance mejor que nuestros españoles." Para Méndez Plancarte esta epístola es un "venerable monumento y piedra fundamental del humanismo en México." (17)

Pero a pesar de este amor generoso, hubo entre los frailes de la Nueva España cierta corriente rigorista que se mostraba especialmente en limitar la recepción de la Eucaristía. Ricard hace la observación que los frailes en su mayoría "demostraron mucha más desconfianza no

sólo que el clero de España, el cual trabajaba en medio bien distinto, sino que los jesuitas portugueses del Brasil, cuya actividad apostólica se dirigía, sin embargo, a poblaciones menos civilizadas y menos dotadas que las de México." (18) Este "rigorismo pesimista" como lo llama Ricard, exigía abstención de relaciones conyugales antes de comulgar, y hacía infrecuente la recepción del sacramento, una tendencia que llegó a tener su forma más desarrollada e insidiosa en Francia en el siglo XVII, el jansenismo. Menciono esta tendencia aquí para indicar que la austeridad que se encuentra en la espiritualidad de Palafox tiene antecedentes, y que no hay que concluir necesariamente que viene de la influencia de Jansenio, su contemporáneo. Pero estudiaremos las relaciones de Palafox con los jansenistas - cuando hablemos de su espiritualidad.

Ricard limita la "Conquista espiritual" de México como intitula su excelente estudio del apostolado de las órdenes mendicantes, entre los años de 1523, llegada de los franciscanos, y 1572, llegada de los jesuitas. (19) Claro está que la obra de conquista no fue completada totalmente en 1572, pero sí la obra principal, y además, los jesuitas con su valiosa contribución a la educación, iban a hacer mucho para elevar el nivel del clero secular, y así promover la organización de la Iglesia, facilitando la entrega de parroquias a curas del clero secular. Así es que por el año de 1572, está terminando la etapa primitiva de la Iglesia, la etapa de conquista y misión en que las tres grandes órdenes mendicantes llevan la palma; y está comenzando la segunda etapa, la de organización y consolidación. Esta etapa, que apenas empieza a fines del XVI, dura por la primera mitad del XVII, el tiempo de la venida de Palafox al Nuevo Mundo.

Antes de describir la organización de la Iglesia, convendría señalar la debilidad principal de esta magnífica labor de evangelización que hicieron los frailes, que fue el no crear un clero indígena. Así que la Iglesia fundada en la Nueva España quedó incompleta, y era más una Iglesia española en América que una Iglesia verdaderamente indígena. No era "una emanación del mismo México, sino de la metrópoli, una cosa venida de fuera, un marco extranjero aplicado a la comunidad indíge-

gena... una Iglesia colonial." (20) Eso no quiere decir que los frailes no hicieran esfuerzos para formar clérigos indígenas. Notable entre estos esfuerzos fue la fundación en 1536 del Colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco en México, para dar estudios mayores a jóvenes indígenas, y especialmente para que salieran muchos sacerdotes. Pero, por varias razones, en este aspecto fracasó; preparó a muchos latinistas y traductores, pero ni un solo sacerdote indígena. (21) A consecuencia del fracaso del seminario, y otras experiencias semejantes, las grandes esperanzas de un clero indígena se trocaron en desconfianza, la cual llegó a prohibir la ordenación de mestizos, indios y negros en el Concilio Mexicano de 1555, y semejante prohibición en el Código Franciscano de 1570, excluyendo a los indios inclusive de las órdenes menores, por falta de aptitudes necesarias. (22)

## 2.- Organización de la Iglesia

A pesar de este error, que nadie podía adivinar en aquel tiempo, el papel de los frailes en la Conquista espiritual es uno de los más heroicos en toda la historia de la Iglesia. Durante aquellos años en que ellos prácticamente solos sostuvieron todo el peso de la labor de evangelización de manera completamente desinteresada, sacrificándose por los indígenas, recibieron, a consecuencia del amor que les tenían tanto los españoles como los indios, muchos bienes materiales (hay que exceptuar a los franciscanos), y muchos privilegios y exenciones, para que cumplieran su misión sin restricciones. Todo eso estuvo muy bien en aquellos primeros años, cuando había pocos sacerdotes del clero secular, y los religiosos abrían la brecha. El P. Constantino Bayle, S.J., en su interesante estudio, El Clero Secular y la evangelización de América, explica por qué el clero secular de suyo no está para sostener el apostolado de penetración entre bárbaros: no es por falta de celo apostólico ni de valor para sufrir la vida dura de misionero, sino que el misionero, para tener pleno éxito en su objeto principal, que es establecer la Iglesia, necesita tener la seguridad de sustento, apoyo, y de saber que su trabajo no se echará en saco roto, que cuando él ya no tenga fuerzas para obrar, le seguirán otros "antes que se ciegue el surco a medio abrir." (23) Es fácil ver que los religiosos, con

su mayor cohesión, reservas de personal y recursos, están mejor adaptados para esta misión, mientras los clérigos están más para afianzar, organizar, ampliar una vez que están establecidas cabezas de playa entre los paganos.

Lo difícil, como en toda transición, es precisar -- ¿cuándo termina la etapa de conquista, y cuándo empieza la de consolidación? ¿Cuándo llega el momento en que los religiosos han de retirarse y entregar las nuevas comunidades cristianas al clero secular? En esto se encuentra la clave para comprender los desafortunados pleitos entre los religiosos y los obispos y el clero secular, a veces bastante escandalosos, de los que no fueron los menos ruidosos los pelitos entre Palafox y varios grupos de religiosos en Puebla, señaladamente los jesuitas. ¿Cuándo hay suficientes clérigos para tomar a cargo las parroquias? ¿Están bien preparados, y tendrán el mismo amor a los indígenas que tenían los religiosos? ¿Aprenderán los idiomas, entenderán las costumbres, se sacrificarán para proteger a los nuevos cristianos? Es natural que los frailes, quienes habían ganado estas almas para Cristo a costa de tantas labores y hasta de su sangre, no quisieran ceder sus rebaños de hijos muy queridos a unos recién venidos. Y tampoco querían ceder sus privilegios y exenciones que los papas y los reyes les habían otorgado, y que todavía creían necesarios para su apostolado. Sus privilegios, por ejemplo, el de confesar en cualquier diócesis una vez aprobados por cualquier obispo, eran necesarios en el principio, cuando había pocos obispos, y enormes distancias, pero tales privilegios, que les dieron cierta autonomía eclesiástica, llegaron a ser más bien molestos y causas de discordia cuando ya había varias diócesis, y la organización estaba ya bastante desarrollada. Igualmente, la cuestión de diezmos: estaban muy bien las exenciones de diezmos sobre los bienes que se donaban a la órdenes cuando todo el empeño de obispos y religiosos era abrir brecha, y establecer comunidades cristianas, pero con los obispados ya establecidos, y con la necesidad de sostener la mitra, el cabildo, construir una catedral, seminario, parroquias, colegios y hospitales, hacían falta los diezmos de las extensas propiedades que iban adquiriendo los grupos de religiosos.

Estos pleitos, como es evidente, provenían del mismo desarrollo de la Iglesia en el Nuevo Mundo, así es que no estaban limitados ni al tiempo de Palafox, porque empezaron ya en el siglo XVI, ni a su obispado de Puebla, ni siquiera a México, sino que también hubo tales problemas en el Virreinato del Perú. Veremos - las cuestiones de parroquias, privilegios y diezmos en más detalle cuando tratemos de los pleitos que tuvo Palafox con los franciscanos y jesuitas de Puebla; cerramos esta parte con las palabras del historiador de la Iglesia en México, el P. Mariano Cuevas, S.J., por cierto no muy afecto a Palafox; hablando de las parroquias, juzga que:

... lo que iba tan lentamente hasta el año de 1642, avanzó de un golpe, bien sonado por cierto hasta en las mismas curias europeas, al hacerse cargo don Juan de Palafox y Mendoza de la visita oficial de estos reinos y de la administración particular de su diócesis angelopolitana.

Mas la verdad es que tanto él como los otros preladados, si no siempre en la forma en que lo ejecutaron, en el fondo sí llevaban la razón, lo que en el siglo XVI venía a ser un absurdo, como lo hubiera sido en efecto dejar aquellas plantas tan tiernas en manos de un clero tan escaso y por lo común tan deficiente, en el siglo XVII, era lo indicado y hasta lo conveniente. Las parroquias estaban ya encarriladas, y los clérigos, numerosos y hábiles mucho más que los de la anterior centuria, podían muy bien hacerse cargo de ellas. Por otra parte, los frailes ya no podían decir que tenían gracia de estado, aunque fuera per accidens, para esa vida de relativa comodidad y de casi absoluta independencia en que no pocos naufragaron. Bien sabido es que ninguna de las tres órdenes es estrictamente monacal y que la vida apostólica dice muy bien con su instituto, pero para ejercitarla no era preciso tener la vida precisamente parroquial ni menos teniendo como tenían, tan vastas regiones para evangelizar en nuestro norte, y a sus propios hermanos y compañeros en aquellas lejanías, tan solos y tan desamparados (24)

Para entender este afán de obispos como Palafox, en el siglo XVII, hay que saber algo del Concilio Ecu­mé­nico de Trento, convocado en el siglo anterior (1545-1563) para hacer frente a la llamada reforma protestante, y para reorganizar y reformar la Iglesia desde adentro. Como observa Gallegos Rocafull, "en menos de una centuria la Nueva España deja de ser un país de misiones y se convierte en una de las cristiandades más florecientes de todo el mundo." (25) Así es que ya era tiempo de poner en práctica la legislación y las recomendaciones del Concilio, que mucho más que una mera oposición al movimiento protestante, había presentado un vasto plan de reorganización y reforma de disciplina eclesiástica. Claro está que en la etapa de misión no era posible llevar a cabo las recomendaciones para organizar parroquias y diócesis, fundar seminarios, y especialmente realzar la autoridad del obispo, sujetando a los curas y las parroquias a la autoridad episcopal, dando una estructura mucho más rígida que la de las "doctrinas" de indios, en que el religioso llegaba a ser director (casi cura) con sólo ser nombrado por su legítimo superior, con aprobación del obispo y de la autoridad secular, representante del Real Patronato. (26) Es verdad que Felipe II obtuvo del Papa una Bula, Exponi nobis, que suspendió esta disposición de parroquias en la Nueva España, conservando los privilegios que los religiosos tenían para administrar los sacramentos sin autorización expresa del obispo; sin embargo, en el tiempo de Palafox, el Rey y el Papa deseaban que se cumpliera ya con el Concilio.

Ya en el siglo XVI hubo varias juntas eclesiásticas, y tres Concilios Provinciales Mexicanos, para organizar la Iglesia, y con el fin de trabajar en conjunto para la evangelización. El primer Concilio, en 1555, tendió ya a limitar la autoridad e independencia de los religiosos, y causó que los religiosos apelaran al Consejo de Indias. (27) El segundo, en 1565, tuvo por fin jurar y recibir los decretos del Concilio de Trento, y disponer reglas para el buen gobierno de la Iglesia en la Nueva España de acuerdo con Trento. Mostró mucha solicitud por los indígenas y para que la Audiencia cooperara a cumplir lo dispuesto por Trento. Estos primeros dos Concilios hicieron mucho, pero aun más importante fue el tercero, en 1585, "monumental" lo califica Cuevas,

porque instituyó "la legislación eclesiástica mexicana que debía servir de norma a esta cristianidad por más de tres siglos." (28) Sigue insistiendo en la defensa de los indios; además de decretos en su favor, escriben al Rey los obispos para describirle las injusticias. Hubo numerosos decretos (576) sobre parroquias, sacramentos, curas, clérigos, conventos, visitas, censuras, juicios, delitos y penas. Fue en resumen un Concilio muy bien llevado a cabo, muy en acuerdo con Trento. A pesar de fuerte oposición de parte del Virrey y de la Audiencia, ciertos cabildos y clérigos, y los religiosos, fue aprobado por Roma, y rigió la Iglesia por todo el tiempo de la colonia.

En efecto se nota, en el siglo XVII, la ausencia de este trabajo de conjunto de parte de los obispos mexicanos. Cuevas opina que un factor importante es la ausencia entre los obispos de este siglo de figuras eminentes como Zumárraga, Quiroga, Garcés, y Montúfar en el anterior, quienes a pesar de sus labores apostólicas se esforzaron para tener sus juntas. Además hubo inevitable disminución del prístino celo, disminución no siempre culpable. Explica Cuevas:

Otro defecto casi general de nuestro episcopado, fue el haber nacido los individuos de que se compuso, en tiempo de pleno regío patronato; con él encima, habían vivido, crecido, y llegado hasta donde llegaron; y así, salvo honrosas excepciones, no mostraron aquella santa y varonil intransigencia de nuestro episcopado del siglo XVI que nunca se acostumbró a llevar este molesto yugo. (29)

El real patronato, este conjunto de privilegios concedidos por Roma a los monarcas españoles, en vista de su gran contribución a la evangelización del Nuevo Mundo, les dió enorme poder sobre la Iglesia, hasta el punto que, si no tenían la aprobación del Real Consejo de Indias, las bulas y los decretos de Roma no regían en territorios españoles. En el XVI estuvo bien, como explica Gallegos Rocafull: "Verdad es que para los reyes españoles de este período, tan vital como asegurar su soberanía en las Indias era cristianizarlas y ejercieron el patronato con miras elevadas y sano criterio." (30)



Pero los reyes del XVI no obraron siempre con esas "miras elevadas". Por ejemplo, se esperaría que en el XVII, siglo de organización, hubiera varias diócesis nuevas en la Nueva España; sin embargo, en todo el siglo, sólo una diócesis se agregó a las siete fundadas en el XVI. Fueron: México, Puebla-Tlaxcala, Michoacán, Oaxaca-Antequera, Chiapas, Yucatán, Nueva Galicia (Guadalajara). De ésta última fue separada la diócesis de Nueva Vizcaya (Durango) en 1620. Más difícil de excusar, y causa de grandes problemas es la duración de sedes vacantes, causada por la dificultad de comunicaciones entre América y España, deliberaciones en el Consejo, etc. Con todo eso es asombroso ver en un "cálculo muy aproximado" en solo el siglo XVII, nada menos que 46 años de sede vacante para México, 39 para Chiapas, 35 para Michoacán, 30 para Yucatán, 32 para Guadalajara, y 29 para Oaxaca. (31)

Este es entonces el estado de la Iglesia en la Nueva España en el siglo XVII: los religiosos siguen siendo numerosos y aún tienen muchas doctrinas (parroquias) y mucha autoridad moral entre el pueblo. Al mismo tiempo, el número de clérigos bien preparados se aumenta, y los obispos se esfuerzan a poner las parroquias en sus manos. Los límites de los obispados se precisan, la organización se desarrolla seguramente, el real patronato se organiza plenamente. Si hay, como es natural, cierta pérdida del fervor de los primeros misioneros, la calidad, en general, tanto de frailes y otros religiosos como del clero secular, es bastante alta. A veces hubo pleitos entre los obispos celosos de su dignidad y autoridad, y las autoridades civiles que se mezclaban en asuntos eclesiásticos. Tal fue por ejemplo, el pleito a principios del XVII entre el Arzobispo de México, Juan Pérez de la Serna, y el Virrey, Marqués de Gelves y Conde de Priego, que empezó por una violación de asilo sagrado por el Virrey y acabó en un motín en que por poco pierde la vida. Aunque el arzobispo ganó el pleito, le costó su diócesis, y fue descendido a la de Zamora en España, como más tarde lo fue Palafox de Puebla a Osma en España. (32)

### 3.- Estado espiritual del pueblo, especialmente en la Puebla de los Angeles.

Para completar el cuadro del ambiente espiritual, diré algo del estado intelectual y espiritual del pueblo. Estamos ya en el siglo del barroco español, en que ya se nota la decadencia del Imperio español, el rápido descenso de la época cumbre de Carlos V, decadencia que preocupa a Palafox en sus escritos históricos y políticos, y que se revela en todos aspectos de vida y cultura nacional. La trágica diferencia entre las nobles aspiraciones de España, y la triste realidad de su decadencia, cuyo símbolo clásico es don Quijote, influye hondamente en el hombre del XVII, tanto en España como en el Nuevo Mundo. Ludwig Pfandl, historiador de la literatura del Siglo de Oro, describe así al hombre del barroco:

...es una especie de superhombre que se ensalza a sí mismo, si la realidad no lo hace. Su sentimiento religioso sube en atrevido impulso por una escala de Jacob que une directamente a España con el cielo, y sobre la cual se desenvuelve un constante ir y venir de arriba abajo; en ella se encuentran a mitad de camino esta vida y la otra, el hombre y Dios, y ella permite lanzar una mirada en el esplendor de las magnificencias celestiales sin que para ello sea preciso ser un asceta o un místico... Pocas veces ningún pueblo ha comprendido tan profundamente la gran comunidad de la Iglesia purgante, militante y triunfante en la unión del purgatorio, de la tierra, y del cielo. (33)

Este sentido religioso indudablemente sincero, pero a la vez muy nacionalista y muy seguro de sí, a veces parece tener más de devoción o religiosidad que de religión profunda, mucho interés en lo exterior. Se manifiesta también en México en este siglo del barroco, en las suntuosas ceremonias y procesiones, en las magníficas iglesias barrocas, en el interés en leer libros de ascética y mística. Entre los más de 2,100 libros publicados en México en el XVII (que ya en sí es un índice del alto nivel intelectual de la colonia), hubo varias obras de

ascética y mística. Entre las 166 obras de valor apreciable, Cuevas estima que hay 32 de ascética. (34) Sor Juana Inés de la Cruz, y don Carlos de Sigüenza y Góngora a fines del siglo son ejemplos de la cultura, tanto religiosa como profana de la Nueva España.

El P. Cuevas, en un capítulo "Frutos en la fe y costumbres de la sociedad " (35) da varios ejemplos interesantes de la religiosidad del pueblo en este siglo: como una pintoresca descripción de la procesión del Corpus, una gran misión de jesuitas en Guanajuato en 1666, y la influencia de la fe en todos aspectos de la vida diaria -- estatuas en las fachadas y esquinas, altares caseros, en los mismos dichos populares que siguen en uso hoy día, como "qué milagro que te veo." Esta influencia entraba en el trabajo, en los hospitales, en las tiendas, hasta en las cárceles.

La interesantísima Descripción de la Nueva España en el siglo XVII del carmelita fray Antonio Vázquez de Espinosa (36) nos presenta la floreciente sociedad de la colonia a principios del siglo, poco antes de la venida de Palafox. Su propósito es describir las ciudades, los paisajes, la flora y fauna, pero es siempre evidente también el espíritu vigoroso de los habitantes de las grandes ciudades del Virreinato, el espíritu de fe que iba levantando las magníficas catedrales de México y Puebla, que "pueden competir con las mayores y mejores de España" aunque no están acabadas, la prosperidad de las industrias, agricultura y comercio. Habla de los hospitales, los conventos y monasterios, los colegios, la Universidad, los grandes pueblos indígenas como Tlaxcala y Cholula. De igual interés son las apéndices, que son otros documentos del primer tercio del siglo, particularmente la "Relación del estado en que dejó el gobierno de la Nueva España el Excelentísimo Señor don Rodrigo Pacheco y Ossorio, Marqués de Cerralvo", hecha en 1636, en que habla no sólo del estado interior del Virreinato, problemas de administración, sus diferencias con el Arzobispo de México, don Francisco Manso, y la cuestión de los religiosos en las parroquias ("la cosa más batallada que tienen en este reino") sino también de las medidas tomadas para los territorios del norte, Durango y California, el comercio y defensa de Filipinas, las islas de Barlovento,

y la defensa de Veracruz y Acapulco. (37)

Enfocándonos más al escenario de la vida de Palafox, vemos que abundan cronistas e historiadores de la Puebla de los Angeles, segunda ciudad de la Nueva España. Fue fundada en 1531, en el camino real entre México y el puerto de Veracruz, como explica el cronista Zerón Zapata, para ser "una mediana población en la parte más conveniente donde sirviese de paraje a los caminantes." (38) Además, su fundación tenía un significado muy especial:

La nueva ciudad no había sido construida, como México y muchas otras, sobre las ruinas de las civilizaciones indígenas. Allá donde los hombres del Renacimiento trazaron su plaza y sus calles con el "orden y concierto" de los filósofos, no había nada antes. Sobre llanos y prados se elevó el pueblo que dentro de algunos años iba a ser y permanecer la segunda de México, rodeado de campos y huertos de los más ricos del país. (39)

Los cronistas del siglo XVII nos describen una ciudad próspera, orgullosa de su lugar importante entre las ciudades de Nueva España, y en efecto muy celosa de su gran rival, la ciudad de México. En su Teatro Mexicano, el franciscano fray Agustín de Vetancurt ofrece esta descripción de la ciudad y sus habitantes:

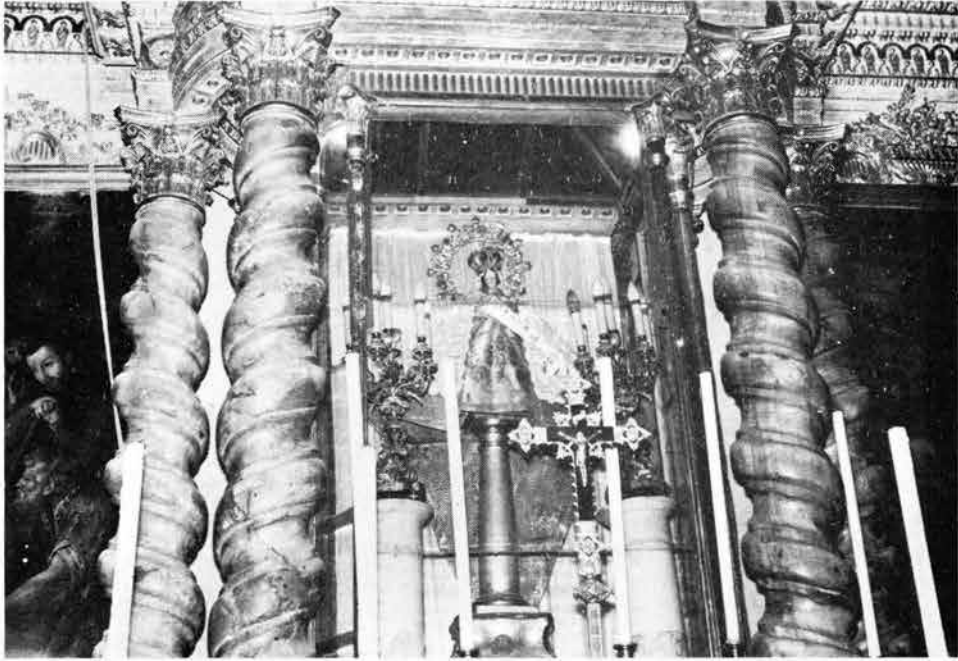
... en loza, vidrio, cuchillos y jabón hacen raya en la Nueva España. La loza es más fina que la de Talavera, y puede competir con la de China en su fineza, los vidrios aunque no tan finos se parecen a los de Venecia; el temple de los cuchillos y tijeras excede a los demás, como las hojas de Toledo. El jabón por el mejor corre por toda la tierra, y en México el jabón de la Puebla es más gastable.

Los que nacen en esta ciudad son de ánimos resueltos, de natural fuertes, y constantes, inclinados a las armas a correr tierras, y navegar mares; los que se aplican al estudio son agudos, y con emulación loable salen estudiosos, y aplicados. Habítanla muchos Caballeros de conocida nobleza, y algunos de hábitos en los pechos; hay coches y caballos para recreo... (40)

El anónimo cronista del siglo XVIII muestra este orgullo cuando llama a su ciudad "el cuello y garganta del vastísimo cuerpo de esta América Septentrional." (41) En su crónica se destaca el espíritu religioso de los poblados: el número de iglesias y capillas, conventos y hospitales, las ceremonias suntuosas como las de la consagración de la catedral y la despedida de Palafox, las terceras órdenes y cofradías piadosas, los numerosos clérigos -- las cifras de 1,000 en la ciudad y de 8,000 en todo el obispado pueden ser algo exageradas, pero indican que sí Puebla tenía un clero numeroso --- (42) y las varias imágenes veneradas en la ciudad, como la de Jesús Nazareno, de las Vírgenes del Rosario, de la Soledad, de Loreto, y de la Defensa. Esta última está en la catedral, en el retablo de Reyes, y era muy venerada de Palafox. La había hecho un santo ermitaño, el hermano Juan Bautista de Jesús; vino a parar a la casa del obispo, quien la mandó en expediciones a California y a Chile con el capitán y adelantado don Pedro Portal de Casamate, con la condición de que la regresara después de la feliz terminación de los viajes. De esta imagen dice el cronista:

... cuando se saca de su capilla para el altar mayor de la iglesia, que es en las grandes solemnidades, como de la venida de los excelentísimos señores virreyes, en que la acción de gracias de este público beneficio se dedica a esta sagrada imagen, se coloca sobre una columna de plata, alta de tres cuartas, por donde parece ser su advocación Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza. (43)

Puebla no es solamente una de las ciudades más antiguas del continente, sino también la diócesis más antigua de tierra firme. Tuvo su origen en 1518, en la diócesis "Carolense" o "Carolina" de Yucatán, que a consecuencia del abandono de la península fue trasladada por el primer obispo, el dominico fray Julián Garcés, a Tlaxcala en 1526; luego, como iba cobrando mucho más importancia la recién fundada ciudad de Puebla, Garcés consiguió en 1538 la aprobación del Virrey Antonio de Mendoza para trasladar la sede episcopal otra vez, a esta ciudad. (44) A pesar de la erección de los obispados de Yucatán, Chiapas y Oaxaca, el de Puebla cubría, todavía en el tiempo de Palafox, un extenso territorio desde Veracruz hasta Acapulco, setenta leguas, y de norte a sur, treinta y seis leguas. No sin fundamento, entonces, los poblados se



La estatua de Nuestra Señora de la Defensa en el Retablo de Reyes de la catedral, a la cual Palafox tenía gran devoción.



Portada del Santuario de San Miguel del Milagro, Tlaxcala, que hizo construir Palafox. A la izquierda, su escudo episcopal; a la derecha, el de la familia de Ariza.

consideraban rivales de los habitantes de la capital.

Esta pues, era la sociedad que esperaba a don Juan de Palafox y Mendoza en 1640, en Puebla como obispo, y en México como Visitador; el pueblo que tomó parte en la alegre bienvenida, que leía sus obras espirituales, que figuraba en las ruidosas manifestaciones de los pleitos con los jesuitas en 1647, que asistió a la impresionante consagración de la Catedral de Puebla y a la emocionante despedida del Prelado en 1649.

CAPITULO TERCERO

LA VIDA

DE DON JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA



## CAPITULO III

La vida de don Juan de Palafox y Mendoza

Antes de resumir la vida del Obispo Palafox, conviene señalar las dificultades que presenta tal tarea. Debido a su carácter firme, o "intransigente," como dirán algunos, y a su actuación política y eclesiástica, Palafox ha sido siempre una figura de batalla, pero principalmente por sus pleitos ruidosos con los jesuitas de Puebla. Y aún después de muerto, en el reinado de Carlos III, cuando se trataba de la supresión de la Compañía de Jesús, los anti-jesuitas levantaron a Palafox en bandera de su causa, aprovechando el proceso de canonización y algunos escritos anti-jesuitas del obispo.

Por eso casi todo lo que se ha escrito acerca de Palafox, se puede clasificar en obras en pro o en contra de él -- y no tomo en cuenta aquí la cantidad de escritos abiertamente polémicos, especialmente aquellos de los años de 1760-1780 en lo más agitado de las controversias anti-jesuitas. Uno podría caer en la tentación de hacer una generalización, diciendo que todo lo que escriben los jesuitas es contra Palafox, mientras que todos los demás autores escriben en favor del obispo. Esto no sería justo, y la cosa no es tan sencilla. Por ejemplo hubo varios jesuitas contemporáneos de Palafox, que le admiraban mucho, y elogiaban sus obras, y entre los historiadores jesuitas modernos, podría señalar como sereno y bastante imparcial, al P. Antonio Astráin, autor de la Historia de la Compañía de Jesús en la asistencia de España. (1) Menos ecuánime es el P. Francisco Javier Alegre, que dedica varios capítulos de su monumental Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España a los pleitos. (2) Sin embargo, dado que él escribió su obra viviendo todavía la amarga época de la supresión, en el exilio, mientras los enemigos de la Compañía gozaban de su efímero triunfo, se puede comprender por qué él favorecía a sus compañeros. Desafortunadamente, no se puede decir lo mismo de los nuevos editores de Alegre, los PP. Burrus y Zubillaga, que en su apéndice "Contienda palafoxiana" representan, dos siglos después

de Alegre, una actitud mucho menos serena. (3) Y llegando al extremo, el P. Mariano Cuevas, en la Historia de la Iglesia en México, cuando escribe de Palafox, evidentemente deja vencer su buen talento de investigador por la pasión. (4)

Tampoco es muy sencillo clasificar a los biógrafos de Palafox, que en general escriben muy favorablemente de él. La biografía clásica es la del P. Antonio González de Rosende de la orden de Clérigos Menores. predicador real, que conoció a Palafox en la Corte, y publicó la Vida i Virtudes del Illmo. i Excmo. Señor D. Juan de Palafox i Mendoza en 1666. (5) Rosende escribe muy bien, y con evidente admiración para Palafox; pero se exige que juzguemos su obra con mucho cuidado; es que se ha mostrado que él fue "el único teólogo español que con justicia y virtud puede figurar en las páginas de la historia del funesto jansenismo." (6) El P. Pérez de Goyena muestra que Rosende no sólo sostenía ideas jansenistas en conclusiones públicas y era muy amigo de ciertos profesores jansenistas de la Universidad de Lovaina, sino que una obra teológica suya que trataba de la justicia original, publicada en 1677, fue condenada por decreto del Santo Oficio en 1681 por jansenista. Rosende retractó, e hizo profesión de ortodoxia. (7) Sin embargo, la biografía no carece de valor, porque Rosende disponía de manuscritos y documentos que ya no existen, y ciertas tendencias jansenistas que se notan, no impiden que la sustancia del libro sea útil, y que se hayan aprovechado de él todos los biógrafos posteriores.

De gran valor parece ser una biografía inédita, escrita por el benedictino fray Gregorio de Argáiz, de la Abadía de San Salvador de Oña, que acompañó a Palafox en los últimos meses de su vida; (8) este monje, además de conocer tan íntimamente al venerable obispo, era historiador general de su orden. Como este manuscrito no se ha usado antes, es de gran valor sobre todo por lo que da sobre los últimos días de Palafox. Sánchez Castañer cita también otro manuscrito, de un dominico italiano, fray Guillermo Bartoli, en su traducción al español por el P. Antonio de los Reyes, del año 1782, "útil, pues maneja material documental del proceso romano sobre Palafox." (9) Apenas si vale la

pena mencionar una biografía anónima en francés (es obra del famoso jansenista Antoine Arnauld) cuyo título mismo muestra su fin polémico: Histoire de Dom Jean de Palafox, Evêque d'Angelopolis et depuis d'Osme, et des differens qu'il a eus avec les PP. - Jesuites, 1690. (10)

Estoy de acuerdo con el biógrafo más reciente de Palafox, Francisco Sánchez Castañer, en que el Obispo de Puebla y Osma, aunque personalidad "valía indiscutible", que "ha dado mucho que escribir, adolece de verdaderas acabadas biografías." (11) Los historiadores, cronistas y bibliógrafos de México y Puebla dedican varias páginas a la vida y obra de Palafox, notablemente Beristáin, (12) y Bermúdez de Castro. (13)

Llegando al siglo XX, encontramos una conferencia interesante del Canónigo español, Florencio Jarriel, en que da un resumen bastante bueno, muy pro-Palafox, por cierto, de su vida y obras, y expresa su esperanza de que sea declarado "el primer doctor de las Iglesias Americanas." (14) Luego en 1918 publica el conocido historiador mexicano, Genaro García, la biografía más completa desde la de González de Rosende: Don Juan de Palafox y Mendoza, Obispo de Puebla y Osma, Visitador y Virrey de la Nueva España. (15) Ya está anticuada, y tiene sus defectos, como, por ejemplo, su juicio sobre la poesía y la espiritualidad de Palafox, pero es muy valiosa por la extensa bibliografía que ofrece al final. Buen resumen, elegantemente escrito, es el librito de una pariente del Venerable, sor Cristina de la Cruz de Arteaga: El Obispo Palafox y Mendoza, escrito para conmemorar el tercer centenario de la muerte de Palafox, 1959. (16) Y al fin, llegamos a la biografía ya mencionada de Francisco Sánchez Castañer, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia. No se propone escribir la biografía definitiva; en efecto, dice que sor Cristina de Arteaga viene trabajando en ella hace años. (17) Es, sin embargo, notable por sus esfuerzos de escribir "sin perjuicio alguno, y amando sólo la verdad," (18) y por los copiosos extractos del manuscrito de Argáiz, además de ser una biografía bastante extensa,

159 páginas, y moderna. Para la actividad eclesiástica de Palafox en Puebla, un resumen breve pero muy valioso es el Episcopologio Angelopolitano, todavía inédito, del Canónigo poblanco, J. Manuel Martínez. (19)

Terminaré esta discusión de materias biográficas con una apreciación de una de las fuentes principales, que es su muy discutida autobiografía espiritual, Vida interior. (20) El problema del texto auténtico de esta obra es bastante complejo, aunque, como veremos, no está justificado el pesimismo de Burrus y Zubillaga:

Aun en un escrito tan central y decisivo como es su autobiografía (Vida interior), en el estado en que se halla la investigación palafoxiana, apenas podemos estar ciertos de una sola frase suya, pues no conocemos ni lo que Palafox escribió ni lo que los otros tacharon y añadieron. Tenemos en las Obras, según lo he indicado en las notas del texto de la Historia, una forma extraña de esta autobiografía; otras han aparecido en otras ediciones que difieren considerablemente de la de 1762, diferente, a su vez, de otras de anteriores ediciones. Los varios manuscritos de la Vida interior y los de diferentes ediciones se señalan en la de 1762.

Las indicaciones que preceden harán dudar al lector crítico sobre la objetividad histórica no sólo de una obra en concreto sino de las demás del mismo autor, elaboradas con prejuicios e intereses creados. (21)

Para mostrar lo tendencioso de esta opinión, veamos brevemente la historia y el estado actual de la Vida interior. Gran parte de la confusión se debe a que ya en la vida de Palafox hay dos textos. El obispo había empezado ya en Puebla a redactar unos apuntes a manera de diario espiritual, y en 1659, el año de su muerte, lo perfeccionó. Como a causa de su enfermedad, su letra difícilmente se leía, Palafox hizo que un paje suyo sacara una copia en su presencia. Envió esta copia al General de los carmelitas descalzos en Madrid, pidiendo que estos religiosos la examinaran y si la juzgaban digna de publicarse, que lo hicieran, pero que dejaran pasar veinte años después de su muerte. Se cumplió el deseo de depositar la copia en el Archivo de los carmelitas de Madrid, pero no la orden de quemar el borrador, que fue conservado en el Archivo de la

Catedral de Osma. Fueron impresas ediciones en 1682 y 1687, y parecen haberse hecho de traslados del borrador de Osma. La edición más completa y más concorde con la copia del Archivo de carmelitas es la que se hizo, después de unos litigios sobre derechos de imprenta, en Sevilla por Lucas Martín en 1691, a petición de un sobrino del obispo, el Arzobispo de Sevilla, don Jayme de Palafox. (22) Que hay variaciones en el texto, y que hay ediciones muy imperfectas, como por ejemplo, la que salió en la "Colección de libros raros o curiosos que tratan de América", Madrid, 1893, (23) no cabe duda, y los variantes se pueden explicar por las dos versiones, y también por algo de revisión editorial. Afirma el profesor Sánchez Castañer haber visto en el Archivo de la Catedral de Osma el autógrafo de Vida interior, y haber obtenido un microfilm. Así es que podemos esperar que pronto se haga una edición crítica de esta obra esencial para la biografía palafoxiana, y quede contestada la "posición partidista" de los recientes editores de Alegre. (24)

Por último, se podría preguntar cuál es la relación entre la Vida interior y la biografía escrita por Rosende. ¿Conocía él la copia de los carmelitas o el borrador de Osma? Aunque él mismo no lo diga, parece casi seguro que sí, dadas las semejanzas que se encuentran; como la prohibición del Sr. Palafox era que no se publicara hasta pasados veinte años, no es inverosímil que los carmelitas le facilitaran la copia. Sea lo que sea, es evidente que el autor tenía acceso a muchos otros documentos y testigos. (25)

### 1.- Su juventud

Desde el principio la vida de Palafox es extraordinaria. Era hijo natural de un noble aragonés, don Pedro Jaime de Palafox, más tarde Marqués de Ariza, y una joven zaragozana. (26) Ella, para ocultar su deshonra, fue a los célebres baños de Fitero, en Navarra, fingiéndose enferma, y allí nació el niño el 24 de junio de 1600, día de San Juan Bautista. (27) La pobre madre, desesperada, parece que pensaba matar al niño; lo narra Palafox en la Vida interior:

... procurando su madre (según ha llegado a enten

der por persona que asistió cerca del mismo suceso) cubrir los delitos de su honor con otro mayor exceso, defendió Dios aquella inocente criatura, antes perseguida que nacida, poniendo sobre ella la mano de su piedad, para que no fuese sepultura su misma conservación, y su muerte el origen de su vida, y en los primeros movimientos de vivir, la defendió que no llegase a morir.

... puesto en una cesta (puede ser que lo tuvieron por muerto), arrojando sobre ella muchos lienzos para cubrir el delito, lo dejaron algún tiempo en el campo escondido entre unas hierbas, hasta que después lo llevaron a arrojar a un río cerca de allí. (28)

La semejanza con la historia de Moisés es evidente, y no faltaba quien viniera a descubrir y salvar a la criatura, y que se encargara de ella, "un venerable viejo de aquella tierra," dice Palafox. Fue Juan Francés, que con su esposa Casilda le llevó a bautizar a la abadía cisterciense de Fitero el 29 de junio. (29) Este matrimonio crió al niño en su pobre casa, y con ellos aprendió los rudimentos de las letras y de la fe, y cuidaba de las pocas ovejas que poseían. Su verdadero padre estuvo un tiempo en Italia, y su madre, a pesar de su caída, tenía muchas buenas cualidades; entró en un convento de carmelitas donde "fue Prelada diversas veces, y Fundadora en aquella santa y áspera recolección, y vivió, y murió con singular ejemplo, espíritu y penitencia." (30) Vuelto de Italia el padre empezó a ayudarle al niño, y al fin, a los diez años, lo reconoció, y lo trató siempre como hijo legítimo.

Como hijo de una familia ilustre, Juan recibió una sólida educación humanista, la que se hace evidente en sus escritos. Estudió gramática en el colegio de San Gaudioso de Tarazona, y luego en el colegio de los jesuitas en la misma ciudad. También por un tiempo estudió griego con el Pavordre (cura) Pedro Juan Trilles en Valencia. (31) Parece que estudió filosofía en Huesca, los primeros dos años de Cánones en Alcalá, y se matriculó por primera vez en la gran Universidad de Salamanca en 1617, donde en 1620 recibió su primer grado académico, el de bachiller en Derecho Canónico. Según sor Agueda María Rodríguez Cruz, quien investigó la

carrera universitaria de Palafox, es probable que estudiara derecho civil también, y no cabe duda que - " los estudios en Salamanca fueron la base fundamental de la formación de Palafox." (32) Veremos que esta formación legalista mucho había de influir en todos los aspectos de la vida del obispo. Sor Agueda María aporta datos completamente desconocidos y muy curiosos sobre el doctorado en Cánones que Palafox consiguió años más tarde en 1633, cuando ya era Consejero de Indias. Con este prestigio, y ya siendo hijo del Marqués de Ariza, pudo obtener dispensas y en la Universidad de Sigüenza obtuvo en dos días, contra las tradiciones, la licencia tura y el doctorado. No consta que estudiara en Sigüenza, y estos grados nada contribuyeron a su formación, que como ya indiqué, es principalmente salmantina. (33)

¿Cómo era la vida del joven estudiante? Según la costumbre de los estudiantes en aquel tiempo, recibió la tonsura clerical a la edad de doce años, de manos de fray Diego de Yepes, obispo de Tarazona, que había sido confesor de Santa Teresa, y quien le dijo al muchacho, "¡O qué buena ventura tendrás, niño!" según la Vida interior. (34) Pero, de su propia confesión el joven parecía tener poca afición para los estudios y la vida de clérigo: empieza llorando el:

... haberse dado, después que salió de la Universidad, a todo género de vicios, de entretenimiento, y deleite, y desenfrenamiento de pasiones, de suerte que llegó un año a no cumplir con la Iglesia. Y Dios lo sufría, y aguardaba su enmienda; mas él porfiaba en perderse, y condenarse. (35)

De esta confesión han querido algunos autores entender que el joven Palafox llevó una vida de libertino, lo que podría ser verdad, pero dada la costumbre en este tipo de autobiografía espiritual de exagerar las culpas para hacer destacar la gran misericordia de Dios con el pecador, y fijándonos en lo de "llegó un año a no cumplir con la Iglesia," eso es que no comulgó en el tiempo de Pascua, podemos ver que eso no es el colmo de iniquidad. Además conservó sus devociones, "aunque muy muertas y remisas", como la misa diaria, el rosario, de voción a San Juan Bautista y San Pedro. (36) Otra cosa que puede hacernos sospechar la exageración es que

él menciona que no había aprovechado sus estudios; sin embargo, sus escritos tan eruditos, y su actuación como Consejero de Indias, Virrey y Obispo desmienten eso. Y ya a los dieciocho años tradujo del alemán la vida del místico austero Enrique Suson, cuyas terribles penitencias imitaría más tarde.

Así es que tenemos al joven Palafox, muchacho bien parecido, de mucho talento y de clara inteligencia, y algo relajado y mundano en sus costumbres. Su padre reconoció sus capacidades, y le entregó la administración de los extensos estados familiares del marquesado de Ariza, repartidos por el antiguo reino de Valencia. Ya en este cargo mostró su firmeza de carácter, e hizo enemigos, que varias veces trataron de matarle, pero dice que todos estos atentados fueron frustrados por milagro. (37) Evidentemente se mostró buen administrador, porque su padre en su testamento le nombró ejecutor del testamento, tutor de sus hijos (se había casado después que la madre de Juan entró al convento) y administrador de todos sus bienes. (38) Esta experiencia de gobierno le iba preparando para una carrera en la Corte.

## 2.- Consejero de Indias

En 1626 las Cortes tuvieron lugar en Aragón, y le tocó al joven administrador de Ariza asistir. Tanto se distinguió por su lealtad al Rey Felipe IV, que llamó la atención del valido, don Gaspar de Guzmán, Conde-duque de Olivares, quien le invitó a seguir a la Corte, asegurándole un puesto; el que recibió en Madrid a fines de 1626 fue uno completamente nuevo, el de Fiscal de Guerra. En este puesto sirvió muy bien, hacía su carrera, y aun proyectaba un casamiento "que tenía poco menos que concluido," pero que dejó al "haberle el Ministro superior advertido que no mudase el hábito eclesiástico en que andaba, con lo cual le quitó el intento de casarse." (39) ¡Tanto poder pudo ejercer el Conde-duque en sus súbditos!

Además de la influencia de su protector, otros acontecimientos iban disponiendo al joven cortesano para su conversión y su vocación de sacerdote. Le impresionaron hondamente las muertes de dos hombre grandes de



la Corte, a quienes había admirado, y meditaba:

¿Quieres fama de orador, de docto, de sabio, de entendido? Miraaaqueel Orador tendido sobre un paño de bayeta con su estudio hecho pasto de gusanos, que en eso has de parar con tu fama y opinión. ¿Quieres poder, presidencias, riquezas, grandezas, gustos, regalos? Mira a aquel Presidente poderoso, rico, grande, regalado, en un féretro rodeado de hachas que lo llevan a enterrar, y a ser compañero de la corrupción, del asco, y de los gusanos. Esto es lo más que puedes conseguir con tus deseos. Mira en qué parán los deseos humanos, ambiciosos, y mundanos. (40)

Aun más le tocó el corazón la grave enfermedad de su hermana Lucrecia, a quien quería tiernamente. Para suplicar a Dios que no se muriera, hizo un voto de no vestir seda nunca; Lucrecia salió de la crisis, y Juan cumplió su voto. Tampoco hay que olvidar que él mismo atribuye su conversión, junto con estas influencias, a un favor sobrenatural, una conciencia extraordinaria de la presencia de Dios, como una luz que le rodeaba, que explica así: "Este género de presencia divina, pasiva, y dada, no la ha tenido jamás sino entonces de esta manera, en treinta años que ha que se ejercita en frecuentar la presencia de Dios." (41) Se puso a leer libros devotos: los opúsculos del gran teólogo jesuíta, San Roberto Belarmino, las Confesiones de San Agustín y la Vida de Santa Teresa de Jesús. (42) No quedaron estos deseos sin resultado; con su característica recia voluntad, Juan entró en el camino ascético, poniendo en práctica las lecciones aprendidas al traducir la vida de Suson. Rosende nos describe las mortificaciones: pobreza en el vestido, túnicas y calzones de jerga o estameña gruesa, una cama de tablas con un jergón de paja, y para todo abrigo una manta raída o un rudo hábito de capuchino; además, recias disciplinas, cilicios, cadenas, ayunos. (43) Se escribió un plan de disciplina, Regla de penitencia voluntaria que siguió toda su vida, en que declaraba lo que podía ser lema de su vida espiritual: la penitencia y la oración son "los nortes del camino de la imitación de Cristo nuestro señor." (44)

Para ordenar bien su vida y hacer un comienzo nue-

nuevo, se retiró al convento de franciscanos descalzos (la reforma de San Pedro de Alcántara, que Palafox admiraba mucho) e hizo confesión general con fray Diego de San José, quien le dijo una frase que se le grabó en la memoria: "que mirase que le sacaba Dios de entre muchos que dejaba condenar, para que le sirviese muy de veras." (45) Así se ve que su decisión de hacerse sacerdote no fue ligera, y se preparó con mucho fervor, haciendo mucho progreso en la oración y la práctica de las virtudes. Fue ordenado sacerdote en 1629, y como no convenía que un sacerdote fuera Fiscal de Guerra, pidió otro puesto, y recibió la Fiscalía de Indias en octubre del mismo año. (46) Ya estaba encaminado a una carrera en el Nuevo Mundo, pero todavía le quedaba mucho que hacer en Europa. Todavía en el año de 1629, Palafox fue nombrado para servir a doña María de Austria, hermana de Felipe IV, como capellán mayor y limosnero en su viaje a Viena, donde la esperaba su esposo, el Rey Fernando de Hungría. En este viaje y el de regreso, que duró desde 1629 hasta 1631, el joven sacerdote pudo visitar y observar gran parte de los países principales de Europa: Italia, Austria, Alemania, los Países Bajos, Francia. Estas experiencias influyeron mucho en la formación de su pensamiento político, como veremos al tratar de sus obras. Durante el viaje siguió con su plan de pobreza, penitencia y oración. Visitó lugares de devoción, como la Santa Casa de Loreto en Italia, donde caminó descalzo dos leguas, a pesar de la nieve. En el bajo Palatinado en Alemania, entró en una iglesia destruida por los protestantes en las guerras de religión, y encontró en un rincón un crucifijo roto, y oyó que se le decía al interior: "Sácame de aquí, que en este estado me tienen tus culpas, y el haber bajado del Cielo a la tierra, traído del amor de repararte." Rosende cuenta cómo Palafox lo sacó, mandó reparar, y que "esta Imagen Santísima, en quien sin duda experimentó grandísimos prodigios, y halló los consuelos más seguros en todas sus aflicciones, la colocó en su Oratorio, debajo de un dosel de terciopelo negro, guarnecido de oro, y la llevó consigo a Indias, y la volvió a España como la alhaja más principal de su casa." (47) Otro recuerdo muy grato de su viaje fue una imagen del Niño Jesús vestido como "Pastorcico" que le regalaron en Flandes.

Habla de favores que recibió en la oración, como

un día rezando delante del Santísimo Sacramento en que "vio con los ojos del alma, o los del cuerpo, o de la imaginación (no se atreve asegurar de qué manera lo vio, sino que fue con gran claridad)" un ángel, que con la mano derecha señalaba al Santísimo, y en la izquierda tenía un poco de estiércol representando el mundo y sus ambiciones para enseñarle "que no había otra cosa que desear sino Dios." (48)

A su regreso a España, el joven Fiscal siguió trabajando en el Consejo de Indias. Venía muy impresionado de su viaje, con una clara comprensión del lugar de una España todavía fuerte, pero ya en decadencia, frente a una Europa hondamente dividida por las guerras de religión. Observa tristemente que su patria ha declinado de su apogeo en el siglo anterior; sin embargo, comparándola con los estados de Alemania, devastados por las guerras, escribe orgulloso: "Pues ¿con quién trocaréis a España en toda la rondonez de la tierra? ¿No es bastante causa para que se consuele, y anime una Provincia, o sujeto, no hallar en el Orbe, con quien cambiar su fortuna, y Estado?" (49)

No es de extrañar, entonces, que un observador tan agudo y pensador tan profundo fuera elevado en 1633 de Fiscal a Consejero de Indias. Para el autor de un estudio de la literatura jurídica de la Nueva España, Palafox es "uno de los más destacados representantes de la escuela políticomoralista", que no temía señalar el mal efecto de la influencia del valido del Rey, su propio protector, el Conde-duque de Olivares. (50) Y Rojas Garcidueñas termina el prefacio de su antología de Ideas políticas de Palafox opinando que el obispo merece un lugar entre los más preclaros estadistas españoles como Mariana, Guevara, Quevedo, y Saavedra Fajardo. (51)

El Rey apreciaba mucho los talentos de su Consejero, no sólo mostrando su confianza por los puestos que le encomendaba, sino que según Rosende, tanto se notaban en las consultas que redactaba la sabiduría y la prudencia, "que por lo razonado de las consultas, conocía el Rey N.S. la Cabeza que les había dictado, y así solía decir muchas veces: 'Estas consultas son de don Juan de Palafox.'" (52) El Rey también le encargó escribir la vida de su tía, la Infanta Sor Margarita de la Cruz, una re-

ligiosa clarisa de fama de santidad. (53) Era un hombre sincero, y no temía censurar lo que encontraba deficiente. Es célebre la redondilla en que dió su opinión de la Corte y Palacio a uno de los Grandes de España:

Marqués mío, no te asombre;  
ría, y llore: cuando veo  
tantos hombres sin empleo,  
tantos empleos sin hombre. (54)

Ya se ve entonces, que cuando Felipe IV, en el año 1639, presentó a su Consejero para el vasto y riquísimo obispado de Puebla, fue una decisión bien pensada. Esto lo muestra el que le envió no sólo como Obispo de Puebla, sino también como Visitador y Juez de Residencia de los dos últimos virreyes, los Marqueses de Cerralvo y Cadereyta. El gobierno de la Nueva España necesitaba corrección, revisión, reforma, y ¿quién era más indicado que este consejero capaz y leal? Quizás no exagera el Canónigo Jardiel cuando dice que tiene:

... la convicción profunda de que todo en la vida de Palafox responde, en absoluto, al cumplimiento de la misión altísima que le llamaba al otro lado de los mares... Dos cosas descubrieron en él los hombres de su tiempo; una inteligencia superior, que así llegaba al fondo de las cosas, como abarcaba, dominándolo desde arriba, el dilatado imperio de la ciencia y una energía de voluntad, una rectitud inviolable, un amor apasionado por la justicia... (55)

El 27 de diciembre de 1639, en la iglesia de San Bernardo de Madrid, fue consagrado obispo por el cardenal Agustín de Espínola, Arzobispo de Santiago de Compostela. (56) Cuenta Rosende una anécdota bien significativa: después de despedirse del Rey, Palafox hablaba con uno de los Grandes, que le felicitaba por haber recibido una diócesis tan rica, porque ahora podía ayudar mucho a sus parientes. A lo que respondió firmemente el nuevo obispo:

La Dignidad Episcopal no tiene parientes, sino acreedores, y éstos son los pobres, cuyas son las rentas, no los parientes, de quienes solamente tengo la sangre, y Dios no ha de pedirme

cuenta de lo que dejé de hacer, para que mi sangre viviese con sobras, sino de lo que quité a los pobres, para que en mis parientes sobresaliesen los excesos... (57)

Y veremos qué bien lo cumplió. Después de tres meses de preparaciones quiso salir el 8 de abril del puerto de Santa María, pero un temporal hizo volver la flota, y zarparon de nuevo el 21 de abril de 1640. Iba en la misma flota el nuevo virrey, don Diego López de Pacheco, al parecer, muy amigo de Palafox. Todo parecía augurar bien para el Obispo de Puebla y Visitador. Nadie sospechaba lo que iba a sufrir. (58)

### 3.- Virrey de la Nueva España

Después de un viaje de dos meses, en que hubo muchas enfermedades, llegó la flota al puerto de San Juan de Ulúa el 24 de junio. (59) En Veracruz, en Jalapa, y en otras ciudades por las que pasaron, fueron recibidos con gran regocijo. Palafox aparecía siempre junto al Virrey, pero cuando se acercaban a Puebla, se adelantó para poder recibir al nuevo gobernante como jefe de su diócesis, llegando el 22 de julio, entre las nueve y diez de la mañana, montado en mula, según cuentan las Actas del Cabildo de Puebla. Todo el clero salió a recibirle, "hasa muy fuera de dicha ciudad", donde se vistió de pontificales, y luego entraron todos en una solemne procesión. (60) Procuró Palafox que la recepción brindada al Virrey en Puebla superara a las demás.

El 5 de agosto Palafox y el Virrey partieron juntos para México, porque lo más urgente para el obispo era cumplir con los cargos de Visitador y Juez de Residencia. Para mi propósito, no me interesa tanto su actuación política; sólo doy aquí lo esencial para completar la descripción de la personalidad de Palafox. Su primera tarea fue componer la Real Audiencia, porque por diferencias con el anterior Virrey, varios Ministros andaban desterrados de la ciudad de México. También hizo visita y ordenanzas para los tribunales, que estaban muy atrasados en los pleitos y demandas, y lo más delicado y difícil de todo, que fue el tomar la residencia de los dos Virreyes, Marqueses de Cerralvo y Cadereyta. A pesar de un documento publicado por Astraín en que se le acusa a Palafox de dilapidador, (61) parece que él pudo terminar estos asuntos difí-

ciles en un tiempo bastante breve. El mismo pudo declarar al Rey más tarde, en un Memorial escrito en Madrid:

Acabó la Residencia del Marqués de Cerralvo, que se hallaba muy a los principios y de todos sus allegados. Sustanció, concluyó y sentenció la del Marqués de Cadereyta y los suyos; y sólo cualquiera de estas ocupaciones necesita de dos y tres años de término, por haberse de formar en más de trescientas leguas de distrito y concurrir gran número de demandas, que se ponen a los Virreyes, a sus Ministros dependientes y allegados, que todas las sentenció e hizo en ellas entero cumplimiento de justicia. (62)

Pero el acto político más controversial de Palafox fue la destitución del Virrey, Duque de Escalona, en 1642. A pesar de sus relaciones amistosas en el viaje, con el tiempo surgieron serias diferencias entre Virrey y Visitador. El asunto principal eran sospechas contra la lealtad del Virrey. Era pariente del Duque de Braganza, que en 1640 encabezó la rebelión que resultó en la independencia de Portugal. Palafox, como Visitador, recibió varias quejas y acusaciones contra el Virrey; la más grave era que él figuraba en una conspiración para levantar a la colonia contra la Corona. Es evidente hoy que tiene razón el cronista de Puebla, Bermúdez de Castro, cuando escribe que: "por siniestros informes que hizo la calumnia contra el señor Virrey Duque de Escalona, se despachó una cédula intempestiva dirigida al señor Don Juan para que con todo sigilo y recato privase a su excelencia del Virreinato." (63) Sin embargo, hay que juzgar según las condiciones de aquel año de 1642, cuando estaba todavía bien clara en la memoria de todos la rebelión de Portugal, y los ánimos dispuestos a interpretar mal cualquier señal. Algunas de las acusaciones eran seguramente sin ningún valor, pero lo que es cierto es que el Duque de Escalona cometió varias imprudencias, por ejemplo, el no tomar medidas enérgicas contra los portugueses de la colonia, y que en su gobierno faltaba buena orden. De todos modos, Felipe IV determinó llamar al duque a España y nombrar Virrey en su lugar a Palafox. Puede ser que el Rey lo hiciera más para poner fin a los conocidos antagonismos entre el Virrey y el Obispo Visitador que por dudar de la lealtad del duque, como opina

Riva Palacio. (64) Lo que más me interesa es la manera en que Palafox cumplió la real cédula de destituir al Virrey. Todo lo hizo con el mayor sigilo. Fue a México a principios de junio de 1642 sin causar los pechos, porque había sido presentado al mismo tiempo para Arzobispo de México. Llegado a México, reunió a los Oidores secretamente, y durante la noche, mientras dormía Escalona, dispuso guardias alrededor del palacio y otros lugares de importancia, e hizo comunicar al duque, que aún estaba en la cama, que ya no era Virrey. Embargó todos sus bienes y papeles, y vendió aquéllos en pública subasta. ¿Por qué este trato tan duro, tan escandaloso, contra el desgraciado duque? Posiblemente la cédula real lo dispuso así, e quizás Palafox verdaderamente temía alguna resistencia de parte del duque. De los documentos no resultan muy claros los motivos, pero lo cierto es que esta dureza tan característica de Palafox parece ser su defecto más notable, y que en este caso se hizo un enemigo poderoso, porque Escalona, aunque se defendió bien ante el Rey, y fue nombrado Virrey de Sicilia, nunca olvidó ni perdonó la afrenta que le había hecho Palafox. (65)

La actuación de Palafox como Virrey fue transitoria, como lo fue también su administración del arzobispado de México, porque su gran deseo siempre fue volver a su propio obispado de Puebla, al que había cobrado verdadero cariño, llamándolo su "querida Raquel"; por eso no quiso aceptar el nombramiento para Arzobispo de México -- había hecho un voto de nunca dejar a Puebla, contrario a la ambición de muchos prelados que esperaban volver a España de Indias para recibir algún obispado principal en la metrópoli. (66) Un poco más de cinco meses duró el gobierno del décimo octavo Virrey de la Nueva España, hasta la llegada de su sucesor, el Conde de Salvatierra, el 23 de noviembre del mismo año de 1642. Así es que no se busquen grandes innovaciones ni empresas en un período tan corto; sin embargo, los historiadores alaban su energía, talento de administración, y sobre todo su lealtad y desinterés. Su empeño fue el consolidar la situación pública y remediar los tristes resultados de varios años de mal gobierno de la colonia en que "participaban casi todos los encargados de su gobier-

no de una inmoralidad absoluta," y que "se ocultaban recíprocamente, y al verse heridos se unían con fuertes vínculos." (67) Tomó varias medidas para la defensa de las costas, para terminar monopolios de maíz y carne, para más justa distribución de aguas en la capital, y para mantener orden entre el pueblo bajo.

En resumen, Zamacois opina que Palafox "regía los destinos de la Nueva España con acertado tino... Era hombre de infatigable actividad y notable desinterés." (68) Uno de los que más ha estudiado la actuación de Palafox Virrey es González Casanova. Mientras reconoce los grandes talentos del obispo, no deja de ver el defecto ya mencionado:

Palafox, con el espíritu intransigente que le era particular, con sus deseos de lograr la bondad máxima, con lo estricto de su moral y lo grande de sus ambiciones, se vio reducido, empequeñecido, en el momento de la labor política, y de eso fue causa principal el reino todo, que habiendo salido de una rebelión ficticia, hubiera entrado en otra verdadera si hubiese atrevido a ajustarlo a su espíritu y a sus modelos espirituales.

Por eso Palafox no se interesó por conservar el mando y pensó siempre regresar a su obispado, donde la fuerza de su carácter iba a alterar, a trastornar y a violentar los ánimos, en el momento de la reorganización absoluta y del ajuste a las leyes. (69)

Una de las glorias de Palafox Visitador y Virrey fue su valiosa contribución a la Real y Pontificia Universidad, que estaba en lamentables condiciones. De la confusión de leyes de la Universidad de Salamanca, de la de Lima, las ordenanzas del Arzobispo y Visitador Pedro Moya de Contreras, y de otro Visitador, Pedro de Farfán, Palafox hizo una compilación definitiva, Constituciones sabiamente redactadas, que iban a regir la Universidad por toda la época de la colonia. Fueron notificadas al Claustro pleno de la Universidad en 1645, y aprobadas por el Rey en 1649. A pesar de la declaración que hace el P. Cuevas con su característica pasión antipalafoxiana de que "ciertamente no le debía nada a Palafox la Universidad de México," (70) los cronistas e historiadores de la



Universidad reconocen su contribución para la buena administración, para que los más aptos ocuparan cátedras y puestos, y para las ciencias, como la medicina. Y hoy día, en la sala dedicada a la historia de la Universidad en la Biblioteca Central, está en lugar de honor, con Zumárraga y fray Alonso de la Vera Cruz, un retrato de Palafox con el libro de Estatutos que redactó. (71)

#### 4.- Obispo de Puebla

A pesar de esta impresionante actividad en lo secular, es en su propia esfera del obispado de Puebla donde lo logrado en nueve años por Palafox es realmente asombroso. Su vigorosa personalidad dejó en la ciudad angelopolitana unas huellas tan profundas que aún hoy día, después de tres siglos, no se han borrado. Noveno obispo de una de las diócesis más extensas y ricas de América, no obstante el ser Virrey, Visitador, Juez de Residencia y Administrador del arzobispado de México, reuniendo en sí todos los puestos más elevados de la Colonia, Palafox no descuidó sus obligaciones a sus feligreses de Puebla. Pudo visitar toda su dilatada diócesis, "llegando a pueblos y montañas que nunca vieron a su obispo; habiendo confirmado más de ciento treinta mil almas; volviendo empeñado de la visita de donde otros Prelados suelen volver muy socorridos." (72) Y si todavía hoy en la abrupta serranía de Puebla es difícilísimo viajar, se puede imaginar cómo eran los viajes pastorales en el siglo XVII. Su celo pastoral se puede comprender mejor si se considera como fruto de la profunda vida de oración y penitencia que llevaba desde su conversión, que no dejaba ni en medio de sus increíbles actividades. Adondequiera que iba llevaba sus cilicios y cadenas, seguía con sus ayunos, y no cesaban sus disciplinas. Tampoco descuidaba la oración, porque tenemos el testimonio de sus familiares que pasaba dos o tres horas diarias en oración mental, y frecuentemente estaba toda la noche en la catedral. Oigamos al presbítero poblano, Pedro Rendón, que afirmó en el proceso de beatificación: "El Siervo de Dios manifestó su heroica fe con la fervorosa devoción que tenía al Santísimo Sacramento del Altar, que veneraba con gran piedad con muchos actos de humildad, y con gran abundan-

cia de lágrimas, perseverando en presencia de él muchas horas inmóvil en la oración." (73)

Evidentemente, por estos largos ratos pasados en contemplación, iba subiendo en los grados de oración, de lo que se puede juzgar de sus escritos, de su celo pastoral, y de los testimonios, como éste que dio otro cura poblano, José Cuéllar, de que había oído decir al sacristán de la catedral, el presbítero Juan de Horiega, que, siendo desconfiado de Palafox, se puso a observarle de noche. Vio que saliendo de su casa, se iba a la catedral antigua, donde pasaba la noche dándose disciplinas y orando. " y en una de éstas [noches] lo vio rodeado de un rayo de luz muy brillante." (74) Esta profunda vida interior, entonces, es sin duda la fuente de energía para sus incansables viajes y labores pastorales.

Veamos su manera de hacer las visitas pastorales, que hacía con igual fervor en Puebla, como más tarde en Osma. Todo su afán en estas visitas era predicar, instruir, invitar a los pecadores que aprovecharan la ocasión para hacer su paz con Dios. El mismo se sentaba a confesar con los sacerdotes del lugar, celebraba la misa, y comulgaba a todos de su propia mano, confirmando a muchos antes de salir. Da ejemplos de hombres que no se habían confesado hacía muchos años que venían a confesarse con él. Recorrió la diócesis a caballo y a pie; nunca consintió que los indios le llevaran a espaldas, ni que sus familiares aceptaran dinero o regalos en las visitas, y por eso volvía a Puebla empeñado a causa de los gastos. (75) El cariño que mostraba a los niños es una evidencia en contra de algunos autores que le acusan de ser hombre frío:

... daba alguna cosa para acariciar a los padres, y madres en los hijos, y ganarles a todos el amor; y a los que erraban no les reñía mucho, sino que los animaba, para que supiesen más, y por no atemorizarlos, ni apartarlos del amor, que es bien que tengan a su Prelado. (76)

A pesar de las asperezas de los viajes, iba con alegría, a veces poniéndose a cantar una copla que inventó, "Padecer por el amado, son pasos de enamorado",

de una simplicidad y alegría dignas de San Francisco de Asís, a quien veneraba tanto. (77)

Su humildad y pobreza, y especialmente su genuino amor a los indígenas, no dejaban de inspirar en ellos un gran amor a su Prelado. Tanto como Virrey y Visitador, como Obispo, se hizo su protector, procurando su bien material y espiritual. El mismo no llegó a dominar los idiomas indígenas, pero llevaba consigo en sus viajes a misioneros que pudieran predicar y confesar a los indios, como el jesuita Lorenzo López, que después de acompañarle, le elogió así:

No puedo dejar de venerar a este príncipe como testigo que he sido de sus admirables condiciones, heroicas virtudes y vida inculpable, cinco meses que le he asistido ... viéndole tan venerado, no sólo de pueblos y ciudades de su obispado, que salían tras de su excelentísima llorando y llamándole a voces: Santo Obispo; sino también aclamado de todo el reino, deseándole todos por su gobernador. (78)

Además estableció una cátedra de idioma mexicano en el seminario que fundó, y él mismo daba ejemplo, asistiendo a clases cuando podía. (79) Y mandó hacer un Manual de los Santos Sacramentos en latín y náhuatl para uso de los curas en la administración de los sacramentos a los indígenas; y ordenó que para ser nombrados curas, los candidatos debían sostener un examen del idioma del lugar. (80) Pero el monumento de su amor a estos feligreses tan humildes es su hermoso libro, una de las más elocuentes defensas de indios, Las virtudes del indio, en forma de un largo memorial a Felipe IV. (81)

La prueba más emocionante de la correspondencia de los indios al amor de su Prelado la ofrece Rosende; cuando Palafox se preparaba a volver a España, en 1649, obligado por cédula real, los indios presentaron un memorial, protestando que si tenía que volver a causa de sus deudas, "desde luego ofrecían con todas sus haciendas, mujeres e hijos el servirle, y asistirle, sustentándole con toda su casa, y familia, y que para ello se obligarían en forma." (82)

Por fin, el celo pastoral es evidente en todos los

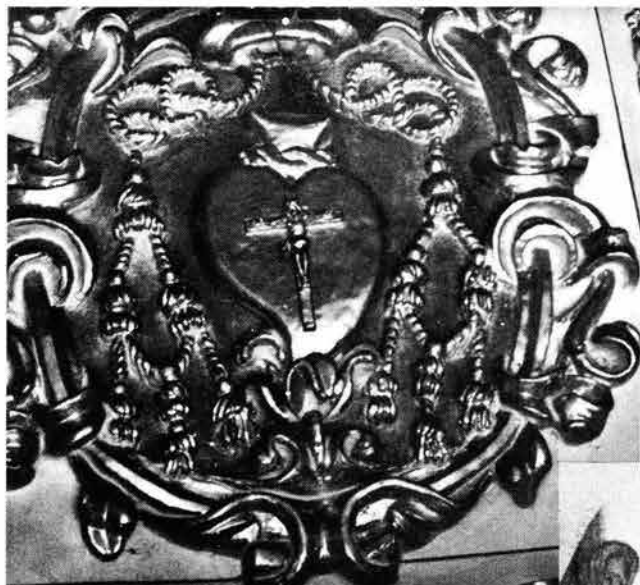
escritos del obispo, porque pensaba que:

... el predicar, y persuadir en el púlpito dura poco, porque no puede la humanidad del hombre durar mucho trabajando, ni los oyentes oyendo, ni los Prelados predicando; pero lo escrito dura mucho, y enseña, y en todas partes, y siempre, y cuando quiere el Señor obra con grande eficacia, y a su tiempo llama, y alumbra, y aprovecha, ausente el Predicador, lo que no puede la voz. (83)

Tenemos ante todo sus elocuentes Cartas Pastorales; luego, separado de sus ovejas, desde México en 1641, ocupado en las visitas y residencias, les envía su tratado místico más valioso y más completo, Varón de Deseos; y en 1644, como por enfermedad no pudo terminar los sermones cuaresmales que acostumbraba predicar en la catedral, al recuperar la salud quiso "que dictase la pluma lo que no pudo entonces dictarles la voz," y se puso a escribir el tratado Semana Santa: injusticias que intervinieron en la muerte de Cristo nuestro redemptor. (84)

Pero donde más se puede ver la grandeza de alma de Palafox es en las obras que dejó en la ciudad de Puebla. La revista del Seminario Conciliar Palafoxiano, en una edición especial del tercer centenario de la muerte de su fundador, entre otros artículos, publicó varias páginas de fotografías de los edificios que hizo construir en los nueve años que estuvo en Puebla. He ido allá a seguir "las huellas del ilustre prelado" y he comprobado la verdad del título: "La magnitud y variedad de las obras revela el espíritu amplio, noble, batallador y heroico de quien las realizó." (85) Y entre estas obras, sin duda la más grande, el monumento imperecedero al amor que tenía a su "querida Raquel" es la catedral, una de las más hermosas de las Américas. La obra de construcción es uno de los ejemplos más impresionantes de la energía y determinación de Palafox.

A pesar de ser Puebla la segunda ciudad de Nueva España, la catedral, ambiciosamente trazada y empezada sesenta y cinco años antes de la venida de Palafox, en 1575, no se había terminado. Había gran prosperidad en agricultura y molinos, gran abundancia de materias para edificar: canteras, arcilla para hacer los fa



Puebla: el escudo episcopal de Palafox sobre la entrada de la iglesia de Santiago, bendecida por el obispo en 1644.

Escudo del nuevo Seminario Palafoxiano de Puebla. Nótese debajo de las llaves de San Pedro, el escudo del obispo.



El Palacio Episcopal construido por Palafox.



mosos azulejos; y ya en el tiempo de Palafox había varias iglesias hermosas, pero cuando él llegó, la construcción de la catedral estaba completamente suspendida, desde 1626. (86) Tan mal iba la construcción, que cuentan los cronistas que era proverbial decir para expresar un proyecto - irrealizable, "Eso lo veré cuando se acabe la Catedral de Puebla." (87) Y Palafox así describió el estado de la obra:

Llegué a la Puebla y hallé este templo edificado sólo hasta la mitad de los pilares, y todo él descubierto sin instrumentos y materiales algunos ni efectos prontos para comprarse, sin haberse comenzado arco ni bóveda alguna, y sin esperanza de poderse proseguir. (88)

No perdió tiempo, contribuyendo quince mil pesos de sus propios fondos; consiguió nueve mil del Cabildo Eclesiástico, y la promesa de doce mil del Cabildo Secular. Lo demás vino de contribuciones de los feligreses. (89) Supo aprovechar los mejores talentos. Había traído consigo de España a un sacerdote-artista aragonés, Mosén Pedro García Ferrer; "arquitecto, escultor, pero sobre todo pintor, viene a ser como la conciencia artística del señor Palafox." (90) Trabajaron en la construcción los mejores artistas, arquitectos y escultores de Puebla. Pero el animador de todo, el que por su constante presencia y energía hizo que se acabara en nueve años lo que no se pudo terminar en sesenta y cinco, fue el obispo. Tanta prisa tenía, que hizo que trabajaran los obreros día y noche, a la luz de antorchas. Y es más, cuando faltaban ladrillos, mandó que los arrancaran del piso del palacio episcopal para que no se suspendiera la obra. (91) De esta manera, para la primavera de 1649, a los pocos días antes de dejar la Nueva España, Palafox realizó su gran deseo de consagrar su catedral. Dejó el interior acabado y listo para el culto, aunque todavía faltaba terminar la fachada y las torres. A causa de este trabajo apresurado, la Catedral de Puebla ofrece una unidad de estilo que no tienen otras catedrales de México. (92)

La consagración, que tuvo lugar el domingo, 18 de abril de 1649, fue una de las ceremonias más espléndidas de la historia colonial. El obispo escribió una Carta Pastoral para preparar a los feligreses a participar bien en las magníficas ceremonias. (93) En una crónica hasta

ahora inédita, se halla una descripción detallada del concurso de gente, música, ornamentos, cohetes, y:

... con ser tan capaz este gran templo, se llenó todo de tanta gente que no había lugar vacío, admirando todos aquella hermosura y llorando de alegría y contento de ver después de cien años que se había empezado obra tan insigne en tan rara perfección.

Las ceremonias duraron desde las seis de la mañana hasta las dos de la tarde, y comenta el cronista ingenuamente:

Y es cosa cierta que a no ser tan ágil y liberal, y con las ceremonias tan versado, no se hubiera acabado la consagración a las cinco de la tarde.

Las festividades duraron todo un novenario, y el martes:

... se hizo procesión general, la más devota y de mayor concurso que se ha visto jamás, con tantas imágenes, cruces, y estandartes de cofradías y tanta gente que no cabían en calles, ventanas, y terrados. (94)

Y por encima de todas las festividades hubo una nota de tragedia:

Y es que todos se daban cuenta de la tragedia; desde la más humilde vejezuela hasta el potentado, sabían que este acto solemne, extraordinario, que ninguna iglesia de Nueva España había visto, ni la misma orgullosa catedral de México, era la desgarradora, la inevitable despedida del padre, del prelado, del único, don Juan de Palafox y Mendoza. (95)

Antes de narrar los tristes acontecimientos que causaron tan dolorosa partida, veamos brevemente las otras obras que llevó a cabo el obispo. Formando conjunto con la catedral es el palacio episcopal, majestuoso edificio, muy poblano con su ladrillo rojo y almenas y adornos blancos. En el mismo estilo son los

edificios que componían el seminario que Palafox estableció según las normas del Concilio de Trento. Ya existía un seminario, el Colegio de San Juan, fundado por el obispo Diego Romano en 1604; sin embargo, hacía falta un seminario más conforme a las normas de Trento. Por eso empezó Palafox el seminario nuevo, dando él mismo tres mil pesos y dotándolo con rentas. Este colegio, bajo el patronato de San Pedro, era para dar a los jóvenes de once a dieciséis años la gramática y primeros estudios. El edificio está situado al lado de la catedral, entre el Colegio de San Juan y el palacio episcopal -- y todavía se ven encima de la entrada el escudo personal de Palafox y el de la familia de Ariza, con una placa en latín que conmemora la fundación, aprobada pronto por el Rey y el Papa. Al terminar los primeros estudios en este colegio, los jóvenes pasaban al de San Juan, donde estudiaban teología y cánones. Palafox tenía el proyecto de un tercer colegio, de San Pablo, para estudios avanzados de moral, ascética y mística, pero no pudo realizarlo. Sin embargo, dejó la semilla que por los esfuerzos de sus sucesores fructificó abundantemente. Así es que el canónigo poblano Nicanor Quiroz, concluye su estudio del papel de Palafox en la fundación del seminario declarando que es con toda justicia que "desde tiempo muy antiguo, el Seminario de Puebla se ha llamado y ha sido conocido con el nombre de 'Seminario Palafoxiano'" (96) Y en el modernísimo edificio del nuevo Seminario Palafoxiano de Puebla se ve en el escudo, debajo de la tiara y las llaves de San Pedro, el escudo de Palafox, un corazón con la imagen del Crucificado adentro.

No se limita la influencia del obispo a la fundación, sino que dotaba cátedras y se interesaba por los reglamentos y los cursos de estudio. Contribución valiosísima a estos colegios fue la donación de su biblioteca personal de unos cinco o seis mil tomos. Es difícil comprender cómo el P. Cuevas contra todo el testimonio de los cronistas puede afirmar, sin ninguna documentación, que era una "biblioteca medianísima ... donde entraron solamente cincuenta cuerpos de libros del referido señor." (97) En efecto, Bermúdez de Castro dice:

Enriqueció estos almacenes de buenas letras con una selecta y copiosa librería que se componía de más de seis mil cuerpos de libros de



todas ciencias y facultades, que siendo la mejor biblioteca de la América puede retar a las más aplaudidas de la Europa. (98)

Es verdad que varios sucesores de Palafox aumentaron la biblioteca; sin embargo, esta donación de seis mil tomos en aquella época era un comienzo valioso, que le merece el recuerdo que se le guarda sobre la entrada de la biblioteca: una estatua y una placa en que se lee: "El V.S.D. Juan de Palafox dejó a la Iglesia un seminario, y al Estado una fuente de luz."

Se ha mostrado que el clero de Puebla era uno de los más numerosos y bien preparados de América. Esta solicitud pastoral, la terminación de la catedral, y la fundación del seminario ya serían mucho; pero las hazañas del incansable obispo fueron muchas más. Fundó un colegio para niñas huérfanas, se interesó mucho en los reglamentos de los conventos de religiosas, ayudó los hospitales, como el de San Pedro, y personalmente visitaba a los enfermos. En todo el obispado, hizo construir o reparar más de cincuenta iglesias, según los cronistas. (99) Sobre la entrada de la parroquia de Santiago en Puebla, por ejemplo, se ve el escudo de Palafox, recuerdo de la bendición de la iglesia por él en 1644; aparece también en uno de los lugares predilectos del obispo, el hermoso santuario de San Miguel del Milagro, que hizo construir en la sierra de Tlaxcala. Acostumbraba pasar sus retiros allá, y hoy día se conservan varios recuerdos del "Venerable Señor": un bastón, un crucifijo, una placa con una oración de San Bernardo, una ruda cama de tablas que ilustra vivamente sus prácticas de penitencia, y un sombrero rústico. (100) Otra iglesia de Puebla rica en recuerdos de Palafox es el Carmen, porque era tan amigo de los carmelitas. Hay un lienzo alegórico curiosísimo en la Capilla del Niño de Praga, en que aparece el obispo sentado a la orilla de una fuente, rodeado de varios santos carmelitas, entre los que están San Juan de la Cruz y Santa Teresa, y -- sorprendente -- Sor Ana de la Madre de Dios, "Madre del Venerable Señor"! Palafox está repartiendo el agua de la fuente -- la gracia -- a las ovejas de su diócesis. (101)

### 5.- Pleitos con los religiosos

Llegamos ahora a la parte más desagradable de la biografía del ilustre Obispo de Puebla. Ya en el capítulo II he hablado de la magnífica labor de evangelización de las tres órdenes de frailes, y algo también de la incalculable contribución de los jesuitas, no sólo en su obra de educación, sino también como misioneros. Nadie que estudia la historia de Nueva España seriamente y sin prejuicios puede dejar de admirar tanto la obra de todos estos grupos de religiosos como la de Palafox. Por eso se encuentra muy apenado al ver los pleitos que tuvieron, como si viera pelear a dos amigos. Así es que empiezo esta parte sin ánimo de suscitar antiguos rencores. Me interesa sólo lo que sea necesario para completar el retrato de Juan de Palafox. En la bibliografía del obispo, ocupa, un lugar sumamente desproporcionado la literatura polémica, y confieso que, después de leer gran parte de ella, que es de lo más pesado y desagradable. Me limito, pues, a narrar muy brevemente los sucesos, y a dar el juicio que me parece más ecuánime.

Los asuntos de los pleitos son tres: el de quitar las doctrinas (parroquias) a los religiosos, especialmente a los franciscanos; el de los diezmos y de las licencias de confesar y predicar, con los jesuitas. Sin embargo, todo se puede reducir a la cuestión de autoridad episcopal, y no cabe duda de que Palafox tenía la razón en imponerla según el Concilio de Trento, los desecis de la Santa Sede, y de la Corona española. Era inevitable entonces que hubiera un choque entre tan resuelto "Paladín de la dignidad episcopal" y los religiosos celosos de sus privilegios ganados a costa de tanto sacrificio. Dice muy pintorescamente Bermúdez de Castro:

... pues si experimenta en el orbe, que los sitios en que descargan el furioso estrago los rayos es la elevada eminencia de las torres y la superior celsitud de los chapiteles, discorra el lector piadoso si sería blanco de iras la vindicada inocencia del señor don Juan de Palafox, así por disponerle la divina majestad la corona de sus méritos, como por los muchos empleos que dignamente ocupó en todas partes...

Y Palafox mismo no se engañaba de lo difícil de su misión:

A este propósito decía este pecador, que era imposible que lo que se reformaba dejase de ser cortado de alguna parte, o del gusto, del deleite, o de la propia voluntad. ¿Y quién no siente que le corten, o le quiten del gusto, del deleite, del poder, o de otras cosas a que está asido el corazón de los hombres? Deducía de aquí, curar llagas sin suspiros, y quejas del herido, y dejar de lastimar al manejarlas, no es dado a nuestra naturaleza; y lo que Dios puede hacer el Cirujano, es obrar con tiento, y acompañar con la lástima al dolor; pero no es obrar con tiento dejar morir al enfermo. (103)

Insisto en este pasaje porque lo considero la clave para comprender los motivos de Palafox. Aquí se ve su firme convicción de tener la razón, de que era un grave daño para la Iglesia que los religiosos siguieran en las doctrinas, que los jesuitas rehusaran el pago de diezmos y que no se sometieran humildemente a la autoridad del obispo. Y se ve sobre todo su inflexible voluntad de triunfar en esta causa a pesar de las consecuencias.

El primer campo de batalla fueron las doctrinas. Hemos visto que había ya en el obispado de Puebla suficientes sacerdotes seculares capaces de tomar a cargo las doctrinas. Así es que hay que concederle la razón al obispo. Pero veamos cómo realizó el cambio. No se crea que el conflicto empieza con la venida de Palafox. Como en todos los pleitos en que él se halló, el problema había surgido muchos años antes. Por su experiencia en el Consejo de Indias, Palafox bien conocía el estado de este asunto, y la mente del Rey y del Papa, y por eso cuenta con qué decisión se lanzó a resolverlo:

Cosas hay que se han de obrar con celeridad para lograrse. El tiempo que les dió el Rey para obedecer fueron más de setenta años, que con repetidas cédulas se lo encargaba y ellos se lo resistieron. Y el que les di yo, fue el competente para que ejecutasen en tres días, y en muchas horas, lo que en una pudieran ejecutar, que

es examinarse y pedir la colación canónica, como lo ha declarado el Consejo. El rigor fuera dejarlos administrar almas sin jurisdicción, que era perderlas a ellas, a ellos, y la mía; con que fue piedad y caridad lo que pareció rigor. (104)

El plazo era bastante corto, y Palafox se mostró muy determinado, sustituyendo inmediatamente a curas seculares. Para los religiosos, era una decisión bastante difícil, porque no se trataba únicamente de tomar el examen, sino de someterse en toda la administración pastoral a la autoridad episcopal, de perder sus privilegios y la independencia que les conferían. Pidieron más tiempo, trataron de conseguir la protección del Virrey, pero éste también tenía sus instrucciones del Rey, y Palafox se mostró inflexible, así que en poco tiempo la mayor parte de las doctrinas pasaron a manos del clero secular, aunque los religiosos que estaban dispuestos a cumplir con las órdenes del obispo podían quedarse. Hubo oposición, especialmente de parte de los franciscanos, que eran los que más doctrinas tenían; pero en este primer pleito la victoria resultó relativamente fácil para Palafox, y lo hecho por él fue aprobado por cédula real en 1642. Un factor importante en la resolución del pleito fue que el Virrey apoyó al obispo y no tomó la parte de los religiosos -- a diferencia de lo que pasó con los jesuitas siete años más tarde. (105) Uno puede ver la rectitud de las intenciones de Palafox, pero puede no estar de acuerdo con la manera tan brusca que él creía necesaria para llevarlas a cabo.

Desafortunadamente los pleitos sobre diezmos y licencias, sostenidos con los jesuitas en 1647 no se resolvieron así, y llegaron a ser uno de los sucesos más escandalosos de toda la historia colonial, con resonancias en Madrid y Roma, aun muchos años después de la muerte de Palafox, y todavía hoy se calientan los ánimos al discutirlo. Empezaré confesando que después de leer muchísimas narraciones y explicaciones de pro-palafoxianos, anti-palafoxianos, y algunos imparciales, he llegado a la conclusión de que hay culpas de ambos partidos; si los jesuitas se hubieran mostrado más sumisos y humildes, y si Palafox

hubiera sido menos intransigente, no habría pasado a-  
quel triste suceso que tanto trastornó a Puebla.

Dicho esto, veamos cómo se desarrolló el pleito. Los jesuitas, a consecuencia de sus tan meritorios esfuerzos en la educación, y muy capaz administración, iban adquiriendo terrenos bastante extensos, y creían estar exentos de los diezmos por su importante apostolado de educación. (106) Sin embargo, no fue Palafox que empezó el pleito, sino que lo encontraba ya planteado entre el Cabildo y un racionero de la Catedral, el doctor Hernández de la Serna, quien en 1639 había donado a los jesuitas de Puebla unas haciendas de ganado menor, sujetas en lo de diezmos a la jurisdicción de la Catedral de Puebla. Recibió una amonestación de parte del provisor de la catedral de que no hiciera la donación sin disponer que se siguieran pagando los diezmos, bajo pena de excomuniación, pero no le hizo caso. Los padres de la Compañía acudían a su bienhechor y lo defendían, alegando sus privilegios de no pagar diezmos, y seguía el pleito; como era de esperar, Palafox no tardó en insistir en los derechos de su catedral. Para él fue otro caso en que los religiosos debían aprender a someterse a la autoridad episcopal. El pleito llegó al colmo en 1642, cuando el vicario general de Palafox, Juan de Merlo, declaró al doctor de la Serna excomulgado, amenazándole con el embargo de sus bienes si no pagaba los diezmos debidos. Siguió un intercambio de defensas y memoriales entre Palafox y su Cabildo y los jesuitas, que no tuvieron otro resultado que el amargar las relaciones entre el obispo y los religiosos. (107)

Sin duda el mal efecto producido por estas diferencias, aumentado por otros incidentes de menor importancia, como el que a principios de 1647 los jesuitas no visitaron a Palafox cuando estaba enfermo, ni le invitaron a la celebración de la devoción de Cuarenta Horas en honor del Santísimo Sacramento en su iglesia, pero sobre todo por la predicación de algunos jesuitas, particularmente del P. Juan de San Miguel. El obispo, irritado por lo que le parecía gran falta de respeto y obediencia a la dignidad episcopal, resolvió de una vez acabar con tal resistencia.

El primer golpe fue la notificación a los jesuí-

tas el miércoles de ceniza, 6 de marzo de 1647, que mostraran sus licencias de predicar y confesar o dejaran de hacerlo. Los jesuitas respondieron que tenían privilegio de no mostrar las licencias, invocando los privilegios de confesar en cualquier diócesis, una vez aprobados por algún obispo. Palafox insistió que debían mostrar tales privilegios, y los jesuitas respondieron que no podían hacerlo sin consultar con su superior, el Provincial, en México, y pidieron plazo para hacerlo. Mientras tanto tenían el problema del sermón anunciado para el viernes, y por fin decidieron que podía predicar un padre, por un privilegio que tenían para predicar en sus propias iglesias. Estaba predicando el P. Luis Legazpi cuando entró en la sacristía un notario con un edicto firmado por Juan de Merlo prohibiendo, bajo pena de excomunión, que los jesuitas predicaran y confesaran y que los feligreses acudieran a ellos, antes que recibieran licencias. (108) A partir de este edicto los jesuitas se abstuvieron de confesar y predicar, esperando órdenes de su Provincial, el P. Pedro Velasco. Esta es la fase crítica del pleito, y si se juzga según las normas de hoy, nunca se comprendera. Hay que considerar la mentalidad legalista de esa época de la colonia, del Real Patronato, del Consejo de Indias, y de la celosa conservación de privilegios, verdaderos o imaginarios, de parte de los religiosos, en que los jesuitas poblanos se mostraron extremos, y el deseo de imponer la autoridad episcopal, en que Palafox se mostró igualmente extremo. Creo que acierta Astráin en juzgar que era:

... un pleito que hubiera podido resolverse en pocas horas con sólo examinar unos cuantos papeles... Sin embargo, sucedió que por imprudencia de los jesuitas, y por la mucha pasión de Palafox, este pleito resonó bastante en el siglo XVII, no sólo en Méjico, sino también en Madrid y en Roma. (109)

Hoy día con una llamada telefónica a larga distancia se resolvería el problema, pero en aquellos tiempos, la dificultad de comunicaciones hacía interminables los pleitos, y en este caso, dada la exaltación de ánimos que ya existía entre el obispo y los

jesuítas, no había posibilidad de que se sentaran a examinar los papeles.

Un paso grave fue la decisión del P. Velasco de elegir a jueces conservadores para defender los privilegios de los jesuítas, que él juzgaba seriamente agraviados por los decretos de Palafox. En efecto, los religiosos tenían un privilegio de nombrar jueces conservadores en casos de "notable agravio", pero como se verá más adelante, Palafox estaba en pleno derecho de exigir que los jesuítas mostraran sus licencias, aun bajo pena de excomunión. Por eso, él nunca quiso reconocer la autoridad de los conservadores. Además, los jueces elegidos fueron dos padres dominicos, que estando interesados en la misma causa, no eran capaces. El documento más impresionante en esta fase del pleito, es la carta escrita por el General de los jesuítas, el P. Vicencio Caraffa, el 30 de enero de 1648, en la que reprende severamente al P. Velasco:

Aseguro a Vuestra Reverencia que no acabo de entender por qué no mostraron luego las licencias de confesar y predicar de nuestros colegios de la Puebla y dieron este gusto al Sr. Obispo, siendo tan fácil, tan conveniente, aunque se nos pidiesen con rigor, que mostrásemos dichas licencias, y ya que ellos no lo hicieron tan presto como convenía, ¿cómo Vuestra Reverencia cuando lo supo, no les ordenó que les mostrasen y obedeciesen? Verdaderamente, que aunque deseo excusar a Vuestra Reverencia, no hallo razón eficaz para hacerlo, porque entiendo que no ignora el grande respeto y reverencia que se debe tener a los prelados, y lo que nos ha enseñado con su ejemplo N.V.P. Ignacio, San Francisco Javier y otros santos y superiores de nuestra Compañía, aun en ocasiones que se nos oponían contra razón e intentaron privarnos de nuestro derecho....(110)

Pero se notará por la fecha que esta carta llegó solamente después de los acontecimientos más acalorados. Ya fue un error bastante grave elegir a los jueces conservadores; luego éstos, apoyados por el Virrey, el Conde de Salvatierra, y del Arzobispo de México, don Juan de Mañozca (a quien Palafox mismo había

consagrado), se excedieron, mandando al obispo y a Juan de Merlo que retiraran sus edictos y restauraran los privilegios a los jesuitas dentro de seis días, bajo pena de caer en excomunión. Como Palafox no reconocía su autoridad, no cumplió y lo declararon excomulgado el 27 de mayo. Para él, esto era el colmo de desprecio de la autoridad episcopal, y no tardó en contestar -- con una terrible ceremonia de anátema en la catedral; delante de un túmulo cubierto de bayeta negra apagó las velas, las arrojó al suelo y las pisó, significando que los excomulgados, los conservadores y dos de los jesuitas, ya eran miembros muertos, cortados del cuerpo de la Iglesia. Terminó con un impresionante sermón, y dicen algunos escritores que el pueblo, airado contra los jesuitas, quiso atacar sus casas. Los rencores entre los partidarios del obispo y los de los jesuitas iban creciendo, y mientras el Virrey se esforzaba a hacer la paz (aunque un poco tarde, después de haber tomado la parte contra Palafox), algo inesperado ocurrió. En la noche del 17 de junio, el obispo de repente desapareció de Puebla sin avisar adónde iba! ¿Cuáles eran sus motivos? El creía que su vida estaba en peligro, pero no por eso huyó, estando "resuelto a exponerse arrodillado a que le matasen a la puerta de la Iglesia!" pero temiendo motines como los que ocurrieron entre los partidarios del Arzobispo Juan Gómez de la Serna y el Virrey Márques de Gelves, optó por otro expediente:

... de no menos pena para él, y más saludable para su Iglesia, y ovejas... y habiéndose declarado los Pueblos en su defensa, y los Poderosos a su ofensa, por excusar muertes y desdichas, le dio luz para tomar expediente de retirarse, hasta que viniese el remedio de mano más superior que la que había donde le perseguían, y así (avisando de ello a los Superiores Seculares y Eclesiásticos, y dejando en su Iglesia las órdenes necesarias, cargando sobre sí todas las penas que trae consigo una sangriente persecución, porque se excusaran culpas, y no padeciesen los mismos que le ofendían a mano de los Pueblos indignados) se retiró, y escondió por cuatro meses con grande descomodidad y peligros. (111)



No fingía ir a Chiapas, como creen erróneamente los editores de Alegre, (112) sino que se retiró a la humilde hacienda de San José Chiapa, a unas pocas leguas de Puebla, pero en un lugar bastante aislado. Allí todavía se guarda la memoria del "santo" en la hermosa iglesia construída por el obispo Fabian y Furo un siglo después, con su magnífico retablo de teca li, u onix blanco. En la sacristía hay otro sombrero de ala ancha, y una estatua de "San Palafox". Delante de la iglesia está una palmera, "el árbol del Venerable", bajo la cual, según la tradición, rezaba su breviario. Allá en la plaza me dijo un anciano del pueblo: "Sí, señor, aquí vivió el Santo varios meses cuando le perseguían los 'jesuista'". (113) En este lugar tranquilo Palafox se ocupaba con sus oraciones y sus escritos. Además de los memoriales que dirigió al Rey y al Papa, escribió los tiernos Suspiros del Pastor ausente (114) y una hermosa Carta Pastoral en que declara:

... nos labran los enemigos con el escoplo de la tribulación y nos hacen imágenes vivas del Señor; porque ninguna cosa tanto se le parece, como el alma atribulada, y el Cristiano, que lleva con paciencia sus trabajos, y ruega en ellos por su enemigo. (115)

Con la ausencia del obispo, el campo estaba libre para sus enemigos. El había nombrado a tres vicarios, pero el principal, Juan de Merlo, estaba preso en México, adonde había ido para representar a su obispo, y los otros dos se retiraron. Los conservadores llegaron a Puebla, apoyados por el Virrey, y algunos canónigos desafectos de Palafox declararon "sede vacante" y se pusieron sin derecho a gobernar la diócesis. Aquí se ve la mala fe de los jesuitas poblanos que reprobó el P. Caraffa, en que tan pronto que se declaró la sede vacante, mostraron las licencias que tan tenazmente se habían negado a mostrar a Palafox. (116) En este momento ocurre uno de los acontecimientos más desagradables de todo el pleito, una máscara presentada por alumnos de los jesuitas la víspera de la fiesta de San Ignacio, el 30 de julio, en que por las calles de Puebla se burlaron del obispo de manera muy baja y de mal gus-

El retablo de tecali de  
.. San José Chiapa.



Sacristía de Chiapa: el autor con  
el sombrero y la estatua de Pa-  
lafox.



to. Las cosas menos ofensivas eran traer un báculo pastoral atado a la cola de un caballo, y la mitra pintada en los estribos. (117) Claro está que no se puede culpar a los jesuitas de todos los excesos de sus partidarios, como tampoco tiene Palafox la culpa de los excesos de los suyos. Lo cierto es que su actitud de oposición sí influyó en esta lamentable demostración.

Y así quedaron las cosas hasta que vinieron en octubre unas noticias muy buenas para Palafox, que había sido nombrado Virrey un amigo suyo, el Obispo de Yucatán, Marcos de Torres y Rueda, a quien él - había consagrado. Ya viendo removido el apoyo más fuerte de sus enemigos, Palafox juzgó que era tiempo de regresar, y llegó a Puebla el 10 de noviembre. La alegría de volver, y de la cariñosa recepción, fue amargada cuando leyó una carta del Rey, ordenando su regreso a España. Aunque estaba escrita con mucha cortesía, no cabía duda de la verdad -- había perdido el favor del Rey, aunque le daban la razón en Madrid y Roma, en cuanto al pleito. Tendría que dejar Puebla, a pesar de su voto. Los ánimos se iban serenando un poco, y en abril de 1648 llegaron cédulas reales, censurando al Virrey por su apoyo a los conservadores, y mandando a éstos que absolvieran a Palafox por las dudas, y que él les absolviera a ellos, y para conseguir la paz, que el obispo concediera un plazo de quince o veinte días para que los jesuitas pidieran las licencias. (118) Sin embargo, aún no terminaba el pleito jurídico. En septiembre, parecía que iba a resolverse, porque llegó de Roma el Procurador de Palafox con un Breve del Papa Inocencio X, a quien había escrito el obispo en 1645 y 1647; el Papa declaró que después de que una congregación de Cardenales y Prelados escucharon a representantes de los dos partidos, habían decidido que el obispo estaba en su derecho - cuando pidió las licencias, y por consiguiente, no hubo razón de elegir a jueces conservadores. Así dice el Breve, fechado el 16 de abril de 1648:

La Sacra Congregación... acordó: que los dichos Religiosos por ningún caso pueden confesar a personas seglares en la Ciudad y Dió-

cesis de la Puebla de los Angeles sin aprobación del Obispo Diocesano, ni predicar la palabra de Dios en las Iglesias de su Orden sin pedirle su bendición, ni en las demás Iglesias sin su licencia... ni por esta causa pudieron los dichos Religiosos, como por manifiestos agravios y violencias, nombrar Conservadores, ni ellos después de nombrados como está dicho, pudieron fulminar excomunión indebida, y nulamente contra el Obispo, y su Vicario General. (119)

Sin embargo, los jesuitas, declarando que el Breve no estaba en la correcta forma legal, no quisieron aceptarlo. (120) Las absoluciones mutuas fueron dadas, y los jesuitas pidieron y recibieron las licencias, pero en Madrid y Roma, seguía el litigio. Se puede comprender entonces, por qué el obispo exasperado escribió, el 8 de enero de 1649, pocos meses antes de salir de Puebla, una tercera y muy amarga carta a Inocencio X, en que pierde la paciencia y amontona las acusaciones contra no sólo los jesuitas de Puebla, sino que acusa a toda la orden de corrompida, y llega a recomendar al final una reforma radical o la extinción total de la Compañía. (121) Seguramente tiene exageraciones, siendo obra de un tiempo en que sufría mucho el obispo, sobre todo el tener que dejar su diócesis tan querida; con todo, no era justo saltar desde las culpas de los jesuitas de Puebla a México hasta la condenación de toda la Compañía. (122)

Siguieron los memoriales, defensas y controversias aun después de la partida de Palafox. En 1652, él dirigió una larguísima Defensa Canónica al Rey, un compendio de muchas cartas, memoriales y otros documentos de todo el pleito. (123) En 1652 y 1653 hubo otros Breves del Papa, confirmando el de 1648. El de 1652 impuso perpetuo silencio en el asunto de licencias.

Resumo el desagradable asunto con el juicio de Riva Palacio:

Palafox ha sido sin duda uno de los personajes más esclarecidos por su inteligencia, por su energía, y por sus virtudes, que vinieron de España a México durante los tres siglos de la

dominación. La terrible lucha que sostuvo con enemigos tan poderosos como los jesuitas, si bien puede decirse que nació de la impetuosidad o intolerancia de su carácter, fue sin duda la causa de hacerle más famoso, al par que de poner obstáculos al reconocimiento de sus relevantes cualidades; quizá sin esa lucha Palafox estaría ya en los altares, pero quizá también su nombre sería menos conocido...

La gran controversia entre los jesuitas y el obispo de Puebla no presta argumento serio contra ninguno de los dos contendientes...(124)

Calificaría el juicio del ilustre historiador como he mostrado en la narración, confesando que hallo más razón para disculpar a Palafox, aunque no completamente, que a sus opositores, en quienes veo falta de buena fe.

#### 6.- Obispo de Osma

Es desafortunado que estos ruidosos pleitos oscurezcan las muchas virtudes del obispo Palafox. La mayor prueba de éstas es la emocionante despedida que le tributaron a los pocos días después de las festividades de consagración de la catedral. No cabe duda de que le dolía abandonar a sus ovejas. Se ve que tardaba lo más que podía en salir, que se esforzaba enérgicamente para acabar la obra de la catedral, que escribió tiernas despedidas a sus feligreses, que se había preparado una tumba a la entrada de la catedral, frente al altar del Perdón, donde todavía se conserva, aunque está sepultado en Osma. (125)

Se fue con expresa intención de volver, más debía de sospechar las dificultades que le esperaban en la Corte, conociendo bien el poder de sus enemigos, no sólo los religiosos resentidos, sino también los familiares del Duque de Escalona. El Cabildo Eclesiástico le ofreció veinte mil pesos, sabiendo que volvía empeñado a España, pero él, confiando en Dios, no los quiso aceptar. (126) También nombraron a dos canónigos que

le acompañaran a Veracruz "o hasta España, como su Excelencia gustase", dándoles mil pesos. (127)

Según el cronista anónimo, el 6 de mayo Palafox se despidió, y "acudió tanta gente a la iglesia que, sobre la que solía acudir a oírle, fue el concurso mayor que el que hubo el día de la consagración, y muchas mujeres y hombres se subieron al Presbiterio por no haber lugar." (128) Sus últimas palabras eran de paz y consuelo para sus ovejas:

... no se admirasen ni escandalizasen si tal vez pleiteasen los eclesiásticos y las religiones, que entre los mismos ángeles buenos hubo diferencias de entender y entre los santos, porque en esta vida sólo aquello que está definido por la Iglesia es cierto e infalible, y lo demás hasta que lo determine la Apostólica Sede, puede disputarse y dudarse... (129)

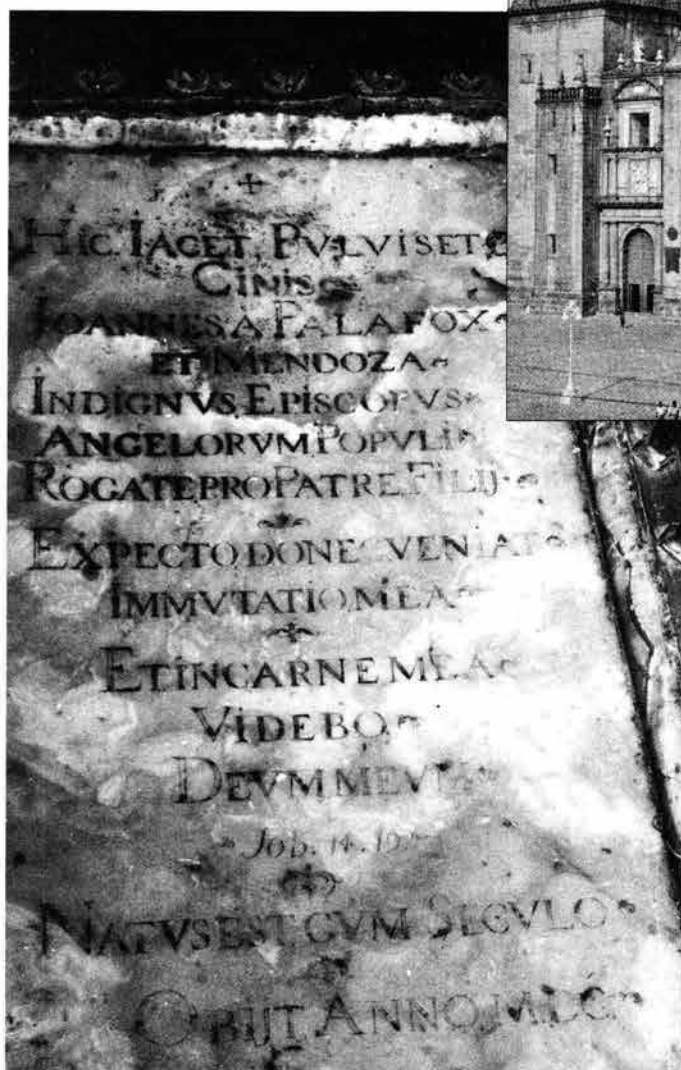
Y cuando iba a salir de su palacio, vestido de negro en señal de luto, tanta gente acudió llorando y gritando que:

... parecía el día del Juicio y, aunque su Ilustrísima les rogaba le dejasen ir, no era posible, hasta que con gran dificultad (después de gran rato) subió a la carroza que estaba a la puerta de la iglesia; pero se hubo de detener en ella porque la gente embarazaba las ruedas, y no podía moverse con el ansia de besarle la mano.

(130)

Rumbo a Tlaxcala, subió a su lugar predilecto, San Miguel del Milagro, para una última visita. La emocionante despedida se repitió en Tlaxcala y todos los pueblos en el camino, así que "la marcha de Palafox desde Puebla hasta Veracruz fue un verdadero camino triunfal." (131) Al fin zarpó de Veracruz el 10 de junio de 1649, dejando el gobierno de la diócesis en manos de su fiel colaborador, Juan de Merlo, más tarde nombrado Obispo de Comayagua, Honduras. Hay otros ejemplos del cariño que el pueblo le tenía por ejemplo, López de Villaseñor, cronista del Cabildo Secular de Puebla, cuenta que el Cabildo acordó escribir una carta en que "se dé cuenta a su Majestad

La majestuosa Catedral de Puebla, consagrada por Palafox en 1649.



La tumba que el obispo se hizo preparar a la entrada de la catedral.  
 "Aquí yacen el polvo y las cenizas de Juan de Palafox y Mendoza, indigno Obispo de la Puebla de los Angeles. Rogad por vuestro Padre, hijos. Espero hasta que llegue mi transformación. Y en mi carne veré a mi Dios. Nació con el Siglo. Murió el año 16..."

del desconsuelo de la ciudad" por la salida del obispo, pidiendo que le deje quedarse. (132) Y otro ejemplo: en 1653 la Inquisición de México mandó recoger los retratos de Palafox, porque muchos ya le mostraban con aureola u otra señal de santo. El hecho de que se recogieron más de seis mil retratos sólo en Puebla indica el amor que le guardaban. (133)

El viaje de regreso, como el de ida, fue muy difícil, y muchos murieron de una peste. (134) Una vez llegada a la Corte, lo primero fue arreglar sus asuntos, preparar la Defensa Canónica contra los jesuítas, y suplicar al Rey que le dejara volver a Puebla. En México le tomaron la residencia de sus cinco meses de Virrey, y aunque él no hizo nada para defenderse, confiando en su rectitud, salió declarado "ministro justísimo." (135) Sus enemigos se esforzaron para que no volviera a Puebla ni a ejercer su cargo de Consejero de Indias. Palafox se defendió, habló con el Rey, pero no logró recuperar el favor de Felipe. Un ejemplo de la influencia que pesaba en la decisión del Rey es una carta del Virrey, Duque de Albuquerque, en 1653:

Así como llegué a la Puebla reconocí en aquel lugar el fuego que ha tantos años que está encendido con las parcialidades de D. Juan de Palafox, siendo esto tanto, que todo lo que hemos oído en España es un átomo, en comparación de lo que aquí ha pasado y se conserva....(136)

No es extraño, entonces, que juzgara el Monarca que lo prudente era no dejar volver a Palafox.

En estos tres años en Madrid, en el tiempo que no usaba en estos asuntos, Palafox iba profundizando su vida espiritual, ya bastante probada en el fuego de la tribulación. Sánchez Castañer ha hecho una contribución valiosa a la biografía del obispo mostrando su papel en la fundación de las Cofradías de la Santa Escuela de Cristo, derivadas del espíritu del italiano San Felipe Neri. (137) Los socios de esta congregación respetaban mucho al prelado, lo eligieron superior ("obediencia") por un tiempo, y él tuvo mucho que ver con el establecimiento de la Santa Escuela en



Madrid, y después en su diócesis de Osma. Explica Sánchez Castañer que esta cofradía es "una institución que huía de exterioridades y buscaba sólo la recóndita virtud," y que "ésta era también, la sustancial actitud de Palafox." (138)

En la Vida Interior Palafox menciona varias visiones y otros favores divinos que recibió en este tiempo. En una "le parecía que veía el Infierno abierto," y hubo otras de mucha duración, de la Virgen María "en figura de una niña muy hermosa" y de Cristo "en figura de Salvador." (139) Un día experimentó:

... estando diciendo Misa en un Altar de la Imagen de un Santo Cristo devotísimo, bajarle gran lluvia de dolor de sus pecados, y sentir en su alma que caía de las Llagas, y de todo el cuerpo de aquella Imagen de Jesucristo Señor nuestro un mar de Sangre sobre él, que consumía sus culpas... (140)

Sin embargo, había que purificarse más:

Ultimamente, sólo Dios sabe, y no se puede bastantemente explicar lo que en esta alma pasó, lo que padeció, lo que obró la gracia para defender a esta alma de la culpa, lo que obró el Demonio, y las malas inclinaciones, y pasiones de este pecador para despojar a esta alma de la gracia ... y esta batalla espiritual de perder, y cobrar a Dios, y asirse firmemente al no perderle, todo se debe a la gracia de aquel Dios, que es todo misericordia. (141)

En el verano de 1653 vino la prueba más dura, el sacrificio de toda ambición, la aceptación de la humillación. Felipe IV le presentó para la diócesis de Osma, una de las más pobres de España. El descenso desde Puebla, obispado tan ilustre, era una muestra muy evidente de que había perdido el favor real, y una verdadera humillación. Los parientes y amigos de Palafox le animaban a que no aceptara la diócesis tan insignificante. En su alma se libró un terrible conflicto interior, y él confiesa que sus

motivos para no aceptar Osma no eran tan limpios como los de hacer el voto de no salir nunca de Puebla. Oigamos cómo se resolvió el conflicto:

Con estos cuidados se entró un día en el Oratorio a orar, o a adorar aquella Santa Imagen de Jesucristo Bien nuestro que siempre ha traído consigo, a la cual cortaron los Herejes los brazos y las piernas; y mirando aquel Señor, le dió instantáneamente un rayo de luz al entendimiento, y como si fuera una vela encendida que corta, y quema un hilo a que está asida alguna cosa, así le quitó el asimiento de su propia voluntad... ¿Estoy loco? ¿Qué engaño es éste? ¿Es posible que he de resistirme a cosas que ordena Dios? ¿No lo representa el Príncipe? ¿Qué méritos, qué servicios son los míos, que merecen premio alguno? ¿Por culpas me han de premiar? Y cuando hubiera méritos y servicios, ¿cuándo merecía esta Iglesia? ¿Cuándo la merced que le acompaña, y califica los méritos? Y las Iglesias ¿son premios, o ministerios, o cruces?

Finalmente se trocó el corazón, y el discurso, y a la hora de comer dijo a los familiares con resolución: Que quien no le hablase con estimación de la Iglesia a que era presentado, y le persuadiese a que no la aceptase, era enemigo capital de su consuelo. (142)

Después de esta importante conquista interior, Palafox aceptó completamente la humilde diócesis de Osma, saliendo de Madrid el primero de marzo de 1654. Rosende dice que estaba tan empeñado que sólo por la generosidad de un amigo pudo pagar el despacho de las Bulas de su nombramiento. (143) Que había ganado una victoria total, se ve en que cuando se pensaba proponerle más tarde para el arzobispado de Valencia, se negó firmemente. Así en 1657 contestó a su gran amigo, el vice-canciller del Consejo de Aragón, don Cristóbal Crespí de Valdaura, que le había escrito con gran entusiasmo de Valencia:

Y no solamente V.S.I. ni esos señores, mis amigos y compañeros, no han de agraviar aque-

lla santa Iglesia con semejante proposición... sino que V.S.I. me ha de hacer merced de templar los afectos desordenados de mis parientes, que como la Madre de los hijos del Zebedeo, les parece que soy a propósito para todo. Yo pasaré lo poco que me queda de vida, entre capotes y abarcas; y mi Esposa, aunque no tiene guarda infante, como otras, pero con sus patenas y corales la estimo y deseo servir como merece. (144)

Como ya he descrito sus visitas pastorales, que hacía de la misma manera en Osma, que, aunque era mucho más corta de extensión, tenía sus lugares ásperos, no trato de esto aquí. Me interesa terminar el estudio viendo la purificación de alma que experimentó en la tranquilidad de Osma;

... y ahora, en el recogimiento del coro catedralicio, y en la austeridad de una sede castellana, el que ayer desde un palacio virreinal gobernaba un imperio, entraría más y más en los secretos divinos, sufriría la talla, delicada y sin compasión, del buril y del cincel manejados por el dedo de Dios. (145)

Ya vimos que llegó pobre y empeñado, sumamente preocupado por querer satisfacer a todos sus acreedores. Rosende cuenta:

Tuviéronle siempre muy acongojado estos débitos, porque de su condición era muy puntual, e inimicísimo de deber. Esperaba que de las Indias habían de remitirle una suma muy considerable que le quedaron debiendo, y en ella tenía puesta toda la confianza de su desempeño, y por ventura a no tener este resguardo, no se hubiera empeñado tanto . . . (146)

Por esto, en Osma redujo su manera de vivir a lo más pobre y sencillo, con sólo dos pajes, y por mucho tiempo uno; tres o cuatro capellanes, que servían también de secretarios, y un mayordomo. Llegó a vender su coche para pagar deudas, explicando que "entretanto que comemos me leen vidas de Santos Obispos: y veo en ellos pocos coches, y muchas virtudes." (147)

En la austera casa episcopal vivía con su familia espiritual una vida casi monástica, con oración en común, lectura espiritual durante la comida, pláticas espirituales que el mismo daba. Sin embargo, aunque guardaba un horario muy estricto de trabajos y ejercicios espirituales, cualquier de sus feligreses tenía entrada a su despacho. Se mostraba muy humano en sus relaciones con sus secretarios y criados, y seguía su costumbre de ser muy hospitalario, especialmente con los religiosos, tratando de ofrecerles una comida más sustancial que la que recibían en sus conventos. Se mostraba, a pesar de su pobreza, generoso en sus limosnas. Todos los jueves daba de comer a doce pobres, sirviéndolos él mismo, y explicándoles la doctrina; los miércoles y los sábados invitaba a los pasajeros y peregrinos a comer, y les lavaba los pies, "como quien en aquellos pies tenía presentes y trataba los del Redentor del Mundo." (148)

Podemos seguir su camino espiritual por medio de testigos como Argáiz, y en la Vida Interior, viendo cómo más y más se desase de lo terreno y hace progreso en la contemplación y la práctica de las virtudes. Un testigo, Mateo de Noxara (diócesis de Osma) declaró que "cuando le veían en la contemplación y oración mental, les parecía a los que le veían, que estaba en la presencia de Dios, haciendo todos los días dos horas, y otras tres horas de oración continua." (149) Tenía una devoción muy tierna a la Madre de Dios, y propagaba enérgicamente entre los feligreses la recitación del rosario, componiendo una forma abreviada que llamaba "el Rosario del Corazón." (150) Sus poesías a la Virgen son de las más hermosas que escribió. Y por su ardiente amor a Jesús, Méndez Plancarte, hablando de los precursores de la devoción al Sagrado Corazón en la Nueva España, basándose en los escritos de Palafox, le concede una "dulce primacía." (151) Así vemos que su espiritualidad está lejos de ser tan fría y jansenista como la pintan algunos escritores.

Como es de esperar, la tranquilidad de Osma era muy propicia para la actividad literaria del obispo. Escribió varias obras nuevas, como las Notas a las Cartas de Santa Teresa, la Peregrinación

de Philotea, las Excelencias de San Pedro, y el Año Espiritual, para nombrar sólo las principales. Además, revisó otras, como el Pastor de Nochebuena y Vida Interior. Y en esta soledad, sufriendo enfermedades, aún no perdió su espíritu batallador. En 1656 a pesar de las calenturas que iban a conducirle a la muerte, tomó la pluma para defender la inmunidad de la Iglesia contra los tributos que quería seguir cobrando el Rey, aunque había pasado el plazo pactado con el Papa. Este Memorial al Rey por la Inmunidad Eclesiástica, como es natural, provocó fuerte reacción del Monarca. (152)

Para la muerte de Palafox, quizás el documento más valioso es el manuscrito de Argáiz, publicado en parte por Sánchez Castañer. (153) En éste me apoyo, además de Rosende. En su testamento redactado el 19 de junio de 1659, tres meses y medio antes de morir, muestra una vez más su progreso espiritual, hablando de los pleitos:

... pues aunque deseé siempre, y procuré no pasar con el afecto, ni con la pluma, de los términos de la honesta, legítima, Santa y Eclesiástica defensa, todavía es contingente, que la necesidad de la causa, o el peso y fuerza de las razones, o el fervor del zelo, o la propia ignorancia (que será lo más cierto en mí) hayan ocasionado la ajena mortificación, tristeza y desconsuelo, con mucho sentimiento mío, de lo cual les pido humildemente perdón a las dichas Comunidades: y ya de todo corazón remito, y perdono, antes bien admito y abrazo, todo cuanto contra mí se hubiere obrado, ofendiéndome por escritos, bras o palabras, por cualesquiera Sujeto, o Comunidad que sea, suplicando a Nuestro Señor, que dé su bendición, y llene de bienes espirituales y temporales a cuantos en cualquiera manera me hubieren ofendido.

(154)

Con esta actitud cristiana y serena, se enfrentaba a la muerte, cuya venida le preocupaba más y más en los últimos meses. Ya en junio presentía el fin, diciendo a uno de sus criados, de regreso de una visita pastoral: "Vamos a Osma a tratar de morir."

(155)

A principios de septiembre crecían las calenturas, pero a pesar de su agotamiento, los médicos tuvieron que batallar con él para hacerle dejar su cama de tablas y la ropa tan pobre que usaba. Según Argáiz la preparación para la muerte fue ejemplar: la resignación, sus oraciones, la Extrema Unción, la última - Comunción recibida de manos del mismo benedictino. Si guió con sus mortificaciones hasta el fin, aun negándose agua y alimento cuando más sed y hambre sentía. Quiso ser acompañado en toda esta última enfermedad por dos pobres, llamándoles sus hermanos. Argáiz - menciona varias visiones que tuvo en ese tiempo. En las calenturas tenía altos y bajos, y al fin, la mañana del primero de octubre de 1659, entró en las agonías de la muerte:

Llegando a las doce y media del día dio su alma a Dios, sin accidente, sin inquietud, sin movimiento, ni ansias desencadenadas, como suelen traer otras enfermedades, sino con una particular quietud y sosiego; no de otra suerte que una luz se apaga cuando le falta el alimento. Quedando todos bañados en lágrimas: criados, capellanes y religiosos, viéndose privados de tal Padre. (156)

Después de que se expiró, cumplieron un encargo que había dado al Cabildo: de abrir su pecho, sacar su corazón, y poner adentro una tarjetilla de plata con los nombres de Jesús, María, José, San Juan Bautista, San Pedro y San Juan Evangelista, encargo muy al gusto espiritual del barroco. (157)

Argáiz describe también el solemne funeral, la gran concurrencia de feligreses, el luto de todos. No se cumplió su instrucción para que le enterraran "en el lugar más retirado, al entrar en la Iglesia por la puerta principal, donde todos me pisen." (158) sino que le enterraron en medio del presbiterio de la catedral, donde descansaron sus restos hasta el 21 de enero de 1964, cuando fueron trasladados a la Capilla Real, llamada "del Venerable", construída por Carlos III en el siglo XVIII, época en que parecía próxima la canonización de Palafox. (159)

7.- Fama póstuma

Todo un libro se podría escribir sobre la fama póstuma y la historia del proceso de beatificación de Palafox. Muchos de los hombres principales de España le tributaron elogios; doy como ejemplo un epitafio elegante escrito en latín por el secretario de su gran amigo, el Cardenal Moscoso y Sandoval de Toledo:

Pequeña tumba, que encierra grandes restos,  
El Ilustrísimo Señor Don Juan de Palafox y Mendoza...  
Ilustre por la sangre, pero más Ilustre por sus  
virtudes...  
Hombre célebre por su dignidad, pero más célebre  
por su mérito.  
¿Qué más? Un hombre para muchos siglos. (160)

Rosende da "la noticia de la incorrupción de su cuerpo," que fue verificada por el Cabildo de Osma el 11 de septiembre de 1666, encontrando el cuerpo "tratable y flexible" a pesar de la humedad del sepulcro. (161) En el Episcopologio Angelopolitano refiere el Canónigo Martínez otra exhumación el 12 de septiembre de 1768, en el tiempo de más entusiasmo para el proceso, en que veinticuatro testigos hallaron que el venerable cadáver "se encontraba íntegro y formal en su disposición..." (162)

La historia del proceso empieza ya a los pocos años de la muerte del obispo, con su sucesor en Osma, fray Pedro de Godoy, en 1665, y un poco más tarde en Puebla. (163) Así es que evidentemente se abre el proceso un siglo antes de aquella triste página de la historia de España y de Europa, la supresión de la Compañía de Jesús, en que los cínicos enemigos de los jesuitas levantaron a Palafox en bandera, tratando de conseguir su canonización como otro golpe contra ellos. En el Archivo de la casa de Ariza, según Sánchez Castañer, hay copias de cartas y peticiones dirigidas al Papa en 1689 por varios ilustres Prelados, Cabildos y ciudades. (164) La causa fue introducida formalmente ante la Sacra Congregación de Ritos en 1691, y como es natural, los jesuitas se opusieron vigorosamente a la beatificación del hombre que, en su opinión, los había calumniado terriblemen

# DECRETUM



OXOMEN.

*Beatificationis & Canonizationis*

VEN. SERVI DEI

JOANNIS DE PALAFOX  
ET MENDOZA

Episcopi olim Angelopolitani, postea Oxomen.

ROposito, ad instantiam Serenissimi CAROLI III. Regis Catholici, in Sac. Rituum Congregatione Ordinaria per E<sup>MUM</sup>. ac R<sup>MUM</sup>. D. Card. Ganganelli Ponentem Causæ Ven. S. Dei JOANNIS DE PALAFOX ET MENDOZA Episcopi Angelopolitani, postea Oxomen., præviâ dispensatione Apostolicâ ab interventu Consultorum, Dubio = *An constet de validitate & relevantiâ Inquisitionis Apostolicæ auctoritate constructæ Oxome super Fama Sanctitatis, Virtutum, & Miraculorum in genere ejusdem Ven. S. Dei in casu, & ad effectum, de quo agitur* = 3 Sacra eadem Congregatio, audito prius R. P. D. Carolo Alexio Pisani Fidei Promotore, qui scripto & voce sententiam suam exposuit, rescribendum censuit: *Affirmative*, si SSmo. Dño Nostro visum fuerit. Die 12 Septembris 1767.

Factaque deinde per me infrascriptum Secretarium de prædictis eidem SSmo Dño Nostro relatione, SANCTITAS SUA benigne annuit. Die 16 ejusdem mensis & anni 1767.

*Joseph Maria Cardinalis Ferras Præfectus.*

Loco ✠ Sigilli.

*V. Macedonius S. R. C. Secretarius.*

ROMÆ MDCCLXVII.

Ex Typographia Reverendæ Cameræ Apostolicæ.

*Retrappes. Angelopoli Anno MDCCLXVIII. Typis Regalis Collegii D. Ignatii.*

Decreto de la Sacra Congregación de Ritos en la causa de beatificación y canonización del venerable Siervo de Dios, Juan de Palafox y Mendoza. "Si constan la validez y relevancia de la investigación hecha en Osma con autoridad apostólica sobre la fama de santidad, virtudes y milagros en general del ven. Siervo de Dios en el asunto y para el efecto de que se trata—; esta Sacra Congregación ha decidido fallar afirmativamente, el 12 de septiembre de 1767 . . . Su Santidad benignamente aprobó, el 16 del mismo mes y año de 1767."

—reimpreso en Puebla, 1768.



te. Nada menos que el General de la Compañía, el P. Tirso González, en 1698 escribió a Carlos II en nombre de toda la orden para declarar su oposición. (165) Tan fuerte estuvo esta oposición, ayudada por los descendientes del Duque de Escalona, que no se logró la signatura de la Comisión para proceder adelante, hasta 1726. Seguía la oposición y se tardaba la causa, hasta el reinado de Carlos III, cuando las Cortes de España, Portugal y Francia pusieron grandísimo empeño en persuadir (mejor dicho, forzar) al Papa Clemente XIV a dar el lamentable paso de extinguir la Compañía en 1773. Es imposible precisar la relación entre el anti-jesuitismo de Carlos III y su promoción de la causa de Palafox. ¿Su interés en la causa fue únicamente un medio para infligir otro golpe a los jesuitas, o fue la oposición de ellos a la causa lo que aumentaba la ira del Monarca? Parece que Carlos tuvo algo de interés sincero, influido por su confesor, que había sido Obispo de Osma, pero de todos modos, Menéndez y Pelayo subraya la ironía de la situación:

Así es que uno de los primeros actos del nuevo Rey (Carlos III) fue pedir a Roma (en 12 de agosto de 1760) la beatificación del venerable Obispo de la Puebla de los Angeles, D. Juan de Palafox y Mendoza, célebre más que por sus escritos ascéticos y por la austeridad de su vida y por sus popularísimas notas (a veces harto impertinentes) a las Cartas de Santa Teresa, por las reñidas y escandalosas cuestiones que en América tuvo con los jesuitas sobre exenciones y diezmos. De aquí que su nombre haya servido de bandera a los enemigos de la Compañía, y que sobre su proceso de beatificación se hayan reñido bravísimas batallas, dándose en el siglo XVIII el caso, no poco chistoso, de ser volterrianos y librepensadores los que más vociferaban y más empeño ponían en la famosa canonización. (166)

Lástima que las virtudes de Palafox se oscurezcan por tan desgraciada intervención en la causa. De todos modos, no afecta la sustancia del proceso, iniciado tantos años antes. En 1760 fueron aprobados los escritos de Palafox por la Congregación de Ritos, y como se aportaron más, éstos también fueron aprobados en 1766 y 1767. Y el proceso llegó al colmo el 12 de

de septiembre de 1767, cuando el Papa Clemente XIII aprobó la fama de santidad, de virtudes, y de milagros en general del obispo. Reproduzco una copia del decreto, impresa en Puebla el siguiente año de 1768, cuando llegaron las buenas noticias a México, y hubo fiestas y gran regocijo, sonaron las campanas, se adornaron las casas, hubo misas y Te Deum, fuegos artificiales, música, según una crónica publicada por Genaro García; y muchos visitaron el sepulcro vacío en la catedral. (167) Sin embargo, allí se paró la causa, a pesar de los esfuerzos de los obispos sucesores de Palafox en Puebla y Osma. (168) Una pregunta que no puedo contestar es ¿por qué no avanzó la causa después de la extinción de los jesuitas? ¿Se halló algo en las investigaciones contra la santidad de Palafox? Para resolver esta duda, sería preciso investigar los Archivos de la Congregación de Ritos, porque los resúmenes de testimonios que he consultado en el Archivo de la Catedral de Puebla no la resuelven. Además, a pesar de la extinción de la Compañía, todavía tenían los jesuitas sus amigos, y no perdieron toda su influencia. Comenta tristemente el Canónigo Martínez:

A partir del año de 1800, el interés y el entusiasmo, por lo menos de manera metódica insistente y regular, por parte de Prelados, salvo honrosas y pocas excepciones, del Clero, y de los fieles de la Diócesis Angelopolitana, en pro de la ansiada y digna glorificación del Ilmo. y Ven. Sr. Palafox y Mendoza, va decreciendo, en forma lenta, inexplicable y dolorosa, hasta convertirse la espléndida realidad del éxito, hasta el año de 1899, obtenido en las gestiones respectivas, en un simple "Recuerdo Histórico," digno únicamente de admiración... (169)

Hoy la causa está todavía abierta, pero completamente suspendida. (170) El tercer centenario de la muerte de Palafox en 1959 despertó una renovación de interés en el venerable obispo, en Puebla y en España, con la publicación de varios artículos, libros y nuevas ediciones de obras del Venerable, y conmemoraciones académicas y eclesiásticas. (171)

Termino con una nota personal este largo estudio de la vida de Palafox. Para mí, después de investigar su vida y leer gran parte de las Obras, fue sumamente impresionante pasar dos semanas en Puebla, y experimentar en todas partes la gran reverencia y cariño que - después de tres siglos los poblanos aún le tienen. Allí están la magnífica catedral, el palacio episcopal, el seminario, la Biblioteca Palafoxiana; pero mucho más, en el corazón del pueblo, desde el Arzobispo hasta el humilde anciano de San José Chiapa, está el monumento más admirable de este hombre extraordinario. No es tan sorprendente encontrar en el clero, y en los seminaristas del Seminario Palafoxiano, ese cariño, pero hallarlo en un hombre de negocios, un empleado de una papelería, unos profesores universitarios, la gente humilde -- eso sí que impresiona hondamente. En las palabras del famoso periodista poblano, Trinidad Sánchez Santos, escritas en 1903:

Palafox está aquí, sentido, hermanos!  
Palafox está aquí, dentro del alma! (172)

CAPITULO CUARTO

LAS OBRAS DE PALAFOX: ESTILO Y CONTENIDO

Las obras de Palafox: estilo y contenido

Es casi increíble que Palafox, a pesar de una vida tan activa, pudo dejar escritos que llenan, en la gran edición de sus Obras, impresa en Madrid en 1762, catorce gruesos tomos en folio. (1) Escribió sobre numerosos y muy variados temas: ascética, mística, poesía, cartas pastorales y personales, teología, historia, política, biografías, y hasta un tratado de ortografía! Y no escribía sólo en cantidad, sino con un estilo elegante, fácil y claro, un estilo que le ganó un puesto en la lista de autores "elegidos por la Real Academia Española, para el uso de las voces y modos de hablar, que han de explicarse en el Diccionario de la Lengua Castellana," el llamado "Diccionario de Autoridades." (2) Y Méndez y Pelayo le colocó entre las "cien mejores plumas españolas." (3) Con todo esto, aunque mucho se ha escrito sobre el venerable obispo, sobre todo sus pleitos, poco, realmente, se ha dedicado al juicio literario de sus obras. Un párrafo en los estudios más breves, una o dos páginas en las biografías, los elogios que preceden las ediciones de sus obras, una mención en los libros de historia, y nada más.

Sin embargo, las obras de Palafox gozaron de bastante éxito en los siglos XVII y XVIII, tanto durante su vida como después de su muerte. La primera edición de Obras, no tan completas como la de 1762, fue hecha por su primo, fray José de Palafox, cisterciense, entre 1659 y 1669, en siete tomos, y completada con el tomo VIII por otro fraile cisterciense, fray Benito Crozco, en 1671. (4) Aparte de esta colección hubo numerosas ediciones de obras sueltas, como el Varón de Deseos, el Pastor de Nochebuena, las Notas a las Cartas de Santa Teresa, y por supuesto, la Vida interior. Por ejemplo, sólo en vida, hubo ediciones del Pastor de Nochebuena en 1644, 1645, 1646, y 1655. Y las ediciones no fueron limitadas a México y España, sino que nos informa fray José de Palafox del éxito en otros países: "el francés, el italiano, el alemán, el flamenco, las venera, las traduce en su idioma, para gozar, y aprovecharse de su devota, dulce, y elegante lectura." (5)

¿Por qué, entonces, ha caído en el olvido este autor que fue juzgado digno de figurar entre Quevedo, Gracián, Lope de Vega, Góngora, y otros grandes autores del siglo XVII? Angel Valbuena Prat, por ejemplo, en su extensa Historia de la literatura española, cuando trata de los místicos del siglo XVII, ni siquiera menciona a Palafox. (6) Seguramente, un factor importante son los desafortunados pleitos, que han oscurecido los grandes talentos del obispo. Para muchos es un "enemigo de los jesuitas" y nada más. Para juzgar sus obras hay que prescindir de este aspecto polémico y examinar los escritos en sí. También hay que recordar que Palafox escribía en plena época barroca, y por eso muchas obras están un poco fuera del gusto de hoy. Sin embargo, veremos que evita los excesos del estilo barroco, y que varios de sus libros sí pueden interesar hoy; de hecho tenemos las recientes ediciones del Pastor de Nochebuena (1959) y del Varón de Deseos (1964-1965). Primero trataré la prosa, situándola en el cuadro barroco de la época; luego estudiaré las obras principales, fijándome en las de ascética y mística; y terminaré con una apreciación de la poesía. Daré la crítica de contemporáneos y biógrafos de Palafox, y mi apreciación personal, formada de la lectura de la mayor parte de las Obras completas.

### 1.- La prosa: Palafox y el barroco.

El siglo XVII, el "siglo del barroco", es a pesar de ciertos excesos, una parte de la Edad de Oro de la literatura castellana, en que escribieron distinguidas figuras como Quevedo, Góngora, Lope, Tirso de Molina, y el gran Calderón. Sin embargo, hubo ciertas tendencias en estos autores, como el "conceptismo" de Quevedo y Gracián, y el "culteranismo" de Góngora, que en escritores menos dotados llegaron a lo más pueril y cursi, a un mal gusto espantoso. Igualmente, en el campo de la arquitectura, el barroco pudo inspirar en un maestro genial, una iglesia de Tepozotlán, una capilla del Rosario en Puebla, un santuario de Ocotlán en Tlaxcala, verdaderas joyas; pero si se trataba de arquitectos de poco talento, degeneraba a lo cursi, a lo fastidioso.

¿Qué es el barroco en literatura y arte? Lo comprenderemos mejor si lo consideramos en su evolución. Díaz-Flajja ha señalado el desarrollo desde el clasicismo renacentista del siglo XVI: "El paso de lo clásico a lo barroco marca claramente el proceso del menor al mayor esfuerzo con que se consigue el placer... Y el artista se afana en complicar sus esfuerzos. Pronto, al puro goce de la belleza se unirá el placer intelectual de los hondos caminos descubiertos para conseguirla." (7) El clasicismo se caracteriza por el equilibrio, dominio de la razón, sencillez; mientras en el barroco, todo es dinamismo, dominio de emociones y sentimientos, y abundancia de adornos, como en la fachada de una iglesia de la época. Hay muchas veces más interés por la forma en que se dicen las ideas que en las mismas ideas que se expresan. Es la exaltación de la fermosa cobertura" de que hablaba el Marqués de Santillana. Este proceso lo describe también el escritor mexicano, Julio Jiménez Rueda:

La alegoría y el símbolo se colocan en primer plano en la vida del seiscientos... Un mundo de conceptos encubre el verdadero pensamiento de los autores. La línea curva sustituye a la recta como medio de creación plástica y aun literaria. La parábola y la elipse tienen su correspondencia en el verso y en la prosa. (8)

Y ¿cuál es la razón de este desarrollo? Es que el barroco es resultado del contraste entre lo ideal y lo real. Es un fenómeno verdaderamente admirable de la literatura castellana: "la pervivencia efectiva de la fantasía creadora largo tiempo después del agotamiento político y militar del país." (9) Como el mismo Palafox en sus obras políticas observaba, España, desde la derrota de la "Armada invencible" en 1588, declinaba; sin embargo, seguían floreciendo las bellas artes como si todavía España dominara el mundo. De ahí la abundancia de contrastes en las obras del barroco, y la oscilación entre lo divino y lo humano, lo hermoso y lo feo, lo espiritual y lo sensual, lo elevado y lo bajo. Lope de Vega, en su propia vida tan novelesca, es la personificación de tales contrastes violentos.

En algunos autores, como Góngora, el afán de lo

complejo se revela en la búsqueda de la forma más erudita, un adorno muy elegante del lenguaje. Su gran enemigo literario, Lope, se burla de esta característica de la poesía de Góngora, diciendo que era como "una mujer que se pinta toda la cara, no sólo las mejillas." Esta tendencia se llama "culteranismo" o por éste, su exponente más distinguido, "gongorismo." En otros se manifiesta más en la búsqueda de un juego ingenioso de ideas, paradojas, hipérboles. Esta tendencia, cuyos mejores exponentes son Quevedo y Gracián, se llama "conceptismo." Ya es evidente el peligro que se esconde al fondo de las dos tendencias. El escritor culterano, si carece de las ideas y el poder de creación de un Góngora, produce algo elegante pero aburrido por la pobreza del contenido. Y el conceptista, si no es de la categoría de los grandes exponentes, degenera a pueriles juegos de palabras y verbosidad. Llega el momento en que se da cuenta de que el proceso ha ido demasiado lejos, de que se cansa uno, de que este afán ingenioso, al hacer tan complejo el ideal de lo bello, lo ha oscurecido en vez de iluminarlo.

No cabe duda que Palafox era hombre de su época, y que en sus obras se hallan huellas de estas tendencias, como, por ejemplo, en este pasaje de la Vida interior:

Muchas veces le parece que ve a su alma como un pajarillo, que vuela, y se cansa de volar, y luego se va a sentar en el clavo de la Cruz de los pies, y allí se pone a mirar al Señor, y a beber de la sangre de aquellas llagas sabrosas, y se consuela muchísimo. (10)

Y prosigue a comparar el alma a una abeja que visita las flores de las llagas, y que entra en la llaga del costado del Señor y se baña en la sangre purificadora. En estos pasajes es evidente su preciosismo, un conceptismo muy barroco. ¿Se puede colocar a Palafox dentro de la escuela conceptista o culterana? Diría que no, por la misma razón por la que él evita los excesos de las dos tendencias. Y esta razón es sencillamente su vida tan llena de actividades y preocupaciones, que no le dejaba tiempo para pulir y retocar sus obras. Y el hecho de que tuviera que escribir a la carrera, robando horas al sueño (se levantaba generalmente a las tres de la mañana), en



vez de ser una imperfección, da a su prosa una sinceridad, una espontaneidad vigorosa que falta en muchísimas obras de su tiempo. Además, le ayudaba a evitar los excesos el público para quienes escribía; todas sus obras van dirigidas, no a un grupo selecto de lectores cultos, sino a todos los feligreses de Puebla o de Osma, y por lo tanto el obispo tiene mucho cuidado de guardar cierta llaneza y sencillez admirables.

La mayor prueba de la diferencia entre la espontaneidad de Palafox y el artificio insoportable de algunos escritores barrocos, es la citada carta de Rodrigo Serrano y Trillo, uno de los testigos de la muerte de Palafox. La carta llena quince páginas de letra muy chica, y lo que dice el autor, se habría podido reducir a una sola página. Para ilustrar su opinión de que los jesuitas han caído de sus prístinos ideales, cuenta toda la vida de San Ignacio y la historia de la Compañía! El editor del Epistolario español se siente obligado a ofrecer una explicación por incluir tal carta:

Damos aquí esta indigesta y larguísima carta, tan llena de retruécanos pueriles... únicamente como muestra del detestable gusto que por entonces empezó a invadir nuestra literatura, y fue en lastimoso aumento hasta llegar a los últimos límites de la extravagancia, señaladamente en los poetas y en los escritores místicos, a mediados del siglo XVIII. (11)

Como ejemplo de este estilo tan desagradable, baste saber que al principio de la carta, se refiere a Palafox como "excelentísimo, ejemplar, religioso y venerable prelado, de los prelados pauta, su obispo, el ilustrísimo y reverendísimo señor." Luego, hay que leer cualquiera de las Cartas Pastorales o las pocas cartas personales de Palafox, llenas de doctrina sólida y de consejos buenos, concisos y sinceros. Escijo al azar una carta a una persona enferma:

No se dice que ha de ser insensible en los males el cristiano, sino resignado en ellos... Ya llegamos al último, y mejor motivo de padecer trabajos, y enfermedades: ¿ Por quién

padece el cristiano? Padece por Dios, que pade-  
ció por el cristiano... hay penas que lleguen  
a sus penas?... Dos lágrimas derramadas sobre  
Jerusalén ¿pueden pagarse?... cuanto más fue-  
re creciendo el dolor, tanto más le acerca a la  
corona. (12)

Veamos de su propio testimonio y del de Rosende,  
la manera de escribir de Palafox en medio de sus preo-  
cupaciones de Consejero, Virrey y Obispo. En el capí-  
tulo XXIV de Vida interior explica:

Lo sexto: en que Dios le hizo merced, es, que  
el escribir fuese sin grande dificultad, ni tener  
que ocupar el tiempo en revolver libros, autori-  
dades, ni Autores; porque siempre escribía con una  
Imagen delante; (que era la que ha dicho del Ni-  
ño Jesús, o de nuestra Señora con su Hijo precio-  
sísimo en los brazos), y raras veces tenía necesi-  
dad de meditar lo que escribía, sucediéndole en  
dos horas escribir cinco, y seis pliegos, con tan-  
ta velocidad, que él mismo se admiraba de lo que  
hacía, y no sabía de dónde se le ofrecía mucho de  
lo que a la pluma dictaba. (13)

Y Rosende cuenta que se levantaba a las tres o cua-  
tro de la mañana, hacía su meditación, y aunque hiciera  
mucho frío, se ponía a escribir unas dos horas, y antes  
de las siete, ya tenía tres o cuatro pliegos.

...tan puesta, y bien organizada tenía la cabeza,  
y la fecundidad y facilidad de los conceptos, y  
de los períodos, que no podía el pulso muchas ve-  
ces, con escribir muy veloz (aunque ya a lo últi-  
mo mal formado) seguir el paso de la imaginativa,  
que volaba, no corría, atropellando la mano de  
calidad que no se acertaba a leer, si no es con  
mucha dificultad, lo que había dictado, cuando su-  
cedía actuando con esta prisa. (14)

Sin embargo, este horario tan arduo explica sólo  
en parte la extensión de la obra escrita de Palafox, tan  
impresionante que el Arzobispo Lorenzana de México, his-  
toriador de los Concilios Mexicanos, exclama:

Sólo el prodigioso número, y maravillosa calidad de sus escritos, en tan notables circunstancias de ocupaciones gravísimas, continuas, y casi inmensas, es a nuestro entender un milagro de milagros, que clama hasta el Cielo desde el mundo por su canonización. (15)

Sí, este "milagro de milagros" se explica en parte por el duro horario de Palafox, pero hay otro factor, una ayuda que han aprovechado varios grandes escritores, el uso de amanuenses. Rosende dice que a veces dictaba a cinco o seis sobre diversas materias. (16)

Es natural, entonces, dado este modo de escribir tan de prisa, que haya imperfecciones de estilo: repeticiones, verbosidad, falta de orden. Sin embargo, no le faltan elegancia, facilidad, gracia. La mayoría de sus obras se leen con gusto, como comprobará quien las conozca. Por eso es sorprendente ver en Genaro García, que muestra tanta erudición y simpatía por Palafox en su biografía, una total falta de comprensión y apreciación por el valor literario de sus obras, tanto en prosa como en poesía. "Su estilo," opina, "es monótono, falto de gracia, de una fluidez muy desaliñada, y de una incorrección bastante notable." (17) Cree que la Real Academia mostró "una indulgencia exagerada" al admitirlo al catálogo de autoridades. Los contemporáneos de Palafox y los autores más recientes, con la revalorización del barroco, juzgan de manera muy diversa. Los Cardenales que leyeron sus obras en Roma, por la elegancia de su estilo lo llamaban "el Cicerón de España". (18) Los elogios que le tributaron a veces llegaron a ser extravagantes, como éste de su Historia real y sagrada, que es de la pluma de un jesuita, el padre Antonio Velázquez, que escribió desde Salamanca en 1647: "es este libro un prodigio, y ornamento de nuestro siglo, y de nuestra nación." Y el P. Andrés de Valencia, catedrático de teología en México, dice que: "como es Historia real, tiene estilo real, y como cada una de sus sentencias es manzana de oro, tiene enrejado de luz, con el esmalte blanco, y balaustres de cristal de los tropos, y figuras que la Retórica con su viveza dictó al celo de V. Exc." (19) Este elogio mismo es de lo más barroco.

Y hoy, José Gallegos Rocafull, en su libro El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII, da un juicio bastante acertado:

El estilo de Palafox es fluido y natural, aunque un poco descuidado y a veces francamente desaliñado; se deja llevar de la fluidez de su palabra, de la abundancia de sus razones y del caudal de sus sentimientos, y no se cuida ni de pulir su prosa ni de dar vigor y nervio a su argumentación: como hombre de su tiempo muestra a veces afición al conceptualismo, pero de ordinario es difuso y en ocasiones hasta farragoso; le salvan, sin embargo, su gran sinceridad y sus singulares dotes de orador y catequista. (20)

A pesar de las imperfecciones, la elegancia de su estilo revela la sólida formación humanista que recibió en el colegio de los jesuitas de Tarazona, y en las universidades de Huesca, Alcalá, y sobre todo, Salamanca. Aunque él mismo confesó que acostumbraba escribir sin consultar autoridades, y sin citar tomos y páginas, eso no quiere decir que muestre, como juzga Genaro García, "escasa erudición." (21) Las alusiones y citas que hay muestran un amplio conocimiento de la Biblia, de la literatura mística no sólo española, sino de otros países también, de los Padres de la Iglesia, y de la literatura clásica. De una rápida revisión de las citas y alusiones en las Notas a las Cartas de Santa Teresa, resulta que cita con preferencia entre los clásicos, al filósofo estoico hispano-romano, Séneca, y menciona también a Plutarco, Juvenal, Virgilio, y Horacio; y entre los Padres, a los Santos Agustín, Bernardo, Juan Crisóstomo, Ambrosio, Jerónimo, y Gregorio Magno. Otra evidencia son las hermosas páginas del Sentimiento V de la segunda parte del Varón de Deseos, en que para ilustrar su tema de la vanidad del poder humano, saca sus ejemplos de la historia de Grecia y Roma. Pasan en procesión los reyes, los emperadores, los generales, los tiranos. De Alejandro Magno, pregunta:

¿Dónde está el que lloraba que no hubiese más tierra que ganar, siendo él un poco de tierra, arrebatado en medio el curso acelerado de su vanidad, divididas las ruinas de su imperio en tan

tos reyes coronados cuantos tuvo esclavos su poder?

Y de los faraones de Egipto:

¿Dónde los que quisieron prevenir su mortalidad con mausoleos que los hiciesen inmortales, formando pirámides de montes, en cuyas entrañas se encerrase la poca y leve ceniza que los formó? (22)

Y en estos pasajes, a propósito, se puede saborear un poco la elegancia de estilo que Palafox sorbía de estas fuentes clásicas. No puedo dejar de citar, para terminar mi estudio del estilo del obispo, estas palabras de sor Cristina de la Cruz de Arteaga, cuya pluma elegante es digna de su ilustre pariente del siglo XVII:

Si su espíritu ha libado en los maestros espirituales de nuestro siglo XVI la fuerte y sobria doctrina, su estilo es único; tiene un señorío, una elegancia en la dicción, tan propia de la corte literaria de Felipe IV, que cada trazo de su pluma evoca la varonil maestría de los pinceles de Velázquez. (23)

El humanismo de Palafox es un "humanismo integral" como lo he descrito en el segundo capítulo, vital y práctico, no frío y académico. Es un humanismo de amplios horizontes; tan pronto echa mano a las obras de los paganos filósofos estoicos, "que en mi juicio fueron entre los gentiles los que más se acercaron a la verdad cristiana," (24) que a las de Santa Teresa, a quien admiraba intensamente. Y si buscamos un modelo del estilo y del humanismo de Palafox, lo hallaremos en la gran Santa de Avila. Claro que él muestra los resultados de una formación universitaria que ella no tenía; sin embargo, a causa de su propósito de escribir para todos los feligreses su estilo se parece mucho al de ella en ser popular, llano. Además, ella fue su gran maestra mística, como veremos en el estudio de su espiritualidad. Y completo el retrato de Palafox humanista con el rasgo americanista que resultó de su contacto con los indígenas, rasgo

que le une a los humanistas integrales del siglo XVI, Zumárraga, las Casas, Julián Garcés, como lo dice bien Méndez Plancarte en su estudio de los Humanistas del siglo XVI:

"... no quiero terminar esta Introducción sin hacer notar cómo todos nuestros humanistas auténticos -- desde éstos del XVI, hasta Clavigero y su grupo, en quienes culmina esa brillante tradición de nuestra cultura en la segunda mitad del XVIII, pasando por el Venerable Don Juan de Palafox y Sor Juana Inés de la Cruz, en el XVII --- han tenido siempre entre sus notas características que les dan común y nobilísimo aire de familia, la vital actitud "humana" ante lo indígena, el cariñoso interés por la cultura de nuestros pueblos aborígenes, la amorosa comprensión de aquel mundo mágico y misterioso que vivía en América antes de la Conquista española y que, en no pequeña parte, sobrevive aún en las almas y en las costumbres de los indios mexicanos, incorporados -- sólo parcialmente -- a la cultura cristiana occidental." (25)

¿Qué hay que decir sobre el pensamiento de Palafox? En general, no es muy original; no hace grandes contribuciones ni a la ascética ni a la mística. No se puede hablar de una "escuela palafoxiana"; su obra y su espiritualidad son más bien eclécticas. Esto no quiere decir que no sea profundo su pensamiento, porque al contrario, en cualquier materia que trata, sea mística, historia, teología o política, es evidente que la domina. Pero su gran talento es el de poder tomar una idea y darle una expresión elegante. Su vida tan agitada no le dejaba mucho tiempo para obras de pura creación. El Varón de Deseos es un buen ejemplo; Palafox tomó el plan de un opúsculo de un jesuita, pero produjo una obra muy suya, un tratado completo de ascética y mística. La obra que más nos impresionó en este aspecto es la Carta Pastoral V, de los conocimientos de la divina gracia, bondad y misericordia, y de nuestra flaqueza y miseria. (26) Otra vez, la inspiración fue un opúsculo, en efecto, de un autor jansenista; sin embargo, Palafox lo supera, quita los errores, y produce una explicación de la teoría de los dominicos sobre la gracia y el libre

albedrío, la más literaria y amena que he leído. Vale la pena transcribir un hermoso pasaje de esta Carta Pastoral, que tanto difiere de un seco tratado de libro de texto de teología, como un hombre de carne y hueso de un esqueleto:

Pero Vos, Señor de mi alma, con una inefable eficacia, y suavidad poderosa suspendéis, y detenéis como quereis el mal uso, y ejercicio de este lamentable, y miserable querer, que yo tengo contra Vos, de esta facultad de traspasar vuestra Ley, y quebrantarla, y de resistirme a vuestras inspiraciones, y con un dulce modo de cautivar, de disponer, de llamar, de mandar, de sujetar, de guiar, de enderezar, dirigir, y encaminar, de ablandar, de persuadir, de vencer con una fuerza sin fuerza, y con una suavísima violencia sin violencia, hacéis que salga victoriosa de las culpas vuestra gracia. (27)

Fray José de Palafox, además de preparar las Obras colectas para la imprenta, les puso unas introducciones con juicios literarios muy agudos. En el prólogo al tomo V, que contiene varios escritos espirituales y pastorales, describe este talento:

Le dio Dios el don de la elocuencia que dijo San Agustín, que consiste en bien hablar: Est eloquentia nihil aliud, quam peritia bene loquendi. La elocuencia no es otra cosa que la habilidad de hablar bien. Y no consiste (añade el Santo) en usar voces nuevas, ni términos exquisitos, frases singulares: locuciones puramente simbólicas, y tan figurativas, que ninguno, o muy pocos, las entiendan. No consiste en eso la elegancia, sino en hablar con términos propios, voces llanas, acomodadas a la capacidad de los que oyen, y leen, y a los entendimientos de todos... (28)

2.- Las obras principalesVida interior

He considerado ya la Vida interior como documento autobiográfico y místico. Ahora lo veremos brevemente como documento literario. Para sor Cristina de la Cruz de Arteaga, es "la perla peregrina de sus tesoros literarios" y "el canto del cisne". (29) Como ella indica, es una de las últimas obras en que trabajaba, y como es una de las pocas que revisó, habiéndola empezado ya en Puebla como diario espiritual, tiene algo más de artificio barroco. Sus modelos aquí son las autobiografías de San Agustín y Santa Teresa, cuya lectura tanto influyó en su conversión y la de Enrique Suson, que tradujo en su juventud. En particular, sigue muy de cerca, a veces hasta textualmente, a San Agustín. El explica en el primer capítulo su propósito al escribir, que es, lo mismo que en sus modelos, mostrar la grandeza de la gracia divina, que tanto pudo obrar en un alma tan ruin:

El primero, y principal motivo, y razón que ha tenido, es la gloria de Dios, y que se vea lo que resplandece su bondad, que tanto sufre, ordena, ayuda, y ampara a sus criaturas, y aun a las que le desobligan, y ofenden gravísimamente como este pecador, y que con este ejemplo, como con otros, amen, sigan, sirvan, y adoren a tan buen Señor, y nunca jamás le ofendan. (30)

Se notará que una innovación de Palafox es el uso de la tercera persona en su narración, que emplea para realzar la acción de la gracia y subrayar su propia bajeza y debilidad. Es notable la serenidad que caracteriza todo el libro. Habla de persecuciones, pero no nombra a los jesuitas ni una vez; explica Rosende:

Ninguna cosa procuró tanto este Prelado, como encubrir su vida: pues la que escribió por mandato de sus Confesores, la remitió y entregó con tantas cautelas, pidiendo que en veinte años no se publicase, aun cuando pidie-



se, y se juzgase digna de salir a luz: todo su estudio fue hundirse, y que no se supiese lo que habia obrado... (31)

Sin embargo, en varios capítulos repartidos entre esta narración, capítulos intitulados "lágrimas," habla directamente con Dios en primera persona, y la espontaneidad, el lirismo producen las páginas más valiosas del libro. En el capítulo IV, por ejemplo, habla de las tribulaciones de su nacimiento:

Me perseguía mi madre, me defendía mi padre, porque pudiese decir que sois Vos mi padre y madre. No quería la humana naturaleza tener tan mal individuo entre los suyos, y así ahogaba al nacer; y Vos, Misericordia Infinita, con mano blanda, dulce, hermosa, y sobre hermosa amorosa, me defendíais de aquellos que me ofendían; y no ignorando quien todo lo está mirando mi maldad, e indignidad, empeñabais en mi defensa, y conservación toda vuestra caridad. (32)

La narración de penitencias, ayunos, progreso en la oración, visiones, que estudiaré en el último capítulo, puede hacer decaer el interés; pero precisamente cuando pasa esto, viene otro capítulo de "lágrimas", que nunca deja de premiar al lector. En el capítulo XVIII, Palafox abarca el tema que dos siglos más tarde el poeta inglés, Francis Thompson, desarrollaría en su magnífico poema, "El Lebré del Cielo":

Vos, Jesús mío, madrugasteis a mi bien, y a mi remedio, yo a mi perdición, y a mi daño. Vos, dulce Bien, andabais por los montes buscando la ovejuela perdida, y descarriada; y ella, huyendo del Pastor, entre los lobos, comiendo veneno y muerte. Corristeis más, Pastor dulce y amoroso, al buscar, que yo al huir: fueron más ligeros vuestros pasos a mi remedio, que los míos a mi daño: me buscasteis, me hallasteis, me rodeasteis, me acogisteis, y con entrambas manos tomasteis, y me asististeis, y pusisteis en vuestros divinos hombros. (33)

Y por fin, llorando su falta de correspondencia al amor divino:

Esto, Señor, no se puede llorar. ni lavar con mis lágrimas; para lavarse son menester las que derramó vuestra Madre al veros a Vos morir: las que aplicó entonces por tan grandes pecadores como yo: las que llorasteis Vos sobre Jerusalén (que es mi alma) al ver tan grandes traiciones a tan grandes beneficios. . . Qué justamente me perseguían todas las que entonces me persiguieron... (34)

Entonces tenemos en esta autobiografía una obra literaria de gran mérito; no a las alturas psicológicas de un Agustín ni de una Teresa, pero digno imitador de ellos. Merece una edición crítica, basada en los manuscritos de Osma y de Madrid, una edición que dé además una biografía de Palafox y notas para aclarar las alusiones que el autor hizo vagas con el propósito de "hundirse" como dice Rosende. Tal edición sería de interés para muchos lectores de hoy.

#### El Pastor de Nochebuena

El P. Juan Eusebio Nieremberg, S.J., contemporáneo de Palafox, y él mismo notable escritor ascético y místico, calificó a este librito como "libro de oro... muy gracioso y espiritualísimo." (35) Es ciertamente el más barroco de los libros del venerable obispo. Nadie que lo lee puede dejar de ver en él un paralelo a los autos sacramentales de Calderón, que nació el mismo año que Palafox. Las figuras alegóricas que personifican las virtudes y los vicios: el Desengaño y el Engaño, la Prudencia y la Religión, la Avaricia y el Amor Propio, el Pastor, que representa el alma del hombre, todas hacen pensar en El gran teatro del mundo, La vida es sueño, u otro auto -- y eso a pesar de que Palafox era adversario implacable de las comedias, "pestilencia de estos siglos," (36) y no quería que los clérigos de su diócesis asistieran a tales espectáculos.

Es ésta una obra puramente ascética, como lo proclama el título completo, que es El Pastor de Nochebuena. Práctica breve de las virtudes. Conocimiento fácil de los vicios. La idea del viaje del pastor por los palacios del Engaño y Desengaño, ¿es original de Palafox? Don Nicolás Antonio en Biblioteca Hispana Nova dice que: "siguiendo la idea de Cebes de Tebas, separa a un cristiano, precisamente un pastor de almas, de los vicios, y le anima y conduce a las virtudes." (37) Y Pfandl cita una obra del escritor satírico Rodrigo Fernández de Ribera, Los anteojos de mejor vista, escrita en 1625, en que el licenciado Desengaño, con anteojos mágicos en su larga y encorvada nariz, observa desde la torre de la Catedral de Sevilla cómo son los hombres en realidad. (38) Palafox mismo explica en su Introducción que sigue a San Gregorio Magno, Prudencio, la Sagrada Escritura, y San Agustín, para vestir los misterios de figuras y "escribir con tal modo este tratado, que la facilidad y suavidad de la narración e invención lleve entretenidamente al conocimiento y luz interior que dentro de sí tiene." (39)

De todos modos, aunque fuera con uno de estos ejemplos, Palafox crea una obra muy popular, y a la vez, su obra predilecta. Rosende afirma que su motivo era la tierna devoción que siempre tenía para el Niño Jesús, y su predilección para la Nochebuena. Podemos imaginar cómo de rodillas, delante de la imagen del "Pastorcico" que le dieron en Flandes,

"... compuso aquel tratado gustoso, y sencillo con alusiones de novela, para llevar al espíritu con sazón, y dulzura, al cual intituló el Pastor de Nochebuena, en que con estilo llano, y fácil, cual convenía al mismo título, enseña a caminar la alma en aquella noche dichosa, con una luz tan clara, que no pueda recelarse de sus tinieblas. (40)

Es otra de las pocas obras que revisó. Describe en la vida interior cómo la escribió por el tiempo de Navidad de 1643, en Puebla:

Una vez hizo un tratado de la práctica de las virtudes, y vicios, poniéndolo, y suponién

dolo de suerte, y con tal modo, que pudiese abrir el apetito, y voluntad para practicar lo bueno, y huir de lo malo, como si se instruyera un Pastor de almas en el servicio de Dios; y él mismo no sabía cómo lo hacía, porque vistiéndose, despachando, y otras veces divertido (aunque algunas recogido) hacía, e hizo una cosa tan dificultosa a su juicio, ignorancia, y falta de espíritu, luz, conocimiento, y erudición; y con tan grande brevedad, que no ocupó en ello treinta horas; que decía, que otros tratados le parecía que él los había hecho; pero aquél, otro por él, porque no le parecía posible que si él quisiese trabajar en hacerlo, y recogerse para ello, y que sudase en esto, y meditase, podría volverlo a hacer. (41)

Pero en la tranquilidad de Osma, y con otros dieciséis años de experiencia y práctica en las virtudes, Palafox se puso a revisar su obra predilecta. Corrige, mejora, añade un nuevo capítulo cerca de la conclusión. Y explica José de Palafox: "aunque es verdad que en las primeras impresiones nadie juzgó que había nada que quitar, ni le faltaba que poder añadir, aquel soberano talento que le compuso halló que le faltaba lo que añadió y sobraba lo que quitó. Dióle la última mano y dejóle en suma perfección, como notará el curioso que cotejase ésta con las primeras impresiones." (42) Una breve Carta Pastoral que acompaña la primera edición la dirige a todos los feligreses, pero de manera particular a las religiosas de Puebla.

Veamos cómo Palafox construye esta pequeña joya de literatura barroca. Vale la pena transcribir el primer párrafo:

En una Nochebuena, por haberla consagrado con su Nacimiento el Hijo de Dios, y dado más luz en ella a las almas que pueden recibir del sol en el día más claro y resplandeciente, mientras se hacía hora de ir a Maitines, un devoto y religioso Pastor se recogió a meditar en el misterio de aquella dichosa noche, fuese inflamando en la contemplación, y, arrebatado de un gran fervor, quedó absorto, como una piedra



"La adoración de los pastores", lienzo de Pedro García Ferrer en el Retablo de Reyes de la Catedral de Puebla. Palafox aparece a la derecha, apoyado en un bastón, como "Pastor de Nochebuena".

inmóvil; ocupados atrás o transportados los sentidos, se le presentó ser uno de aquellos pastores que, llamados de las voces de los ángeles que ofrecían paz en la tierra, por la gloria que a ella descendió del cielo, y dejando encomendadas sus ovejas a la providencia del Altísimo, le llevaban a ver en el Portal el Misterio. (43)

Viva ilustración de este pasaje es la magistral pintura de la adoración de los pastores en el Retablo de Reyes de la Catedral de Puebla. Mosén Pedro García Ferrer debió pensar en estas palabras cuando pintó a Palafox como uno de los pastores de Nochebuena.

El ángel le invita a conocer la Casa del Desengaño, o de las Virtudes, y el pastor acepta, y le sigue "en espíritu, del cuerpo enajenado." Un mozo llamado Deseo Santo es su guía, y conocen a Consideración, Lectura, Gracia, Mérito, Propio Conocimiento, y Fervor. En la librería de Lectura no hay ningún libro de comedias, y cuando el pastor pregunta por qué, Lectura le responde que "no sólo no había ese veneno, pero que nadie se había atrevido a nombrarlos." (44) Llegan a la antecámara del Desengaño, donde están Verdad, Sinceridad y Pureza de Intención. Aquí ocurre una escena muy curiosa y barroca:

... llamóme, pues la Pureza, y sacando una llave que tenía dentro de un escritorio hermoso de cristal, que llamaba Conocimiento interior, acercóme a sí, y abrióme el pecho y sacóme el corazón y púsose a mirarlo a la luz de unos rayos que reverberaban el rostro de un Salvador bellísimo, que tenía pintado en aquella pieza, e iban a un espejo que se llamaba Perfección, y enfrente de él estaba otro, adonde reverberaban los rayos, que se decía Evidencia, y a esta luz se puso a mirar el corazón.

En mi vida me vi tan afligido y corrido, porque como la claridad era tanta, y el corazón, estaba en manos tan puras, y daban los rayos en él, vi tantas imperfecciones, faltas, miserias y pasiones en mí, que me moría de pena.

Así como tomó en la mano el corazón, la Pureza de intención dijo: Mucho pesa, y tenía gran razón, porque los cuidados de mi vida y mis ovejas me llevaron al pesebre y éstos me hacían buscar con tanta ansia al Desengaño. Finalmente, penetró, como con dos rayos hermosísimos del sol, el corazón con los ojos, y dijo: Pocos quilates. Apenas llegan a tres de deseos de ver al Desengaño. Muchos te faltan para llegar a veinticuatro, pero, al fin, entra en la audiencia, pues lo que tienes que purificar lo irá supliendo el Desengaño, y con él podrá ser que entre la ardiente Caridad, que es la que consume estas y otras imperfecciones mayores... Pero quedé admirado sobre toda admiración de que a los que a mí me parecían veinte quilates muy finos de deseo de ver al Desengaño la cara, fuesen a la vista delgada de aquella clarísima y santísima señora tres quilates moderados y muy bajos, y entonces dije a mí mismo: ¡Ay de mí! ¡Y lo que crece lo bueno imaginado en nosotros con los anteojos de la propia estimación! (45)

He copiado este trozo largo para resumir el estilo barroco que emplea Palafox en esta obra, y para mostrar su fina percepción de psicología.

Con gran alegría entra el pastor a ver al venerable anciano Desengaño y las damas de honor, Razón y Sabiduría. El anciano le dice que la doncella Claridad le guiará por la Casa del Engaño. Pero primero pasan por el Palacio del Santo Temor de Dios, donde visitan a la Santa Religión y a sus compañeras Piedad y Devoción. También pasan por los Palacios de Paciencia y Mortificación, y el de la Oración. Este parece más bien convento que palacio, y encuentran a la superiora, que es la Oración Mental, contemplando a una imagen de la Virgen con su Hijo en los brazos. La Oración está descalza, y apenas toca en el suelo con las puntas de los pies. Le dicen al pastor:

... si quieres parecer, servir y seguir a esta señora, imita y mira lo que está haciendo. Al Hijo dulcísimo enamora, a su Madre Santísima reverencia; apenas toca en la tierra, toda su

ansia está en el cielo: descalza se halla de afectos, desnuda de propiedades, dejaba a lo temporal y toda absorta en lo eterno. (46)

Visita el Convento de la Castidad, y antes de pasar a la región del Engaño, recibe una vislumbre del camino místico, o "Senda de la Nada," que conduce al monte de la Unión. Allá está sentada una señora, Resignación, en cuyo corazón brillan las luces de la Fe, Esperanza, y Caridad.

Al fin llegan a la Casa del Engaño, y el pastor se asombra al ver que aunque a primera vista le habían parecido torres hermosas y chapiteles, balcones, rejas, música, jardines, y una letra que decía: Gloria, Alegría, Descanso, ahora ve "unas paredes caídas por muchas partes, todas de tierra, sin cosa alguna de piedra, una puerta baja y sucia, y a un lado, un muladar, y en un madero atravesado sobre la puerta esta letra: Tristeza, Aflicción, Pesares." Es que ahora está desengañado. (47)

La escena más impresionante, algo fúnebre, del Engaño, es la de la Calle del Tiempo, por la que pasa una gran procesión de toda clase de hombres, - unos a pie, otros a caballo, siguiendo a una dama noble, la Vida. Entre ellos van dos jinetes embozados, uno con una espada de acero, y en ella grabadas las palabras "a los que yo no acabare"; y el otro con una espada de madera con el lema "yo los tengo que acabar." Estos van sacando a varios hombres de la procesión. La Claridad explica que el de la espada de acero es Accidente, y el de la de madera, Debilidad; son alguáciles de la Muerte.

Las letras significan que el que no acaba en la vida el Accidente, de calenturas, heridas, y otras miserias como éstas, que cortan y acaban con brevedad a los mozos, ha de acabar la Debilidad, con cuchillo de madera de la vejez y diuturnidad, de la cual nadie se escapa; y éstos van desapareciendo a los que caminan por la carrera del Tiempo, en el curso de la Vida. (48)



Termina el viaje, cuando el pastor le dice al ángel: "harto he visto; si esto no basta a darme luz sobre aquélla que nació esta noche en Belén, nada bastará a mi engaño. Volvámonos al Pesebre." (49) Nótese el juego en la palabra "luz" y también que muy poco faltaría para poner esta obra al teatro.

### Varón de Deseos

La obra clave para estudiar la mística de Palafox es el Varón de Deseos, en que se declaran las tres vías de la vida espiritual, Purgativa, Iluminativa, y Unitiva. Desde México, donde actuaba como Visitador en 1641, dirige éste su único tratado sistemático de la vida espiritual, a sus feligreses de Puebla, para darles alimento espiritual y para despertar en ellos deseos de seguir el camino místico, porque "a Daniel, por ser varón de deseos, le descubrió Nuestro Señor altísimos secretos. Y Cristo, nuestro Bien, se manifiesta y califica por Príncipe coronado de los que desean, cuando dice a sus discípulos que deseó con deseo comer con ellos." (50) Es por lo tanto un tratado popular, "una adaptación de la ciencia espiritual al hombre de la calle." (51) Que escribía para todos es evidente de este consejo: "tampoco es bien que piense nadie que este camino es prolijísimo de andar y de emprenderlo, y que ni con mucha dilación pueden hacer progreso en él los pecadores, así como tampoco crean que con los primeros pasos ya tienen andada la jornada." (52)

El carácter popular del estilo de Palafox se manifiesta de manera especial en este libro. Como en los capítulos de "lágrimas" en la Vida interior, su prosa a veces se vuelve tan lírica que realmente resulta verso -- especialmente en las partes llamadas "afectos." La cuarta edición del Varón de Deseos fue publicada en el tomo VIII de las Obras, en 1671, por fray Benito Orozco, que así interpreta el ritmo de la prosa:

Tal vez permite a la pluma, dejándola correr en el estilo, en que las voces hacen algún género de cadencias (especialmente en las jaculatorias) de que usaron no pocos Padres de la Igle-

sia, y entre ellos má dulcísimo Bernardo; porque como el intento del Señor Obispo es inflamar los corazones en el Divino Amor, queda más fijo en la memoria lo que con más armonía y suavidad percibe el oído; y así vendrá a ser perfección al persuadir, lo que se juzga imperfección en el hablar... Muchos místicos, y santos escribieron en verso obras de realzado espíritu. (53)

En efecto, en la reciente edición, en el Sentimiento XV de la Vía Purgativa el editor ha arreglado en versos cortos lo que Palafox escribió seguido, pero "con un género de metro, cadencia o consonancia":

¡Mi Jesús!  
 ¡Qué poco os quiere  
 quien por querer os no muere!  
 Pocas os ama  
 el que a la llama  
 de su amorosa pasión,  
 halla satisfacción \*  
 de que os ama. (54)

En la Introducción, Palafox confiesa que saca el plan del librito de meditaciones del padre Hermano Hugon, jesuita "de mucha erudición y espíritu," en versos latinos. Pia Desideria o Vir Desideriorum (Deseos piadosos o Varón de deseos). En este librito, el P. Hugon sigue el método de San Ignacio, en que tiene un papel importante la "composición del lugar," es imaginar con abundancia de pormenores alguna escena o imagen para fijar la atención y despertar los afectos. Este lujo de detalles tiene mucho de barroco también, y puede hacernos pensar en las indicaciones de escena en los autos sacramentales. Además, el P. Hugon ilustró sus meditaciones con motes de la Sagrada Escritura y citas de escritores santos y doctos. Palafox dice que del opúsculo aprovechó únicamente la disposición de las imágenes y los lugares de la Sagrada Escritura, nada más, así que resulta una obra nueva y bastante original en su contenido. (55)

El plan, entonces, es muy sencillo y metódico; hay tres grandes divisiones, las tres vías de la vida espiritual. Cada vía tiene quince capítulos que se

llaman "sentimientos", y cada sentimiento tiene cuatro partes: el estado en que se halla el alma, los efectos espirituales que resultan, los afectos que se sienten, y los documentos o advertencias que lo aseguran. Palafox no distingue aquí entre ascética y mística; más bien las dos se funden y se compenetran como expliqué en el capítulo I. Así es que se encuentra ascética sobre todo en la Vía Purgativa, mientras la Vía Unitiva es casi pura mística. Además de esta compenetración de ascética y mística, hay compenetración de las tres vías mismas, porque, como explica Palafox, se trata de algo orgánico, la vida espiritual, que no se puede cortar en divisiones artificiales. En una bella página, resume de manera magistral esta compenetración, esta unidad de la vida mística:

Este camino interior, aunque tiene tres jornadas distintas, y que parece que tanto cuanto en ellas se van alejando del principio, se van acercando a su fin, que es Dios; pero es la vida mística de calidad que el que se halla en la primera jornada ha de tener presente la segunda y tercera, y el que se halla en la última, no se ha de olvidar de la segunda; y el que estuviere en la segunda ha de tener presente la una y la otra, siendo así que sucede lo contrario en cuanto caminamos por la natural: que lo andado puede olvidarse, como quien lo ha dejado para no volver a caminar. Y la razón es porque, como quiera que en este camino espiritual no hay evidencia de los aumentos del alma, es necesario que esté siempre llorando como penitente, aunque le parezca que goza como enamorada, y que procure amar como enamorada aunque esté llorando como penitente; y que cuando desea a Dios, tema a Dios; y que cuando más altos le parezca que tiene los conocimientos de su Divina Majestad, los procure mayores para penetrar su propia miseria e iniquidad. Y así son estas tres vías o jornadas de tal calidad que siempre se andan y nunca se sale de ellas, como un laberinto dulcísimo y utilísimo, que sólo se acaba con la última y amable respiración de la vida, dándola a su Criador. (56)

La Vía Purgativa tiene por subtítulo "Gemidos del alma contrita." Para ver el método que sigue por todas las tres vías, veamos cómo trata el Sentimiento I. Primero pone la escena: "Propónese el alma en una noche tenebrosa, y que el Amor Divino la alumbraba con luz bastante para que le siga entre tan densas tinieblas, y ella acercándose a El con temerosos pasos, explica su deseo con el lugar del santo profeta Isaías en el capítulo 26, versículo 9: Mi alma te deseó en la noche." (57) a) El estado del alma es de confusión, tirantez entre la gracia y la naturaleza, entre deseos de seguir a Dios y las atracciones de criaturas. b) Los efectos que sentirá el alma son varios: luz, pero a la vez confusiones, tribulaciones, y a pesar de éstas, interior aliento y valor para pasar adelante. c) Los efectos del alma a Dios se expresan aquí en las apasionadas palabras de San Agustín, a quien Palafox llama "padre de los místicos": "Qué tarde os conocí, luz mía!... ¡Oh luz y guía de las almas! Guíad y alumbrad a la que, huyendo de sí misma, quiere salir de sí para buscaros, quiere vivir en Vos para adoraros." (58) d) En los documentos, vienen unos consejos que muestran la mucha experiencia que tenía Palafox en la dirección de almas. No se debe hacer caso a lo que dicen otras personas, y el principiante ha de acudir a un buen director espiritual para guiarse bien.

Así progresa el alma, poco a poco. Al principio el camino parece muy largo "de la manera que a un niño de cuatro o seis años la jornada de una legua le parece de ciento, y un arroyo breve al pasarlo es para él océano profundo," (59) pero si persevera a pesar de sus muchas fragilidades, recibirá la ayuda de Jesucristo, quien "a las almas que gobierna, espanta, pero no mata; y se puede decir en este caso con sentido místico, que no es tan bravo el león como lo pintan... porque siempre queda corto al atribular, y muy largo al socorrer." (60) El ideal que pone delante del alma es muy elevado, nada menos que un amor desinteresado, que ame sin premios: "Si mira a Dios, ¿qué mucho que le siga? Pero el que no lo siente, le ame; el que no lo ve, le siga; el que no lo mira, le adore; ésa es la mayor fineza." (61) En el Sentimiento IX, aconseja que el alma no trate de averiguar con curiosidad si está en gracia o no, porque no se puede saber esto, sino

que confíe y espere en la misericordia del Señor. En los Sentimientos XI y XIII, vemos su doctrina sobre las tentaciones, en que explica por qué Dios permite sufrir tantas tribulaciones al alma que le busca. Aconseja que se mantenga firme, porque pronto pasan las tormentas, y vendrá la tranquilidad: "O mar sereno de la vida espiritual, donde el atribulado navega, el afligido se salva, la tormenta es seguridad, la desconfianza, confianza, el naufragio, puerto..." (62.)

Ya en el Sentimiento XIII empieza el alma a disfrutar de los premios de sus sufrimientos; ve más claramente la brevedad de esta vida -- "corre la vida, Dios mío, con acelerados pasos a la muerte." Y ve que la vida mejor es la combinación de la activa y la contemplativa, la unión de la de Marta con la de María, tan característica de los místicos españoles. Crecen los deseos ardientes de servir mejor a Dios, y el alma está para pasar a la:

Vida Iluminativa, "Deseos del alma devota." El alma todavía tiene muchas imperfecciones, es débil, se halla "caminando como un niño en su andador donde la prisión es su libertad, y su seguridad la clausura," y sigue al Amor Divino con las cortas fuerzas de un niño que "camina a los agradables brazos de su madre." (63) Estas tiernas comparaciones hacen pensar en la doctrina de "niñez espiritual" que enseñaría Santa Teresa del Niño Jesús más de dos siglos después. El alma necesita examinarse continuamente para combatir y vencer sus flaquezas, pero "no tal que acojoje, sino que atienda." (64) En el Sentimiento VII empiezan los temas de amor místicos del libro predilecto, el Cantar de los cantares, y comenta Palafox: "Ya el Esposo eterno comienza a encender esta alma con rayo de su divino amor." (65) Sin embargo, no hay que dejarse llevar por los consuelos; advierte que "no está la esencia de la vida espiritual en el sentir, sino en el servir." (66) Que pocas son las almas que llegan a estas alturas, lo muestra con un ejemplo ingenioso de la historia griega; (67) por eso lo más seguro es conformarse a Cristo imitando su resignación en los sufrimientos. Pero al alma que llega a estas alturas, Dios la lleva "como el águila sobre sus alas," hasta el camino de la nada, que conduce a la unión, y, como bien lo explica Palafox, no

tiene que ver con el quietismo:

Este camino que dicen los místicos de la nada, no se ha de entender tan materialmente que no ha de tener nada en su corazón o echar de sí los buenos deseos y los medios proporcionados de servir al Señor, que éste sería error manifiesto. Sino que por el amor de Dios, por seguirle, servirle y amarle como merece, ha de vivir negado a todo cuanto puede impedirle este santo fin y amor, ya sean gustos espirituales o temporales, ejercitando las virtudes siempre con fin de agradarle, desechando del corazón, todo afecto desordenado, toda propiedad y afición nociva y disponiéndolo para que Dios, hallándolo sin vicios, ni intento a lo malo, lo llene, como propia morada, de lo bueno. (68)

En la Vía Unitiva, "Suspiros del alma perfecta," el alma se acerca a la cumbre. Siente los toques del amor, experimenta la presencia de Dios. Todos los místicos hablan del juego del amor en que, a veces Dios se acerca al alma, a veces se retira y la deja sola. Esto ya se puede ver en el Cantar. Palafox introduce una comparación algo atrevida, y que yo sepa muy original:

Considero en este caso al Señor como a un jugador, cuyo es todo el resto y el dinero de la mesa, que por entretener el juego da el dinero a los jugadores y hace como quien gana lo que ya es suyo y que pierde lo que siempre es suyo, aunque lo pierda. Así nuestro buen Jesús, gloria y alegría de las almas, habiéndonos dado el amor, tiene gusto de ganarnos el amor. (69)

El alma se abrasa, se purifica más y más; siente consuelo y ardor al oír las palabras del Esposo. "En este estado sabrá mejor sentir que decir, y siendo muy elocuente el corazón será muy balbuciente la lengua." (70) Pero aun en este estado avanzado, siguiendo el ejemplo de Santa Teresa, no debe dejar de buscar dirección y consejos. Describe el progreso en la oración por medio de tres silencios: el de los labios, que

es la meditación; el de los discursos, que es la oración afectiva; y por fin, el silencio de deseos, que es la unión de la voluntad con Dios:

Y quien este silencio tuviere, oirá a Dios, aunque hable el alma, y le oirá aunque hable la lengua, y le oirá aunque discurra el entendimiento, y aunque esté ocupado en cosas exteriores oirá a Dios. Y es la razón, porque de todos estos ejercicios nunca toma sino lo necesario para su servicio, y entre tanto el alma está amando y ardiendo en la contemplación, y a Dios, no hay cosa que le embarace para obrar sino sólo aquello que en nosotros es ajeno de su santa voluntad. (71)

Mientras el alma se va desasiendo de las criaturas y uniéndose más a Dios, todavía hay otras pruebas y conflictos interiores, la última purificación, la "noche del espíritu" de San Juan de la Cruz. (72) Se siente más y más cerca de la anhelada unión, y habiendo experimentado deleites inefables, se burla de los insignificantes placeres materiales "de la manera que el que ha visto grandes cortes de Príncipes, ciudades y reinos nobilísimos, burla cuando le alaban las aldeas y provincias estériles." (73) El alma ha de adelgazar la cortina que la separa del Amado, no por penitencias extremas sino por mortificación de sus afectos, porque "llegando a este estado, un alfiler es una lanza, y una pequeña propiedad, grande herida." (74) Palafox cambia el orden del P. Hugon en los dos últimos Sentimientos, porque no hay mejor manera para coronar la subida del alma a Dios que "con proponerse a la vista la gloria, y en ella presidiendo el Amor Divino, que ha sido su compañero y su guía, su luz y su esperanza y su objeto, y ha de ser su premio, felicidad, gozo y corona." (75) Y así se acaba la que se puede calificar como la obra maestra de la mística de Palafox.

Notas a las Cartas de Santa Teresa

Este comentario fue una de las obras de más éxito de Palafox; según Rosende, hubo ya cuatro ediciones en 1666. Aunque Menéndez y Pelayo los juzgaba a veces "harto impertinentes" son de gran interés para el estudiante de la mística del venerable obispo, no sólo para ver la enorme influencia que Santa Teresa ejercía en él, sino también para ver la doctrina de Palafox sobre la oración. Escribió estas notas a principios de 1656, a instancia de los carmelitas descalzos de Osma, especialmente de su confesor, fray Antonio de San Angelo. Palafox, en una carta dirigida a fray Diego de la Presentación, General de los carmelitas, dice que sus ocupaciones "apenas me han dejado libres treinta días, y no del todo." (76) El libro fue publicado en Zaragoza, en 1657, y también en el tomo VII de la colección hecha por José de Palafox.

Para el obispo, no se pueden exagerar los méritos de la Santa de Avila, "maestra universal de espíritu en sus tiempos, y lo será en los venideros," escribe a fray Diego; "la Religión de V.P.Rma., santa, penitente y perfecta, llena de excelentes virtudes, y perfecciones, yo no digo que el celo, la penitencia, el desasimiento y la austeridad, no se lo deban a su celosísimo y santísimo Padre Elías; pero todo lo que es caridad, la suavidad, el agrado, el ser tan amados de todos, se lo deben sin duda a su Madre Santa Teresa."

(77)

En las notas, Palafox muestra un amplio conocimiento de la vida de la Santa, de sus obras, y de la historia de la reforma de los carmelitas. Y si a veces son impertinentes, es precisamente a tales digresiones que debemos nuevas oportunidades de ver el pensamiento del obispo sobre materias importantes, especialmente la oración. Además, de vez en cuando sale alguna alusión personal, como en la Carta LXV, en que, comentando la resistencia que pone nuestra naturaleza a las inspiraciones de Dios, confiesa:

A mí por lo menos, y particularmente en una ocasión (que no importa confesarme en público, pues pequé en público) me sucedió en materias



de este género, que hallé algunas razones de espíritu en la apariencia para repugnar una cosa; pero eran de vano, y presumido espíritu en la substancia: porque después con la luz de Dios vi que todo lo contrario era de Dios; no siendo de Dios, sino de mi propio amor, pasión, soberbia, vanidad, y presunción. (78)

¿Se refiere aquí, como algunos autores afirman, a su actitud hacia los jesuitas? No parece que haya fundamento en sus demás escritos; pide perdón si ha excedido, pero siempre creyó haber tenido razón en defender la dignidad episcopal. Parece más verosímil que se refiera a la repugnancia que tuvo que vencer para aceptar su descenso a la pobre diócesis de Osma. (79)

Veamos lo que enseña sobre la oración. La Carta VIII iba dirigida al Obispo de Osma, D. Alonso Velázquez, que había consultado a Santa Teresa sobre la manera de orar bien. Palafox en su nota hace ver la absoluta necesidad de oración:

... teniendo este Prelado humildad, y caridad, y celo de almas, y de volver por la honra de Dios, le faltaba lo más principal, que se requiere para estas virtudes ...Faltábale la oración con fortaleza; y tal, que rompiese la falta de unión... y ¡ay del alma sin unión con Dios!... no basta el celo, ni basta la caridad, ni basta el deseo de la honra de Dios, sin la oración. No porque estas virtudes en sí no basten para salvarnos, sino por el riesgo que corren, de que no duren en nosotros sin la oración... Derribadas las canales, y las influencias del alma a Dios, y de Dios al alma, no teniendo oración, ¿por dónde ha de correr esta agua del Espíritu Santo? (80)

Y amplía un sabio consejo de la Santa en la misma carta:

En el número séptimo advierte, que si la admiración se suspende, al considerar a un Dios Crucificado por nuestro remedio, y amor; y aquella Divina Naturaleza, unida a nuestra bajeza, se detenga; porque no es el fin de la oración

meditar, sino amar, y después servir, y al servir, no tanto discurrir, cuanto unirle por la caridad con Dios; y si el discurso me ha causado admiración, la admiración me causará amor; y es el amor todo el fin de la oración. (81)

Las notas a la Carta XVIII son ricas en doctrina también. Hablando de los fenómenos extraordinarios en la vida de Santa Teresa, raptos, arrobos, advierte que no son de la esencia de la vida espiritual. Nota que ni Cristo ni la Virgen María anduvieron extáticos ni arrobados, así que el verdadero camino de santidad es la imitación de Cristo en la oración, las virtudes del estado, y el padecer trabajos con paciencia. Transcribo una larga parte de este comentario, no sólo por la sólida doctrina que ofrece, sino también por la forma, en que a pesar de la llaneza, se nota algo de influencia barroca; nótese especialmente el retruécano con las palabras "arrobos" y "arrobos."

De la Oración de quietud, dijera yo, que procure y pida a Dios, saque de su alma los deseos de lo criado, que son la misma inquietud, y sólo ponga deseos de Criador...

Del sueño de las potencias dijera, que procure tenerlas dormidas a esto transitorio, y temporal, y despiertas a lo eterno; conociendo, que es sueño breve esta vida, que se despierta de él con la muerte, a eterna vida, o condenación.

La unión de la voluntad del alma con Dios, dijera yo, que será en todo el hacer su voluntad, y desear, y procurar no apartarse un punto de su santa voluntad.

La unión de las potencias, diría yo, que es no querer, ni pensar, ni buscar, ni desear el alma sino aquello que Dios quiere con todos sus sentidos, facultades y potencias.

En cuanto a la suspensión, y arrobamiento, yo dijera: que es excelente suspensión, procurar suspender todo lo malo, para no hacerlo jamás; y hacer muy prontamente lo bueno, pa-

ra estarlo siempre haciendo. Y en cuanto al arrobamiento, si es forzoso arrobamiento, es muy bueno no pretenderlo, ni desearlo jamás, como enseña en tantas parte la Santa. Y si Dios la mortifica con este género de trabajos, tenerlo por grandísimo trabajo, y pedirle a Dios, que le dé los arrobos en el Cielo, y las penas, y los méritos, y la paciencia, y la gracia en la tierra; y estos arrobos, que nos los dé por arrobos su Infinita Piedad y Misericordia: y lo otros, ni por onzas.

En cuanto al vuelo del espíritu, diría yo: que es el vuelo del espíritu, volar con el espíritu a Dios, y esto siempre con un eficaz deseo de agradarle, y de servirle, y no amar cosa terrena, sino andar sobre la tierra con el deseo volando a Dios, sin parar; y dejándola a ella, y despreciándola a ella, y cuanto hay humano, terreno, corruptible, y temporal en ella, sólo por buscar a Dios.

Y de la manera que los vencejos, cuando vuelan, y se quieren sustentar, y comer, no se paran en la tierra; porque tienen las alas grandes, y los pies muy pequeños; si pararan, no se podrían después levantar, ni volar; así el alma no ha de tocar, ni tomar de la tierra con el deseo cosa alguna de la tierra sino lo menos que puede ser... (82)

No le falta en el comentario el sentido de humor. Por ejemplo, Santa Teresa cuenta la persecución que padeció a causa de mostrarle a cierta señora noble que la importunaba, su cuaderno espiritual. La Santa lo hizo bajo secreto, pero la señora lo divulgó en los estrados de sus amigas. Comenta Palafox: "De todo sacaba provecho Dios, y en la Santa, le era fácil. No sé si sacó tanto su Divina Majestad de los estrados." (83) Siguen las revelaciones personales: cuando la Santa escribe una carta firme al Provincial jesuíta de Castilla, defendiéndose vigorosamente de la acusación de que ella quería que un jesuíta se hiciera carmelita, surge brevemente en él el antiguo batallador: "Confieso, que de seaba ya ver enojada a la Santa. Porque documentos de

suavidad, de caridad, y de discreción, de fervor, de valor, y paciencia muchos nos ha dado; pero es menester, que nos los comunique de saber defenderse de una calumnia." (84) Luego se serena, añadiendo: "Esta breve digresión me permita el Lector, que no la he hecho de balde, sino para que se serenen los ánimos, creyendo, que en estas diferencias de sentir, estando contrarios entre sí los dictámenes, pueden andar las voluntades unidas y enlazadas con el recíproco amor." (85) Y cuando habla de deudas, se ve la preocupación que siempre tenía presente: "El pobre canta alegre delante de los ladrones, pero el empeñado llora, y se aflige, y si no paga pudiendo, y aun algunas veces no pudiendo, es tenido por ladrón." (86) Este pasaje muestra además la tendencia a citar refranes, que se nota especialmente en esta obra. (87)

Termino con la glosa del famoso "muero porque no muero" de la Santa, que da Palafox en el comentario a la Carta XXVII:

Porque con este afecto enamorado, a vista de la gloria que esperaba a su alma dichosa, decía que le era la vida muerte, y le era la muerte vida; y que era muerte su vida, por la ausencia; porque era vida su muerte, con la presencia que esperaba de su Amado: y que el vivir le era pena; porque el morir le era gloria. (88)

Documento de gran valor son estas Notas, indispensables para el estudioso de Palafox y de la mística del siglo XVII. Como dice acertadamente Rosende:

Quien leyere con atención las Notas que puso este Prelado a las Cartas Espiritualísimas y discretísimas de Santa Teresa... encontrará en ellas proprísimas y profundísimas definiciones de todas las virtudes, y su noticia no se consigue sin práctica. Fueron estas notas de lo último que escribió en su vida, y de lo más acertado, y púsolas no menos para sí, que para las cartas; pues por sus notas le conocemos a él. (89)

Peregrinación de Philotea

El título completo, Peregrinación de Philotea al Santo Templo, y Monte de la Cruz, indica que en este libro se trata especialmente del segundo "norte" de la espiritualidad palafoxiana, la cruz, eso es, las prácticas de penitencia y mortificación, el "padecer por el Amado!" En la Carta Pastoral que sirve de prólogo, Palafox declara que se inspiró en dos libros: la Vía Regia Crucis (El camino real de la Cruz) del benedictino flamenco Aesteno, y la Philotea, o Introducción a la vida devota, de San Francisco de Sales, Obispo de Ginebra. De ésta dice: "Tuvimos también presente a otra Philotea, francesa, que instruyó otro Prelado, de aquella nobilísima nación, sin duda alguna excelente, en espíritu, en letras, y en elocuencia cristiana." (90) Sin embargo, la Philotea de Palafox tiene poco en común con la de San Francisco; porque el libro de éste es un tratado metódico para principiantes en la vida espiritual, mientras el de Palafox se puede calificar casi como una novela piadosa, con influencia de las novelas pastoriles, lo que hace esta obra una de las más curiosas que escribió. Es otro producto de su retiro en Osma, y fue publicado en Madrid a principios de 1659, por medio de un amigo y discípulo suyo en Salamanca, Francisco Gracián Berruguete, secretario del Rey. Hubo varias otras ediciones, y figura en el tomo IV de José de Palafox, en 1664.

Comienza, en efecto, como novela: "En una de las Regiones que habitan los Adamitas (cierta nación, poderosamente flaca, que de su padre heredó una herencia universal de lágrimas, y desdichas) florecía la antigua ciudad de Tarsis..." (91) Describe a sus padres, a sus dos hermanas menores: Honoria, que buscaba vanos honores, e Hilaria, que buscaba deleites humanos. Pero de Philotea, cuyo nombre griego significa "amante de Dios", comenta Palafox: "de las tres hizo Dios a la primera sin duda alguna en todo la primera (que no siempre han de llevarse la gracia, ni las gracias las segundas) más generosa en los dictámenes, más delgada en los discursos, superior en la hermosura del cuerpo, y con más soberanas inclinaciones en la principal del alma." (92) ¿Podemos ver aquí una alusión

personal? Quizás; si es verdad, sería una muestra de orgullo de parte del hijo mayor de don Jaime Palafox, o quizás más probablemente, una defensa de su nacimiento ilegítimo.

Un día de la Santa Cruz de mayo, las tres hermanas van de paseo; Philotea desea hacer una peregrinación a una Hermita de la Cruz en el monte, y cuando sus hermanas no quieren acompañarla, se va sola. Se pierde, y ya comienza a padecer; a pesar de sus virtudes, no había sido muy generosa antes. Ella confiesa: "Justamente padezco, Jesús mio, siguiéndoos, el no haberos seguido amándoos; y muy débidamente os escondés de quien tantas veces se ha escondido ingratamente de Vos." (93) No la deja desamparada la Eterna Sabiduría: "El haber venido a ti, Philotea, no lo causaron tus merecimientos, sino mi gracia: ésta es el principio de tu bien, y ella solicita a mi Piedad, que no falte a tu socorro: ella promovió tu petición, y tus lágrimas." (94) En esto se ve otra característica de esta obra, que es el dialogo entre el Señor y Philotea, que representa el alma. Es una forma predilecta de los místicos; recuérdense, como ejemplos clásicos, el diálogo entre Esposo y esposa-alma en el Cantar de los cantares, y el diálogo entre los amigos en la obra maestra de fray Luis de León, De los nombres de Cristo.

Entonces el Señor le muestra a Philotea una escena dramática, el camino de la Cruz, un monte alto y de cuesta abrupta, que muchos suben, llevando cada uno su cruz, y, cosa notable:

... los que andaban más descalzos, pisaban más fuertes, y constantes lo duro del camino, y las espinas y abrojos, que los que iban más calzados; y los que más penaban, subían la áspera cuesta con mucho más alegría. De suerte que cuanto era mayor el trabajo, y más pesada la Cruz, a ese paso crecía el gozo y contentamiento... (95)

El Señor le explica que a consecuencia del pecado original, todos en este mundo tienen que sufrir "o venciendo con la Cruz el camino de la Cruz, o siguiendo otro camino sin Cruz, pero con más duras cru-

ces, que os llevan y precipitan por el deleite, al Infierno." (96) Le dice que El ha llevado la Cruz más pesada de todas, y que da fuerza a los demás. A pesar de esto, Philotea vacila, y Jesús la corrige suavemente en un pasaje memorable:

... de la manera que el que mira con unos anteojos de vidrio azul, o verde, cuanto mira le parece del color que tiene el vidrio, y no del que tienen las cosas que está mirando; así tú, Philotea, que estás mirando las cosas espirituales con anteojos de mundo, debilidad, y flaqueza de engaño y carne, no penetras, ni entiendes, ni percibes el camino de la Cruz. Tú temes aquellas Cruces grandes, que traen sobre sí mis siervos, subiendo por aquel monte; y las que tú tienes por peso, tienen ellos por alivio... las plumas de las aves, que es su peso, son su ligereza, y vuelo. Las velas del navío, que es su peso, son todo su movimiento. El cochero, que parece que oprime, es quien guía la carroza...

¿No has visto, Philotea, algunas piedras muy grandes, que llaman pómez, y otras que arrojan los volcanes sobre los montes vecinos, vacías de humedad, porque el fuego la consumió, las cuales espantan antes de tomarlas en las manos, y luego apenas pesan en ellas? Pues, así son las Cruces, que te parecen muy grandes; a las cuales el volcán de mi amor, y caridad quitó lo grave, y pesado que les causaba el peso, y la pesadumbre, y quedan muy fáciles y ligeras.

(97)

Todavía no se deja convencer Philotea. El Señor le explica que sus discípulos sí pueden recrearse y alegrarse honestamente, y que se puede tener alegría y paz en el alma al mismo tiempo que se sufre en el cuerpo. Todavía la muchacha tiene sus dudas, de manera que al fin parece que Jesús se impacienta y la reprende, preguntándole si quiere ir a parar al Infierno, huyendo desatinadamente de la Cruz. Con esto, ella acepta cargar la Cruz, pero pone varias condiciones, por ejemplo, que ella la escoja. En un capítulo bellísimo Jesús le enseña que nadie sabe mejor que El la Cruz que más convenga

a cada uno: "Unas veces me acomodo a vuestra naturaleza, y a hombros flacos les aplico Cruz ligera. Otras aplico grandísima a los flacos, y con mi gracia hago estos hombros muy fuertes." (98) Pero esto no es una glorificación del sufrir en sí; no es necesario buscar sufrimientos fuera de los que Dios manda:

De suerte que es posible, para que te maravilles, Philotea, que llegue a merecer más un siervo mío en un honesto entretenimiento, que otro en un penoso ejercicio; (si aquél vence a éste en los quilates de la caridad, y amor) mas con iguales quilates siempre vence el que ama, y pena al que solamente ama... pues el cristiano que está en mi gracia, sólo con los trabajos necesarios de su estado padecidos por mi amor, se fabrica una excelente corona de una santa, y necesaria Cruz... (99)

Se cierra el primer libro de Philotea con una ardiente descripción del amor místico, "la llama de amor viva" que tiernamente hiere al alma:

También hay otro género de Cruz más delgada y meritoria en mis siervos, cuando el fuego de mi amor abrasa el alma, y la hace que pene con el amor por mi amor, y pena llagada y abrasada de mi amor; y ya la aflige la ausencia de mi presencia; ya la atormenta el peso suave, y dulce, y ardiente de mi presencia, y amor, y siempre anda suspirando y penando... (100)

En el segundo libro, Philotea ya va en el camino con su Cruz a cuestas, pero no quiere quitarse sus joyas y sus vestidos elegantes. Sigue resistiendo a las exhortaciones del Señor. Este diálogo puede llegar a cansar al lector, pero aquí es precisamente donde Palafox se muestra buen psicólogo y director de almas. Algunas almas favorecidas sí avanzan en el camino de perfección con pasos de gigante, pero la mayoría avanzan más bien tímidamente, como Philotea, a veces cayéndose o retrocediendo, por falta de generosidad, de una entrega total al amor divino. Y es igual la historia del pueblo de Israel por todo el Antiguo Testamento, una historia de la bondad de su Dios, y las infidelidades de su pue-



blo escogido; en esta historia muchos autores espirituales ven un paralelo al proceso de la salvación de cada alma.

Poco a poco Philotea va cediendo a las razones de Jesús; se despoja de sus galas, anda descalza, crece su amor, y su generosidad, pasa valientemente por tentaciones y tribulaciones -- y encuentra que puede caminar mucho más en la tribulación que en la alegría. Llega al fin a lo más alto del monte, y "comenzó a sentir en su alma un ardiente amor de Dios, tan caliente y excesivo, que ya más padecía con el amor al sentir, que con la Cruz al andar." (101) Completamente vencida por el Amor Divino, Philotea pide al Señor que pueda morir en su Cruz, lo que El le concede. Los últimos cuatro capítulos presentan una escena sumamente barroca, en que Philotea muere de amor en la Cruz en presencia de toda la Corte Celestial, una escena que hace recordar la gran escena final de la novela Los mártires del famoso escritor romántico francés, Chateaubriand. Los dos novios cristianos, protagonistas de la novela, mueren juntos en el Coliseo con alegría, sabiendo que por su martirio nacen a la vida eterna, e igualmente Philotea, muerta a todos sus deseos materiales, alegremente sube a su Cruz. " ¡O dichoso día aquél que hace término a las noches, y los días, y es principio del eterno día sin noche!" (102)

Otras obras que tratan de la vida espiritual,

Describiré mucho más brevemente otras obras que considero de menor importancia, aunque apenas si hay opúsculo de Palafox que carece de interés. Por ejemplo, de las catorce Cartas Pastorales que se incluyen en las dos partes del tomo III de las Obras, todas tienen doctrina valiosa. A mi parecer, la mejor de ellas, desde el punto de vista literario, es la Carta V, de los conocimientos de la Divina Gracia, (103) que ya mencioné, y que estudiaré al tratar de las relaciones de Palafox con los jansenistas. Digna de mención también es la Carta IX, La Trompeta de Ezequiel, (104), dirigida en 1658 a los curas y sacerdotes de Osma. Esta larga carta alcanzó bastante fama, siendo publicada varias veces, inclusive en italiano. Dice que el cura de almas ha de ser como la Trompeta de Ezequiel, porque "si el Especu-

lador, el Atalaya, el Cura, el desdichado y perdido Obispo que esto escribe, duerme cuando ha de velar, cierra los ojos cuando ha de ver, está ciego cuando ha de guiar, está dormido cuando ha de orar; ¿qué será del Pueblo?" (105) Y qué sorprendente ver que aconseja a los predicadores, en pleno siglo barroco, que "pocas palabras eficaces, llanas, verdaderas, harán más obra en los corazones, que cuanta elocuencia gastaron los romanos y los griegos!" (106)

La Carta VI, con la que se despidió de su diócesis de Puebla al aceptar la de Osma en 1653, y la Carta XI, De la paciencia en los trabajos y amor a los enemigos, escrito desde su retiro en Chiapa en 1647, interesan por lo biográfico, (107), pero más importante para la vida espiritual es la Carta III, que tiene como apéndice un Abecedario espiritual. La escribió en Puebla, probablemente en 1645, para animar a sus ovejas a la vida mística. Aparte del título, no tiene que ver con los famosos Abecedarios del franciscano fray Francisco de Osuna, que son extensos tratados de la vida contemplativa. La obra de Palafox es muy modesta, un pequeño vademécum que contiene varios pensamientos útiles de muchos autores, compuestos según el alfabeto. Resulta un opúsculo muy ameno:

Acérquese a lo mejor, huyendo de lo imperfecto...

Busque al Creador, y huya de las criaturas...

Camine en silencio y esperanza...

Déle cuenta a Dios de cuanto le sucede, como si no lo supiese...

Zelee su alma si quiere zelar las almas, que mejorada la suya, tiene andada mucha parte para mejorar las otras. (108)

Por fin, la Carta XIV es importante por el catecismo en versos fáciles para los pobres y gente sencilla. Estos versos de fácil rima se prestan para cantar, recitar en voz alta, de manera que se graben en la memoria. Aquí van unos ejemplos:

¿Qué importa al mundo mandar / al que se ha de condenar?

Fe viva es creer y obrar / y es la que te ha de salvar.

[La Trinidad] No se puede definir /mas se debe servir.

Llama siempre la oración / a la mortificación. Pero poco amara aquél / que no padece por él. Del casado es grande ciencia / el tener mucha paciencia.

Muy bien puedes, Labrador, / hacer amor tu sudor. (109)

Las diecinueve breves cartas personales que siguen a las Pastorales en la parte II del tomo III de las Obras son de interés biográfico y doctrinal. (110)

Opúsculos que tratan de la oración son la Necesidad de Oración Mental, escrito en Puebla, (111) y las Reglas de Oración, escritas en Osma, 1657 para la Congregación de Jesús en el Huerto Orando. (112) Tratan de la práctica de las virtudes los Discursos y Respuestas espirituales. (113) Los Tratados doctrinales, 1658, explican las verdades de la fe, la Incarnación de Cristo, los siete sacramentos. Quedó incompleto este libro.

(114)

Obra más bien de devoción es el libro de las Excelencias de San Pedro, en que Palafox comenta, en 1658 y 1659, muy extensamente y sin aparato crítico, lo que dice el Nuevo Testamento de San Pedro, que era uno de sus santos predilectos, por haber sido bautizado en su fiesta, 29 de junio. (115) Otra obra de devoción es Semana Santa, injusticias que intervinieron en la muerte de Christo nuestro redemptor, que, como ya señalamos, fue escrita en Puebla, 1644, para suplir los sermones cuaresmales que el obispo no pudo dar a causa de enfermedad. (116) A petición de algunas religiosas de Puebla, que habían leído su Tratado de la necesidad de Oración Mental, escribió los Ejercicios de recogimiento interior, una guía para hacer ejercicios espirituales. (117) Quizás el más interesante de estos libros de devoción es el Año espiritual, especie de guía de meditación dividida según los meses y las semanas. Fue escrita en 1654, y va dedicada a la Reina Cristina de Suecia, recién convertida al Catolicismo. Tiene como apéndice un "Relox espiritual, para tener presente en las veinte y cuatro horas del día y de la noche la Pa-

sión de nuestro Señor Jesu-Christo."(118)

Obra curiosísima, que muestra otro aspecto muy barroco de las devociones de Palafox, tiene por título Luz a los vivos, y escarmiento en los muertos, escrito en 1658. (119) Rezar por las almas de los difuntos siempre ha sido costumbre entre los católicos, y tiene por base la creencia en el Purgatorio como lugar de purificación para almas que no son condenadas, pero tampoco libres de toda imperfección. Este libro tiene que situarse en este cuadro, pero además demuestra una curiosidad, diría morbosa, acerca de apariciones de almas del Purgatorio. En la Vida interior y en la biografía por Rosende leemos de la gran devoción que tenía Palafox a las Santas Almas, así que es natural que hiciera este comentario a la narración de numerosas apariciones escrita por una carmelita de Pamplona, Francisca del SS. Sacramento. Estas escalofriantes apariciones resultan muy raras a los lectores de hoy, pero gustaban mucho a los del siglo XVII. El carmelita que tradujo el libro al italiano dice que al empezar a leerlo no podía soltarlo, y otro carmelita, autor de varios tomos de teología moral, decía que el más eficaz conocimiento de lo Eterno que tuvo fué por la lectura de este libro.

Pueden incluirse entre los libros de devoción las biografías, especialmente la Vida del venerable Padre San Henrique Suson, su primera obra literaria, traducida del alemán (dialecto suevo) cuando Palafox tenía sólo dieciccho años. (120) La Vida de San Juan Limosnero, Patriarca de Alejandría fue escrita en Puebla, 1646, e impresa en Madrid, 1650. Está basada en una traducción latina del original griego, escrito por Leoncio, obispo de Nicópolis. (121) La importancia de estas dos biografías consiste en la influencia de los dos modelos en la espiritualidad de Palafox. Sin duda la autobiografía de Suson influyó en la Vida interior, y la heroica generosidad del limosnero por excelencia, cuya estatua tenía Palafox en lugar de honor en su casa, explica las limosnas que le dejaron empeñado. Apenas mencionaré la Vida de la Serenísima Señora Infanta Soror Margarita de la Cruz, tía de Felipe IV, escrita por orden del Rey en 1636. (122)

## Obras de política e historia.

Una de las obras más populares de Palafox (cinco ediciones antes de 1660) es la Historia Real Sagrada, escrita en Puebla, 1643. Probablemente fue el primer libro impreso por Palafox en Puebla. (123) Es un comentario a la historia de los reyes de Israel, dirigido contra escritores como Maquiavelo, que opinan que "no hay capacidad bastante en la humildad y sinceridad cristiana, y en aquel espíritu religioso, suave, y santo de la Ley Evangélica para formar dentro de su perfección resoluciones valerosas, obras magnánimas, pensamientos altos, reales, y esclarecidos." (124)

He mencionado ya el Diálogo político del Estado de Alemania y los Diversos dictámenes espirituales, morales y políticos, escritos después de su viaje por varios países de Europa, 1629-1631. (125) De orden de Felipe IV, escribió el Sitio, y Socorro de Fuente Rabía, batalla que tuvo lugar en 1638 contra los invasores franceses. (126) Otra faceta inesperada de la incansable actividad de Palafox revela su Historia de las guerras civiles de la China, y de la conquista de aquel dilatado imperio por el Tártaro. (127) Que Palafox escribiera una historia de China no es tan extraño como parece. Como el obispado de Puebla llegaba hasta el puerto de Acapulco, Palafox se creía obligado a tener interés en la obra misionera de Filipinas y China, y se mantenía informado por medio de los misioneros que pasaban por México. Escribió su historia a base de estos informes. A consecuencia de este interés, intervino en la famosa controversia sobre los ritos chinos, y escribió una carta a Felipe IV, quizás desde Chiapa en 1647, acusando a los jesuitas de China de no enseñar la fe pura, y de aceptar ritos supersticiosos. (128)

He dejado para lo último una de las verdaderas joyas de la pluma de Palafox, De la naturaleza del Indio, o como se intitula otras veces, Las virtudes del Indio. (129) Es una obra ingenua, pero muy sincera, en que Palafox encuentra casi todas las virtudes cristianas y muy pocos de los vicios, en los indígenas que conocía bien por sus visitas pastorales de Puebla. Es la continuación del anhelo humanístico de los misioneros

del siglo XVI de establecer un cristianismo más puro, más evangélico en la Nueva España. Sin la pasión polémica de Las Casas, pero con un amor igualmente profundo, se dirige a Felipe IV en defensa de estos vasallos leales y sufridos. Las anécdotas que emplea para ilustrar las virtudes son deliciosas, por ejemplo, la de un indio cuyo caballo fue robado por un español. El indio muestra su agudeza cuando aparecen los dos ante las autoridades. Cubriendo la cara del caballo, pide al español que diga, si el caballo es suyo, de qué ojo es tuerto. El español, visiblemente apurado, responde que del derecho. Resulta que no es tuerto, y lo devuelven al indio. (130) Pablo González Casanova llama este libro una "obra maestra de la literatura americana," en que:

... Palafox, como la mayor parte de los pensadores españoles que defendieron a los indios, creó en una forma inconsciente la idea de su inferioridad y apocamiento, de su minoría de edad, de su sencillez y de su poca aptitud para defenderse por sí solos, dando motivo a que las Leyes de Indias fueran dictadas en razón de la debilidad de la raza.

Sin embargo, juzga que:

Palafox pudo comprender y participar del espíritu indígena como muy pocos escritores de su época y aun de épocas anteriores y posteriores. (131)

Menciono, únicamente para dar una muestra más de su increíble diversidad de intereses, su Breve tratado de escribir bien, y de la perfecta Ortographía. Apuntamientos para escribir bien y con buena Ortographía. (132) Al lector de las Obras no le dejan de asombrar las sorpresas que salen de la pluma de este obispo extraordinario!

3.- La Poesía

Y no han acabado las maravillas. Si no fuera bastante la abundante y variada prosa elegante, ahora veremos que Palafox es tan buen poeta lírico que prosista. Y como toda su poesía es religiosa, y una buena parte de ella mística, interesa muchísimo en este estudio. Si Palafox prosista ha sido descuidado, como poeta ha caído totalmente en el olvido, a mi parecer, injustamente. Genaro García, con su característica - falta de aprecio de la producción literaria del obispo, declaró categóricamente que "Palafox no era poeta ni mediano versificador." (133) Con todo respeto a don Genaro como historiador, me pregunto si realmente leyó mucha de la poesía lírica de Palafox. Después de leer toda la poesía contenida en las Obras, estoy en completo acuerdo con Alfonso Méndez Plancarte, investigador de la poesía novohispana, que se ha esforzado enérgicamente por demostrar el valor de la lírica de nuestro obispo. "Poeta -- en lo lírico y en metros -- lo fue también," escribe, "y muy de verdad, sin que obste su absoluto olvido como tal, aun en España." (134)

Claro que esto no quiere decir que toda la poesía de Palafox sea buena, ni que él merezca un lugar como poeta religioso, a las alturas de San Juan de la Cruz o fray Luis de León. Es más bien un discípulo, un imitador, particularmente de San Juan, pero creo que es un discípulo digno de tales maestros, y que varias de sus poesías líricas son verdaderamente bellas.

He mostrado que en los pasajes líricos de su prosa, su sinceridad, su llaneza, le salvan de los excesos de la época barroca. Igualmente en sus poesías, seguramente debido en gran parte a la influencia de San Juan de la Cruz, evita tales excesos de culteranismo y conceptismo. Bien lo explica Méndez Plancarte:

Gran lírico, sin duda, de limpidez sólo hermoçada por la amorosa ternura, los más diáfanos símiles, y el encanto de su candor -- y esto, a mediados del XVII, al margen del Gongorismo y aun casi absolutamente del Barroco --, pues su poesía es "cristalina y bella" (como él

adjetivó a la carne gloriosa), "y su palacio es todo de cristales" (como él dijo de la Verdad)...: un apacible llano por donde -- "entre azucenas cándidas" -- discurre musical "el arroyuelo con sus pies de plata," mas donde arde, en la Zarza del Horeb, la llama de Amor "que al Cielo llega con sus lenguas de oro." (135)

En la técnica, Palafox muestra, especialmente en su mejor obra poética, Los grados del Amor Divino, que domina muchas formas: redondillas, romances, décimas, tercetos, quintillas, liras, sonetos, y hasta la curiosa "rima encadenada." De estas formas, la que emplea con más éxito es el soneto. Sus sonetos "Al lector," "Del Amor Divino," y "Al Calvario," son dignos de mención.

¿Quiénes son los modelos que siguió Palafox en su poesía? En primer lugar, los clásicos: Virgilio, Ovidio, Horacio, los que conoció en su educación humanista. Seguramente también en sus días de universitario en Huesca, Alcalá, y Salamanca habría conocido a los grandes poetas del XVI, como Garcilaso, y los de principios del XVII, como Góngora, Quevedo, Lope. Sin embargo, sus grandes maestros de lírica religiosa eran los poetas místicos, como fray Luis de León, Santa Teresa, y sobre todo San Juan de la Cruz, "el místico, el delgadísimo, y el profundísimo de la Iglesia." (136) Así como Santa Teresa influye tanto en sus obras en prosa, de la misma manera San Juan domina en la poesía. Una de sus poesías más hermosas, y la que le daría alto valor como discípulo del gran poeta místico carmelita, son las "Liras de la transformación del alma en Dios." (137) Pero no es absolutamente cierto que sean de Palafox, aunque, como explica Méndez Plancarte, no son muy probables las otras atribuciones. Algunos han adjudicado esta poesía al mismo San Juan, pero es tan evidentemente una imitación de la Noche oscura que no puedo aceptar tal teoría; por cierto es un alto elogio de la calidad de estas liras. Más fundamento tiene la atribución a una carmelita descalza, contemporánea de Palafox, autora de un Tratado de la transformación del Alma en Dios, sor Cecilia del Nacimiento. En este libro la monja comenta estas liras en prosa, sin ningu-



na indicación de autor. ¿Tendrá razón el P. Crisógono de Jesús en ascribir la poesía a ella? Puede ser. Pero ya he señalado las íntimas relaciones entre Palafox y los carmelitas, lo que, siguiendo las razones de Méndez Plancarte:

... daría neutral cabida a estas dos hipótesis: o que entre los papeles del obispo anduviera esa copia de los versos de la monja, o que ésta hubiera copiado y comentado una poesía de Palafox, que bien la habría podido escribir, joven aún, por los años de su sacerdocio en España(1629), o en su lustro anterior, ya fervorosísimo. (138)

Mientras se espera algún estudio nuevo que muestre con más claridad al autor, ha de pesar mucho la inclusión de la poesía en la gran edición de las Obras de Palafox, hecha por los carmelitas, quienes protestan en la dedicatoria haber averiguado esmeradamente la legitimidad de los textos. Así que se puede decir que según los testimonios que ahora tenemos, es probable que sean del obispo estos hermosos versos:

Aquella niebla obscura  
es una luz divina, fuerte, hermosa,  
inaccesible y pura,  
íntima, deleitosa  
en ver a Dios sin vista de otra cosa...

Y cuando la conquista  
del reino de sí misma está acabada,  
se sale, sin ser vista  
de nadie, ni notada,  
a buscar a su Dios, de El inflamada...

¡Oh noche cristalina  
que juntaste con esa luz hermosa  
en una unión divina  
al Esposo y la Esposa,  
haciendo de ambos una misma cosa! (139)

Para facilitar la comparación, doy las correspondientes estrofas de la Noche oscura de San Juan de la Cruz:

En una Noche oscura,  
con ansias en amores inflamada,  
¡oh dichosa ventura!,  
salí sin ser notada,  
estando ya mi casa sosegada...

En la noche dichosa  
en secreto, que naide me veía,  
ni yo miraba cosa,  
sin otra luz ni guía,  
sino la que en el corazón ardía...

¡Oh Noche que guiaste!,  
¡oh Noche amable mas que el alborada!  
¡oh Noche que juntaste  
Amado con amada,  
amada en el Amado transformada! (140)

De todos modos, aunque se comprobara que esta poesía no es de Palafox, tenemos abundantes ejemplos en otros versos suyos que muestran su deuda a San Juan. En el Grado III de Los grados del Amor Divino exclama:

... No puede estar parada  
esta llama de Amor, sinque provoque  
al alma enamorada... (141)

Y San Juan canta:

¡Oh llama de amor viva,  
que tiernamente hieres  
de mi alma en el más profundo centro! (142)

Y Palafox aconseja al lector en el hermoso soneto-dedicatoria de sus Poesías espirituales:

Oh tú, que del Divino Amor herido  
buscas con arte alivio a tu cuidado,  
y quieres verte por amor ganado  
cuando te miras por amor perdido... (143)

San Juan expresa esta paradoja en las Canciones entre el Alma y el Esposo:

Pues ya si en el ejido  
de hoy más no fuere vista ni hallada,  
diréis que me he perdido:  
que, andando enamorada,  
me hice perdediza, y fui ganada. (144)

Aun más evidente, hasta verbal, es la imitación en esta poesía de los Ejercicios devotos a María:

Mil gracias por el mundo derramando,  
Va tu mano sagrada, e ilustrando,  
A todo el universo dando glorias,  
Tu socorro asegura las victorias.  
Rayos de luz despide tu belleza,  
Perficionando la naturaleza. (145)

Y en San Juan, el alma dice de su Esposo:

Mil gracias derramando  
pasó por estos sotos con presura  
y, yéndolos mirando,  
con sola su figura  
vestidos los dejó de hermosura. (146)

Y por fin, no puede ser más clara la alusión a la Noche oscura que esta descripción de Job en el Cántico XLVI:

Estaba el santo Job, suspenso y triste,  
vencido de una gran melancolía  
en una noche oscura;  
y Dios amante, que a deshora asiste,  
vuelve la noche en un alegre día... (147)

He ampliado las sugerencias hechas por Méndez Plancarte, no sólo para mostrar la influencia de San Juan, sino también para dar abundantes selecciones de la poesía de Palafox, para que el lector mismo la juzgue. Terminaré con unos trozos más extensos de las poesías principales.

Los cincuenta y un largos Cánticos espirituales son comentarios sobre versículos de los Salmos y otros

libros de la Sagrada Escritura, y salvo algunas estrofas inspiradas, no representan lo mejor de su poesía. (148) Sin embargo, estas excepciones son joyas que vale la pena buscar, como ésta del Cántico XLVIII, "Alabanza a San Bruno, y a su religión:"

No hay solo, menos solo, que un Cartujo:  
 pues estándolo, sabe  
 que de su celda tiene  
 su Dios maestra llave,  
 y que en entrando viene:  
 ¡que bello que ha de ser aquí el dibujo,  
 que hace a lo divino,  
 con pincel del silencio peregrino,  
 y celestes colores  
 con el fino carmín de sus amores! (149)

El Cántico XL, "A la Virgen," a quien describe como "mar de gracias," y el ya mencionado XLVI, en que "Dios, que cantó de noche" consuela a Job, son de las más felices de estas excepciones.

Puedo dar solamente unas pocas de sus bellas líricas, por ejemplo este soneto de admirable vigor de expresión, "Al Calvario, y Cristo en él":

Que del mundo la máquina se rompa,  
 hagan señal los Cielos, y elementos,  
 bramen las aguas, al bramar los vientos,  
 el risco tiemble, el aire se corrompa:  
 Que al triste son de la lúgubre trompa  
 los insensibles muestren sentimientos,  
 caigan las torres, salten los cimientos,  
 del Templo cese la soberbia pompa;  
 Que el Sol se eclipse estando padeciendo  
 la Causa Universal de tierra, y Cielo,  
 no hay en Cielo, ni en tierra a quien no asombre.  
 Mas, ay dolor! que estándole rompiendo  
 Cielo, elementos, aires, Templo, y velo  
 aun no se ablande el corazón del hombre. (150)

Otro soneto, muy tierno, es "Al descendimiento de la Cruz":

Nace en sagrados brazos de alba pura,  
sujeto a los eclipses naturales  
el Sol, divina luz de los mortales,  
a desterrar nuestra tiniebla oscura.

Va ilustrando la tierra su hermosura  
por signos de milagros, y señales,  
hasta para bien de nuestros males,  
llega en la Cruz al auge de su altura.

Allí se pone, allí de su carrera  
se acaban los humanos movimientos,  
con la muerte de él mismo apetecida

Y queriendo cerrar la vuelta entera,  
baja de los de Cruz, brazos sangrientos,  
a los maternos que le dieron vida. (151)

Algunas de sus líricas más bellas se encuentran en el opúsculo Ejercicios devotos, en que se pide a la Virgen María, Madre de Dios, su amparo, para la hora de la muerte. A semejanza de los del Seráfico Doctor, San Buenaventura. Es una especie de parvo oficio, con varias poesías, himnos, y oraciones para cada día de la semana. Es una versión, no una traducción a la letra del latín de San Buenaventura, porque, como explica Palafox, "el traducir de esa manera (en mi dictamen) más es deslucir, que traducir." (152) Y, artificio muy al gusto del barroco, en los "salmos," las letras iniciales de los versículos forman el nombre de "MARIA," como se notará en éste, que hace pensar en la bella poesía de fray Luis de León, "Virgen que el Sol más pura":

Magnífica Señora, pura Estrella  
De la mar, del amor, hermosa, y bella.  
Alma, Virgen piadosa, y amorosa,  
Que a todo mal socorres poderosa.  
Reyna del suelo a quien adora el Cielo,  
Cuya virtud al suelo lo hace Cielo.  
Ilustre luz, que a todos los alumbras,  
Y a tus devotos sobre el Cielo encumbras.  
A ti, Señora, al despedir la vida,  
Es justo que socorro humilde pida. (153)

Por último, Los grados del Amor Divino, epítome de doctrina mística en que se explica cada grado primero en prosa y luego, mucho mejor en poesía lírica, es

una de las obras importantes para el estudio de la mística de Palafox. El mismo en la introducción nos cuenta que tomó esta escala del Opúsculo 61 de Santo Tomás de Aquino. San Juan de la Cruz, en los capítulos XIX y XX del segundo libro de la Noche oscura, comenta en prosa la misma escala mística, citando a Santo Tomás y a San Bernardo. (154) ¿Conocía Palafox este comentario? Parece muy probable. De todos modos, es una de las obras más bellas y más interesantes del obispo, con mucha influencia también del Cantar de los cantares, como en los tercetos del Grado II, "buscar sin cesar":

No te escondas, Señor, dice amoroso,  
 porque si enferma te llamé en la cama,  
 ya con salud te busco, y sin reposo.  
 La que tanto llamaste ya te llama;  
 y aquella a quien buscaste tantos días,  
 mira que si la amabas, ya te ama. (155)

Reproduzco más por curiosidad, la "rima encadenada" del Grado VII, "atrever con vehemencia":

Deja el amor, rendida la grandeza,  
 y a la bajeza del linaje humano  
 al Soberano inclina; tanto puede  
 cuando sucede este favor divino  
 que es el camino del amor sin modo:  
 y como todo aquí se lo promete,  
 sin que respete al bien, que está gozando,  
 olvida cuando llega a su presencia,  
 de reverencia los corteses puntos:  
 que nunca juntos entre dos queridos,  
 Amor, y Majestad, están unidos. (156)

Vuelve la fuerte influencia del Cantar en las quintillas del Grado VIII, "asir y apretar sin cesar":

Y cuando me tuvo así,  
 de tal suerte le volví  
 todo el ser que me había dado,  
 que toda soy de mi amado  
 y mi amado para mí. (157)

Llegamos a la cumbre de la experiencia mística, y de la lírica de Palafox, en el Grado X, "asimilarse totalmente," que explica en su prosa así: "El alma pues, que en el fuego de amor del pasado Grado, perdió la forma que tenía, entra en éste, toda mudada, y transformada en Dios"; y en verso, con mucho más pasión:

Y que el espejo claro,  
 que a los rayos hermosos  
 del Sol expuesto, al mismo Sol imita,  
 y por el aire raro  
 con reflejos vistosos  
 la luz arroja, que las sombras quita;  
 tal con otra infinita,  
 el alma resplandece  
 con tan vivos colores  
 de divinos favores,  
 que, deífica, al mismo Sol parece;  
 tan limpia, y cristalina,  
 que recibiendo da la luz divina. (158)

A mi parecer, entonces, no cabe duda de que Palafox merece un lugar con Sor Juana Inés de la Cruz, como uno de los poetas de más valor de la época colonial de México, ni que, como afirma Méndez Plancarte, "el venerable Palafox discurrió 'a la zaga de la huella' fragante de San Juan de la Cruz." (159) Y como escribió algunas de sus mejores y más populares obras en prosa en Puebla y México, es seguro que varias de sus poesías fueron compuestas también en la Nueva España.

CAPITULO QUINTO

LA MISTICA DE PALAFOX AL TRAVES DE SUS OBRAS



## CAPITULO V

La mística de Palafox al través de sus obras

Ya he mencionado varios aspectos de la mística de Palafox en los capítulos sobre el misticismo, y la vida y las obras del venerable obispo. En este capítulo final, me propongo estudiar más a fondo su mística tal como se nos revela al través de sus obras. Primero analizaré y juzgaré la espiritualidad de Palafox en sí, y luego estudiaré las influencias literarias en su pensamiento espiritual, especialmente la de los místicos españoles.

1.- La espiritualidad de Palafox

Empiezo preguntando si Palafox fue místico auténtico o no. La contestación afirmativa ya quedó bastante clara en los capítulos anteriores, pero necesito considerarlo más a fondo. ¿De veras corresponden las experiencias del obispo a las definiciones y descripciones psicológicas y teológicas que di en el primer capítulo? Nuestra guía aquí ha de ser sobre todo la Vida interior, corroborada por lo que dice Palafox en otros escritos, además del testimonio de sus contemporáneos y los biógrafos.

He concluído que según los psicólogos: "la experiencia mística es una manera intuitiva e inefable, podría añadir, amorosa, de conocer a Dios; además, es transitoria, y más bien pasiva." En el capítulo XXXVI de Vida interior Palafox describe ciertas "inflammaciones o ímpetus de amor" que eran a veces tan fuertes que se arrojaba al suelo, clamando, por no poderlo sufrir; estas experiencias, que consistían en una ilustración del entendimiento que luego pasaba a calentar la voluntad, ocurrían de vez en cuando durante treinta años,

... pero éste que ahora padece, es más dado y sobrenatural, porque sin considerar en cosa alguna, sino con un toque interior tierno y fuerte del amor divino (aunque más fuerte,

que tierno) siente ser tocada su alma, e inflamada, y de allí pasa el fuego al corazón, y luego se ata la lengua, que no puede hablar, y se le levanta el pecho; y hasta que sale el descanso por los ojos, llorando, (cayéndose y brotando lágrimas los ojos con un modo notable interior, como si fuese por un surtidor el agua hacia arriba) padece mucho: de suerte, que si durase corría mucho peligro la vida.

(1)

Aquí tenemos todas las notas: manera intuitiva (sin razonar) e inefable (se ata la lengua, imposible de describirlo después) de conocer a Dios, porque empieza con una ilustración del entendimiento. (2) Es amorosa, porque todo pasa bajo la poderosa influencia del amor divino. Es pasivo, porque es "dado y sobrenatural," y es transitoria, porque "si durase, corría mucho peligro la vida." Su descripción corresponde en todo a la de los psicólogos, y no cabe duda que habla en este contexto de "confesiones" de una experiencia propia.

Ahora veamos si corresponde la experiencia de Palafox a lo que describen los teólogos como "experiencia de lo divino," "encuentro vivo con el Dios vivo," o "el misterio cristiano vivido con tal intensidad y altura que la parte de Dios parece prevalecer sobre la actividad humana"; y que San Juan de la Cruz llama sabiduría de Dios secreta y amorosa. El pasaje que acabamos de citar ya muestra bastante, pero para que quede aun más claro, damos otro pasaje del mismo capítulo:

... algunas veces siente su alma tan movida, y da unos saltos, y movimientos interiores, tales, que teme no prorrumpe en alguna demostración más que llorar... de la manera que cuando un niño de seis meses está en los brazos de su madre, dando saltos hacia arriba, así ve este pecador en su alma con vista interior, y espiritual, que está en los brazos de la gracia, del amor y de la misericordia, y ella dando saltos interiores y dulces de alegría, y de gozo sobre manera interior y superior, sin estar en su mano el poderla sosegar. (3)

Aquí tampoco hay lugar de dudar que habla de experiencias propias. Pero no me limito a estas referencias directas de sus confesiones. Ahí están las muchas exclamaciones de amor que revelan al místico en los "afectos" del Varón de Deseos, como:

¡Oh Señor de las virtudes, qué amables son esas moradas eternas! Sólo el considerarlas deleita, ¿qué será, Señor, el habitarlas? Sólo un rayo de vuestra luz enamora, ¿qué hará cuando se vean al sol de vuestra divina cara? Si aquí, sólo el manifestarlo a nuestra turbada vista es infinitamente amable, ¿qué será, Dios mío, intuitivamente mirando vuestro rostro y esencia, sobre toda ponderación deleitable? (4)

Y las poesías líricas, sobre todo las de Los Grados del Amor Divino, cuya sinceridad y ardor atestiguan que quien las escribió, experimentó este amor que le hace exclamar:

Con las ansias que desea  
las aguas el Ciervo herido,  
suspira por su querido,  
hasta que su fuente vea.  
Ningún arroyo que pasa  
la sed le alivia, ni afloja,  
hasta que en la fuente arroja  
el fuego con que se abrasa. (5)

Si únicamente tuviéramos su propio testimonio, por claro y sincero que parezca, se podría dudar. Tenemos sin embargo, muchos testigos que corroboran su autenticidad. Rosende afirma que en su oración tenía tan presente a Dios que "de esta presencia nacían aquellas jaculatorias abrasadas como saetas, que despedía sin poderse contener, excitándose a sí, y a los circunstantes." (6) Argáiz atestigua su profunda espiritualidad, (7) y ya he citado en el tercer capítulo a varios testigos de Puebla y Osma, que habían observado la contemplación de Palafox, y a ellos les parecía que él "estaba en la presencia de Dios." (8)

Y en cuanto a la mística española, se ha mostrado

que como los grandes místicos del XVI, tenía un estilo elegante, un talento literario que puso al servicio de su inspiración mística, sabiendo describir, en cuanto es posible, sus experiencias. Comparte con ellos ese afán doctrinal, de enseñar el camino ascético y místico a los demás, como es evidente en todas sus obras, y particularmente en el Pastor de Nochebuena y el Varón de Deseos. Tenía, como sus antecesores, una sólida formación humanista. Y predomina en sus obras, como en la literatura mística española en general, lo ascético sobre lo puramente místico. Palafox muestra, a pesar de la influencia del barroco, la misma sinceridad y absoluta seguridad de haber experimentado la presencia de Dios. Y por fin, es un admirable ejemplo, como Santa Teresa, de esta feliz unión de la vida activa con la contemplativa. Se ha visto en la biografía que supo unir la más fecunda actividad eclesiástica, política y literaria con una profunda vida interior. Esta hermosa página del Varón de Deseos bien podría llamarse su "regla de vida":

Y como quiera que el día que compitieren entre sí la devoción y la obligación se ha de preferir ésta a aquélla--porque en tal caso la obligación es la devoción y la devoción, faltando a ella, sería tentación--, es necesario andar con tal cuidado, que siempre con servemos resuelta y determinada la voluntad a que, aunque sea negándose al gusto de la quietud y recogimiento, lágrimas y sentimientos devotos, salga a servir alegremente al Señor adonde la obediencia u obligación de su estado la llevare, negándose a su gusto por hacer el de su Señor... Porque aunque la vida de María a los pies de Cristo, nuestro Bien, es santa y buena y mejor que la de Marta sola, pero la de entrambas hermanas, que son la vida activa y contemplativa, es mejor que cada una sola. Y hoy, como está el mundo, necesita de que los que bien quieren a Dios salgan de los rincones a las plazas, y descubran la cara en su servicio, y padezcan, y merezcan, y promuevan a la virtud con la fuerza que el demonio y los mundanos promueven las almas a la perdi ción y a los vicios. (9)

Son palabras que podrían haberse escrito hoy día.

Ya he indicado que la doctrina espiritual de Palafox tiene dos focos, como él mismo declara en su Regla de penitencia voluntaria, que regía toda su vida: la penitencia y la oración "son los nortes del camino de la imitación de Cristo nuestro Señor." (10) Y ya vimos su doctrina sobre la penitencia en la Peregrinación de Philotea, y sobre la oración en las Notas a las Cartas de Santa Teresa. Veamos ahora cómo puso en práctica esta doctrina.

¿A qué grado de oración o contemplación llegó el venerable obispo? Un contemporáneo suyo, jesuita, el P. Godínez, en la posición de la causa de beatificación, afirmó que "fue el Venerable Siervo de Dios una de las almas de más elevada oración que tuvo su siglo." (11) Y otro testimonio muy valioso es el del carmelita fray Jacinto de San Angel que fue confesor de Palafox en 1654, en Osma. Declaró que "se destacó de manera sublime en los dos modos de oración mental y vocal; y en ella fue muy favorecido y premiado por nuestro Señor de aquella manera en que su Majestad suele comunicarse a las almas muy perfectas." (12)

En cuanto a la oración vocal, ocurre algo curioso. Generalmente a la medida en que el místico sube más y más en su ascenso del monte hacia la unión, la oración vocal tiene un papel muy reducido. Pero Palafox, a pesar de que parece de los testimonios haber alcanzado un grado de oración bastante elevado, nunca perdió su gusto de la oración vocal. El capítulo XLI de Vida interior presenta un problema especial. En él Palafox enumera detalladamente sus oraciones vocales de cada día. Pero es absolutamente increíble que pudiera hacerlo todo cada día. Cuando dice, por ejemplo, que ofrece su corazón a Dios 366 veces, y a María 72 por la mañana antes de celebrar misa, y después de comer, 33 veces a Dios y 12 a la Virgen, es muy difícil que esté rindiendo una cuenta exacta de un ejercicio mecánico. Me parece que hay que interpretarlo como un artificio literario (que cuadraría muy bien en el barroco) para decir que hacía el ofrecimiento repetidas veces. Y de semejante manera hay que juzgar las otras prac-

ticas de piedad que describe en el capítulo. (13)  
Además, nos muestra en un capítulo posterior que estas oraciones vocales no eran de ninguna manera mecánicas, sino inspiradas por un amor ardiente:

Algunas veces... Pareciéndole mucho el rezar verbalmente, y que era mejor andar contemplativo, le dicen: No lo dejes, no dejes tus ejercicios, esto te conviene. Y cree este pecador, que como el gobierno de su Iglesia, y Diócesis, y el de las almas, distrae de la interior atención, y suele andar divertido, y vago el corazón con los cuidados, no lo debe de hallar Dios capaz de interior contemplación, y quiere que navegue con esta maroma en la mano, como quien pasa la barca asido a ella, por no tener fuerza de otra suerte para poder gobernarla; si ya no es contemplativo este modo de oración, y estar ordinariamente enamorado de Dios, y haciendo actos anagógicos abrasados en su amor. (14)

Pero que esta oración vocal no era todo, sino sólo punto de partida de una oración más alta, lo indica el párrafo que sigue:

Finalmente, (como ya ha advertido) este género de meditación, o discursos, y oraciones sirven al amor, y el es quien gobierna la danza de esta interior armonía, porque todo lo hace con amor, y por amor; con que por ahora, no le hace falta el silencio, y así recibe lo que le dan, que es más que lo que puede caber en un vaso pequeñuelo, como el suyo, y que por eso se derrama muchas veces prorrumpiendo con afectos y exclamaciones exteriores, sin poderse contener. (15)

Hay que considerar con cuidado expresiones humildes como eso de "un vaso pequeñuelo," y otros lugares donde Palafox parece relegarse a un grado muy inferior de oración. En el Grado VII de Los Grados de Amor Divino exclama: " que esto escribiera aquel que lo recibe, que cuando no se goza, mal se escribe." (16)

Hemos visto ya el caso de fray Luis de Granada, y además la exageración característica de estos libros de confesiones espirituales. Tomando en cuenta todas las obras de Palafox, el testimonio de sus conocidos y sus biógrafos, veremos que estas expresiones, como las que exageran los vicios de su juventud, son exageraciones debidas a su profunda humildad. Confiesa tener dificultades, distracciones y sequedades en su oración, a pesar de las muchas horas que le dedica. Sin embargo, nos cuenta que:

En tiempo de sequedades se considera como una piedra cuadrada de mil quintales, asida y cosida de cuadrado en la tierra. Y le dice al Señor: "Dios mío, ¡qué asida está la piedra, si no la levanta un soplo de vuestro espíritu!" Y así se queda baja la cabeza... Y suele, cuando menos lo piensa, venir un soplo del Santo Espíritu, y aligerarse la piedra, y levantarse, y con la fuerza, y viento del Amor Divino, andar por estos aires amando, y adorando a su Criador; y entonces dice: ¿Quién creyera que así pudiera aligerarse la piedra? (17)

Pero se puede preguntar concretamente: ¿Llegaría Palafox a las cumbres de la experiencia mística? ¿Llegaría a la unión transformativa, el desposorio y el matrimonio espiritual? No hallo pruebas conclusivas ni en favor ni en contra. Sí se encuentran en la Vida interior y los testimonios de otros, algunos de los fenómenos que acompañan los grados más altos de unión conformativa: visiones, toques divinos, estas fuertes influencias del amor divino; hay aun algunos testigos que afirmaron haber visto al obispo en éxtasis. (18) No debe olvidarse que estos fenómenos de ninguna manera indican una vida altamente mística -- sin embargo, en conjunto con las obras, la vida ejemplar, y los testimonios de los que le conocían, sí cuentan por algo. Además, ciertas referencias en sus obras, especialmente en el Varón de Deseos y las poesías líricas, pueden hacer sospechar que por lo menos llegaría a los umbrales de la unión transformativa. No me atrevo a precisar más.

Antes de estudiar las penitencias, la cuestión

de las numerosas visiones que menciona Palafox en su autobiografía merece nuestra atención. Desde luego él explica en las Notas a las Cartas de Santa Teresa, conforme a la doctrina de los grandes místicos auténticos, que tales visiones y otros fenómenos no son de ninguna manera esenciales a la vida mística, ni debe uno prestarles mucha importancia. Casi siempre las cuenta con muchas calificaciones; por ejemplo, en una enfermedad grave en Madrid, antes de ser nombrado para Obispo de Puebla, vio a San Pedro, "no sabe si fue con los ojos corporales, o los del alma, o los de la imaginación," y el Santo le reprendió por falta de generosidad en el servicio del Señor, y le predijo que iba a ser prelado en América. (19) Otra visión, o mejor dicho dos, mucho más extrañas en varios aspectos, las cuenta en el capítulo XXXIII:

... algunos meses antes de lo que dirá, andando en el coche, particularmente en el campo, en poniendo los ojos por las ventanas del coche, se le representaba la Virgen María nuestra Señora, en figura de una niña muy hermosa con manto azul, corona en la cabeza, la Luna en los pies; y esto le duró mucho tiempo, y se le representaba en el aire, unas veces algo lejos, y otras cerca: y aunque él no hacía caso de esto, porque no se ha gobernado por estas cosas, le consolaba muchísimo, y debía de dejarle algunos buenos efectos en el alma. Esto le duró hasta que le sucedió lo que se sigue. (20)

Y este otro suceso fue que un día, saliendo de servir a los pobres en el hospital general de Madrid (de nuestra Señora de Atocha), vió a Jesús en figura de Salvador, a pie, vestido de túnica morada, el rostro hermosísimo, el semblante grave y humano, pero no alegre. Andaba descalzo, y explica Palafox:

Los ojos con que le veía eran de la imaginación, mas no puede jurar que fuesen de ella solamente, porque influía tan eficazmente en el entendimiento, calentaba de tal suerte la voluntad, y se ponía tan presente a los del cuerpo, que con todos ellos parece que lo veía. (21)



Lo difícil es la larga duración de estas visiones. Palafox dice que duró esta presencia cerca de seis años, especialmente en sus visitas pastorales en Osma; pero, y esto es de notar, no era tan frecuente en los tres últimos años. No quiere decir, entonces, que fuera una presencia a todas horas, ininterrumpida en todo este tiempo; sino de vez en cuando, y de menor frecuencia en la segunda mitad del período. Seguramente, es algo bastante extraordinario aun entre las experiencias místicas, tan fuera de lo común. Sin embargo, se ve que los efectos de las visiones eran buenos, es decir, influían eficazmente en el entendimiento e inflamaban la voluntad, lo que es uno de los criterios más importantes para juzgar si tal fenómeno procede de un espíritu bueno o malo, según la enseñanza de los místicos. Palafox mismo juzga que Dios permitía que un ángel le representara esta figura para que tuviera más recogimiento e hiciera más generosamente su voluntad.

La segunda columna del edificio espiritual palafoxiano es la penitencia, es decir, los ejercicios ascéticos para fortalecer al soldado cristiano para la batalla contra el triple enemigo, el mundo, la carne, y el diablo. Consiste en castigar el cuerpo y mortificar la voluntad, pero no es el sufrir un fin, sino únicamente un medio para sujetar al hombre carnal al espiritual. Desde luego que esto pertenece más a la ascética que a la mística.

Ya he señalado que hay una gran semejanza entre las penitencias del místico alemán Enrique Suson y las de Palafox. El que lea la Vida de Suson que Palafox tradujo en su juventud, no puede sino impresionarse al ver tal semejanza entre las terribles austeridades de Suson y las que practicaba el obispo en la oscuridad de su aposento y debajo de sus vestiduras episcopales. La razón del sufrimiento es el pecado original, que dejó el "humano reloj sin gobierno," (22) y como Cristo explica pacientemente a Philotea, "De aquí resulta que el penar acompaña a la vida con una natural necesidad, como al vivir el alentar, y el gemir, y el suspirar; con lo cual desde el nacer al morir, todo es penar..." (23) Hay que sufrir con Cristo, o contra El. El gran motivo es conformarse a Cristo, que tanto amó a los hombres que se entregó a la muerte de la Cruz:

"¿Quién ha llevado, ni ha traído en sus hombros mayor Cruz que Yo?" (24) Esto es, entonces, el fundamento de la penitencia de Palafox, no una fría austeridad estoica que se deleita y se enorgullece al vencerse en los sufrimientos, sino "padecer por el Amado."

Se pueden leer en la Vida interior, capítulo XVI, las penitencias que empezó en el tiempo de su conversión y que continuó toda su vida, aunque a ciertos tiempos a causa de sus enfermedades sus confesores se las prohibían, o por lo menos disminuían. (25) Además de llevar ropa interior de la tela más pobre y burda, llevaba cadenas y cilicios. Se acostumbraba a tomar tres disciplinas diarias, azotándose rigurosamente, y cuando no podía, por estar viajando, suplía los azotes dándose recielos pellizcos en el brazo, sugestión curiosa que había leído en la vida de algún santo. El testimonio más impresionante en esto es el de su amigo e íntimo colaborador, el sacerdote-arquitecto Pedro García Ferrer, que estuvo con él desde 1633 hasta su muerte. De los instrumentos de penitencia afirma:

Yo soy buen testigo, que encontré en un escondrijo de su recámara, un lazo de ellos bien notables: de ellos para los labios, y la lengua, brazaletes, rallo, cerdas, Cruces de puntas, y cadenas para el cuerpo, de diferentes modos de mortificar. Yo le hice una Cruz, con sus clavos encubierta, y escondida en su Oratorio, donde se ponía en Cruz, y esto era en el mismo tiempo que el mundo le escarnecía. Mas V.M. me diga, cómo se hacen los Santos y Siervos de Dios, que aun las figuras e imágenes de palo se hacen a golpe de mazo y herida de escoplo y sierra. (26)

Es de notar que Suson tenía esta costumbre de ponerse en una cruz pesada y con clavos para sentir más los dolores del Crucificado, y de él también parece haberle ocurrido a Palafox la idea de que pusieran en su corazón después de muerto los nombres de Jesús, María y José. (27)

Además, se mortificaba muchísimo en la comida. Sus ayunos eran tan continuos, que eran pocos los días

en que comía carne. Aquí escuchemos a fray Gregorio de Argáiz, que vivía con Palafox, comiendo a su mesa todos los días:

En frente de sí tenía siempre el Obispo a un pobre a comer y cenar, y le daba calzado y vestido. Con él repartía su plato: y en llegando a este punto no puedo negar la confusión que me causa, cuando me acuerdo del gran rigor y abstinencia con que trataba su cuerpo. Bebía siempre agua y tres días ayunaba en la semana. Los platos se los traía el gentilhomme, y no para comer de ellos, sino para repartir, con los que tenía a su mesa, quedando casi ayuno de todos; no comiendo más de unas migas que le traían del potaje; y no en escudilla, sino en un plato, como se suelen hacer en las casas más comunes, para dar a los gatos, y a los perros; y si comía alguna cosa de sustancia, o que diese a regalo, había de llevar la mejor parte el pobre que tenía enfrente." (28)

Es Argáiz también que describe hasta qué punto estaba grabado en la voluntad del obispo este hábito de mortificación. No lo quiso dejar, aun en su lecho de muerte:

... llegaron las diez de la noche y trayéndole un poco de agua que había pedido y un poco de azúcar rosado, con estar abrasándose de sed, hizo un acto grande de mortificación; porque teniendo el agua y azúcar en la mano lo dejó... Porfiáronle que tomase unos bizcochos; y habiéndolo consentido en que los trajesen, los tomó también en las manos y volvió a dejarlos, con las mismas palabras, después de haberlos mojado en el agua. Y mirando la claridad que tenía dijo: -- Muy linda es, no la merezco yo. Y así ésta también es para mi Jesús y se la doy; porque le quiero yo mucho, que otro día será para mí; pero ahora sea para mi Señor Jesucristo. (29)

2.- ¿Espiritualidad fría, demasiado austera?

Estas austeridades tan duras nos llevan a una crítica que han hecho no sólo los enemigos de Palafox, sino también muchos lectores de buena fe: ¿no es su espiritualidad demasiado austera, fría, inhumana? Sin duda vemos, especialmente en el ejemplo que acabo de citar, que consigo mismo Palafox era muy austero, lo cual era seguramente otra manifestación de su firme y recia voluntad. Desde su conversión se proponía servir a Dios con toda generosidad, y se entregaba a este servicio con toda la determinación y energía que le eran características. Es verdad que según las normas de hoy sus disciplinas y mortificaciones parecen excesivas, y que aun en su tiempo eran extraordinarias. La prudencia aconsejaría que tanta penitencia perjudicaba su salud; hay que recordar, sin embargo, que se sometía en todo a sus confesores, y se puede imaginar a qué penitencias llegaría sin este freno! También hay que recordar que otros místicos, señaladamente San Juan de la Cruz, practicaban iguales austeridades. (30) Y el motivo era siempre el amor.

Si consigo mismo era tan duro, hay abundantes evidencias que no lo era con los demás. Al contrario mostraba mucha compasión, sabiendo bien que no podía exigir de sus súbditos las mismas penitencias. En lo de ayunar, por ejemplo, aunque él mismo comía poco, sus huéspedes, religiosos y pobres especialmente, encontraban una mesa muy bien servida, aunque sencilla. El obispo se esforzaba tanto para disimular sus sacrificios, que sólo los que vivían con él, como Argáiz o García Ferrer, se daban cuenta de cuán poco tomaba para sí.

Buen ejemplo de esta comprensión tan humana tenemos en su comentario a la Carta LIX de Santa Teresa. Está hablando de la desconfianza que tenía la Santa de monjas melancólicas. Dice que ella "las miraba con mil ojos," y comenta con aprobación:

Yo entiendo, (como he insinuado en otra parte) que la Santa con sus oraciones ha destruido la melancolía de su Orden. Porque bien puede ser que sean melancólicas al entrar; pero en habiendo entrado, han de ser alegres, o no han de profesar.

Yo por el tiempo que he gobernado Conventos (que han sido muchos) diría, que tres géneros de tentaciones no me desconsuelan en las Novicias. La primera, tentación de risa: porque es señal que está el ánimo libre de cuidados, y que no se acuerdan de los de afuera, ni de las ollas de Egipto, y las que la padecen, ordinariamente profesan. La segunda, tentación de hambre; porque es señal que anda buena la salud; y no aspirán por lo menos, ni tendrán por achaque para salirse, a la enfermedad. La tercera, tentación de sueño: porque es señal que andan vigilantes los ejercicios de la Religión. (31)

He aquí dos ejemplos en que lejos de castigar y corregir duramente a unos súbditos rebeldes, el obispo, que tan firmemente se opuso a los que ofendían la dignidad episcopal, prefirió humillarse y sufrir en su propia persona. Cuenta Rosende, que en el obispado de Osma había un clérigo amargado por las reformas de Palafox, que hablaba en público de defectos personales del obispo. Palafox le invita a comer en la casa episcopal, le perdona, y le exhorta a cambiar, no las palabras contra su persona, sino las costumbres -- porque le constaba que no vivía bien el clérigo. (32) Aun más impresionante es un caso referido por Bermúdez de Castro. Había en Osma un joven gobernador de villa que daba escándalo en sus amoríos con una mujer casada. Cuando varias exhortaciones de Palafox no lograron persuadirle que terminara el escándalo, le llamó a la casa episcopal, se encerró con él en su despacho, y en su presencia, se dio una recia disciplina. Este medio violento logró despertar en el joven la vergüenza y el arrepentimiento.

(33)

Se ve fácilmente que mi juicio de la espiritualidad de Palafox va totalmente en contra de la interpretación que hace Genaro García en su biografía. (34) Como es su costumbre, don Genaro contrapone unos pasajes sacados de la Vida interior a unas citas de varios santos y Padres de la Iglesia, para apoyar su tesis de una espiritualidad fría y vulgar -- pero sin considerar la totalidad de la vida y todas las obras de Palafox. ¿Cómo es posible concluir después de lo que se ha visto, que:

El sentimiento íntimo que Palafox tiene de la Divinidad es una reconcentración absoluta en Dios, un tanto forzada y vulgar, y casi desprovista de ternura; sus mismas exaltaciones religiosas carecen de la fácil inspiración, ingenua originalidad y emoción vibrante de los grandes místicos. (35)

Esta reconcentración en Dios no era para excluir el amor al prójimo, de lo que Palafox dio abundantes - pruebas tanto en Puebla como en Madrid y Osma, sino precisamente para amar en Dios mucho más generosamente a los demás, particularmente a los pobres. Que Palafox no fuera "desprovisto de ternura," creo que es evidente al lector de Las Virtudes del Indio, la Peregrinación de Philotea, las poesías, y las cartas personales, especialmente las que escribió a la suegra de su querida hermana Lucrecia, doña Ana, Marquesa de Guadaleste. En ningún lugar se muestra más capaz de ternura que cuando le habla de su sobrino recién nacido, antes de tiempo, con mucha solicitud por la salud de la criatura:

Cierto que me holgaría de verlo... bravo monico debe de ser. Con el Correo que viene le querría enviar una Cruz de Reliquias, pero no lo diga V.E. hasta que esté allá, que nos hablamos con la misma confianza que si no fuéramos abuelos de este Angelito. Con todo eso, si he de decir la verdad, estoy con cuidado de la vida del niño. (36)

O consideremos la tierna devoción que siempre tenía al Niño Jesús, tan evidente en el Pastor de Nochebuena y en la estatua del "Pastorcico" que trajo de Flandes. En esto se parece a San Juan de la Cruz, que según el P. Crisógono, delante de un Niño Jesús, se extasiaba, bailando y cantando una coplilla popular adaptada por él así: "Mi dulce y tierno Jesús -- si amores me han de matar -- agora tienen lugar." (37) O bien recordemos la igualmente tierna devoción que tenía a la Virgen en sus poesías, y en la propagación del rosario, con su propia adición del "Rosario del Corazón." Y las ya mencionadas expresiones de "niñez espiritual," en que describe el alma bajo la influencia de Dios, como un niño chiquito en brazos de su madre, recuerdan el "caminito" de la

moderna Santa Teresa del Niño Jesús. (38) El Palafox que resulta dista mucho de aquel monstruo de egoísmo y frialdad que pinta Genaro García, atormentado de "sentimientos anormales, ideas absurdas, preocupaciones pueriles, pesadumbres fantásticas," y contaminado - "del sentimiento egoísta que mueve a los místicos vulgares a preocuparse exclusivamente de la salvación de su propia alma congraciándose con Dios por la propina celestial y ayudando a los demás hombres sólo para granjearse el favor divino." (39) ¿Es posible que un hombre tan deformado sea capaz de la firme actuación como Virrey y Visitador, Obispo destacado en celo pastoral, y escritor fecundo y elegante? ¿Es posible que tal egoísta gane el sincero amor de sus feligreses que describen los cronistas e historiadores? ¿Habría podido engañarlos a todos? Es imposible. Recordemos la inolvidable despedida en Puebla, y la concurrencia a su ataúd en Osma cuando se supo de su muerte. No es posible que un hombre tan empobrecido espiritualmente mereciera testimonios como éste del cura Juan de Berlanga, de Osma:

Este testigo lo tiene por un hombre santo, y supo y averiguó como tal lo consideran varios Prelados de estas partes, y hombres muy espirituales y eruditos, y en todo este obispado, y en este pueblo lo llaman "el Obispo Santo." (40)

### 3.- Palafox y el jansenismo

¿Es esta austeridad de Palafox la razón para las acusaciones de jansenismo que se hicieron especialmente a fines del siglo XVII y durante el XVIII? El estudio de su espiritualidad quedaría incompleto si no se tocara este punto delicado. Además, una aclaración aquí dará quizás más luz sobre la actitud de escritores como Genaro García.

En primer lugar tengo que dar brevemente una historia y descripción de la herejía del jansenismo. Cornelio Jansenio, Obispo de Ypres en Flandes, murió en 1638, dejando en manos de sus amigos el manuscrito de un largo comentario sobre la doctrina de San Agustín de la gracia y el libre albedrío. En 1640

los amigos dieron a la estampa este libro, el Augustinus, que había de ser la fuente de la doctrina llamada "jansenismo." Según Jansenio, toda gracia, o auxilio divino, que otorga un auxilio realmente suficiente, compela la voluntad humana al consentimiento. Niega la gracia suficiente comúnmente aceptada por los teólogos católicos, que da un auxilio suficiente, pero que el libre albedrío del hombre puede aceptar o rechazar. Se sigue, entonces, que si el hombre peca, es porque le falta la gracia, y como nada puede hacer para que reciba la gracia, su eterna salvación no depende de su libre albedrío, sino solamente de la eterna predestinación de Dios, como en la doctrina de Calvino. Otra consecuencia de la doctrina de Jansenio es que Cristo no murió por todos los hombres, porque si hubiese muerto por todos, habría adquirido la gracia por todos, y como la gracia es siempre eficaz, todos así se salvarían. Exclama el historiador de los Papas, Ludwig Pastor:

¡Doctrina verdaderamente horrible! Al hombre lo hace lisiado en sus facultades naturales, y en su vida interior, una especie de máquina sin libertad; la historia universal, la grandiosa lucha entre la luz y las tinieblas, se convierte en mero juego de muñecos, y la victoria final de Dios en una victoria sobre títeres. De Dios hace la nueva doctrina un tirano, que da preceptos, luego no ofrece a la mayor parte de los hombres la más ligera posibilidad para su cumplimiento, y finalmente, entrega los transgresores a la reprobación eterna, a la que de antemano los ha destinado! (41)

Esta doctrina enseña que la gracia y lo sobrenatural pertenecían al hombre en su esencia, y que cuando los perdió con el pecado original, quedó herido, o más bien corrompido en su misma naturaleza. Conduce lógicamente al desprecio de lo natural, a un horror a la naturaleza y al propio cuerpo. Como comenta Pastor, "la secta está de antemano inclinada a ver en todo lo natural una obra del demonio." (42) A consecuencia los jansenistas se daban a una excesiva severidad, y fuertes penitencias, pero más con un espíritu de orgullo, que de amor. En este desprecio de lo



natural y del cuerpo, se parecen mucho a la herejía antigua del maniqueísmo, en que cayó por un tiempo San Agustín. Enseñaba esta secta que el cuerpo tuvo su origen del espíritu del mal, mientras el alma provenía del espíritu bueno, Dios. Esta actitud conducía naturalmente a una espiritualidad fría, orgullosa, llena más de temor que de amor y confianza, y se manifiesta en la poca recepción de los sacramentos, una aversión a suntuosas ceremonias en el culto, y una frialdad respecto al culto de la Virgen. En todo eso se ve por qué se ha llamado el jansenismo un calvinismo dentro de la Iglesia Católica. Jansenio mismo murió católico, y sus discípulos, que iban más lejos que él, a pesar de la condenación de varias proposiciones del Augustinus en 1653, seguían propagando la doctrina, sobre todo en Francia y en los Países Bajos. Pero si yo tuviera que señalar la nota más sobresaliente de los jansenistas, sería su implacable odio contra los jesuitas. La razón era sencilla: los jesuitas eran los que primero reconocieron los peligros de la naciente herejía, y los que con más vigor la atacaron.

¿Qué tiene eso que ver con Palafox? Creo haber mostrado en las obras y la espiritualidad del obispo que no era partidario del jansenismo. He mostrado que le gustaban las ceremonias espléndidas, que tenía mucha devoción a la Virgen María, y que, para su tiempo, no era muy estricto en limitar la recepción de los sacramentos. Es cierto que hay algunas semejanzas entre las austeridades que él practicaba personalmente, sus penitencias y ayunos, su oposición a las comedias y espectáculos, su actitud muy estricta en el trato con las mujeres, que hacen pensar en el jansenismo. Pero ya hemos explicado que sus penitencias procedían de su amor y de su carácter firme, y no del Dios tirano de los jansenistas, y que a pesar de su desprecio del teatro, no se oponía, sino más bien aprobaba recreos saludables. Sus propósitos de tratar con mujeres únicamente por razones espirituales, de no mirarlas directamente, de ponerse debajo de la camisa una cruz de puntas cuando tenía que visitarlas, que leemos en su Regla de penitencia voluntaria, (43) no son necesariamente ideas jansenistas, porque se pueden hallar en las vidas de va-

rios santos; además, hay que tomar en cuenta que en México y en España, entre los "alumbrados" los errores quietistas frecuentemente llegaban a relaciones nada piadosas entre sacerdotes y monjas y beatas. (44) Palafox, que mucho tenía que ver en la dirección de religiosas, naturalmente habría querido evitar cualquier apariencia en escándalo.

Pero lo que más pesa en contra de la acusación de jansenismo en Palafox, después del examen de su vida y obra, es que tal acusación no se hizo nunca en su vida, ni siquiera cuando su lucha con los jesuitas llegó a lo más violento, ni tampoco en el período inmediatamente después de su muerte. Así que, a mi parecer, la acusación no tiene su fundamento ni en las obras ni en la vida de Palafox, sino en su oposición a los jesuitas. Al fin y al cabo, todos los escritos del obispo fueron aprobados, después de riguroso escrutinio, por Roma, y también en 1767 se aprobó la fama de santidad en general, lo cual indica que Roma no prestó mucha autoridad al supuesto jansenismo. Sin embargo, no se trata de culpar a los jesuitas de inventar la acusación solamente para denigrar el carácter de Palafox. Es que los jansenistas, viendo que él se había resistido duramente a los jesuitas, y que había escrito un documento tan fuerte como la tercera Carta Inocenciana, alababan mucho al obispo, levantándole en patrón de su cruzada antijesuíta. Baste decir que nada menos que el famoso Antoine - Arnauld, destacado teólogo jansenista, se puso a escribir una biografía de Palafox "y las diferencias que tuvo con los jesuitas." (45) Es natural, entonces, que los jesuitas, luchando por la misma existencia de la Compañía, reaccionaran fuertemente contra Palafox. La literatura polémica sobre este asunto es extensísima, y diría yo, después de leer gran parte, de muy escaso valor doctrinal. Las acusaciones y contra-acusaciones se amontonaron. Por ejemplo, un anónimo "erudito antijesuíta" acusa a un jesuíta de haber falsificado una Carta Pastoral, atribuida al obispo jansenista de Utrecht, Juan Pedro Meindarts, en que dice que Palafox era muy amigo suyo y jansenista. (46) Ambos partidos escribieron "doctrinas tripartitas," en que cotejaban largos pasajes de los escritos de Palafox, Jansenio, y el Concilio de Trento.

Un sacerdote italiano, el P. Mamachi, bajo el seudónimo de Alethinus Philareta, en lo más reñido de la controversia, publicó tres tomos en latín para defender la ortodoxia de Palafox, en vísperas de la esperada canonización. (47) Si los que se oponían al obispo se excedían en sus acusaciones, sus defensores tampoco se contenían. Por ejemplo, un "cura muy erudito" de Puebla escribió una carta "probando victoriosamente" que la Carta Inocenciana "no fue ni pudo ser producción de tan benemérito Prelado." (48)

Sin embargo, hay un aspecto de esta controversia que debe examinarse: son precisamente las relaciones literarias con los jansenistas. Ya expliqué que el P. González de Rosende, el principal biógrafo de Palafox, era jansenista, y que en la biografía, como es de esperar, exagera las austeridades del obispo, y otras semejanzas con los jansenistas. Son muy reveladores, por ejemplo, dos capítulos que Rosende añadió en la segunda edición (1671), en que se esfuerza muchísimo para explicar por qué Palafox permitió comulgar todos los días a una santa mujer de Osma. Es evidente que no le gustó al biógrafo esta concesión. Repite y subraya: "Aunque nuestro Obispo mandó a esta Sierva de Dios comulgar cada día, como la Carta lo refiere, no estaba olvidado de la perfección que se pide para esta frecuencia cotidiana." (49) Y hay más. Consta que en la ya mencionada Carta Pastoral V, De los conocimientos de la Divina Gracia, Bondad, y Misericordia, escrita a principios de 1653 en Madrid, Palafox siguió un opúsculo del jansenista M. Le Roi, Prière pour demander à Dieu la grâce d'une véritable y parfaite conversion. (Oración para pedir a Dios la gracia de una verdadera y perfecta conversión.) Palafox mismo declara:

Moviéonos también a escribir este discurso, el haber llegado a nuestras manos cierta Oración de un Varón espiritual, que miraba al mismo intento; y nos pareció imitarlo, y aumentar sus afectos, y repetir con menos conocimiento las mismas luces, que santamente ofreció, y trasladarlas a los oídos de nuestros súbditos, y ponerles delante este pasto, ese plato espiritual... (50)

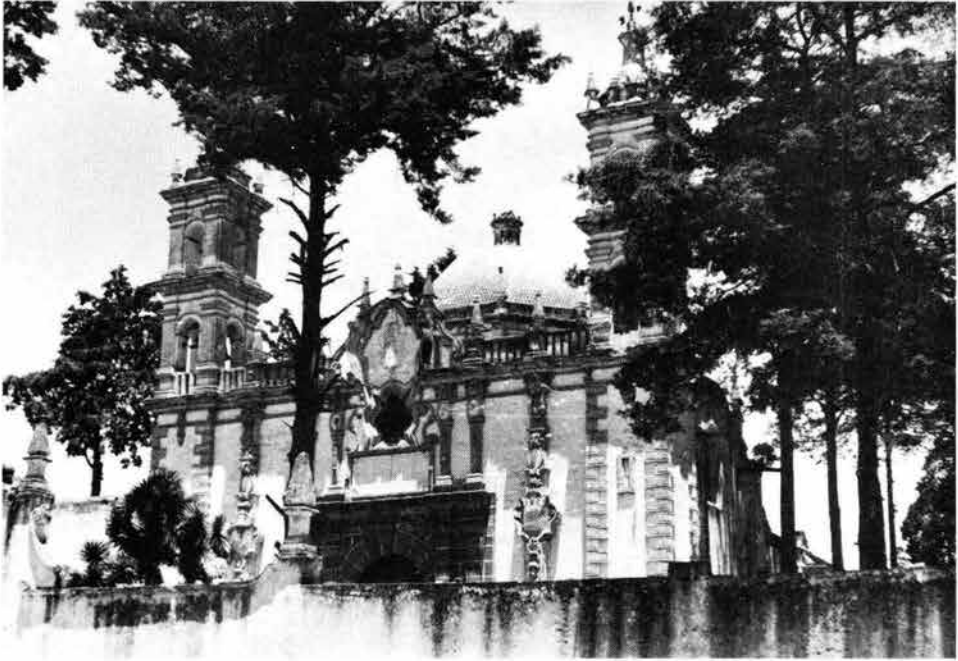
¿Cómo pudo Palafox tomar como modelo una obra abiertamente jansenista? En primer lugar, las proposiciones de Jansenio no fueron condenadas hasta mayo de 1653, y Palafox escribió la Pastoral en febrero. La obra de Le Roi no fue condenada hasta 1654. Además, si podemos creer al anónimo autor de Jansenii erroris calumnia a venerabili episcopo Joanne de Palafox sublata (Las calumnias del error de Jansenio contra el venerable obispo Juan de Palafox refutadas), Palafox, al saber la condenación, escribió al Papa Alejandro VII, enviándole un ejemplar de la Pastoral. (51) Aunque esto no fuera verdad, basta leer la Pastoral y la Ora- ción de Le Roi para ver que, como era su costumbre, el obispo toma el opúsculo solamente como punto de partida, y que resulta una obra completamente original, mucho más amplia y profunda. (52) Si hay jansenismo en las obras de Palafox, aquí en este tratado de gracia y libre albedrío debe encontrarse. Y yo, después de estudiarlo, no lo hallé. Ni lo hallaron los que examinaron y aprobaron las obras de Palafox en el siglo XVIII. Lo que sí encontré es una exposición elegante y bella de la doctrina de los teólogos dominicos sobre la gracia. Claramente declara la libertad humana:

Bien sé, o gran Dios, que nunca me quitáis la libertad. Bien sé que dejáis en mis manos la elección de mi vida, y de mi muerte. (53)

Sin embargo conoce la flaqueza humana, y desconfía:

Pero conozco, Señor, que el ser libre, que es mi mayor preeminencia, es mi peligro mayor, porque soy tan miserable, que me fuera más útil no poder hacer lo malo, y obrar sin esta indiferencia a lo malo lo bueno, por ser la más perfecta, y más santa libertad obrar siempre libremente lo mejor. (54)

Es aquí donde entra la gran controversia entre teólogos católicos sobre la relación entre la gracia, influencia de Dios, y el libre albedrío. Los "molinistas," siguiendo al jesuita Luis Molina, acentuando el libre albedrío, dicen que Dios, por la llamada "ciencia media," conoce los futuros contingentes, y



San José Chiapa: iglesia construida en el siglo XVIII para conmemorar la estancia de Palafox en el rancho durante los sucesos turbulentos de 1647.



"El árbol del Venerable", bajo el cual el obispo rezaba su breviario en este retiro.

por lo tanto, sabe lo que el hombre haría con esta o aquella gracia, y así le otorga una gracia determinada, que no es eficaz por su naturaleza, sino por las circunstancias que Dios conoce seguramente por la ciencia media. Los "tomistas," siguiendo la interpretación de Santo Tomás dada por el teólogo dominico, Domingo Báñez, acentúan la omnipotencia de Dios, y hablan de una predeterminación según la cual Dios mueve la voluntad con un auxilio o gracia que por su misma naturaleza es eficaz, pero al mismo tiempo con su omnipotencia hace que no se perjudique el libre albedrío del hombre. Dios predetermina eficazmente, pero salvando la libertad humana. Los molinistas acusaban a sus contrarios de destruir la libertad humana, mientras los tomistas afirmaban que aquéllos negaban la omnipotencia divina. Esta controversia llegó a ser tan excesiva que el Papa impuso silencio a ambos partidos en 1598, trasladando la cuestión a Roma, donde después de nueve años de debates entre grandes teólogos de ambos partidos, se dio por terminada la controversia, sin resolverla. Los dos partidos, tendrían libertad para enseñar su teoría, pero de ninguna manera debían acusar a sus contrarios de herejes. (55) Evidentemente Palafox no escribe con fines polémicos en este asunto, pero no cabe duda de que él opta por la teoría tomista:

No solamente persuadís, y aconsejáís, sino que mandáis al alma, que se levante, y con eso le dais fuerzas para levantarse, y la mano, y auxilios, y el deseo, y la eficacia de levantarse, y tan eficaz, que aunque esté en su mano resistirse, ya no quiere resistirse, porque aquello con que se ha de resistir, ya Vos lo tenéis cautivo, aprisionado, vencido, y triunfado...

Si Vos, con una suavidad recta, con un imperio dulce, con un auxilio eficaz no me movierais, ¿moviérame yo a lo bueno?

4.- Los modelos que siguió Palafox.

¿Se puede colocar a Palafox dentro de alguna de las grandes escuelas de espiritualidad, como la benedictina, franciscana, dominica, agustina, carmelita? Diría que es más bien un ecléctico, que aprovecha las doctrinas de todas escuelas. Es gran admirador de Agustín, de Domingo, de Francisco, de Ignacio de Loyola, pero de todas las escuelas, la carmelita es la de su predilección. La orden de carmelitas descalzos, reformados por Santa Teresa y San Juan de la Cruz, es para él:

... un espiritual Edificio tan grande y tan admirable, que apenas cabe en los términos del mundo, y están sembrados por toda esa Europa no Monasterios, sino Estrellas, y Luceros clarísimos, que alumbran en la vanidad del mundo, y desvanecen sus rayos tan repetidos engaños. (57)

Entre los carmelitas buscaba su dirección espiritual, especialmente en sus últimos años en Madrid y Osma; en sus conventos pasaba sus retiros, y cuando se le acercaba la muerte, les encomendó sus escritos. Vemos entonces, que la influencia más profunda en su pensamiento espiritual viene de esta venerable orden. Analizaré, pues, brevemente la influencia de los escritores clásicos y los místicos extranjeros, y luego con más extensión, la de los místicos españoles.

## A.- Escritores clásicos.

No sería necesario mencionar la Sagrada Escritura. Como todos los escritores místicos, Palafox muestra que era lector asiduo de los libros sagrados, especialmente de los Salmos y del Cantar de los cantares. La Historia Real Sagrada muestra su conocimiento del Antiguo Testamento, y las Excelencias de San Pedro y las Injusticias en la muerte de Cristo muestran que igualmente conocía el Nuevo.

Entre los Padres de la Iglesia se destaca el gran San Agustín, "padre de los místicos," lo llama Palafox. La Vida interior debe mucho a las Confesiones, y el Varón de Deseos también. En las Notas a las Cartas de Santa Teresa se refiere a Agustín diez

veces. Nunca olvidó la impresionante lectura de las Confesiones en el tiempo de su conversión; y el paralelo entre su vida y la del Santo: vida mundana en su juventud, conversión, sacerdote, obispo, escritor y místico, es interesantísimo.

San Bernardo, "maestro eficaz de la cristiana enseñanza y luz clarísima del espíritu," (58) es otro escritor predilecto. De él dice Palafox en el Cántico XXXIX, "Loor de San Bernardo":

Por vos vino a las almas la influencia  
con que se desterró la pestilencia  
que causó aquel Lucero, que al abismo  
bajó de estrellas la tercera parte,  
contra el cual fuistes, vos, divino Marte. (59)

En efecto se refiere a él aun más veces que a San Agustín en las Notas. San Bernardo fue uno de los místicos más célebres de la Edad Media, y además gran escritor. Seguramente Palafox conocía sus sermones sobre el Cantar de los cantares, su Liber de diligendo Deo (Libro del amor de Dios), y sus hermosos escritos sobre la Virgen. He mencionado que se guarda en el santuario de San Miguel del Milagro una placa con la oración "Espejo del sacerdote" de San Bernardo, un recuerdo de Palafox. Siempre guardaba un gran afecto para las órdenes contemplativas, como los cistercienses y los cartujos, como es evidente en su ya citado elogio de San Bruno, "No hay solo, menos solo que un cartujo." Y Rosende afirma que parecía por su pobreza de espíritu "más un Capuchino o religioso descalzo desnudísimo, que Obispo, ni Señor." (60)

El Papa San Gregorio Magno es otro a quien cita Palafox con mucha frecuencia, no tanto por la mística, sino por la pastoral, especialmente el Regulae pastoralis liber, o Libro de regla pastoral.

Más importante es San Francisco de Asís, no tanto por lo poco que dejó escrito, sino mucho más por el espíritu de humildad, pobreza y alegría que Palafox admiraba profundamente en el Cántico XIV:

Seráfico Francisco...  
Tus desprecios, retiros y pobreza



predican la grandeza,  
 que en ser pequeño por tu Dios mostraste:  
 con que al Cielo admiraste;  
 al mundo y al Demonio los venciste:  
 por aquí tu sentido  
 también quedó vencido,  
 que a todo sino a solo Dios, moriste  
 y por su amor murieras,  
 si Dios no retirara tus banderas. (61)

Los hijos de San Francisco también merecieron gran devoción. El "Seráfico Doctor," San Buenaventura, le dio el modelo para sus Ejercicios devotos en honor de la Santísima Virgen, y la humildad del hermano lego, San Pascual Baylón, inspiró estos hermosos versos del Cántico XXXVIII:

Humilde, pobre, solo y despreciado,  
 y por entre asperezas,  
 Pascual sacro caminas;  
 mas de amor tus finezas  
 a tan altos quilates han llegado,  
 y son tan peregrinas,  
 Peregrino Pastor, que el Rey del Cielo,  
 por medio de Francisco,  
 te visita en tu aprisco,  
 que para declarar tu ardiente celo,  
 un Serafín te envía,  
 que entre el hielo del mundo siempre ardía.  
 (62)

Por eso escogió para hacer su confesión y buscar orientación al principio de su conversión, a un franciscano de los reformados por el austero San Pedro de Alcántara. En las Notas a las Cartas de Santa Teresa se refiere a "la Religión Descalza de San Pedro de Alcántara, Descalcez a quien yo amo con grande ternura," (63) y prosigue a contar una anécdota que prueba una vez más que Genaro García se equivoca cuando afirma que la alegría no tiene lugar en la espiritualidad de Palafox. Está comentando un pasaje en que Santa Teresa muestra su sentido de humor, y para ampliarlo y dar aprobación, ofrece esta anécdota: un franciscano había visto a Cristo, que bendecía a un grupo de frailes que se entretenían en sano recreo, diciendo -

"que se holgaba mucho, que aflojasen al arco la cuerda alguna vez sus siervos, para que después, más sujeta y alegre, sirva como debe al espíritu." (64)

#### B.- Místicos extranjeros.

En primer lugar he de mencionar una vez más al místico alemán Enrique Suson, del siglo XIV. Ya he señalado la fuerte influencia que tuvo en la formación de Palafox la autobiografía de este "ministro de la Eterna Sabiduría," que tradujo el joven estudiante. Palafox dice que no es sólo una autobiografía sino también una obra "llena de sólidas máximas de Teología Mística." (65) Suson figura en dos incidentes relacionados con la conversión del joven. Mientras escribía la traducción en un escritorio colocado cerca de una ventana, se levantó de repente, y tan pronto como dejó el escritorio, cayó la pesada marca de la ventana sobre el lugar de trabajo. En otra ocasión soñó que un rayo iba a caerle mientras estaba en la plaza, y le apareció el beato Suson, que paró el rayo. (66) Es muy probable, entonces, que Palafox conociera otras obras de Suson, como el Libro de la Eterna Sabiduría. El obispo se refiere a otro gran místico alemán, contemporáneo de Suson, Juan Taulero, como "honor de la Religión sagrada de Santo Domingo." (67)

Sería extraño que no hubiera en Palafox influencia del gran místico flamenco, Juan Ruysbroeck, "el Admirable", que fue maestro de muchos y muy célebres místicos en todas partes de Europa: Taulero y Suson en Alemania, Blossio en Francia, Dionisio el Cartujano en Bélgica, y Osuna, Juan de los Angeles y San Juan de la Cruz en España. El P. Crisógono dice que "si se exceptúan el Areopagita, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, no hay en mística autor que haya ejercido una influencia tan honda y tan universal como Ruysbroeck." (68) No he comprobado ninguna referencia directa, pero no dudo que una investigación y estudio de comparación entre los escritos de Ruysbroeck y Palafox revelaría que el obispo conocía sus obras.

Conviene recordar aquí que en Vida interior Palafox menciona que entre los libros que leía en el tiempo de su conversión figuraron los opúsculos de devoción del renombrado teólogo jesuita, Doctor de la Iglesia, el cardenal italiano, San Roberto Belarmino, opúsculos como Del gemido de la paloma, Las siete palabras de Jesús, De la felicidad eterna de los santos, y Los grados para elevar el alma a Dios.

Una de las más profundas influencias en el pensamiento y obras de Palafox es la pequeña obra maestra, la Imitación de Cristo, "áureo resumen de la espiritualidad cristiana," (69) y quizás el libro espiritual más popular de todos los tiempos. Se ha discutido muchísimo sobre el autor, pero según el estado de la investigación hoy, parece haber sido el místico flamenco del siglo XV, Tomás de Kempis. El énfasis en los dos nortes de la vida espiritual, la oración y la penitencia, es común a Palafox y a Kempis. Todo el libro de la Peregrinación de Philotea podría ser una larga alegoría sobre el capítulo XII del segundo libro de la Imitación, "el Camino Real de la Santa Cruz." (70) La doctrina sobre la humildad, el desprecio de sí mismo, desprecio de todas las criaturas para encontrar al Creador, la debilidad de la naturaleza y la fuerza de la gracia, la renunciación de sí mismo e imitación de Cristo con la Cruz, todo tiene su eco en las obras de Palafox. Quien conozca bien la Imitación no dudará que era una de las lecturas predilectas del obispo. En efecto, en las Constituciones para la Santa Escuela de Cristo en Soria, aprobadas, y probablemente redactadas por Palafox, una de las lecturas recomendadas a los socios es el "libro celestial del Contemptus Mundi" (Desprecio del Mundo), que es otro título de la Imitación. (71)

**Faltan páginas**

**N° 181-182**

su deuda a ella:

Fue este Prelado en todo y por todo Discipulo puntualísimo de los escritos y doctrina soberana de Santa Teresa, y los tenía tan curados que en muchas cosas copiaba los sentimientos, y afectos, y a veces las cláusulas: crian se con esta misma leche los hijos de esta prodigiosa y celestial Mujer...

Entiendese, no sin grave fundamento, que el amor tan cordial que tuvo a Santa Teresa, y a sus hijos e hijas, le nació de haber sido también su madre temporal hija de esta Sagrada Religión, dechado de toda observancia Evangélica... (78)

Podemos observar cómo Palafox parece encenderse a la lumbre del amor ardiente de la Santa. Ella, en la Carta XLV dice: "Harta soledad me hace estar tan lejos de quien quiero bien. Así se ha de pasar esta vida. A no tener ya determinado a que ha de ser con cruz, trabajo tuviera." Y Palafox comenta, en un pasaje que en su sencillez hace recordar a la segunda Teresa, la del Niño Jesús, hija espiritual de la primera:

... que nos demos a Dios sin limitaciones, ni condiciones, y a todo dar, y desear, y seamos en sus manos bolas, y globos de Dios, para que nos eche a rodar por donde quisiere: y como la bola corre, y rueda ligera, porque no tiene esquinas; vivamos y vamos sin repugnancia a donde Dios nos llevare. Y como la bola, por ser de forma esférica, toca en la tierra lo menos que pueda ser, y lo más que pueda ser del Cielo; y aunque sea sintiéndolo esta porción inferior, vamos caminando al Cielo.

(79)

Y por fin, en su nota al número XVI de los Avisos, que siguen a las Cartas, revela qué bien aprendió este sentido tan humano de Santa Teresa, y una actitud hacia la Comunión y la confesión bien lejos de la frialdad jansenista:

Y así, almas, es menester atender, y entender, que no está el bien en recibir al

Señor tanto, cuanto en recibir al Señor como a Señor, como a Dios, como a Esposo, como a Padre, como a Amigo, como a Pastor; y con aquella reverencia que el buen siervo recibe en su posada al Señor...

No así, no, almas, la confesión sea clara, pura, verdadera, penitente y dolorosa... a tu Padre hablas, a tu Dios, a quien derramó por ti su Sangre, a quien desea más que tú, tu remedio, a quien sabe ya, al decir, aquello que cometiste al pecar. El mismo que se halló viéndolo cuando pecabas, y donde pecabas, lo está oyendo donde lo confiesas. No mires tanto al sacerdote, cuanto a Dios, que se representa en el sacerdote. (80)

#### D. San Juan de la Cruz: la poesía.

Después de Santa Teresa, el que más influye en Palafox entre los místicos españoles es San Juan de la Cruz, "gran discípulo de la santa Madre Teresa de Jesús." (81) Ya he señalado, cuando traté de la poesía de Palafox, la fuerte influencia de San Juan, "místico delgadísimo y profundísimo," como le llamaba el obispo. Claro está que Santa Teresa es inferior a San Juan en la poesía. El juicio de Valbuena Prat es que ella sí tenía en alto grado la creación, la imaginación poética, pero no dominaba la forma como su discípulo, que está en la cumbre de la poesía lírica de España. (82) Así que no se nota apreciable influencia de la poesía de Santa Teresa en la de Palafox, pero sí la de San Juan es considerable.

Otra obra de Palafox en que se nota bastante influencia de San Juan es el Varón de Deseos, especialmente en las partes II y III, aunque ya a mediados de la Vía Purgativa, en el Sentimiento VII, podemos reconocer el tema de la Noche oscura:

En este estado padece el alma un género de tribulaciones bien penosas, y expícolas con un sentimiento muy tierno y enamorado con que podíamos decir que quien tan bien lo sabe sentir no padece. Sobre las tribulaciones

ordinarias, así interiores como exteriores, le fía Dios otra, que es parecerle que ya no siente cosa de Dios y que en nada halla a Dios, ni conoce en sí efectos algunos de Dios. (83)

En el Sentimiento XV de la segunda parte, comenta la famosa ilustración que San Juan puso al principio de la Subida al Monte Carmelo, de un monte alto con tres caminos que suben; en el de la derecha están los gustos espirituales, y en de la izquierda, los naturales, y en medio, una senda estrecha que sube directamente a lo más alto, y en la que está escrito: Nada, nada, nada:

... que significa que, en la vida espiritual y en el monte de la perfección van perdidos todos los que con asimiento fueren por cualquier de los dos caminos, esto es, de los gustos espirituales o naturales... Y así, sólo llegan a lo alto de la perfección los que, negados a todo, siguen el camino que los místicos llaman de la nada, que es un vacío de toda criatura en el alma para que viva en ella con toda plenitud el Criador.

(84)

Y ya en las cumbres de la experiencia mística, se pone a comentar una estrofa de la Llama de amor viva, y dice que le ha gustado mucho la explicación de las Canciones de San Juan por fray Antonio Antolínez, Arzobispo de Santiago,

... religioso ilustre de la orden de San Agustín, que hizo un volumen no pequeño sobre todas estas Canciones, cuya copia está en mi poder, y hasta ahora no se ha dado, ni en España ni aquí, a la estampa. Aquel verso: Rompe la tela de este dulce encuentro, es lo mismo que decir: Quando veniam et apparebo ante faciem Dei? (Cuándo vendré, y apareceré ante el rostro de Dios?) Llamando tela, y muy delgada, a la de la vida mortal y deleznable, y dulce encuentro aquel en que el alma se pone a la cara de Dios, pues dura toda una eternidad. (85)

## E.- Otros místicos españoles.

Naturalmente Palafox conocía muchas obras de los grandes místicos del siglo XVI. Seguramente entre los seis mil tomos que obsequió al seminario de Puebla figuraban varias obras místicas. En las Notas a las Cartas de Santa Teresa, a las que debemos mucho nuestro conocimiento de las lecturas del obispo, leemos lo que opinaba de sus predecesores. Al gran predicador y escritor ascético, el beato Juan de Avila, lo llama "Lucero clarísimo, que alumbraba en Andalucía en aquellos tiempos, no sólo a España, sino a toda la Iglesia... Varón de espíritu y de verdad." (86) No habría faltado en sus lecturas el popularismo tratado ascético del Maestro Avila, Audi, Filia (Escucha, Hija).

Ya hemos visto su gran admiración para el reformador franciscano, San Pedro de Alcántara, autor de un Tratado de la oración y meditación, cuyas páginas son, según Palafox, celestiales en la sustancia, en el espíritu y en el estilo, y contienen la médula y sustancia de la vida ascética. (87) Es muy probable, entonces que este hombre austero, llamado el "Portento" y el "Pasma de la Penitencia" haya influido en las severas penitencias del Obispo de Puebla. Al que crea que son exageradas las penitencias de Palafox, aconsejaría que lea el capítulo 27 de la Vida de Santa Teresa, en que ella describe las penitencias de su confesor, uno de sus más estimados directores espirituales: dormía sólo hora y media las noches, nunca se ponía la capilla de su hábito por malo que fuera el tiempo, iba dos días, y a veces más, sin comer, no miraba jamás a mujeres (compárese con la severa actitud de Palafox), y por sus ayunos y disciplinas era "tan extrema su flaqueza que no parecía sino hecho de raíces de árboles." Sin embargo, "con toda esta santidad era muy afable, aunque de pocas palabras." (88)

A pesar de sus diferencias con los jesuitas de Puebla, Palafox siempre guardaba mucha admiración para San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía, los otros primeros jesuitas, y muchos jesuí-



tas contemporáneos suyos. Entre los Cánticos figura este loor a San Ignacio:

Vos, Iñigo Sagrado, sois aqueste,  
 que para entrar en la dichosa lista  
 de los soldados fuertes valerosos,  
 que llevan palma en la infernal conquista,  
 al desierto os partís, porque os apreste  
 el Rey, que sus arneses victoriosos  
 en él conserva limpios, y vistosos:  
 uno tomáis, que más pesado había,  
 y hubiera menester hombres de Atlante;  
 pero vos, tierno Infante,  
 con él seguís la sacra infantería,  
 de Pablo, Arsenio, Clímaco, y Antonio  
 debajo la bandera de Benito;  
 no faltan ocasiones al deseo,  
 y en la primera atropellar os veo  
 las fuerzas del valor, vano apetito:  
 confusos quedan ya mundo y Demonio,  
 y de este encuentro sacan testimonio  
 de que no os vencerá todo el abismo,  
 pues vos entráis venciendoos a vos mismo. (89)

Y comentando la Carta XIX de la Santa, en que ella elogia a varios jesuítas que la sirvieron de directores, dice:

También se reconoce, cuán grande fue el número y cuán alto el espíritu de los primitivos operarios de esta Religión Sagrada, pues sólo en este número sexto nombra diez la Santa, con quien comunicó su espíritu, con grande utilidad de su alma; y claro está, que también había comunicado otros (como insinúa) según las partes en que se hallaba.

(90)

Quedan los dos Luises, que con San Juan y Santa Teresa son los gigantes de la literatura mística de España. De fray Luis de Granada, autor de la Guía de Pecadores, Palafox escribe que es "honra de la Religión Sagrada de Santo Domingo, y gloria de España, y aun de la Universal Iglesia, que tanto puede alegrarse con un tan ilustre hijo... Sus obras dicen sus virtudes; y las almas, que ha llevado a Dios la fuerza eficaz que

le comunicó la Gracia Divina a aquella elocuentísima pluma." (91) Y se refiere al "Doctísimo Maestro fray Luis de León, uno de los primeros sujetos, que en estos tiempos ha tenido la Esclarecida Orden de San Agustín, y que fue de los primeros, que con bien elegante pluma, aprobó la vida y Obras de Santa Teresa, para que se diesen a la estampa." (92) Las meditaciones de Luis de Granada son otra lectura recomendada para los socios de la Santa Escuela de Cristo. Y no cabe duda que algo de la elegancia en el estilo del obispo se debe a la lectura de Los nombres de Cristo y el Comentario al Cantar de los cantares de este consumado estilista Luis de León. Creo ver también la influencia de la poesía de León en la lírica de Palafox, como indiqué en la poesía "Magnífica Señora, pura Estrella." Pero quizás lo que más tiene en común con los dos Luises es un amor a la naturaleza, la capacidad de encontrar la gloria del Creador en una flor, en un animalito, en el cielo. Léase el pasaje siguiente, que refiere Rosende, y se verá que hace pensar, por ejemplo, en la descripción de la granada que da fray Luis de Granada en su Introducción al Símbolo de la Fe. Cuenta Rosende que el obispo guardaba en su escritorio unas semillas de cañamones, mijo y mostaza para acordarse de la "humildad que no tengo." Con las semillas, tenía un papel en que estaba escrito:

Yo, Dios mío, he probado a ver, si estaba ajustado en alguno de estos cañamones, y me viene tan grande, que me pierdo dentro de él. Con eso traje granos de mijo, y el menor de ellos es Palacio de tantas piezas para mí, que se pierde en él mi vanidad. Traje, Dios mío, granos de mostaza, y cualquiera de ellos es dilatadísima habitación para mí; porque en este grano, siendo el menor de todos, se encierran muchas virtudes, y crece hasta ser árbol, y en mí todo es Nada lo que encuentro. No tengo cosa que me venga bien, Jesús mío, sino la Nada de que vos, Bien eterno, me criasteis, y allí quiero vivir, allí morir... (93)

Y aunque Luis de León no conocía los peligros del mar como bien los conocía Palafox, se ve cómo se parecen. Canta el obispo en las liras del Grado III

de Los Grados del Amor Divino:

Si olvida el codicioso  
 Mercader su querida Patria y casa,  
 y en el mar proceloso  
 buscando el oro, al nuevo mundo pasa,  
 viendo que va su suerte  
 cuatro dedos del agua, y de la muerte.  
 Y si del fin me acuerdo  
 de aquel eterno premio que me aguarda,  
 ¿cómo las fuerzas pierdo?  
 ¿qué vano pensamiento me acobarda?  
 ¿qué frágiles anteojos,  
 las cosas multiplican a mis ojos? (94)

Y fray Luis, desde el naufragio de su prisión, y sin duda con más noble pluma, canta a la "Virgen que el sol más pura":

Virgen, lucero amado,  
 en mar tempestuoso claro guía,  
 a cuyo santo rayo calla el viento;  
 mil ondas a porfía  
 hunden en el abismo un desarmado  
 leño de vela y remo; que, sin tiento,  
 el húmedo elemento  
 corre; la noche carga, el aire truena;  
 ya por el cielo va, ya el suelo toca;  
 gime la rota antena;  
 socorre, antes que embista en dura roca.  
 (95)

## F.- Palafox y sus contemporáneos.

Para completar el cuadro histórico y poder situar a Palafox en la gran corriente mística española, tengo que ver a sus contemporáneos, los escritores místicos del siglo XVII, en España y en el Nuevo Mundo. El gran siglo de la mística es sin duda el XVI, y acabado éste, hay muy pocos nombres distinguidos, y ninguno digno de compararse con los cuatro grandes, Teresa, Juan de la Cruz, y los dos Luises. Y si en España hay pocos escri-

tores místicos, en el Nuevo Mundo hay menos. Místicos ciertamente hubo, como en el Perú, Santa Rosa de Lima, y en México, el misterioso ermitaño del siglo XVI, Gregorio López. (96) Sin embargo, no dejaron escritos de valor literario. Un lego franciscano, discípulo de Gregorio López, escribió un tratado, poco conocido, de los Siete grados o sendas por donde deben subir los amadores solícitos de la divina contemplación. (97) Aún antes, en 1574, un sacerdote mexicano, Juan Pérez Ramírez, había escrito una poesía con muchas reminiscencias del Cantar de los cantares, "Desposorio espiritual entre el Pastor Pedro y la Iglesia Mexicana," para la consagración del Arzobispo Pedro Moya de Contreras. (98) Un jesuita inglés, Wadding, que se estableció en México desde 1609, tomando el nombre de Miguel Godínez, escribió la Práctica de la Teología Mística, pequeña obra interesante, pero no de gran valor literario. (99) Como escritora mística, la que más se distingue parece ser Sor Francisca Josefa del Castillo, "la madre Castillo" (1671-1742), que realmente pertenece más al siglo XVIII. Era de la Nueva Granada (Colombia), y aunque parece haber sido mística auténtica, sus talentos literarios no igualaban sus dotes religiosos. (100) La celebrada poetisa mexicana, sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695), aventaja a Palafox en su delicada poesía lírica, pero la "Décima Musa" aunque era buena monja, y murió heroicamente cuidando de las víctimas de una peste, no era mística: poetisa religiosa, y excelente, sí, pero no mística. (101) En el tiempo del gran florecimiento de la mística en España, todavía se estaba completando la conquista espiritual de México, y cuando ésta se acabó a fines del siglo XVI, ya había empezado a declinar la inspiración. Así es que como escritor místico elegante, Palafox fácilmente descuella entre los escritores espirituales del Nuevo Mundo.

En España sí que había unos contemporáneos que alcanzaron fama de autores místicos, y casi todos son jesuitas. El más distinguido de ellos, desde el punto de vista literario, es Juan Eusebio Nieremberg (1595-1658). Sus padres eran alemanes, pero nació en Madrid, y vivió toda su vida en España.

Tenia, como Palafox, un estilo elegante, y aunque no pudo evitar completamente los defectos de su siglo, Menéndez y Pelayo lo considera uno de los cinco o seis grandes prosistas del XVII, que no cayó tanto en los excesos del culteranismo ni del conceptismo; siendo:

... el menos infestado por los vicios literarios dominantes... produce, sin embargo, el efecto de bastardear la íntegra pureza del estilo castellano, enervándole y haciéndole languidecer, a fuerza de acumulación de frases, que no ha de confundirse con la riqueza real y positiva. Es, por tanto, el P. Nieremberg un prosista elegantísimo, pero recargado, verboso, y exuberante, profuso de palabras más que de ideas, un tanto cuanto batológico, y entre los hilos de oro de su prosa fuera fácil descubrir hojillas de más vil metal, propio para la declamación más que para la legítima elocuencia. (102)

Como hemos visto, Palafox tampoco pudo evitar estas faltas, aunque, a mi parecer, las tiene en menor grado. De todos modos, obras de Nieremberg como Aprecio y estima de la Divina Gracia, (103) y Diferencia entre lo temporal y lo eterno, (104) alcanzaron gran popularidad, y aun hoy día siguen apareciendo nuevas ediciones. Palafox dice que los escritos de Nieremberg son "como un río caudaloso de doctrina espiritual," (105) y ya indiqué que el jesuita a su vez llama "libros de oro" a varias obras del obispo.

Otro escritor importante es el venerable padre Luis de la Puente (1554-1624), cuyo estilo acabado le mereció un lugar con Nieremberg y Palafox en la lista de autoridades de la lengua. Era autor de unas popularísimas Meditaciones (otra lectura recomendada por Palafox para los socios de la Santa Escuela de Cristo), de una Guía espiritual, y un Directorio Espiritual. (106) Aunque Nieremberg le aventaja en el estilo, el P. de la Puente también gozó de gran popularidad. Sus escritos reflejan la doctrina de su maestro, el P. Baltasar Alvarez, cuya biografía escribió. (107) El P. Alvarez había sido confesor

de Santa Teresa, lo cual muestra una vez más la mucha comunicación que había entre los místicos españoles.

Dignos de mención son San Alonso Rodríguez (1533-1617), humilde portero de la casa de los jesuitas de Mallorca y el místico experimental más grande de este grupo; y aunque no disponía de la aptitud literaria de los demás, sus memorias revelan las alturas místicas que alcanzó. Del mismo nombre es el P. Alonso Rodríguez (1538-1616), que escribió el famoso Ejercicio de perfección, libro tan bien recibido por directores espirituales y maestros de novicios de muchas órdenes. El libro es más bien ascético, un comentario largo y práctico a los Ejercicios de San Ignacio. Rodríguez se muestra firmemente contra los altos vuelos místicos, inculcando sólo un método de oración, la ignaciana. (108) Por fin, el P. Luis de la Palma (1560-1641), autor de una Historia de la Sagrada Pasión, libro de meditaciones muy bien escrito, merece un lugar entre sus compañeros jesuitas. (109)

Termino mencionando una de las obras más curiosas de toda la literatura mística española, la vasta y novelesca Mística Ciudad de Dios y vida de la Virgen, de la monja franciscana, María de Agreda, (1602-1665). Es más bien una aberración de la sana mística, un libro que "junta novela y libro de devoción, leyenda piadosa y falsa historia, verdad bíblica y fantasía mística", que muestra, según Pfandl, "una religiosidad patológica" que quiere penetrar en los rincones más oscuros de la casa de Nazaret para dar detalles de la vida de la Sagrada Familia. (110) A pesar de sus extravagancias, la obra no está desprovista de valor artístico, porque la autora figura también en la lista de autoridades. Sin embargo, el valor para la literatura mística es escaso.

5.- Lugar de Palafox en la mística española.

Ahora puedo tratar de colocar a Palafox entre los místicos del Siglo de Oro. ¿Qué lugar merece por su estilo y por su doctrina? El obispo auxiliar de Madrid-Alcalá, José María García Lahiguera, en la presentación del Pastor de Nochebuena, juzga que sus escritos "pueden ponerse en línea, incluso, con los mejores del XVI, porque su autor puede parearse con los maestros de este siglo, superando en mucho a los del siguiente." (111) Yo diría que sí supera en mucho a sus contemporáneos, excepto quizás a Nieremberg, que ciertamente tiene un lugar cerca de su amigo. No creo que Palafox esté a las alturas de los más grandes místicos del siglo XVI, como San Juan de la Cruz, Santa Teresa, los dos Luises, o fray Francisco de Osuna. Pero sí, entre los escritores de segunda fila, entre los más destacados discípulos de Santa Teresa y San Juan, no dudo colocar al Obispo de Puebla y Osma.

## CONCLUSIONES



## CONCLUSIONES

1. En cuanto puedo juzgar de sus escritos y del testimonio de contemporáneos y biógrafos, el Obispo Palafox fue un místico auténtico.
2. No puedo afirmar que haya llegado a lo más alto de la experiencia mística, la unión transformativa, ni tampoco niego la posibilidad. Por lo menos, creo que llegó a los umbrales de esta unión.
3. Por su poesía lírica y su elegante estilo en prosa, Palafox es un destacado místico literario.
4. Como escritor místico ha sido injustamente olvidado, tanto en México como en España, sobre todo a causa de los desafortunados pleitos que sostuvo con los religiosos de Puebla, pleitos ruidosos que han oscurecido sus verdaderos méritos.
5. Merece ser colocado entre los místicos españoles del Siglo de Oro, aunque no en primerísimo lugar.
6. Es sin duda uno de los muy pocos grandes místicos literarios del siglo XVII.
7. Como poeta y prosista, es el más distinguido de los místicos que escribieron en América.
8. Es un pensador profundo, pero no original; su gran talento es el de tomar una idea y vestirla de una expresión elegante, clara y literaria.
9. La influencia más importante en sus obras de ascética y mística es la de Santa Teresa de Jesús.
10. En la lírica religiosa, Palafox es un discípulo distinguido de San Juan de la Cruz.

## CAPITULO I

1. Granada, fray Luis de. Guía de Pecadores. Madrid, Apostolado de la Prensa, 1957, p. 210.
2. Pfandl, Ludwig. Historia de la literatura nacional española en la Edad de Oro. Barcelona, Gustavo Gili, 1952, p. 183.
3. Happold, F.C. Mysticism: a Study and an Anthology. Londres, Penguin Books, 1963, p. 118. "Unless it is dismissed as pure delusion, the experience of the mystics makes it impossible to accept the rational consciousness as the only form of consciousness."
4. Véanse las obras de Happold, Underhill, Sainz Rodríguez.
5. Patmore, Coventry. "The Rod, the Root, and the Flower". Aurea Dicta, cxxviii. Citado por Underhill, Evelyn. Mysticism. Nueva York, Meridian Books, 1955, pp. 24-25. "Oh, taste and see!' they cry in accents of astounding certainty and joy. 'Ours is an experimental science. We can but communicate our system, never its result. We come to you not as thinkers, but as doers. Leave your deep and absurd trust in the senses, with their language of dot and dash, which may possibly report fact but can never communicate personality... We cannot promise that you shall see what we have seen, for here each man must adventure for himself; but we defy you to stigmatize our experiences as impossible or invalid. Is your world of experience so well and logically founded that you dare make of it a standard?'"
6. James, William. The Varieties of Religious Experience. Nueva York, New American Library of World Literature, 1961, pp. 292-294.
7. Obras citadas.
8. Op. cit., p. 67. "...the deeper self."
9. Teresa de Jesús, Santa. Castillo interior, Moradas Quintas, cap. 2. Obras completas, nueva revisión. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1951-1959. T. II., p. 400.
10. Crisógono de Jesús Sacramentado, O.C.D. Compendio de ascética y mística. Madrid, Ediciones de la Revista de Espiritualidad, 1949, pp. 197-203.

11. Juan de la Cruz, San. Subida al Monte Carmelo, Lib. II, cap. 26. Vida y Obras. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1955, p. 646.
12. Underhill, op. cit., pp. 81-85. "The business and method of Mysticism is Love."
13. Happold, op. cit., p. 34. "...may we not see in the mystics the forerunners of a type of consciousness which will become more and more common as mankind ascends higher and higher up the ladder of evolution?" Véase también: Chardin, Pierre Teilhard de. El fenómeno humano. Madrid, Taurus Ediciones, 1963.
14. Royo Marín, Antonio, O.P. Teología de la perfección cristiana. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1958, p. 159. En adelante, señalo esta colección importante como BAC.
15. Crisógono de Jesús, op. cit., p. 61.
16. Maritain, Jacques. Citado en Royo Marín, op. cit., p. 239.
17. Garrigou-Lagrange, Reginald, O.P. Las tres edades de la vida interior. Buenos Aires, Desclée de Brouwer, 1944, pp. 894-896.
18. Arintero, Juan G., O.P. La evolución mística. Madrid, BAC, 1952, pp. 684-722. Y del mismo autor: Cuestiones místicas. Madrid, BAC, 1956, pp. 155-176.
19. Royo Marín, op. cit., p. 262.
20. Jiménez Duque, Baldomero. Teología de la mística. Madrid, BAC, 1963, p. 458.
21. Rahner, Karl, S.J. Escritos de teología. Madrid, Taurus Ediciones, 1961. T. III., p. 32.
22. Arintero, La evolución mística, p. 702.
23. Palafox y Mendoza, Juan de. Varón de Deseos. Madrid, Rialp, 1964-1965. T. I., p. 42.
24. Crisógono de Jesús, p. 172. Arintero, La evolución mística, p. 723. Véase además la explicación de Palafox, op. cit., pp. 40-41.
25. Happold, op. cit., da el texto completo en inglés, pp. 190-196.
26. Ibid., p. 193. "...through the inactivity of all his reasoning powers is united by his highest faculty to

- Him who is wholly unknowable; thus, by knowing nothing he knows that Which is beyond his knowledge."
27. Sainz Rodríguez, Pedro. Espiritualidad española. Madrid, Rialp, 1961, p. 51.
  28. Royo Marín, op. cit., pp. 226-239.
  29. Danielou, Jean, S.J. Citado por Jiménez Duque, op. cit., p. 260.
  30. Ib., p. 470.
  31. Underhill, p. 68. "...the apprehension of, or direct communion with, that transcendental Reality..."
  32. Pfandl, op. cit., p. 49.
  33. Noche oscura, Lib. II, cap. 5. Obras, pp. 804-805.
  34. Citado en Fonck, A. "Mystique". En Dictionnaire de Théologie Catholique. T. X., parte II, col. 2670. París, Letouzey et Ané, 1929. "Les mystiques sont des âmes qui ont des ailes; les autres en son réduits à marcher sur le sol... Tout naturellement elle (l'âme que Dieu a favorisée de la grâce mystique) plane au-dessus des contingences de la vie; avec aisance elle fait des sacrifices dont tout autre frémirait..." Compárese con Palafox, Notas a las Cartas de Santa Teresa. Obras, Madrid, Gabriel Ramírez, 1762. T. VII., p. 91.
  35. Palafox, Obras. T. III., parte I, p. 243.
  36. Arintero, Cuestiones místicas, p. 589. La evolución mística, pp. 560-565.
  37. Royo Marín, p. 646.
  38. Así se opone Arintero, Cuestiones místicas, p. 290; Jiménez Duque, p. 445; Garrigou Lagrange, p. 901, nota. El gran defensor de la contemplación adquirida es el P. Crisógono de Jesús, pp. 147-150.
  39. Arintero, Cuestiones místicas, pp. 594-599.
  40. Jiménez Duque, p. 466. Palafox en las citadas Notas a las Cartas de Santa Teresa trata bien del mismo tema. Obras, T. VII., pp. 87-88.
  41. Ruysbroeck, Juan. Elevaciones espirituales. Antología, traducción de Antonio López Blanco. Barcelona, Editorial Casilleras, 1958, pp. 100-101.

42. Subida al Monte Carmelo, Lib. I, cap. 1. Obras, p. 513.
43. Noche oscura, Lib. II, cap. 5. Obras, p. 805.
44. Ib., Lib. II, cap. 17. Obras, p. 846.
45. Sainz Rodríguez, op. cit., p. 33.
46. Véase Pfandl, p. 54.
47. Teresa de Jesús, Santa. Vida, cap. 10. Obras, T. I., p. 650.
48. Bernardo, San. Sermón 86 sobre el Cantar de los cantares. Obras completas. Madrid, BAC, 1955. T. II., p. 572.
49. Citado en Butler, Cuthbert. Western Mysticism. Nueva York, E.P. Dutton, 1923, p. 15. "From about half-past ten in the evening till about half an hour after midnight. FIRE. God of Abraham, God of Isaac, God of Jacob. Not of the philosophers and the learned. Certitude. Joy. Certitude. Emotion. Sight. Joy. Forgetfulness of the world and of all outside of God. The world hath not known Thee. Joy! Joy! Joy! Tears of joy. My God, wilt Thou leave me? Let me not be separated from Thee forever."
50. Menéndez y Pelayo, Marcelino. Historia de las ideas estéticas en España. Buenos Aires, Editorial Glem, 1943. T. I., p. 728. Se basa en el índice de Nicolás Antonio.
51. Sainz Rodríguez, Pedro. Introducción a la historia de la literatura mística en España. Madrid, Editorial Voluntad, 1927, pp. 218-219.
52. Menéndez y Pelayo, op. cit., p. 755. En el mismo lugar dice que el estilo es superior también en "el temple armónico de las ideas, y en el misterioso y sereno fulgor del pensamiento, que presenta a veces el más acabado modelo de belleza intelectual." Estos diálogos "sólo con los de Platón admiten paralelo por lo artísticos y luminosos, aunque en la parte dramática queden inferiores."
53. Pfandl, p. 210.
54. Sainz Rodríguez, Introducción a la literatura mística, p. 217.
55. Pfandl, p. 56.

56. Palafox, Varón de Deseos. T. I., p. 217.

## CAPITULO II

1. Burrus, Ernest J., S.J., y Zubillaga, Félix, S.J. Apéndice, "Contienda palafoxiana", en Alegre, Francisco Javier, S.J. Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España. Roma, Institutum Historicum S.J., 1959. T. III., p. 434.
2. Méndez Plancarte, Gabriel. Humanismo mexicano del siglo XVI. México, Imprenta Universitaria, 1946, p. xi.
3. Ib., p. ix.
4. Bataillon, Marcel. Erasmus y España. Traducción de Antonio Alatorre. México, Fondo de Cultura Económica, 1950. T. I., p. vii.
5. Citado por Bataillon, op. cit., T. I., p. 326.
6. Erasmo, Desiderio. Handbook of the Militant Christian. Translated with an introductory essay by John P. Dolan, Ph.D. Notre Dame, Indiana, Fides Publishers, 1962, p. 51. "The aim of Erasmus' theology was to be an interiorization, a spiritualization of religious practice, a more personal affair between the individual soul and God. Erasmus was above all a practical man, and thus the importance he attaches to rhetoric and eloquence as bringing warmth and color and transmitting the living ideals of the Gospel. This practicality is the key to understanding his reform of theological teaching. To him the excessively rational and analytic theological method which was current before his time prevented the student and ultimately the Christian people from seeing the ological realities as they actually are, i.e., in the living, breathing Christian. He wanted to restore unity to these realities by presenting them in the more concrete fashion of the scriptural writers and the Fathers."
7. Gallegos Rocafull, José. El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII. México, Imprenta Universitaria, 1951, p. 7.
8. Zavala, Silvio. La Utopía de Tomás Moro en la Nueva

- España y otros estudios. México, Porrúa, 1937. Véase también Méndez Plancarte, op. cit., pp. xv-xxii, 61-70.
9. Almoína, José. Rumbos heterodoxos en México. Ciudad Trujillo, Universidad de Santo Domingo, 1947, pp. 189-208.
  10. Ib., p. 190.
  11. Méndez Plancarte, op. cit., p. viii.
  12. Véanse: García Icazbalceta, Joaquín. Fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México. Edición de Antonio Castro Leal y Rafael Aguayo Spencer. México, Porrúa, 1947. Tres tomos. Carreño, Alberto María. Don fray Juan de Zumárraga, teólogo y editor, humanista e inquisidor. México, Editorial Jus, 1950.
  13. Carreño, op. cit., p. 22. Bataillon, T. II., p. 451.
  14. Carreño, p. 28.
  15. Almoína, José. Introducción a su edición de la Regla Cristiana Breve de Zumárraga. México, Editorial Jus, 1951, p. lxxv.
  16. Véase, por ejemplo, Palafox, Varón de Deseos. T. I., pp. 278-284.
  17. Méndez Plancarte, p. xii. Texto de la Epístola, pp. 1-25.
  18. Ricard, Robert. La Conquista espiritual de México. Traducción de Angel María Garibay K. México, Editorial Jus, 1947, p. 21. Puede consultarse también Cuevas, Mariano, S.J. Historia de la Iglesia en México. México, Editorial Patria, 1946. T. II., pp. 226-228.
  19. Ricard, op. cit., Proemio, p. 35.
  20. Ib., p. 31. Conviene notar que el P. Garibay, traductor del libro, no está de acuerdo; p. 112, nota.
  21. Cuevas, op. cit., T. I., pp. 437-442. Ricard, pp. 398-419.
  22. Ricard, p. 411.
  23. Bayle, Constantino, S.J. El Clero Secular y la evangelización de América. Madrid, Instituto Santo Toribio de Mogrovejo, 1950, p. 9.
  24. Cuevas. T. III., p. 232.

25. Gallegos Rocafull, p. 104.
26. Ricard, p. 228.
27. Para un resumen de los Concilios puede verse Cuevas, T. II., pp. 99-112. En detalle: Lorenzana, Francisco Antonio. Concilios Provinciales Primero y Segundo, celebrados en la muy noble y muy leal ciudad de México en los años 1555, y 1565. México, Imprenta de el Superior Gobierno, 1769.
28. Cuevas, T. III., p. 103. Lorenzana. Concilium Mexicanum Provinciale Tertium. México, 1770.
29. Cuevas, T. III., p. 106.
30. Gallegos Rocafull, p. 108.
31. Cuevas, T. III., p. 104.
32. Ib., pp. 149-160.
33. Pfandl, op. cit., p. 268.
34. Cuevas, T. III., p. 470.
35. Ib., pp. 509-532.
36. Vázquez de Espinosa, fray Antonio. Descripción de la Nueva España en el siglo XVII y otros documentos del siglo XVII. México, Editorial Patria, 1944.
37. Ib., pp. 215-247.
38. Zerón Zapata, Miguel. La Puebla de los Angeles en el siglo XVII. México, Editorial Patria, 1945, p. 18.
39. Chevalier, François. "Signification sociale de la fundation de Puebla de los Angeles." Revista de Historia de América, no. 23 (junio de 1947), p. 130.  
"La nouvelle cité n'avait pas été batie, comme Mexico et beaucoup d'autres, sur les ruines des civilisations indigenes. Là où des hommes de la Renaissance tracèrent sa place et ses rues avec l'Ordre et le concert"--orden y concierto--des philosophes, il n'existait rien auparavant. C'est sur des landes et des friches que s'eleva la ville qui en quelques années allait devenir et rester la seconde du Mexique, entourée de champs et de vergers parmi les plus riches du pays."
40. Vetancurt, fray Agustín de. Teatro mexicano. Descripción breve de los sucessos exemplares de la Nueva España en el Nuevo Mundo Occidental de las Indias. Ma-



- drid, José Porrúa Turanzas, 1960. T. II., p. 305.
41. Anónimo. Puebla en el Virreinato. Documento inédito del siglo XVIII, versión paleográfica de Enrique Aguirre P. Puebla, Centro de Estudios Históricos de Puebla, 1965, p. 1.
  42. Ib., p. 53.
  43. Ib., p. 70. Otra crónica interesantísima y mucho más completa es: López de Villaseñor, Pedro. Cartilla vieja de la nobilísima ciudad de Puebla (1781). Edición de José I. Mantecón. México, Imprenta Universitaria, 1961.
  44. Martínez, J. M. Episcopologio Angelopolitano. Breve reseña histórica, 1525-1959. Manuscrito inédito, en posesión del autor, pp. 2,17.

## CAPITULO III

1. Astráin, Antonio, S.J. Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España. Madrid, Editorial Razón y Fe, 1916. T. V., pp. 356-411.
2. Alegre, Francisco Javier, S.J. Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España. Nueva edición ya citada, de Burrus y Zubillaga. T. III., Lib. VII, caps. 2,4,8,9,10,11,13,14. Para un juicio mucho más severo sobre Alegre, véase: Rico González, Víctor. Historiadores mexicanos del siglo XVIII. México, Editorial Jus, 1949, pp. 131-155. Para él, Alegre escribió una "versión conscientemente tendenciosa" de los pleitos. (p. 154)
3. En Alegre, op. cit., T. III., pp. 412-457.
4. Cuevas, Mariano, S.J. Historia de la Iglesia en México ya citada, T. III., pp. 307-337. Basta citar la frase con que concluye este capítulo sobre Palafox y los jesuitas: "No hay duda que la oposición produjo su efecto, pero más que por ella, la beatificación del señor Palafox quedó, y quedará para siempre suspendida, por tener la desgracia S. Ilma. de ser tan simpático a masones, jansenistas, liberales y hasta protestantes." (p. 337)
5. González de Rosende, Antonio. Vida i virtudes del Illmo. i Excmo. Señor D. Juan de Palafox i Mendoza. Ma-

- drid, por Julián de Paredes, 1666. Cito, modernizando la ortografía, según esta primera edición. Hubo una segunda edición en 1671, con varios capítulos adicionales, y ésta es la edición incluida en el T. XIII de las Obras de Palafox publicadas en Madrid, 1762, por Gabriel Ramírez. Doy los capítulos para fácil referencia a cualquiera de las ediciones.
6. Pérez Goyena, Antonio, S.J. "Un jansenista español desconocido." Razón y Fe, tomo 90 (1930), pp. 24-40.
  7. Ib., pp. 26-27, 33-36.
  8. Argáiz, fray Gregorio de. Memorias ilustres de la Santa Iglesia, y Obispado de Osma. Chatálogo de los Prelados que la han regido... Con la vida del exemplarísimo Prelado don Juan de Palafox y Mendoza. 1660. Manuscrito en Archivo de la Catedral de Osma. Largos pasajes en la recién publicada biografía de Palafox por: Sánchez Castañer, Francisco. Don Juan de Palafox, Virrey de Nueva España. Zaragoza, Imprenta Provincial, 1964. Nota bibliográfica, pp. 11-12.
  9. Bartoli, fray Guillermo. Historia de la vida del Venerable Sr. D. Juan de Palafox y Mendoza. Biblioteca Nacional de Madrid, Manuscrito 19633. Véase Sánchez Castañer, op. cit., p. 11, nota.
  10. Anónimo. Histoire de Dom Jean de Palafox, Evêque d'Angelopolis, et depuis d'Osme, et des differens qu'il a eus avec les PP. Jesuites. S.p.i., 1690. Lo he consultado en la Biblioteca del P. Cuevas; Sánchez Castañer, p. 95, nota, lo cita como obra de Arnauld, en edición publicada en Madrid, 1690.
  11. Sánchez Castañer, p. 10.
  12. Beristáin y Souza, José Mariano. Biblioteca hispano-americana setentrional. Edición de Fortino Hipólito Vera. Amecameca, Tipografía del Colegio Católico, 1883. T. II., pp. 384-388.
  13. Bermúdez de Castro, Diego Antonio. Theatro Angelopolitano, o Historia de la ciudad de la Puebla (1746). "Lo publica por vez primera el Dr. N. León." S.p.i., pp. 181-206.
  14. Jardiel, Florencio. El Venerable Palafox. Conferencia pronunciada el 21 de marzo de 1892 en el Ateneo de Madrid. Reproducida con el título "Primer Doctor de las

- Iglesias americanas. En el tercer centenario de la muerte de Palafox." En El Sol de Puebla, domingo, 4 de octubre de 1959, Suplemento, pp. 12-15.
15. García, Genaro. Don Juan de Palafox y Mendoza, Obispo de Puebla y Osma, Visitador y Virrey de la Nueva España. México, Librería de Bouret, 1918. Lo citaré como Biografía.
  16. Arteaga, sor Cristina de la Cruz de. El Obispo Palafox y Mendoza. Madrid, Editora Nacional, 1960.
  17. Sánchez Castañer, p. 11.
  18. Ib., p. 95.
  19. Martínez, J. Manuel. Episcopologio ya citado, pp. 25-29.
  20. Palafox y Mendoza, Juan de. Vida interior y confesiones del Ilustrísimo, Excelentísimo y Venerable Siervo de Dios... Copiada fielmente de la que él mismo escribió, y hoy se conserva original en el Archivo de Madrid de la Religión de Carmelitas Descalzos. Obras, Madrid, 1762, T. I., pp. 1-266. En ésta y todas las obras de Palafox, modernizo la ortografía.
  21. Burrus y Zubillaga, apéndice a Alegre, p. 434. Sánchez Castañer, op. cit., da una crítica justa de este apéndice en varios lugares.
  22. Véase el prólogo a Vida interior. Se incluye la carta del arzobispo Jayme Palafox en que pide al General de los carmelitas que dé licencia al Historiador de la Orden "para que remita una copia puntual, y en todo semejante al Original, que se conserva en el Archivo ...que Nuestro Siervo de Dios dejó al tiempo de su muerte..." Promete su ayuda para que "esta impresión salga con todo el esplendor y pureza que pide la calidad de la obra." (Carta fechada el 7 de noviembre de 1690, en Sevilla).
  23. Palafox. Vida interior y Virtudes del indio. Madrid, Imprenta de Tomás Minuesa de los Ríos, 1893.
  24. Sánchez Castañer, p. 63.
  25. Es curioso notar que en un tratado anónimo y polémico, en que se tacha a Palafox de jansenista, opúsculo que sigue como apéndice a la obra jansenista Prière pour demander a Dieu la grâce d'une véritable et parfaite conversion, Manuscrito no. 348.53 de la Biblioteca Na

- cional de México, el autor opina, sin pruebas, que toda la biografía de Rosende viene de Vida interior, y que el mismo Palafox escogió a Rosende "para poner en movimiento y jugar a tiempo y con acierto la artificiosa máquina que pocos días antes de su muerte dejó prevenida en su Vida interior a favor de las doctrinas de aquel Partido, a quien dicho P. Rosende (por juicio de Dios declarándose después) juntó como auxiliar su pluma y sus estudios." (Folio 105)
26. García, Genaro, Biografía, p. 13. Alegre, T. III., p. 412. Sánchez Castañer, p. 13, nota, promete un estudio nuevo sobre la madre de Palafox, basado en manuscritos inéditos con datos "que difieren totalmente de los que hasta ahora vienen figurando en las biografías de Palafox." Varios autores dicen que era hija de un Dr. Matías de Casanate e Isabel de Espes.
  27. González de Rosende, op. cit., p. 3. Véase la discusión del nacimiento y bautismo en Sánchez Castañer, p. 14.
  28. Vida interior, cap. III, p. 15. Todas las citas son de la edición en Obras, T. I.
  29. Sánchez Castañer da los datos tomados del registro de bautismos de Fitero, p. 14, nota. Rosende, p. 6, parece equivocarse, llamando al viejo "Pedro Navarro".
  30. Vida interior, cap. III, p. 16.
  31. Pastor Fustér, Justo. Biblioteca Valenciana de los escritores que florecían hasta nuestros días. Valencia, Imprenta de José Ximeno, 1827. T. I., p. 264.
  32. Rodríguez Cruz, sor Agueda María. "En el Centenario de don Juan de Palafox y Mendoza." Revista de Indias, año XX, nos. 81-82 (julio-diciembre de 1960), p. 181.
  33. Ib., pp. 181-182.
  34. Vida interior, cap. V, p. 19.
  35. Ib., cap. VII, p. 25.
  36. Ib., cap. VIII, p. 27.
  37. Ib., cap. IX, p. 30. Rosende, Lib. I, cap. III, pp. 22-23.
  38. Argáiz cita el testamento; véase Sánchez Castañer, pp. 19-20.

39. Vida interior, cap. X, p. 32.
40. Ib., cap. XII, p. 38.
41. Ib., cap. XIII, p. 39.
42. Ib.
43. Rosende, Lib. I, cap. VI, pp. 43-45. Vida interior, cap. XIV. Para ver la influencia de Suson, véase: Vida del venerable Padre San Henrique Suson, en Obras de Palafox, T. VIII., especialmente pp. 413, 433, 437.
44. Regla de penitencia voluntaria, apéndice a Vida interior, pp. 248-252.
45. Rosende, Lib. I, cap. V, p. 40. Vida interior, cap. XIII, p. 40.
46. Tal es la explicación de Sánchez Castañer, p. 23, mientras Genaro García, Biog., p. 42, lo explica por ambición.
47. Rosende, Lib. I, cap. IX, p. 63. Vida interior, cap. XIX, p. 57.
48. Vida interior, ib.
49. Palafox. Diálogo político de Alemania, y comparación de España con las demás naciones. Obras, T. X., p. 59. Para el pensamiento político de Palafox, dos estudios excelentes son: González Casanova, Pablo. "Aspectos políticos de Palafox y Mendoza." Revista de Historia de América, no. 17 (junio de 1944), pp. 27-67. Rojas Garcidueñas, José. Ideas políticas de Juan de Palafox y Mendoza, estudio preliminar y antología. México, Imprenta Universitaria, 1946. Véase también Sánchez Castañer, pp. 25-30.
50. Malagón-Barceló, Javier. La literatura jurídica española del Siglo de Oro en la Nueva España. México, Imprenta Universitaria, 1959, p. 52.
51. Rojas Garcidueñas, op. cit., p. xlvi.
52. Rosende, Lib. I, cap. IV, p. 32.
53. Palafox. Vida de la Serenísima Infanta Soror Margarita de la Cruz. Obras, T. IX., pp. 155-606.
54. Rosende, Lib. I, cap. IV, p. 33.

55. Jardiel, op. cit., p. 12.
56. Rosende, Lib. I, cap. X, p. 66. Véase también: González Dávila, Gil. Teatro Eclesiástico de la Primitiva Iglesia de las Indias Occidentales. Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1649. T. I., pp. 98-99. Dávila añade que asistieron al cardenal los obispos Juan Alonso Ocón, de Yucatán, y Mauro de Tovar, de Venezuela.
57. Rosende, Lib. I, cap. X, pp. 67-68.
58. Pero sí en el cap. XX de Vida interior, cuenta Palafox unas visiones y otros acontecimientos que "dispuso la Providencia Divina para prevenirle el ánimo, de que había de padecer por las almas de su cargo, y por defender a su Iglesia y Dignidad." (p. 62)
59. Vida interior, cap. XXII, p. 69. Genaro García, Biog., pp. 57-80, da una descripción muy completa del viaje, siguiendo la crónica escrita por el cronista oficial del nuevo virrey.
60. Libros de Actas del Cabildo Eclesiástico de Puebla. T. XI (1640-1647). Manuscrito en Archivo de Catedral de Puebla.
61. Astráin, op. cit., T. V., pp. 359-361.
62. Palafox. Memorial al Rey: Exposición a S.M. suplicando licencia para volver a servir a su Iglesia... Impreso, en Biblioteca de Universidad de Sevilla, s.p.i. Citado por Sánchez Castañer, pp. 41-42.
63. Bermúdez de Castro, op. cit., p. 189.
64. Riva Palacio, Vicente. México a través de los siglos. México, Ballezá y Cía., sin fecha. T. II., p. 593.
65. Hay una abundante bibliografía sobre este incidente. Véanse: García, Genaro. Biog., pp. 97-106; y además el T. V de la serie Documentos inéditos o muy raros para la historia de México. La Inquisición. México, Bouret, 1906. Contiene la declaración que hizo Escalona desde el convento de Churubusco, pp. 147-151. Carlos María Bustamante dedica todo un libro: El Venerable Señor don Juan de Palafox y Mendoza... justificado en el tribunal de la razón, por haber remitido a España y separado del virreinato de México al Ecsmo. S.D. Diego López Pacheco, duque de Escalona. México, Imprenta de Alejandro Valdés, 1831. Además: Riva Palacio, T. II., pp. 589-595. Palafox, Obras, T. XI., pp.

- 517-555, que da la defensa de Escalona presentada por su hijo, y la respuesta de Palafox.
66. Rosende, Lib. I, cap. XV, p. 104.
  67. González Casanova, op. cit., p. 41.
  68. Zamacois, Niceto de. Historia de Méjico. Barcelona, J.F. Parres, sin fecha. T. V., p. 331.
  69. González Casanova, pp. 56-57.
  70. Cuevas, T. III., p. 211.
  71. Palafox. Constituciones de la Real y Pontificia Universidad de México. Segunda edición, dedicada a Carlos III. México, Imprenta de Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1775. Pueden consultarse también: Plaza y Jaén, Cristóbal Bernardo de la. Crónica de la Real y Pontificia Universidad de México. Escrito en el siglo XVIII. México, Imprenta Universitaria, 1931, pp. 372-376. Jiménez Rueda, Julio. Las constituciones de la antigua Universidad. México, Imprenta Universitaria, 1951, pp. 63-65.
  72. Palafox, Memorial al Rey, citado en Sánchez Castañer, p. 48.
  73. Sacra Congregación de Ritos. Oxomen. Beatificationis et Canonizationis Ven. Servi Dei Joannis de Palafox et Mendoza...Elenchus Actuum Heroicorum. Roma, Cámara Apostólica, 1792. (Resumen de testimonios acerca de actos heroicos de las virtudes). El testimonio siempre se da en italiano. Rendón: "Il Servo di Dio manifestò questa sua eroica Fede colla fervorosa devozione che avea al SSmo. Sacramento dell'Altare, che egli venerava con somma pietà con molti atti di umiltà e con grande abbondanza di lagrime, perseverando nella sua presenza per molte ore immobile nell'orazione." (p. 207)
  74. Ib., p. 769. "...ed in una di esse lo vidde circundato da un raggio di luce molto resplendente."
  75. Rosende, Lib. II, cap. X, pp. 177-184; Vida interior, cap. XXXVII, pp. 141-147.
  76. Vida interior, ib., p. 143.
  77. Ib., p. 141.
  78. Citado por Arteaga, sor Cristina de, p. 22.
  79. Sobre la entrada del ex-Seminario de San Pedro, se

puede ver una placa colocada por el gobierno del Estado de Puebla, elocuente testimonio: "El Venerable don Juan de Palafox y Mendoza, Obispo de Puebla, construyó esta casa, el año de 1648, dedicándola al Colegio de San Pedro, donde por primera vez, sentáronse los hijos de los indios con los hijos de los españoles, aprendiendo juntos las ciencias de la época, el idioma español, y las lenguas indígenas, y siendo admitidos a la oposición de cátedras y beneficios. El mismo Palafox, educador eminente de Puebla, y protector incansable de los indios, asistía como alumno humilde, a las clases de idioma mexicano. --A la memoria de tan insigne benefactor. El gobierno del Estado. 22 de julio de 1941.

80. Manual de los Santos Sacramentos conforme al Ritual de Paulo V. Formado por mandado del Ilmo. y Exmo. Sr. D. Juan de Palafox y Mendoza. México, con privilegio, 1642. El autor fue el cura de Tlaxcala, Andrés Saenz de la Peña. Hubo numerosas ediciones, aún en el siglo XIX.
81. Palafox. Virtudes del indio. Obras, T. X., pp. 444-493.
82. Rosende, Lib. I, cap. XIII, p. 90.
83. Vida interior, cap. XXIV, p. 78.
84. Obras, T. II., parte II, pp. 364-603.
85. Palafoxianum, no. 4 (octubre-diciembre de 1959), pp. 20-25.
86. Toussaint, Manuel. La catedral y las iglesias de Puebla. México, Porrúa, 1954, pp. 51-86, ilustrado. Es lo mejor que se ha escrito sobre la historia y arquitectura de la catedral.
87. Palacios, Enrique Juan. Puebla, su territorio y habitantes. México, Secretaría de Fomento, 1917. T. II., p. 516.
88. Manuscrito del Archivo de la Embajada Española cerca de la Santa Sede, hallado y publicado por Cuevas, T. III., p. 75.
89. Toussaint, op. cit., p. 72.
90. Ib., p. 73.
91. Rosende, Lib. I, cap. XI, p. 72.



92. Toussaint, p. 51.
93. Carta IV Pastoral, "que escribió el Señor Obispo para prevenir los ánimos y devoción de los fieles... a la Consagración de la célebre Iglesia de la Puebla." Obras, T. III., parte I, pp. 265-338.
94. Anónimo. Puebla en el Virreinato, ya citado, pp. 12-13.
95. Toussaint, p. 76. Para más descripción de las ceremonias, puede verse la Biografía de Genaro García, que sigue al cronista oficial, pp. 207-215.
96. Quiroz y Gutiérrez, Nicanor. Historia del Seminario Palafoxiano de Puebla, 1644-1944. Puebla, Ediciones Palafox, 1947, pp. 10-36. El autor terminantemente refuta la tesis del P. Cuevas, que no cree justificado el nombre "Seminario Palafoxiano". Véase Cuevas, T. III., p. 220.
97. Cuevas, *ib.*, p. 220.
98. Bermúdez de Castro, *op. cit.*, p. 186. Beristáin, *op. cit.*, p. 384. González Dávila, *op. cit.*, p. 99.
99. Bermúdez de Castro, p. 186. Rosende, Lib. I, cap. XII, p. 78.
100. Palafox se interesó mucho en las apariciones del Arcángel San Miguel al indio Diego Lázaro, que ocurrieron, según la tradición, en 1631. Mandó hacer una investigación, y satisfecho de la autenticidad, ayudó la construcción del santuario con sus propios fondos. Véanse: Martínez, J. Manuel, *op. cit.*, p. 27. Vázquez, Manuel. Resumen de las apariciones de San Miguel del Milagro. Puebla, Linotipografía Económica, 1948.
101. La inscripción, traducida del latín, es: "Les dio de beber el agua de la sabiduría de la salvación." (Eclesiástico, 15, 3)
102. Bermúdez de Castro, p. 195.
103. Vida interior, cap. XXV, p. 81.
104. Palafox. Memorial al Rey Felipe IV (Respuesta al Duque de Escalona). Obras, T. XI., p. 226.
105. Genaro García, Biog., pp. 89-95; y Sánchez Castañer, pp. 67-72, dan buenos resúmenes y amplias bibliografías sobre este pleito. Se pueden consultar también los memoriales o defensas de Palafox en el T. XI de las Obras, y un libro que pude consultar en la Bi-

- biblioteca Cuevas: Alegaciones en favor del Clero, Estado Eclesiástico, i Secular...sobre las docirinas que en ejecución del S. Concilio de Trento, cédulas, i provisiones reales, removiό...D. Juan de Palafox i Mendoza...el año de 1640 en el pleito con las sagradas religiones de S. Domingo, S. Francisco, i San Agustín. S.p.i., Puebla? 1649?
106. A pesar de los esfuerzos de Alegre y sus nuevos editores de hacer muy pobres a los jesuitas, parece que sus bienes eran apreciables, y que Palafox no los exageró. Véase Chevalier, François. La formación de los grandes latifundios en México. Traducción de Antonio Alatorre. México, revista Problemas agrícolas e industriales de México, vol. VIII, no. 1 (enero-marzo de 1956), pp. 188-198.
107. La bibliografía de estos pleitos es también vasta. Además de las biografías, se pueden consultar las obras de Astráin y Alegre. T. XI y XII de las Obras de Palafox tienen cartas, memoriales y otros documentos. Pueden consultarse también: Alegación del Deán y Cabildo de la Santa Iglesia de la Puebla en favor de los diezmos, dirigida al Presidente del Consejo de Indias. Madrid, s.p.i., 1646? Y la respuesta de los jesuitas por su procurador, el P. Alonso de Roxas: En satisfacción de un libro de el Visitador Obispo D. Juan de Palafox y Mendoza, publicado en nombre de el Deán y Cabildo de su Iglesia Catedral... S.p.i., Madrid? 1646?
108. El texto del Edicto está en el T. XII de las Obras de Palafox, pp. 46-47.
109. Astráin, T. V., p. 357.
110. García, Genaro, editor. Don Juan de Palafox y Mendoza, su virreinato en la Nueva España, sus contien-  
das con los PP. Jesuitas... T. VII de la serie Do-  
cumentos inéditos o muy raros. México, Bouret, 1906, p. 91.
111. Vida interior, cap. XXV, p. 85.
112. Alegre, T. III., p. 427.
113. Véase el interesante estudio de Maza, Francisco de la. La Capilla de San José Chiapa. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1960. Incluye una narración de la huída. También Rosende,

Lib. IV, caps. V y VI, pp. 412-421.

114. En Rosende, Lib. IV, cap. VIII, pp. 423-427; también en Obras, T. III., parte II, pp. 390-408.
115. Palafox. De la paciencia en los trabajos y amor a los enemigos. Obras, T. III., parte II, p. 199.
116. A pesar de las explicaciones de Cuevas, T. III., p. 322, y Alegre, T. III, pp. 123-130, es difícil ver otra cosa en esta acción.
117. García, Genaro, Bióg., pp. 180-181. Palafox, Carta III al Papa Inocencio X, Obras, T. XI, pp. 78-80. En un curioso tomo, el primero de una serie de Documentos sobre Jesuítas, México, Vicente G. Torres, 1841, hay una traducción de la Carta al Papa (escrita en latín por el obispo), y unas poesías satíricas de aquel período, como ésta de "los dos Juanes":
- ¿Qué pócima alejandrina  
En un triz te mojó el traz,  
¿Qué te punza, qué te espina?  
Vienes Juan Merlo, y te vas  
Un Juan de porta letrina.  
Ausente de mis alhajas  
No podré vivir sin pena;  
Basta ya, tu miedo enfrena  
Que no se duerme en las pajas  
El Pastor de noche buena. (p. 357)
118. García, Genaro, Bióg., pp. 190-191. Alegre, T. III., pp. 148-149.
119. Texto del Breve en Palafox, Obras, T. XII, pp. 298-308.
120. Véase Alegre, T. III, p. 169. Parece que se había mojado algo, pero se podía leer claramente.
121. Texto original de la Carta (en latín) en Obras, T. XI, pp. 63-120. Traducción castellana en el ya citado T. I de Documentos sobre Jesuítas, pp. 1-99.
122. Para Astráin, T. V., p. 405, esta carta es "la más fea mancha que pesa sobre la memoria de D. Juan de Palafox." Y el P. Gerard Decorme, S.J. en su libro La historia de los jesuítas mexicanos durante la época colonial, México, Robredo, 1941, T. I., p. 363, la califica como "el documento más

denigrativo y falso que ha escrito católico alguno, no sólo contra los jesuitas mexicanos, sino contra la Compañía en general." No creo yo que sea tan terrible la carta de Palafox. Además, el P. Decorme muestra su parcialismo cuando describe al obispo como "español déspota, rapaz y ambicioso", y a los jesuitas como "los tipos más cabales de criollos que conocemos." (!)

123. Ocupa la mayor parte del T. XII de las Obras.
124. Riva Palacio, T. II., pp. 598-599.
125. Nótese bien en el texto que acompaña la fotografía, la humildad del obispo.
126. García, Genaro, Biog., p. 215.
127. Libros de Actas del Cabildo Eclesiástico de Puebla, T. XII. (1648-1652). Archivo de catedral.
128. Anónimo, Puebla en el Virreinato, p. 17.
129. Ib., p. 19.
130. Ib., p. 23.
131. Riva Palacio, T. II., p. 598.
132. López de Villaseñor, op. cit., p. 187.
133. Véanse: Quintana, José Miguel. "Tercer Centenario de la muerte de Don Juan de Palafox y Mendoza." México en la Cultura, no. 550 (27 de septiembre de 1959), pp. 1-2. Puebla en el Virreinato, p. 24. Rosende (tercera edición), Lib. III, cap. III, pp. 316-317, y (primera edición), Lib. III, cap. II, pp. 283-286.
134. Palafox describe el viaje en la introducción a su Vida de San Juan Limosnero. Obras, T. IX., p. 2.
135. Rosende, Lib. I, cap. XV, pp. 100-103. Vida interior, cap. XXVII, pp. 99-100.
136. Texto de la carta en García, Genaro, T. VII de Documentos inéditos o muy raros, p. 150.
137. Sánchez Castañer, pp. 108-116.
138. Ib., p. 116. Véase también Palafox, Constituciones de la Congregación y Santa Escuela de Christo N.S. fundada en la ciudad de Soria. Obras, T. VI., pp. 589-620. La regla 20 lo dice bien: "Tampoco ha de haber procesiones, ni ejercicios exteriores proce

sionales en esta Santa Escuela, por vía de Congregación, porque en ella todo ha de ser interior..." (p. 594)

139. Vida interior, caps. XXVII, XXXIII, pp. 101, 126-127.
140. *Ib.*, cap. XXVIII, p. 103.
141. *Ib.*, cap. XXXI, pp. 117-118.
142. *Ib.*, cap. XXXIV, p. 133.
143. Rosende, Lib. II, cap. I, p. 120.
144. Texto de las cartas en Pastor Fustér, op. cit., T. I., p. 264. Y véase Sánchez Castañer, p. 117, nota.
145. Arteaga, op. cit., p. 28.
146. Rosende, Lib. II, cap. I, p. 119. Palafox en Vida interior, cap. XLVII, p. 207, confiesa que "con eso anda su alma atormentada entre dos esquinas, o cuchillos que a todas horas lo afligen, que es a un mismo tiempo ansia de dar limosna y de pagar."
147. Rosende, Lib. II, cap. II, p. 125.
148. *Ib.*, Lib. II, cap. VII, p. 158.
149. Oxomen. Beatificationis ya citado, p. 193. "... quando lo vedevano nella contemplazione, ed orazione mentale, pareva a quelli, che lo vedevano, che stasse nella presenza divina, facendo ogni giorno due ore, ed altre tre ore d'orazione continua."
150. Obras, T. V., pp. 464-465. En vez del Padre Nuestro decía: "Dios te salve, María," y en vez del Ave María, diez veces: "Jesús mío yo os doy mi corazón." En la oración final: "Seáis Vos, Dios mío, con el amparo de vuestra Madre Santísima, Corazón de mi corazón, Vida de mi vida, Alma de mi alma, Espíritu de mi espíritu, Autor y Promovedor de mi gracia en el destierro, objeto dulce de mi gloria, y de mi amor en la patria. Amén."
151. Méndez Plancarte, Alfonso. El Corazón de Cristo en la Nueva España. México, Buena Prensa, 1951, pp. 23-25.
152. Obras, T. III., parte II, pp. 472-516.
153. Sánchez Castañer, pp. 131-141.

154. Texto del testamento en Rosende, Lib. II, cap. XX, p. 264.
155. Ib., Lib. II, cap. XV, p. 220.
156. Sánchez Castañer, p. 137.
157. Ib., p. 138. Véase también la carta de Rodrigo Serano y Trillo, testigo de la muerte, al Marqués de Zafra, en T. LXII de la Biblioteca de Autores Españoles (Epistolario Español). Madrid, Imprenta de los Sucesores de Hernando, 1917, p. 95.
158. Rosende, Lib. II, cap. XVII, p. 240.
159. Peña Rica, Eutiquio, en presentación del T. II de Varón de Deseos. Madrid, Rialp, 1965, p. 10.
160. Traducido del texto latino en Rosende, Lib. II, cap. XX, pp. 271-272.
161. Ib., (tercera edición), Lib. II, cap. XXI, pp. 297-299.
162. Martínez, J. Manuel, op. cit., p. 53.
163. Ib., p. 29; y Sánchez Castañer, p. 152.
164. Sánchez Castañer, ib.
165. Ib., nota. El autor erróneamente pone 1698 como fecha del comienzo formal de la causa. Martínez, p. 29, y Beristáin, p. 386, dan 1691.
166. Menéndez y Pelayo, Marcelino. Historia de los heterodoxos españoles. Madrid, BAC, 1956. T. II., pp. 494-495. Véase también la fascinante narración de Pastor, Ludwig von. Historia de los Papas. Traducción de Manuel Almarcha, S.J. Barcelona, Gustavo Gili, 1937. T. XXXVII, pp. 160-172. Rico González, Víctor. Documentos sobre la expulsión de los jesuitas y ocupación de sus temporalidades en Nueva España. México, Editorial Jus, 1949, pp. 5-9.
167. Festivos sucesos al recibir las noticias de la aprobación de Santidad. Genaro García publica este documento en el citado T. VII de Documentos inéditos, pp. 180-191. Muy curiosa es una poesía que ganó un premio en el certamen poético; es a la vez un índice del gusto literario de la época:
- Firme la Puebla ha clamado  
Siempre afecta a su pastor,  
EL VENERABLE SEÑOR,

Por verle canonizado;  
 Esto, dice, lo he rogado  
 Constante con todo esmero;  
 Mas ya de cerca lo espero,  
 Viendo en la estación presente  
 Que el Santo Padre es CLEMENTE,  
 Y nuestro CARLOS, TERCERO.

168. Martínez, op. cit., pp. 47,50. Además, el IV Con-  
 cilio Mexicano en 1771 pidió la beatificación, p.  
 51.
169. Ib., p. 66.
170. Es interesante observar que recientemente el ac-  
 tual Arzobispo de México, Miguel Darío Miranda,  
 escribió al Obispo de Osma, Saturnino Rubio, so-  
 licitando la entrega de los restos de Palafox pa-  
 ra colocarlos en la nueva Cripta de la Catedral  
 de México. El Cabildo de Osma respondió en una  
 carta cordial que no podía hacerlo por estar a-  
 bierto todavía el proceso de canonización. De he-  
 cho queda apartado para los restos un nicho en  
 la cripta. Véase Sosa, Francisco. El episcopado  
 mexicano, con apéndice de Alberto María Carreño.  
 México, Editorial Jus, 1962. T. II., pp. 309-310.
171. Sánchez Castañer, pp. 233-244, reseña la biblio-  
 grafía de conmemoraciones en una sección, "Efemé-  
 rides del tricentenario palafoxiano."
172. Sánchez Santos, Trinidad. Obras selectas. Puebla,  
 Linotipografía "Primavera", 1945. T. I., pp. 544-  
 545.

#### CAPITULO IV

1. Palafox. Obras del Ilustrissimo, Excelentissimo y  
 Venerable Siervo de Dios Don Juan de Palafox y  
 Mendoza. Madrid, Imprenta de Gabriel Ramírez,  
 1762. Doce tomos (T. II y III en dos partes; T.  
 XIII es la Vida por Rosende.)
2. Real Academia Española. Diccionario de la lengua  
 castellana, en que se explica el verdadero senti-  
 do de las voces, su naturaleza y calidad... Ma-  
 drid, Imprenta de Francisco del Hierro, 1726. T.  
 I., p. lxxxv. El nombre de Palafox aparece en la

página lxxxviii.

3. Citado por sor Cristina de Arteaga, op. cit., p. 30; y José María García Lahiguera en la presentación del Pastor de Nochebuena. Madrid, Rialp, 1959, p. 25.
4. Obras de Juan de Palafox y Mendoza. Madrid, Imprentas de Pablo de Val, Melchor Alegre y Bernardo de Villadiego, 1659-1671, ocho tomos.
5. Palafox, fray José. Introducción al T. V de las Obras. Madrid, Pablo de Val, 1665. Otra prueba de la popularidad de las obras de Palafox es la lista de libros que entraron en la tienda de Paula de Benavides, viuda del impresor del Santo Tribunal de la Inquisición de México, en 1683; documento del Archivo General de la Nación, citado en Malagón Barceló, op. cit., p. 135. Figuran en esta lista:
  156. Filotea. Madrid, Mateo Fernández, 1659.
  157. El Pastor de Nochebuena. Madrid, Pablo de Val, 1665.
  158. Obras, 9 tomos.(?) Madrid, P. de Val, 1665.
  164. Ejercicios Santos. Valencia, 1673.
6. Valbuena Prat, Angel. Historia de la literatura española. Barcelona, Gustavo Gili, 1960. T. II., pp. 680-683.
7. Díaz-Plaja, Guillermo. Hacia un concepto de la literatura española. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1945, p. 18.
8. Jiménez Rueda, op. cit., p. 227.
9. Vossler, Carlos. Introducción a la literatura española del Siglo de Oro. México, Espasa Calpe, 1961, p. 14.
10. Vida interior, cap. XLIII, p. 185.
11. Serrano y Trillo, Carta al Marqués de Zafra, en el citado T. LXII de Biblioteca de Autores Españoles, pp. 95-110; nota, p. 95.
12. Palafox, Obras, T. III., parte II, pp. 533-535 (Carta II).
13. Vida interior, cap. XXIV, p. 79.
14. Rosende, Lib. II, cap. III, p. 133.



15. Lorenzana, en el citado Concilios Provinciales Primero y Segundo, p. 267.
16. Rosende, Lib. II, cap. III, p. 133; y en la tercera edición, Lib. III, cap. XV.
17. García, Genaro, Biog., p. 241.
18. Del testimonio para la causa de beatificación, citado en el Prólogo general a Obras, T. I.
19. Palafox, Obras, T. I., pp. 269, 284.
20. Gallegos Rocafull, op. cit., p. 267.
21. García, Genaro, Biog., p. 241.
22. Palafox, Varón de Deseos. Madrid, Rialp, 1964, T. I., parte II, sent. V, p. 279. Cito según esta edición, dando la parte y sentimiento para referencia a otras ediciones.
23. Arteaga, p. 30.
24. Varón de Deseos, T. II., parte I, sent. VI, p. 92.
25. Méndez Plancarte, Gabriel, op. cit., p. xliv.
26. Palafox, Obras, T. III., parte I, pp. 339-378.
27. Ib., p. 359.
28. Palafox, José. Prefacio a T. V de Obras. Madrid, Pablo de Val, 1665.
29. Arteaga, pp. 30-31.
30. Vida interior, cap. I, p. 13.
31. Rosende, Introducción ("Razón de lo que se escribe").
32. Vida interior, cap. IV, p. 17.
33. Ib., cap. XVIII, p. 49. Véase la versión castellana del P. Aurelio Espinosa Polit, S.J. El Lebrél del Cielo (The Hound of Heaven) de Francis Thompson. Quito, Editorial Ecuatoriana, 1948.
34. Vida interior, cap. XXVI, p. 95.
35. Palafox, Obras, T. I., Introducción general.
36. Carta Pastoral II. Obras, T. III., parte I, pp. 213-214.
37. Antonio, Nicolás. Bibliotheca Hispana Nova. Madrid, Joaquín Ibarra, 1783. T. I., p. 752. "...quo libello,

Cebetis Thebani inventum sequutus, Christianum hominem, praecipueque aliorum pastorem, absterret a vitiis, provocat, ducitque ad virtutes."

38. Pfandl, op. cit., p. 249.
39. Palafox. El Pastor de Nochebuena. Rialp, 1959, introducción, p. 46. Sigo esta edición en todas las citas, dando el capítulo. En Obras, está en el T. V., pp. 477-561.
40. Rosende, Lib. III, cap. V, pp. 307-308.
41. Vida interior, cap. LIII, pp. 230-231.
42. Palafox, José. Citado en Obras, 1762, T. V., p. 478, y en el Pastor de Nochebuena, p. 32.
43. Pastor de Nochebuena, cap. I, pp. 51-52.
44. Ib., cap. III, p. 72.
45. Ib., cap. IV, pp. 84-86.
46. Ib., cap. XI, p. 158.
47. Ib., cap. XVI, pp. 197-198.
48. Ib., cap. XX, p. 228.
49. Ib., p. 229.
50. Palafox. Varón de Deseos. Edición Rialp, 1964-1965. T. I., introducción, p. 33. En Obras, está en el T. VI., pp. 1-331.
51. Peña Rica, Eutiquio. En presentación de Varón de Deseos, T. I., p. 27.
52. Varón de Deseos, p. 43.
53. Obras, T. VI., introducción. Véase además lo que dice Palafox en el Varón de Deseos, T. I, parte I, sent. XV, p. 209.
54. Ib., T. I, parte I, sent. XV, p. 210.
55. Ib., pp. 35-36 (introducción).
56. Ib., pp. 40-41.
57. Ib., T. I, parte I, sent. I, p. 48.
58. Ib., p. 53.
59. Ib., sent. II, p. 60.

60. Ib., sent. VI, pp. 103-104.
61. Ib., sent. VII, p. 113.
62. Ib., sent. XI, pp. 156-157.
63. Ib., parte II, sent. III, pp. 253-254.
64. Ib., sent. VI, p. 294.
65. Ib., sent. VII, p. 296.
66. Ib., sent. X, p. 346.
67. Ib., sent. XI, pp. 349-350.
68. Ib., sent. XV, p. 412.
69. Ib., T. II., parte III, sent. III, p. 43.
70. Ib., p. 47.
71. Ib., sent. VI, p. 83.
72. Ib., sent. VII, pp. 120-121.
73. Ib., sent. XII, p. 174.
74. Ib., pp. 180-181.
75. Ib., sent. XV, p. 207.
76. Obras, T. VII., introducción. Texto de las Notas, pp. 1-398.
77. Ib.
78. Ib., pp. 329-330.
79. Véase ib., nota, p. 330; y Vida interior, cap. XXXIV, donde habla de esto.
80. Obras, T. VII., pp. 37-38.
81. Ib., p. 40.
82. Ib., pp. 88-91.
83. Ib., p. 108.
84. Ib., p. 113.
85. Ib., p. 118.
86. Ib., pp. 272-273.
87. Véanse, por ejemplo, p. 64: "Dando gracias por agravios negocian los hombres sabios"; y p. 200: "El es piritual ha de dormir solas seis horas; el estudian te, siete; el acomodado, ocho; y de ahí arriba el

poltrón."

88. Ib., p. 151.
89. Rosende, Lib. IV, cap. XIII, p. 482.
90. Obras, T. VI., p. 343. Texto de Philotea, pp. 345-525.
91. Ib., p. 345.
92. Ib., p. 346.
93. Ib., p. 351.
94. Ib., p. 353.
95. Ib., p. 356.
96. Ib., p. 367.
97. Ib., pp. 374,376.
98. Ib., p. 437.
99. Ib., p. 440.
100. Ib., p. 441.
101. Ib., p. 495.
102. Ib., p. 518.
103. Obras, T. III., parte I, pp. 339-378.
104. Ib., T. III., parte II, pp. 1-116.
105. Ib., p. 45.
106. Ib., pp. 101-102.
107. Carta Pastoral VI. Obras, T. III., parte I, pp. 379-385. Carta XI en parte II, pp. 173-232.
108. Ib., parte I, pp. 239-262.
109. Ib., parte II, pp. 332-408.
110. Véase, por ejemplo, la Carta I, pp. 520-525, que se ha intitulado "Manual de Sacerdotes".
111. Obras, T. VI., pp. 526-539.
112. Ib., T. IV., pp. 535-611.
113. Discursos en T. IV., pp. 438-531. Respuestas en T. V., pp. 563-589.
114. Tratados doctrinales. T. IV., pp. 1-437.

115. Obras, T. II., partes I y II. Palafox habló de una segunda parte, que no aparece en esta edición, y parece estar perdida. Véase introducción.
116. Obras, T. II., parte II, pp. 364-603.
117. Ib., T. VI., pp. 539-588.
118. Ib., T. V., pp. 1-424.
119. Ib., T. VIII., pp. 1-388.
120. Ib., T. VIII., pp. 393-564.
121. Ib., T. IX., pp. 7-153.
122. Ib., pp. 155-606.
123. Medina, José Toribio. La imprenta en la Puebla de los Angeles, 1640-1821. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1908, p. 5.
124. Prólogo a la Historia Real Sagrada. Obras, T. I, p. 293.
125. Obras, T. X. El Juicio político de los daños y reparos de qualquiera Monarquía forma parte de los Dictámenes, pp. 1-51. El Diálogo está en las pp. 53-86.
126. Ib., pp. 92-272.
127. Ib., pp. 275-442. Es curioso notar que en el Nuevo pequeño Larousse ilustrado, París, Librairie Larousse, 1961, p. 1387, en la ficha biográfica de Palafox, ésta es la única obra de él que se menciona!
128. Véase el excelente artículo de Cummins, James S. "Palafox, China, and the Chinese Rites Controversy." Revista de Historia de América, no. 52 (diciembre de 1961), pp. 395-427. Incluye el texto de la carta a Felipe IV. Sobre los escritos políticos en general, consúltense las obras citadas de González Casanova y Rojas Garcidueñas.
129. Obras, T. X., pp. 444-493. Texto también en Sánchez Castañer, pp. 163-217; y Rojas Garcidueñas, pp. 55-122.
130. Obras, T. X., cap. XV, p. 482. Otra anécdota buena es la del cap. XVII, del mulato tuerto, p. 484.
131. González Casanova, pp. 46-47.

132. Obras, T.X., pp. 495-512.
133. García, Genaro, Biog., p. 241.
134. Méndez Plancarte, Alfonso. Poetas novohispanos, 1621-1721. México, Imprenta Universitaria, 1943. T. I., pp. xliv-xlv. En efecto, este libro, y otro del mismo autor, San Juan de la Cruz en Méjico. México, Fondo de Cultura Económica, 1959, son los que inspiraron el tema de esta tesis, como in diqué en el prólogo.
135. Méndez Plancarte, Poetas novohispanos, p. xlv.
136. Obras, T. VII., p. 26.
137. Ib., pp. 542-543.
138. Méndez Plancarte, San Juan de la Cruz en Méjico, p. 38.
139. Texto completo en Obras, T. VII., pp. 542-543. Selección amplia en Poetas novohisp., pp. 67-68.
140. Juan de la Cruz, San. Subida al Monte Carmelo. Obras, p. 507.
141. Palafox, Obras, T. VII., p. 550; Poetas novohisp., p. 59.
142. Juan de la Cruz, San. Obras, p. 1134.
143. Palafox, Obras, T. VII., p. 538; Poetas novohisp., p. 57.
144. Juan de la Cruz, San. Obras, p. 907.
145. Palafox, Obras, T. V., p. 450.
146. Juan de la Cruz, San. Obras, p. 904.
147. Palafox, Obras, T. VII., p. 516.
148. Ib., pp. 401-535. De estos Cánticos, fray José de Palafox confiesa en su advertencia, reimpressa en este T. VII., pp. 399-400, que imprime tales poesías "con alguna repugnancia" porque las encuentra "sin el aliño, y peinado estilo que yo quisiera." Explica que el obispo glosaba los lugares de la Sa grada Escritura a manera de recreo, sin poner mucho tiempo en ello. Un criado recogió las hojas sueltas e hizo traslados de ellas.
149. Ib., p. 525.

150. Ib., p. 539.
151. Ib., p. 540.
152. Obras, T. V., p. 429. Texto de los Ejercicios, pp. 425-463.
153. Ib., pp. 456-457. Podría recomendar además, las "Liras a la Magdalena en el sepulcro de Cristo", que empiezan: "Derramado el unguento / sobre la alta cabeza de mi gloria..." (p. 536) Y otra poesía no incluida en las Obras, la Guía y aliento del alma viadora, Bruselas, 1682?, que conozco por las selecciones en Poetas novohispanos, pp. 64-66. Versos como: "Oh Esposa querida, de ti estoy enamorado, que el Corazón me has clavado", hacen que Méndez Plancarte conceda a Palafox la "dulce primicia" en la devoción al Sagrado Corazón. (El Corazón de Cristo en la Nueva España, pp. 23-24).
154. Juan de la Cruz, San. Obras, pp. 849-855.
155. Obras, T. VII., p. 549. Texto de los Grados, pp. 544-568. Fray José de Palafox dice que "en las poesías con que cierra cada grado, parece que el amor guiaba su pluma." (p. 400)
156. Ib., p. 559.
157. Ib., p. 563.
158. Ib., pp. 566, 568.
159. Méndez Plancarte, San Juan de la Cruz en Méjico, pp. 40-41. No me atrevo a colocar a Palafox a un nivel igual con Sor Juana. Únicamente quiero decir que es uno de los mejores poetas religiosos de la colonia.

## CAPITULO V

1. Vida interior, cap. XXXVI, pp. 136-137.
2. Véase Varón de Deseos. T. II., parte III, sent. III, p. 47: "En este estado sabrá mejor sentir que decir, y siendo muy elocuente el corazón será muy balbuciente la lengua."
3. Vida interior, cap. XXXVI, p. 137.

4. Varón de Deseos, T. II., parte III, sent. XV, p. 211.
5. Grado V, Obras, T. VII., p. 555.
6. Rosende, Lib. III, cap. IV, p. 304.
7. En Sánchez Castañer, op. cit., pp. 124-129.
8. El citado Oxomen. Beatificationis, pp. 193,195,207.
9. Varón de Deseos, T. I., parte I, sent. VIII, pp. 125-126.
10. Vida interior, apéndice, p. 252.
11. Citado en Advertencia a Año espiritual, Obras, T. V.
12. Oxomen. Beatificationis, p. 192. "...risplendette in grado molto sublime nelli due modi di orazione mentale e vocale; e che in essa fu molto favorito, e regalato da nostro Signore in quella manera che la Maestà sua suole comunicarsi alle Anime molto perfette."
13. Vida interior, cap. XLI, pp. 171-174.
14. Ib., cap. LII, p. 229.
15. Ib.
16. Obras, T. VII., p. 560.
17. Vida interior, cap. LII, p. 227.
18. Oxomen. Beatificationis, pp. 760-762.
19. Vida interior, cap. XX, p. 59.
20. Ib., cap. XXXIII, pp. 126-127.
21. Ib.
22. Poesías, Obras, T. VII., p. 519.
23. Peregrinación de Philotea, Obras, T. VI, p. 367.
24. Ib., p. 375.
25. Vida interior, cap. XVI, pp. 44-45. Véase también Rosende, Lib. III, cap. X, pp. 336-338.
26. En Rosende, Lib. IV, cap. XVI, p. 528.
27. Palafox. Vida de Suson, Obras, T. VIII., pp. 413,433.
28. En Sánchez Castañer, p. 125.
29. Ib., pp. 136-137.



30. Biografía del Santo por el P. Crisógono de Jesús, en Vida y Obras, p. 326.
31. Notas a las Cartas de Santa Teresa, Obras, T. VII., p. 286.
32. Rosende, Lib. II, cap. XI, pp. 190-192.
33. Bermúdez de Castro, op. cit., pp. 187-188.
34. García, Genaro, Biog., pp. 245-266.
35. Ib., p. 247.
36. Carta XII. Obras, T. III., parte II, pp. 564-565.
37. Vida y Obras, p. 309, con ilustración de la imagen.
38. Pueden consultarse: Teresa del Niño Jesús, Santa. Manuscritos autobiográficos. México, Editorial Ferrer, 1962. Philipon, M.M., O.P. El mensaje de Teresa de Lisieux. México, Editorial "La Cruz", 1955.
39. García, Genaro, Biog., p. 266.
40. Oxomen. Beatificationis, p. 776. "Questo Testimonio lo tiene per Uomo santo; e con questo nome ha saputo, ed inteso, che lo nominano diversi Prelati di questi Regni, e Uomini molto spirituali, e dotti; ed in questo Vescovato generalmente, ed in questa Villa lo nominano il Vescovo Santo."
41. Pastor, Ludwig. Historia de los Papas. T. XXVIII., p. 335. Este tomo, y los XXIX y XXX, dan una excelente historia y análisis del jansenismo.
42. Ib., T. XXVIII, p. 376.
43. Vida interior, apéndice, pp. 247-248.
44. Véase, por ejemplo, Jiménez Rueda, op. cit., pp. 139-169; es notable un caso muy escandaloso, del Convento de Santa Catalina en Puebla, que Palafox no pudo ignorar. El proceso tuvo lugar en 1601. (pp. 147-157)
45. Arnauld, Antoine, op. cit.
46. Anónimo. Correspondencia de Cinco Cartas entre N.N. Erudito Anti-Jesuíta, y N.N. Teólogo imparcial sobre la acusación de Jansenismo, intempestivamente hecha contra la doctrina del Venerable Juan de Palafox. Madrid, s.p.i., 1774, p. 5.

47. Mamachi, Tomás. Alethini Philaretæ Epistolarum de Ven. Johannis Palafoxii... Orthodoxia. (Cartas sobre la ortodoxia de Palafox). Mantua, 1772, 3 tomos.
48. Anónimo. Carta que en el año de 1729 escribió un cura muy erudito...de la Puebla de los Angeles, probando victoriosamente que la llamada Inocenciana dirigida en 1649 al Sumo Pontífice Inocencio X, y atribuida al Sr. D. Juan de Palafox no fue ni pudo ser de tan benemérito Prelado. México, Imprenta de Luis Abadiano, 1841.
49. Rosende (tercera edición), Lib. III, caps. XVI, y XVII, especialmente p. 416.
50. Carta Pastoral V. Obras, T. III., parte I, p. 344.
51. Anónimo. Jansenii erroris calumnia a venerabili episcopo Joanne de Palafox sublata. Mantua, s.p.i., 1773, p. 23.
52. Le Roi, Guillermo. Prière pour demander à Dieu la grâce d'une véritable et parfaite conversion. Manuscrito de Biblioteca Nacional de México ya citado.
53. Carta Pastoral V. Obras, T. III., parte I, pp. 356-357.
54. Ib., p. 357.
55. Pueden consultarse: Astráin, T. IV., p. 115; y Pastor, T. XXIV, p. 159.
56. Obras, T. III., parte I, pp. 359, 367. Otra obra interesante, en que se defiende a Palafox de la acusación de jansenismo en la Vida interior, es: Anunciación, fray Juan de la. La inocencia vindicada. Sevilla, Lucas Martín, 1694.
57. Obras, T. VII., p. 69.
58. Carta Pastoral VII, Obras, T. III., parte I, p. 413.
59. Obras, T. VII., p. 499.
60. Rosende, Lib. III, cap. VII, p. 317.
61. Obras, T. VII., p. 434.
62. Ib., p. 497.
63. Ib., p. 26.
64. Ib.

65. Vida de Suson. Obras, T. VIII., p. 390.
66. Vida interior, cap. IX, p. 28.
67. Carta Pastoral III. Obras, T. III., parte I, p. 242.
68. Crisógono de Jesús, Compendio de ascética y mística, p. 323.
69. Ib., p. 325.
70. Kempis, Tomás de. De la imitación de Cristo. Versión castellana del P. Agustín Magaña Méndez. México, Editorial Jus, 1962, pp. 76-82.
71. Constituciones de la Congregación y Santa Escuela de Christo...de Soria. Obras, T. VI., p. 592.
72. Obras, T. VII., pp. 40, 43.
73. Ib., introducción a las Notas.
74. Ib.
75. Ib.
76. Ib., p. 49.
77. Ib., p. 136.
78. Rosende, Lib. IV, cap. XIV, pp. 492-493.
79. Obras, T. VII., p. 329.
80. Ib., p. 391.
81. Varón de Deseos. T. I., parte II, sent. XV, p. 402.
82. Valbuena Prat, op. cit., T. I., p. 685.
83. Varón de Deseos. T. I., parte I, sent. VII, pp. 105-106.
84. Ib., parte II, sent. XV, p. 402.
85. Ib., T. II, parte III, sent. XII, p. 171.
86. Obras, T. VII, p. 70.
87. Véase la presentación del Tratado de oración y meditación de San Pedro, por Santiago P. Simón. Madrid, Rialp, 1958, p. 12. No he podido comprobar esta cita, pero sí me consta que se recomiendan las meditaciones de Alcántara a los socios de la Santa Escuela. Obras, T. VI., p. 592.
88. Teresa de Jesús, Santa. Obras, T. I, pp. 760-761.

89. Cántico XXXVI. Obras, T. VII., p. 492.
90. Obras, T. VII, p. 105.
91. Ib., p. 65.
92. Ib., p. 68.
93. Rosende, Lib. III, cap. I, pp. 280-281. Véase también Vida interior, cap. XLVII, p. 201. Para la descripción de la granada, véase Granada, fray Luis de. Obra selecta. Madrid, BAC, 1952, pp. 121-122.
94. Obras, T. VII., p. 551.
95. Véase García, fray Félix, O.S.A. San Juan de la Cruz y otros ensayos. Madrid, Editorial Religión y Cultura, 1950, pp. 204-205, "Fray Luis de León, poeta del mar". Puede consultarse también el capítulo de "la sublime grandeza del mar" en fray Luis de Granada, op. cit., pp. 104-109.
96. Sobre la vida y fama de santidad de López, véase Cuevas, T. II., pp. 488-489. Nunca se ha sabido su origen. Algunos, sin fundamento, han querido ver en él al desdichado hijo de Felipe II, don Carlos.
97. Baz Weatherston, Elena. Aportaciones al estudio de la literatura mística en la Nueva España. México, Universidad Nacional (Tesis, Filosofía y Letras), 1945, cap. IV.
98. Méndez Plancarte, Alfonso. Poetas novohispanos, 1521-1620. México, Imprenta Universitaria, 1942.  
Una estrofa hermosa de esta poesía:  
Ya en el alma me ha tocado  
la voz de mi dulce amado:  
los montes viene saltando,  
mi alma regocijando  
que tanto le ha deseado. (p. 11)
99. Godínez, Miguel. Práctica de la teología mística. Madrid, Saturnino Calleja, Editor, 1903.
100. Anderson-Imbert, Enrique. Historia de la literatura hispanoamericana. México, Fondo de Cultura Económica, 1962. T. I., pp. 127-128.
101. Puede consultarse el interesante discurso de Julio Jiménez Rueda, Santa Teresa y Sor Juana, un paralelo imposible. México, s.p.i., 1943. Como Sor Juana

nació un año antes que saliera Palafox para España, es evidente que no hubo ningún contacto directo entre estos dos grandes poetas. Sin embargo, en cierto ex-convento de Puebla, ahora museo, un guía muy entusiasta pero mal documentado me contó que un día Sor Juana se acercó a Palafox y le dijo: "O hombre de ojos claros y serenos." Como el verso es del famoso madrigal de Gutierre de Cetina, muerto en Puebla en 1560, se ve que fue una hazaña reunir a los tres poetas. Y con todo eso, hay cierto fundamento. Rosende, Lib. IV, cap. XVI, en su descripción física de Palafox, cuenta que tenía los ojos "bellísimos", y que "despedían de sí una luz templada, y aquellas centellas que llaman de agudeza y cordura los Fisonómicos." (pp. 529-530)

102. Menéndez y Pelayo. Historia de las ideas estéticas. T. I., p. 759.
103. Nieremberg, Juan Eusebio. Aprecio y estima de la Divina Gracia. Madrid, Apostolado de la Prensa, 1947.
104. Nieremberg. Diferencia entre lo temporal y lo eterno, y crisol de los engaños. Madrid, Saturnino Calleja, sin fecha.
105. Notas a las Cartas de Santa Teresa. Obras, T. VII., p. 86.
106. Puente, Luis de la, S.J. Obras espirituales. Madrid, Imprenta de Antonio Román, 1690. 5 tomos.
107. Véase Pinard de la Boullaye, H., S.J. La spiritualité ignatienne. París, Librairie Plon, 1949, p. 441.
108. Rodríguez, Alfonso, S.J. Exercicio de perfección y virtudes christianas. Barcelona, Pablo Campins, 1740. Véase también Crisógono de Jesús, Compendio, pp. 360-361.
109. Palma, Luis de la, S.J. Historia de la Sagrada Pasión, sacada de los cuatro Evangelios. Madrid, Apostolado de la Prensa, 1911.
110. Pfandl, op. cit., p. 86.
111. Pastor de Nochebuena, presentación, p. 27.

## BIBLIOGRAFIA

1. Misticismo.

- Agustín, San: Las confesiones. Madrid, BAC, 1955.
- Alcántara, San Pedro de: Tratado de la oración y meditación. Madrid, Rialp, 1958.
- Alonso, Dámaso: Poesía española: ensayo de métodos y límites estilísticos. Madrid, Editorial Gredos, 1962.
- Alonso, Dámaso: La poesía de San Juan de la Cruz (desde esta ladera). Madrid, Editorial Aguilar, 1958.
- Anderson Imbert, Enrique: Historia de la literatura hispanoamericana. México, Fondo de Cultura Económica, 1962.
- Angeles, fray Juan de los: Diálogos de la conquista del Reino de Dios. Buenos Aires, Editorial Poblet, 1943.
- Anónimo: El Peregrino ruso (Strannik). Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1962.
- Arintero, Juan G., O.P.: Cuestiones místicas. Madrid, BAC, 1956.
- Arintero, Juan G., O.P.: La evolución mística en el desenvolvimiento y vitalidad de la Iglesia. Madrid, BAC, 1952.
- Auclair, Marcelle: Teresa of Avila. Nueva York, Doubleday Books, 1959.
- Avila, beato Juan de: Obras completas. Madrid, BAC, 1952-1953.
- Azorín (Martínez Ruiz, J.): Los dos Luises y otros ensayos. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1944.
- Baumgartner, Charles, S.J.: "Contemplation". Dictionary de Spiritualité. París, Beauchesne, 1953.  
T. II.
- Bernardo, San: Obras completas. Madrid, BAC, 1953-1955.
- Butler, Cuthbert, O.S.B. Western Mysticism. Nueva York, E.P. Dutton, 1923.
- Castro, Américo: Santa Teresa y otros ensayos. Santander, Editorial Historia Nueva, 1929.
- Crisógono de Jesús Sacramentado, O.C.D. Compendio de ascética y mística. Madrid, Ediciones de la Revista

de espiritualidad, 1949.

Fonck, A.: "Mystique". Dictionnaire de Théologie Catholique. París, Letouzey et Ané, 1929. T. X.

Francisco de Asís, San: Escritos completos y biografías de su época. Madrid, BAC, 1956.

Fülop-Miller, René: Teresa de Avila, la santa del éxtasis. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1948.

García, Félix, O.S.A.: San Juan de la Cruz y otros ensayos. Madrid, Editorial Religión y Cultura, 1950.

Garrigou-Lagrange, Reginald, O.P.: Las tres edades de la vida interior. Buenos Aires, Desclée de Brouwer, 1944.

Godínez, Miguel, S.J.: Práctica de la teología mística. Madrid, Saturnino Calleja, 1903.

Granada, fray Luis de: Guía de Pecadores. Madrid, Apostolado de la Prensa, 1957.

Granada, fray Luis de: Obra selecta. Madrid, BAC, 1952.

Happold, F.C.: Mysticism. A Study and an Anthology. Londres, Penguin Books, 1963.

Hilton, Walter: The Ladder of Perfection. Londres, Penguin Books, 1957.

Ignacio de Loyola, San: Obras completas. Madrid, BAC, 1952.

James, William: The Varieties of Religious Experience. Nueva York, New American Library, 1961.

Jiménez Duque, Baldomero: Teología de la mística. Madrid, BAC, 1963.

Jiménez Duque, Baldomero: En torno a San Juan de la Cruz. Barcelona, Juan Flors Editor, 1960.

Jiménez Rueda, Julio: Santa Teresa y Sor Juana. Un paralelo imposible. México, s.p.i., 1943.

Juan de la Cruz, San: Vida y obras. Madrid, BAC, 1960.

Kempis, Tomás de: La imitación de Cristo. México, Editorial Jus, 1962.

León, fray Luis de: Obras completas castellanas. Madrid, BAC, 1959.



- Llull, Ramón: Obras literarias. Madrid, BAC, 1948.
- Madrid, Alonso de: Arte para servir a Dios. Madrid, Rialp, 1960.
- Malón de Chaide, Pedro: La conversión de la Magdalena. Madrid, Editorial Religión y Cultura, 1951.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino: Historia de las ideas estéticas en España. Buenos Aires, Editorial Glem, 1943.
- Místicos franciscanos: Camino abreviado del amor divino. (antología). Barcelona, Herder, 1961.
- Místicos franciscanos españoles. (Varias obras). Madrid, BAC, 1948-1949.
- Nazario de Santa Teresa, O.C.D.: Filosofía de la mística. Madrid, Ediciones Studium, 1953.
- Nieremberg, Juan Eusebio, S.J.: Aprecio y estima de la Divina Gracia. Madrid, Apostolado de la Prensa, 1947.
- Nieremberg, Juan Eusebio, S.J.: Diferencia entre lo temporal y lo eterno, y crisol de los engaños. Madrid, Saturnino Calleja, sin fecha.
- Nieremberg, Juan Eusebio, S.J.: Tratados de la vida divina y de la afición y amor a Jesús y María. Madrid, Librería Católica de Gregorio del Amo, 1892.
- Palma, Luis de la, S.J.: Historia de la Sagrada Pasión, sacada de los cuatro Evangelios. Madrid, Apostolado de la Prensa, 1911.
- Peers, E. Allison: Handbook to the Life and Times of St. Teresa and St. John of the Cross. Londres, Burns and Oates, 1954.
- Peers, E. Allison: El misticismo español. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1947.
- Pfandl, Ludwig: Historia de la literatura nacional española en la Edad de Oro. Barcelona, Gustavo Gili, 1952.
- Philipon, M.M., O.P.: El mensaje de Teresa de Lisieux. México, Editorial "La Cruz", 1955.
- Pinard de la Boullaye, H., S.J.: La spiritualité ignatienne. París, Librairie Plon, 1949.

- Puente, Luis de la, S.J.: Obras espirituales. Madrid, Imprenta de Antonio Román, 1690.
- Rahner, Karl, S.J.: Escritos de teología. Madrid, Taurus Ediciones, 1961. T. III.
- Reinhold, H.A.: The Soul Afire. Revelations of the Mystics. (antología). Nueva York, Pantheon Books, 1944.
- Ribadeneira, Pedro de, S.J.: Vida de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús. Madrid, Apostolado de la Prensa, 1951.
- Rodríguez, Alonso, S.J.: Exercicio de perfección, y virtudes christianas. Barcelona, Pablo Campins, 1740.
- Royo Marín, Antonio, O.P.: Teología de la perfección cristiana. Madrid, BAC, 1962.
- Ruysbroeck, Juan: Elevaciones espirituales. (selección). Barcelona, Editorial Casulleras, 1958.
- Sainz Rodríguez, Pedro: Espiritualidad española. Madrid, Rialp, 1961.
- Sainz Rodríguez, Pedro: Introducción a la historia de la literatura mística en España. Madrid, Editorial Voluntad, 1927.
- Sainz Rodríguez, Pedro: "El problema histórico del misticismo español." Revista de Occidente, T. XV, (enero-marzo de 1927), pp. 324-346.
- Teresa de Jesús, Santa: Obras completas. Madrid, BAC, 1951-1959.
- Teresa del Niño Jesús, Santa: Manuscritos autobiográficos. México, Editorial Herrero, 1962.
- Thils, Gustave: Christian Holiness. Tielt, Belgium, Lannoo Publishers, 1961.
- Underhill, Evelyn: Mysticism. A study in the nature and development of Man's spiritual consciousness. Nueva York, Noonday Press, 1955.
- Vossler, Carlos: Fray Luis de León. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1946.
- Waddell, Helen: The Desert Fathers. Londres, Collins Press, 1962.

2. Ambiente religioso de Nueva España.

- Almoína, José: Rumbos heterodoxos en México. Ciudad Trujillo, Universidad de Santo Domingo, 1947.
- Bataillon, Marcel: Erasmus y España. México, Fondo de Cultura Económica, 1950.
- Bayle, Constantino, S.J.: El Clero Secular y la evangelización de América. Madrid, Instituto Santo Toribio de Mogrovejo, 1950.
- Carreño, Alberto María: Don fray Juan de Zumárraga, teólogo y editor, humanista e inquisidor. México, Editorial Jus, 1950.
- Castro, Américo: El pensamiento de Cervantes. Madrid, Editorial Hernando, 1925.
- Clavijero, Francisco Javier, S.J.: Historia antigua de México. México, Porrúa, 1964.
- Cuevas, Mariano, S.J.: Historia de la Iglesia en México. México, Editorial Patria, 1946.
- Chevalier, François: "Signification sociale de la fondation de Puebla de los Angeles." Revista de Historia de América, no. 23 (junio de 1947), pp. 105-130.
- Díaz Plaja, Guillermo: Hacia un concepto de la literatura española. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1945.
- Erasmus, Desiderio: Coloquios. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1947.
- Erasmus, Desiderio: Elogio de la Locura. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1953.
- Erasmus, Desiderio: The Essential Erasmus. (antología). Nueva York, New American Library, 1964.
- Erasmus, Desiderio: Handbook of the Militant Christian. Introducción de John P. Dolan, Ph.D. Notre Dame, Indiana, Fides Publishers, 1962.
- Froude, J.A.: Life and Letters of Erasmus. Londres, Longmans, Green and Co., 1894.
- García Icazbalceta, Joaquín: Don Fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México. México, Porrúa, 1947.
- Gallegos Rocafull, José: El pensamiento mexicano en los

- siglos XVI y XVII. México, Imprenta Universitaria, 1951.
- Giménez Fernández, Manuel: Bartolomé de las Casas. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1953.
- Huizinga, J.: Erasmus of Rotterdam. Londres, Phaidon Press, 1952.
- Jiménez Rueda, Julio: Herejías y supersticiones en la Nueva España. (Los heterodoxos en México). México, Imprenta Universitaria, 1946.
- Jiménez Rueda, Julio: El humanismo, el barroco, y la Contrarreforma en el México Virreinal. México, Editorial Cultura, 1951.
- Marañón, Gregorio: Espanoles fuera de España. Madrid, Espasa Calpe, 1957.
- Mayagoitia, David: Ambiente filosófico de la Nueva España. México, Editorial Jus, 1945.
- Méndez Plancarte, Gabriel: Humanismo mexicano del siglo XVI. México, Imprenta Universitaria, 1946.
- Mendieta, fray Gerónimo de: Historia eclesiástica indiana. México, Editorial Salvador Chávez Hayhoe, 1945.
- Menéndez Pidal, Ramón: El P. Las Casas y Vitoria, con otros temas de los siglos XVI y XVII. Madrid, Espasa Calpe, 1958.
- Motolinía (Fray Toribio de Benavente): Historia de los indios de la Nueva España. México, Editorial Salvador Chávez Hayhoe, 1941.
- Pastor, Ludwig von: Historia de los Papas. Barcelona, Gustavo Gili, 1910. T. I.
- Quiroga, Vasco de: Documentos. (antología). México, Editorial Polis, 1939.
- Ricard, Robert: La conquista espiritual de México. México, Editoriales Jus y Polis, 1947.
- Sahagún, fray Bernardino de: Historia general de las cosas de Nueva España. México, Editorial "Alfa", 1955.
- Sánchez Baquero, Juan, S.J.: Fundación de la Compañía de Jesús en Nueva España. México, Editorial Patria, 1945.

- Valbuena Prat, Angel: Historia de la literatura española. Barcelona, Gustavo Gili, 1960.
- Vázquez de Espinosa, fray Antonio: Descripción de la Nueva España en el siglo XVII. México, Editorial Patria, 1944
- Vossler, Carlos: Introducción a la literatura española del Siglo de Oro. México, Espasa Calpe, 1961.
- Zavala, Silvio: La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España y otros estudios. México, Porrúa, 1937.
- Zerón Zapata, Miguel: La Puebla de los Angeles en el siglo XVII. México, Editorial Patria, 1945.
- Zumárraga, fray Juan de: Regla Cristiana Breve. México, Editorial Jus, 1951.
- Zweig, Stefan: Erasmo de Rotterdam, triunfo y tragedia. México, Editorial Diana, 1960.

### 3. Libros que tratan de la vida y obra de Palafox.

- Alegre, Francisco Javier, S.J.: Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España. Roma, Institutum Historicum S.J., 1956-1960.
- Anónimo: Alegaciones en favor del Clero, Estado Eclesiástico, i Secular, Españoles e Indios del Obispado de la Puebla de los Angeles, sobre las doctrinas... S.p.i., Puebla? 1649?
- Anónimo: Breve relacion del tiempo quando entró en este Reyno el Illmo. Ecsmo. y Ven. Sr. Dn. Juan de Palafox y Mendoza. Manuscrito en Archivo de Catedral de Puebla.
- Anónimo: Carta que en el año de 1729 escribió un cura muy erudito del Obispado de la Puebla de los Angeles, probando victoriosamente que la llamada Inocenciana, dirigida en 1649 al Sumo Pontífice Inocencio X, y atribuida al...Sr. D. Juan de Palafox, no fue ni pudo ser produccion de tan benemérito Prelado. México, Imprenta de Luis Abadiano, 1841.
- Anónimo: Correspondencia de cinco cartas entre N.N. Erudito Anti-Jesuíta, y N.N. Teólogo imparcial

- sobre la acusación de Jansenismo...intempestivamente hecha contra la doctrina del Venerable Juan de Palafox. Madrid, s.p.i., 1774.
- Anónimo: Jansenii erroris calumnia a venerabili episcopo Joanne de Palafox sublata. Mantua, s.p.i., 1773.
- Anónimo: Puebla en el Virreinato. Puebla, Centro de Estudios Históricos de Puebla, 1965.
- Anónimo: Relación de el Pleyto, que se recreció al Sr. Dn. Juan de Palafox y Mendoza...con los RR. PP. de la Compañía de Jesús el año de 1647. Manuscrito en Archivo de Catedral de Puebla.
- Anónimo: Relación de lo sucedido al Illmo. Sr. Antonio Bayardi, Arzobispo de Tiro, que padecía un largo y obstinado mal escorbútico en las encías de que sanó instantaneamente. Madrid, Imprenta Real de la Gazeta, 1763.
- Antonio, Nicolás: Bibliotheca Hispana Nova. Madrid, Joaquín Ibarra, 1783.
- Anunciación, fray Juan de la: La inocencia vindicada. Sevilla, Lucas Martín, 1694.
- Arnauld, Antoine: Histoire de Dom Jean de Palafox, Evêque d'Angelopolis et depuis d'Osme, et des differens qu'il a eus avec les PP. Jesuites. S.p.i., Madrid? 1690.
- Arteaga, sor Cristina de la Cruz de: El Obispo Palafox y Mendoza. Madrid, Editora Nacional, 1960.
- Astráin, Antonio, S.J.: Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España. Madrid, Editorial Razón y Fe, 1916.
- Baz Weatherston, Elena: Aportaciones al estudio de la literatura mística en la Nueva España. México, Universidad Nacional (Tesis, Filosofía y Letras), 1945.
- Beristáin y Souza, José Mariano: Biblioteca hispanoamericana setentrional. Amecameca, Tipografía del Colegio Católico, 1883.
- Bermúdez de Castro, Diego Antonio: Theatro Angelopolitano. S.p.i. "Lo publica por vez primera el Dr. N. León."
- Bravo Ugarte, José, S.J.: Historia de México. México,

Editorial Jus, 1959-1965.

- Bustamante, Carlos María de: El Venerable Señor don Juan de Palafox...justificado en el tribunal de la razón, por haber remitido a España...al Ecsmo. S. D. Diego López Pacheco, duque de Escalona. México, Imprenta de Alejandro Valdés, 1831.
- Cabildo Eclesiástico de Puebla: Libros de Actas del Venerable Cabildo Angelopolitano. Manuscritos en Archivo de Catedral de Puebla. T. XI (1640-1647), T. XII (1648-1652).
- Calderón, Juan Alonso: Memorial histórico, jurídico, político, de la S. Iglesia Catedral de la Puebla...sobre restituirla las Armas Reales de Castilla, León, Aragón, y Navarra...de que ha sido despojada injustamente. S.p.i., Puebla?
- Carlos III: Cédula real de 21 de diciembre de 1787: "para que por el término de quatro años se puedan quedar en los Reynos de Nueva España, el Perú, Nuevo Reyno de Granada, y demas Dominios de V.M. en Indias, limosnas voluntarias para la prosecución de la Causa de beatificación del Venerable Siervo de Dios D. Juan de Palafox y Mendoza." S.p.i., Archivo de Catedral de Puebla.
- Carreño, Alberto María: Cedulario de los siglos XVI y XVII. El Obispo Don Juan de Palafox y Mendoza y el conflicto con la Compañía de Jesús. México, Ediciones Victoria, 1947.
- Carreño, Alberto María: La Real y Pontificia Universidad de México. México, Imprenta Universitaria, 1961.
- Carrión, Antonio: Historia de la Ciudad de Puebla de los Angeles. Puebla, Viuda de Dávalos e Hijos, 1896.
- Cummins, James S.: "Palafox, China and the Chinese Rites Controversy." Revista de Historia de América. No. 52 (diciembre de 1961), pp. 395-427.
- Chevalier, François: La formación de los grandes latifundios en México. México, revista Problemas agrícolas e industriales de México. Vol. VIII, no. 1 (enero-marzo de 1956, edición especial).
- Deán y Cabildo de la Santa Iglesia de Puebla: Alegación del --- en favor de diezmos. Madrid, s.p.i., 1646?

- Decorme, Gerard, S.J.: La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial, 1572-1767. México, Antigua Librería Robredo, 1941.
- Echevarría Elguezua, Santiago Joseph de, Obispo de Cuba, electo de Puebla: Carta Pastoral. (Exhortación para recoger fondos para el proceso de Palafox, en colección de varias pastorales). México, Imprenta Madrileña, 1805.
- Erskine, Carolus, promotor de la fe: Oxomen. Beatificationis et Canonizationis ven. Servi Dei Joannis de Palafox et Mendoza... Animadversiones R.P. Fidei Promotoris super dubio an constet de virtutibus theologalibus... S.p.i.
- Fernández de Echevarría y Veytia, Mariano: Historia de la fundación de la ciudad de la Puebla de los Angeles. Puebla, s.p.i., 1931.
- García, Genaro: Don Juan de Palafox y Mendoza, Obispo de Puebla y Osma, Visitador y Virrey de la Nueva España. México, Bouret, 1918.
- García, Genaro, editor: Don Juan de Palafox y Mendoza, su virreinato en la Nueva España, sus contiendas con los PP. Jesuitas, sus partidarios en Puebla, apariciones, y escritos escdrgidos. México, Bouret, 1906. (Documentos inéditos o muy raros para la historia de México, T. VII).
- García, Genaro, editor: La Inquisición en México. México, Bouret, 1906. (Documentos inéditos, T. V).
- Gioberti, Vincenzo: Il Gesuita Moderno. Nápoles, C. Battelli e Compagnia, 1848.
- Gómez Cañedo, Lino: Los archivos de la historia de América. México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1961.
- Gómez Haro, Enrique: Biografía del Venerable Don Juan de Palafox y Mendoza, bienhechor de Puebla y de los indios. Puebla, Editorial Ambrosio Nieto, 1939.
- Gómez Haro, Enrique: "El Venerable don Juan de Palafox y Mendoza, bienhechor de Puebla y de los indios." El Sol de Puebla, suplemento, domingo 13 de diciembre de 1959, pp. 13-14; y domingo 20 de diciembre de 1959, pp. 14-15.



- González Casanova, Pablo: "Aspectos políticos de Palafox y Mendoza." Revista de Historia de América, no. 17 (junio de 1944), pp. 27-67.
- González Dávila, Gil: Teatro Eclesiástico de la Iglesia Primitiva de las Indias Occidentales. Madrid, Diego Díaz de la Carrera, 1649.
- González de Rosende, Antonio: Vida i Virtudes del Illmo. i Excmo. Señor D. Juan de Palafox i Mendoza. Madrid, Julián de Paredes, 1666 (primera edición). Madrid, Gabriel Ramírez, 1762 (tercera ed.).
- Hernández Tapia, Dr. G.: Bibliografía poblana de geografía e historia del estado. Puebla, Publicaciones del Grupo Literario Bohemia Poblana, 1962.
- Jardiel, Florencio: "Primer Doctor de las Iglesias Americanas. En el tercer centenario de la muerte de Palafox." El Sol de Puebla, suplemento, domingo 4 de octubre de 1959, pp. 12-15.
- Jiménez Rueda, Julio: Las constituciones de la antigua Universidad. México, Imprenta Universitaria, 1951.
- Latassa y Ortín, Félix de: Biblioteca antigua y nueva de escritores aragoneses. Zaragoza, Imprenta de Calisto Ariño, 1885.
- Leicht, Hugo: Las calles de Puebla. Puebla, Imprenta A. Mijares y Hno., 1934.
- León y Gama, Antonio de: Descripción histórica y cronológica de las dos piedras... México, Imprenta de Alejandro Valdés, 1832. Nota de Bustamante, p. 81.
- Le Roi, Guillermo: Prière pour demander à Dieu la grâce d'une véritable et parfaite conversion. Biblioteca Nacional de México, manuscrito 348.53.
- Lizardi Ramos, César: "El retablo de tecali de San José Chiapa, Puebla." Excelsior, jueves, 22 de julio de 1965, p. 18-A.
- López de Villaseñor, Pedro: Cartilla vieja de la nobilísima ciudad de Puebla (1781). México, Imprenta Universitaria, 1961.
- Lorenzana, Francisco Antonio: Concilios Provinciales Primero, y Segundo, celebrados en la muy noble, y muy leal ciudad de México, en los años 1555, y 1565. México, Imprenta de el Superior Gobierno, 1769.

- Malagón Barceló, Javier: La literatura jurídica española del Siglo de Oro de la Nueva España. México, Imprenta Universitaria, 1959.
- Mamachi, Tomás: Alethini Philaretæ Epistolarum de Ven. Johannis Palafoxii...Orthodoxia. Mantua, s.p.i., 1772.
- Mariottus, Augustinus: Oxomen. Beatificationis et Canonizationis ven. servi Dei Joannis de Palafox et Mendoza...Novæ animadversiones R.P. Fidei Promotoris. Roma, Tipografía de la Cámara Apostólica, 1775.
- Márquez, Excmo. Sr. Octaviano: "Pastor, Maestro, Asce-ta." Palafoxianum, no. 4, año 1959, pp. 1-8.
- Martínez, J. Manuel: Episcopologio Angelopolitano, 1525-1959. Manuscrito inédito.
- Maza, Francisco de la: La Capilla de San José Chiapa. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1960.
- Medina, José Toribio: La imprenta en México, 1539-1821. Santiago de Chile, en casa del autor, 1909.
- Medina, José Toribio: La imprenta en la Puebla de los Angeles, 1640-1821. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1908.
- Méndez Plancarte, Alfonso: El Corazón de Cristo en la Nueva España. México, Buena Prensa, 1951.
- Méndez Plancarte, Alfonso: "En el Cuarto Centenario de San Juan de la Cruz." Abside, T. VI., no. 4 (octubre-diciembre de 1942), pp. 373-401.
- Méndez Plancarte, Alfonso: Poetas novohispanos, 1521-1620. México, Imprenta Universitaria, 1942.
- Méndez Plancarte, Alfonso: Poetas novohispanos, 1621-1721. México, Imprenta Universitaria, 1943.
- Méndez Plancarte, Alfonso: San Juan de la Cruz en Méjico. México, Fondo de Cultura Económica, 1959.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino: Historia de los heterodoxos españoles. Madrid, BAC, 1956.
- Palacios, Enrique Juan: Puebla, su territorio y sus habitantes. México, Secretaría de Fomento, 1917.
- Pastor, Ludwig von: Historia de los Papas. Barcelona, Gustavo Gili, 1937-1948. T. XXVIII., XXX., XXXVII.

- Pastor Fustér, Justo: Biblioteca valenciana. Valencia, Imprenta de José Ximeno, 1827.
- Pérez Goyena, Antonio, S.J.: "Un jansenista español desconocido." Razón y Fe, T. 90 (1930) pp. 24-40.
- Pérez de Rivas, Andrés: Crónica histórico-religiosa de la Compañía de Jesús en México. México, Imprenta del Sagrado Corazón, 1896.
- Plaza y Jaén, Cristóbal Bernardo de la: Crónica de la Real y Pontificia Universidad de México. México, Imprenta Universitaria, 1931.
- Quintana, José Miguel: "Tercer Centenario de la muerte de Don Juan de Palafox y Mendoza." México en la Cultura, no. 550 (27 de septiembre de 1959), pp. 1-2.
- Quiroz y Gutiérrez, Nicanor: Historia del Seminario Palafoxiano de Puebla, 1644-1944. Puebla, Ediciones Palafox, 1947.
- Real Academia Española: Diccionario de la lengua castellana. Madrid, Francisco del Hierro, 1726.
- Rico González, Víctor: Documentos sobre la expulsión de los jesuitas. México, Editorial Jus, 1949.
- Rico González, Víctor: Historiadores mexicanos del siglo XVIII. México, Editorial Jus, 1949.
- Riva Palacio, Vicente: México a través de los siglos. México, Ballescá y Cía., sin fecha. T. II.
- Rivera, Manuel: Los Gobernantes de México. México, J.M. Aguilar Ortiz, 1873.
- Rodríguez Cruz, sor Agueda María: "En el Centenario de don Juan de Palafox y Mendoza." Revista de Indias, año XX, nos. 81-82 (julio-diciembre de 1960), pp. 177-184.
- Romero Flores, Jesús: "Semblanza de don Juan de Palafox y Mendoza." Palafoxianum, no. 4, año 1959, pp. 11-19.
- Roxas, Alonso de, S.J.: Por la Provincia de la Compañía de Jesús de la Nueva España. En satisfacción de un libro de el Visitador Obispo D. Juan de Palafox y Mendoza publicado en nombre de el Dean y Cabildo de su Iglesia Catedral. S.p.i., Madrid? 1646?
- Sacra Congregación de Ritos: Oxomen. Beatificationis, et Canonizationis Ven. Servi Dei Joannis de Palafox

- et Mendoza. Elenchus Actuum Heroicorum. Roma, Cámara Apostólica, 1792.
- Salazar Monroy, M.: Catedral de Puebla. Puebla, Impresos López, 1946.
- Sánchez Castañer, Francisco: Don Juan de Palafox, Virrey de Nueva España. Zaragoza, Imprenta Provincial, 1964.
- Sánchez Santos, Trinidad: Obras selectas. Puebla, Linotipografía "Primavera", 1945.
- Santillana, Leonardo de: Cartas, relaciones, o epístolas de --- en raçon de lo subседido en las controversias y pleitos de la Jurisdiccion ecclesiastica y padres de la Compañía de Jesús. Biblioteca Nacional, manuscrito 1493.
- Serrano y Trillo, Rodrigo: Carta al Marqués de Zafra. Biblioteca de Autores Españoles, T. LXII. Madrid, Imprenta de Sucesores de Hernando, 1917.
- Sosa, Francisco: El episcopado mexicano. México, Editorial Jus, 1962.
- Teixidor, Felipe: Adiciones a la Imprenta en la Puebla de los Angeles de J.T. Medina. México, edición privada, 1961.
- Toussaint, Manuel: La catedral y las iglesias de Puebla. México, Porrúa, 1954.
- Vázquez, Manuel: Resumen de las apariciones de San Miguel del Milagro. Puebla, Linotipografía Económica, 1948.
- Vera y Zuria, Escmo. Sr. Pedro: Visitas al Santísimo Sacramento, entresacadas de las obras del Ven. Siervo de Dios, Don Juan de Palafox y Mendoza. Querétaro, Librería del Sagrado Corazón, 1943.
- Vetancurt, fray Agustín de: Teatro Mexicano. Madrid, José Porrúa Turanzas, 1960.
- Villa Sánchez, fray Juan: Puebla sagrada y profana. Puebla, José María Campos, 1835.
- Zamacois, Niceto de: Historia de Méjico. Barcelona, J. F. Parres y Cía., sin fecha.

4. Ediciones de las Obras de Palafox.

- Carta del Illmo. y Venerable Siervo de Dios al Santísimo Papa Inocencio X, sobre los asuntos que tuvo con los jesuitas. México, Imprenta de Vicente G. Torres, 1841.
- Carta del V. Siervo de Dios...al Sumo Pontífice Inocencio X. Madrid, s.p.i., 1766.
- Carta que D. Juan de Palafox...escribió al P. Horazio Carochi, Preposito de la Casa Profesa de la Compañía de Jesús. Lovaina, Egidio Danique, 1723.
- Cartas inéditas. En Zerón Zapata, La Puebla de los Angeles en el siglo XVII. México, Editorial Patria, 1945.
- Cartas originales de D. Juan de Palafox y Mendoza...al P. Andrés de Rada, provincial de la Compañía de Jesús en México. Madrid, Gerónimo Ortega e Hijos de Ibarra, 1789.
- Cartas varias. Manuscrito 1577 en Biblioteca Nacional de México.
- Constituciones de la Real y Pontificia Universidad de México. México, Imprenta de Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1775.
- Constituciones para la Contaduria de la Iglesia Catedral de la Puebla. Puebla, Miguel de Ortega y Bonilla, 1713.
- Defensa Canónica, dedicada al Rey Nuestro Señor, por la dignidad episcopal de la Puebla de los Angeles y por la jurisdiccion ordinaria... Madrid, Juan González, 1652.
- Historia Real Sagrada, Luz de Príncipes y Súbditos. S. p.i. México? o Puebla? 1643.
- Ideas políticas. (selección de José Rojas Garcidueñas). México, Imprenta Universitaria, 1946.
- Libro de las virtudes del indio. Madrid, Imprenta de Tomás Minuesa de los Ríos, 1893.
- Manual de los Santos Sacramentos, conforme al Ritual de N. SS. P. Paulo V, formado por Orden de D. Juan de Palafox y Mendoza. México, Imprenta de la Bibliotheca Mexicana, 1758.

- Manuscritos y documentos. Colección Cuevas, T. 28. Biblioteca Cuevas, San Angel, D F
- Naturaleza del indio, de la. En Rojas Garcidueñas, Ideas políticas, pp. 53-122. México, 1946.
- Nuove lettere del Venerabile Monsignor Giovanni di Palafox, scritte a' Superiori della Compagnia del Messico...colle due lettere scritte dall'istesso Monsignore alla Santità d'Innocenzio X sul medesimo soggetto de' PP. Gesuiti. Venecia, G. Bettinelli, 1760.
- Obras del Ilustrissimo Excelentissimo y Venerable Siervo de Dios Don Juan de Palafox y Mendoza. Madrid, Imprenta de Gabriel Ramírez, 1762. 12 T., en folio.
- Obras de Don Juan de Palafox y Mendoza. Madrid, Imprentas de Pablo de Val, Melchor Alegre, y Bernardo de Villadiego, 1659-1671. 8 T., edición hecha por fray José de Palafox.
- Obras varias. (manuscritos, decretos). Biblioteca Palafoxiana, Puebla, casilla 825, T. 20.
- Pastor de Nochebuena, El. Barcelona, Rafael Figueró, 1712.
- Pastor de Nochebuena, El. Madrid, Rialp, 1959.
- Semana Santa: injusticias que intervinieron en la muerte de Christo Nuestro Redemptor. México, Francisco Robledo, 1644.
- Varón de Deseos. Manuscrito en Biblioteca Palafoxiana, casilla 47, T. 20. (contiene sólo la parte I).
- Varón de Deseos. México, Francisco Robledo, 1642.
- Varón de Deseos. Madrid, Rialp, 1964-1965.
- Vida interior. Sevilla, Lucas Martín, 1691.
- Vida interior. Madrid, Imprenta de Tomás Minuesa de los Ríos, 1893.
- Virtudes y naturaleza del indio, De las. Apéndice a Francisco Sánchez Castañer, Don Juan de Palafox, pp. 163-217. Zaragoza, 1964.

**INDICE**

PROLOGO. - - - - -	p. 7
I--INTRODUCCION AL MISTICISMO. El misticismo en general, definición, descripción psicológica y teológica; los grados de oración; la manifestación literaria de la experiencia mística, especialmente en España en el Siglo de Oro. - - - - -	p. 11
II--AMBIENTE RELIGIOSO DE LA NUEVA ESPAÑA EN EL SIGLO XVII. Influencia del erasmismo; las órdenes religiosas en la Conquista espiritual; etapa de organización de la Iglesia, dificultades de transición al clero secular; estado espiritual de los habitantes de la colonia, especialmente en la Puebla de los Angeles. - - - - -	p. 33
III--LA VIDA DE DON JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA. Su formación y cultura; Consejero de Indias; Virrey de Nueva España; Obispo de Puebla; pleitos con los religiosos de Puebla; Obispo de Osma; fama póstuma. - - - - -	p. 53
IV--LAS OBRAS DE PALAFOX. Su prosa y el barroco; las obras principales de ascética y mística; la poesía lírica. - - - - -	p. 103
V--LA MISTICA DE PALAFOX AL TRAVES DE SUS OBRAS. Características de su espiritualidad, que no es ni fría, ni jansenista; los modelos que siguió: autores clásicos, místicos extranjeros, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, otros místicos españoles del Siglo de Oro; Palafox y sus contemporáneos; su lugar en la gran corriente mística española. - - - - -	p. 155
CONCLUSIONES. - - - - -	p. 197
NOTAS. - - - - -	p. 201
BIBLIOGRAFIA. - - - - -	p. 239

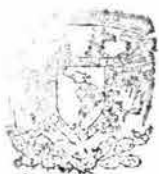




BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR  
CENTRO DE ENSEÑANZA  
PARA EXTRANJEROS



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR  
CENTRO DE ENSEÑANZA  
PARA EXTRANJEROS



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR  
CENTRO DE ENSEÑANZA  
PARA EXTRANJEROS

ESTE LIBRO  
NO SALE  
DE LA BIBLIOTECA